

Manuel Vázquez  
**Montalbán**

**Asesinato en  
el Comité Central**

UN CASO CARVALHO



se

Asesinato en el Comité Central, quinta entrega de la serie Carvalho, publicada en 1981, fue en su momento motivo de controversia. Su argumento es un tópico de la novela negra: alguien es asesinado en un local cerrado, y por lo tanto, el asesino es alguno de los allí presentes.

Pero, si ese alguien es Fernando Garrido, Secretario General del PCE, asesinado en una reunión a puerta cerrada del Comité Central del partido, la cosa adquiere otros muchos matices. ¿Pretendía Vazquez Montalbán, desde su condición de ex-militante, anunciar la muerte del comunismo?

La oportunidad histórica la marcaba la época en la que apareció la novela, 1981, año en el que el Partido Comunista de España estaba sumido en una profunda crisis institucional. La aparición de una obra en la que se investigaba el asesinato de su Secretario General supuso todo un acontecimiento. Esta novela, junto a la Autobiografía de Federico Sánchez de Semprún, otorgaron un rostro humano a los comunistas, presentados hasta entonces como demonios con cuernos y rabo por la propaganda franquista y la iglesia o como héroes perfectos y abnegados luchadores por la resistencia democrática. Aquí aparece su lado humano, sus pequeñas o grandes mezquindades, sus enfrentamientos internos sobre el fondo de su menguante influencia política.

Más allá de la época, la novela nos presenta una trama cuidada, matizada por un elenco de personajes figurados pero reales (arquetipos, como dice Vázquez Montalbán) que van desde políticos, militantes de base, espías y ex-espías, sicarios y comisarios en plena Transición, entre la nostalgia franquista y la realidad de los nuevos tiempos.

Una novela a la que merece la pena acercarse y disfrutar con ella.



Manuel Vázquez Montalbán

# **Asesinato en el Comité Central**

**Pepe Carvalho, 5**

**ePub r1.1**

**Artifex 06.12.13**

Título original: *Asesinato en el Comité Central*  
Manuel Vázquez Montalbán, 1981.

Editor digital: Artifex  
ePub base r1.0



## **NOTA DEL AUTOR**

Ante la previsible y perversa intención de identificar los personajes de esta novela con personajes reales, el autor declara que se ha limitado a utilizar arquetipos, aunque reconoce que a veces los personajes reales nos comportamos como arquetipos.

**Arquetipo:** *Tipo soberano y eterno que sirve de ejemplar y modelo al entendimiento y a la voluntad de los hombres.*

(Del Diccionario de la Real Academia)

*«... nos hemos liberado de la fe ciega acientífica, y se ha reforzado en nosotros esa fe a la que se refería Marx cuando decía que los comunistas son capaces de “asaltar los cielos”. Cuando se enfría esa fe, cuando se empieza a dudar, cuando se hace uno un descreído, empieza uno a dejar de ser comunista. Esta es la verdad.»*

**IRENE FALCÓN**

(citado por Jorge Semprún en *Autobiografía de Federico Sánchez*)

*Pero la muerte muestra de repente que la sociedad real mentía.*

**GEORGES BATAILLE.**

(*Teoría de la religión*)

# 1

Santos barajó las carpetas distraídamente. El fingimiento de alguna actividad le disculpaba de saludar uno por uno a los que iban llegando.

—Estas se quedaron compuestas y sin novio en la última reunión.

La secretaria le enseñaba un montón de carpetas despechadas, apiladas en un canto de la mesa mostrador, llena de ficheros y carpetas frescas donde los miembros del Comité Central del Partido Comunista de España encontrarían el orden del día, el esqueleto del informe político del secretario general y la intervención completa del responsable de Movimiento Obrero.

—En mis tiempos se daba la vida por ser miembro del Comité Central y hoy se regatean fines de semana.

Santos sonrió a Julián Mir, responsable del servicio de orden.

—No cambio estos tiempos por aquéllos.

—No, Santos, yo tampoco, pero me da coraje la falta de consideración de algunos camaradas. Hay quien se tira setecientos kilómetros en un tren para venir a la reunión y hay quien se queda en Arguelles a media hora de taxi.

—Bueno, ¿qué hago con las carpetas de los que no vinieron a la reunión anterior?

—Júntalas con las de ahora.

La muchacha obedeció la decisión de Santos y Julián Mir volvió a su condición de responsable de orden, examinando con ojos de experto las entradas y salidas de sus subordinados, identificables por el brazalete rojo:

—Un día tendremos un disgusto. No me gusta este sitio.

Santos secundó el malhumor crítico de Mir con un cabeceo ambiguo que igual podía darle la razón como quitársela. Era el mismo cabeceo que venía utilizando con Mir desde los tiempos del Quinto Regimiento. A Julián no le gustaban las sombras del atardecer preñadas, al parecer, de soldados de Franco. Ni las luces del amanecer abriendo caminos a la vanguardia de los Regulares. Como luego no le gustarían nada, pero es que nada, los boscajes del Tarn, boscajes hechos ya en el pleistoceno a la medida de las patrullas alemanas. No le gustaron luego las acciones que le encargaron en el interior, pero las realizaba con la desdeñosa seguridad de un héroe del *Far West*.

—¿Muchas dificultades?

—Cuatro fachas muertos de miedo.

Contestaba invariablemente Mir a la vuelta de cada una de sus expediciones a la España

franquista. Siempre había sido así. Probablemente ya nació así, pensó Santos, sorprendido de pronto ante la evidencia de que Julián Mir había nacido algún día, hacía mucho tiempo, demasiado tiempo, acumulado ahora en sus cabellos tan duros como blancos, en su musculatura de viejo atlético, ya demasiado responsable de una cara de pollo peleón.

—No me gusta este sitio.

—Y dale. ¿Dónde quieres reunir al Comité Central?

—Menos locales por ahí muertos de risa. De eso me quejo. Y un buen local central como tienen todos los partidos comunistas con cara y ojos. ¿Tú crees que hay derecho? Aquí mismo se celebró ayer una convención de los anabaptistas de la base de Torrejón de Ardoz. Y mira aquel panel. ¿Qué pone allí?

—Tendría que ponerme las gafas para verlo.

—Pues vaya. Desde que te has vuelto un chupatintas del partido pierdes facultades. Yo lo leo muy bien: conferencia «La senda del espíritu en el camino del cuerpo» por el yogui Sundra Bashuartí. Eso lo hicieron aquí ayer. Yo ya no sé si esto es una reunión del Comité Central o una concentración de faquires. Los comunistas en un hotel, como si fuéramos turistas o vendedores de ropa interior.

—Tienes el día.

—Y un día se nos va a colar un comando de fachas disfrazados de orquesta tropical, porque de vez en cuando se oye la música del salón de baile.

—Es música ambiental.

Santos abandonó a Mir a su mala suerte para recibir un frenético abrazo del camarada alcalde de Liñán de la Frontera. No había perdido facultades. La memoria de Santos seguía siendo arcilla fresca donde quedaban grabados todos los rostros del partido y sus brazos seguían respondiendo con desesperado herculismo a los abrazos soviéticos con que los camaradas más distantes se empeñaban en comprobar la resistencia de su ya viejo esqueleto.

—¿Por qué nos abrazamos así? —le preguntó un día a Fernando Garrido.

Él se encogió de hombros:

—Probablemente desde la guerra. Cualquier despedida o cualquier encuentro tenían mucha trascendencia.

—Yo creo que es influencia soviética. Los soviéticos siempre saludan así. Y menos mal que no nos ha dado por besarnos como a ellos.

—Quita ahí, hombre. Que cada vez que me daban un beso en la boca no sabía qué hacer, si darles una patada en los huevos o dejarme querer.

Por cierto, Garrido se retrasaba. Los camaradas formaban corros en la antesala del salón donde se celebraría la reunión; los corros resistirían hasta que la puerta se abriera para dar paso a la corriente eléctrica que siempre anunciaba las entradas de Garrido. Entonces los corros se abrirían como ojos para contemplar una vez más el milagro repetido de la encarnación de la vanguardia de la clase obrera en la persona de un secretario general. Santos decidió dar un último examen a la sala de reuniones antes de que se produjera la entrada de Garrido bajo el palio invisible de la Historia. Desde el umbral de la puerta, a sus espaldas el runrún creciente de conversaciones cálidas como una digestión y ante él la soledad de la sala de convenciones del



hotel Continental, la profiláctica concentración simétrica de las mesas y las sillas arrojando sin calor de piel ni tejido la baja tarima donde ejercía el poder la mesa a la que se sentaría Garrido, en el centro, dos camaradas del Comité Ejecutivo a la derecha y otros dos a la izquierda.

—¿El sonido bien? ¿Habéis probado la grabadora?

Las cabezas responsables dijeron sí a Santos.

—¿Quiénes se sientan hoy junto a Fernando?

—Martialay, Bouza, Helena Subirats y yo.

—La unidad de los hombres y las tierras de España.

—Martialay no se sienta porque es vasco, sino por responsable de Movimiento Obrero.

—Ya sé. Ya sé. Era una broma.

—Es que hoy el tema es monográfico.

Santos contestaba al joven irónico y al mismo tiempo repasaba mentalmente su filiación: Paco Leveder, profesor de Derecho Político, de la hornada del Sindicato Democrático. «Será un buen parlamentario», había comentado Garrido cuando le oyó una intervención en aquel colegio de Ivry cedido por el Partido Comunista Francés para una reunión clandestina con los cuadros universitarios del interior. Ahora era simplemente un parlamentario.

—Garrido se retrasa.

—No sólo Garrido. Falta un cuarenta por ciento del Comité Central. El sentido de la puntualidad es lo primero que se pierde en la legalidad. Por cierto, no viniste a la reunión anterior y no has disculpado tu inasistencia.

—Se lo dije por teléfono a Paloma. Tenía un acto.

—Ya sabes que las reuniones del Comité Central están por encima de cualquier acto, aunque sean actos del partido.

—¿A que me vas a decir que el Comité Central es el órgano supremo de dirección del partido?

—No creo que sea necesario.

—¿Te suena a ti «La tierra para quien la trabaja» o «Todo el poder para los soviets»?

—Ya me sonaba cuando tú aún no habías nacido.

—Pues te conservas muy bien, Santos.

Se despidió de Leveder con una sonrisa y correspondió a saludos y socarronerías que le llegaban desde los distintos grupos a su paso cada vez más ligero hacia la entrada desde la que Julián Mir le hacía señas de que Garrido había llegado. Y como si todo estuviera calculado por un cronómetro omnipotente, Julián dejó la puerta libre y Santos llegó a ella justo en el momento en que enmarcó a Fernando Garrido. Sonreía y avanzaba. Avanzaba y saludaba. Saludaba con las manos y hablaba a unos después de otros como si recitara un discurso perfectamente calculado para la duración del trayecto entre la puerta de la antesala y la del salón de convención. Los corros se abrían hasta romperse por culpa de los empeñados en estrechar la mano de Garrido, merecer una confianza u ofrecérsela ante la solícita, entregada, inclinada cabeza de un secretario general vacío de secretos y abierto a cualquier secreto, pero sin detenerse, entre Santos y Julián, pisándole los talones dos muchachos del servicio de orden que apenas dejaban sitio a Martialay en el estrecho pasillo humano. Garrido hizo una parada especial para afrontar el abrazo mortal de Harguindey, veinte años y un día de cárcel cumplidos con una tozudez de dios del

tiempo. Sobrevivió Garrido al repicar de las manos de Harguindey sobre sus espaldas y tuvo un chiste para Helena Subirats que mereció una carcajada general que más parecía una ovación. Aún no nos creemos del todo que podamos reunirnos. Que Fernando esté aquí. Que haya una furgoneta llena de guardias protegiendo la entrada lateral del hotel, Santos pensaba y al mismo tiempo respetaba las paradas de la procesión reclamando una cierta urgencia en el avance. Se detuvo para que Martialay quedara a su altura.

—No hemos podido dar las copias de tu intervención con tiempo suficiente. Las hemos repartido hoy mismo.

—Como siempre.

—Como casi siempre.

Garrido se había cortado el cabello; de su espalda salían efluvios de ducha reciente y loción *after-shave*. Quién le ha visto y quién le ve. A Santos le pareció por un momento seguir al Fernando Garrido de hacía más de cuarenta años, al líder congénito que en las reuniones preparatorias del octubre de 1934 le había dicho: «Déjalo todo y sígueme»; y Santos le había seguido durante cuarenta años de guerras, exilios, cárceles, falsas identidades, incluidas algunas vacaciones en Crimea y partidas de póquer estratégico con los soviéticos.

—Santos.

—Dime, Fernando.

—Quisiera hablar contigo y Martialay antes de empezar la reunión.

Entraron los tres en el salón. Julián Mir cerró la puerta a sus espaldas.

—Sigo sin ver claro el asunto de aplazar el encuentro con los socialistas.

—Insisto en que a quince días de las elecciones sindicales hay que marcar distancias. Va a haber tomate y el PSOE se va a volcar en la campaña de UGT.

—De todas maneras cualquier intervención o pregunta que se haga durante la reunión ha de ser contestada con una cierta ambigüedad. Las posiciones claras y tajantes muchas veces esconden oscuridad y vacilación.

—Creía que todo estaba claro.

—Por eso tal vez esté oscuro. ¿Cómo lo ves tú, Santos?

—No es necesario poner en cuestión la reunión con los socialistas. Tan lógico parecerá que la hagamos como que no la hagamos.

—Eso es.

—Me parece un problema bizantino.

—Siempre estáis diciendo que no queréis ser una correa de transmisión del partido y el partido tampoco puede ser una correa de transmisión vuestra.

Martialay se encogió de hombros y fue a buscar su sitio en la mesa, zambulléndose en las aguas mecanografiadas de su próxima intervención.

—Está nervioso.

—Tiene sus motivos.

Garrido sacó del bolsillo de la chaqueta un pitillo, como si todo el bolsillo fuera un paquete de cigarrillos. «Parece como si los sacara ya encendidos», había escrito un entrevistador.

—No te van a dejar fumar.

—Y luego dirán que soy un dictador.

Devolvió el cigarrillo al bolsillo:

—Empecemos.

Santos abrió la puerta y fue a ocupar su sitio a la derecha de Garrido. Desde allí vio la entrada parlanchina y ruidosa de los miembros del Comité Central.

—Casi un pleno. Se nota que hay expectación. Ya has visto lo de *El País*.

—Esos nos joden con educación. Pero los de *Cambio 16* han vuelto a titular «El chantaje sindical».

Se levantó Garrido para saludar a Helena Subirats.

—Muy buena tu entrevista en *La Calle*.

—Me alegro de que te haya gustado: El reduccionismo de los entrevistadores me sigue poniendo nerviosa.

Santos emitió el primer chist, secundado por la claca de chist de los más veteranos y disciplinados miembros del Comité Central. Santos golpeó con un dedo el micrófono y la tos tuberculosa, electrónica, magnificada, fue más eficaz que el chist humano.

—Tenéis en las carpetas el orden del día.

Un sesenta por ciento de los reunidos consideró que era indispensable comprobarlo. Julián Mir dio entrada en la sala a un cuarteto de fumadores de Televisión Española. Bañaron de luz la presidencia y las primeras filas de mesas, mientras la cámara se tragaba la realidad con un ruido sin altibajos, como si fuera un animal incapaz de matizar.

—Si quieren pueden quedarse —contestó Garrido a la despedida de los técnicos de televisión.

—Sería muy interesante, pero hemos de ir a filmar el inicio de la reunión de la Ejecutiva del PSOE.

—Allá ustedes. Pero aquí se enterarían de más cosas.

—No lo dudo.

—Las reuniones de los comunistas siempre son más emocionantes.

Santos respaldaba con su sonrisa las bromas de Garrido. Martialay seguía peleándose con los papeles de su intervención. Se marcharon los de televisión, se cerraron las puertas, se instaló el silencio.

—Acabaremos pronto porque ya sabéis que no puedo resistir sin fumar.

Risas.

Y como si las risas hubieran sido mal recibidas por los dioses de la energía eléctrica, se fue la luz y un cubo de oscuridad se instaló en el salón, sólido, incontestable.

—Estos de Comisiones Obreras siempre de huelga —comentó Garrido, pero los micrófonos no multiplicaron su socarronería.

Quiso decirlo en voz más alta, pero no pudo. Un dolor de hielo le traspasó el chaleco de lana inglesa y le vació la vida sin poder hacer nada para aguantársela con las manos.

Volvió la luz y Santos fue el primero en comprender que la escena había cambiado, que no era normal que Fernando Garrido tuviera la cabeza sobre su carpeta, una cabeza ladeada que le enseñaba la boca abierta y los ojos más vidriados que los gruesos cristales de las gafas

desplazadas hacia la frente. Santos se levantó como si algo le salpicara dolorosamente las piernas y los demás comunistas se fueron levantando uno tras otro, estupefactos, entre qué pasas previos a un derrumbamiento de sillas y huidas hacia adelante, al encuentro con la evidencia de la muerte.

## 2

Le despertó la voluntad de despertarse. Conectó la radio en plena sintonía de España a las ocho. «Hondas repercusiones nacionales e internacionales del asesinato de Fernando Garrido, secretario general del Partido Comunista de España.» Pésame y dolor nacional e internacional. ¿Dónde están las hondas repercusiones? El Gobierno español ha desmentido que se hayan acuartelado las tropas y que la división acorazada Brunete haya desarrollado maniobras tácticas especiales. El jefe de Gobierno se ha reunido con el secretario general del PSOE y con José Santos Pacheco, del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España. El comisario Fonseca ha sido designado por el gobierno para dirigir la investigación sobre el asesinato de Fernando Garrido.

«El malvado Fonseca ataca de nuevo», se dijo Carvalho y desconectó la radio. Los ojos acuosos, sin párpados, rómbicos de Fonseca, el suave conejillo sangriento. Y en sobreimpresión un Fernando Garrido con veinticinco años menos, peripatético sobre la grava de una residencia junto al Mame, rodeado de jóvenes estudiantes llegados del interior para el cursillo de verano de 1956.

—Si la burguesía española no está dispuesta a secundar nuestra propuesta de reconciliación nacional no vacilaremos en volver a coger el fusil y marchar hacia las montañas.

—¿Hacia qué montañas?

Garrido le miró con la sonrisa en los labios pero con una fría dureza en los ojos acristalados.

—¿Qué estudias tú? ¿Aún no te has enterado de que España es uno de los países más montuosos de Europa?

Las risas de los otros disolvieron la tensión, pero Carvalho notaba de vez en cuando los ojos de Garrido encima, como si le advirtiera mudamente, a distancia. Cuidado, muchacho. No te pases de gracioso. Este es un asunto serio. Durante el descanso, mientras buscaba soledad y frescor bajo los fresnos, Carvalho tuvo a su lado la compañía de un viejo dirigente con la vida y la Historia llena de costurones. Una vida tan ejemplar ridiculizaba implícitamente la pequeña ironía que el estudiante se había permitido poco antes, desdramatizando algo tan dramático como el ser o no ser de la revolución española.

—A ti te parece raro que Garrido proponga lo de las montañas, pero piensa que hace sólo siete u ocho años aún estábamos por los montes acosados como alimañas y que un comunista en España es salvajemente torturado y condenado a cientos de años de cárcel.

Carvalho tenía demasiada adolescencia como para disculparse y demasiada admiración como

para indignarse. Dejó hablar al viejo camarada y desde entonces siguió las reuniones sin malgastar ni un sarcasmo. El régimen caería en octubre y una camarada informó que la potencia del partido era tal que en Barcelona estaban en condiciones de poner la ciudad en estado de sitio. La influencia de Camus, pensó el joven Carvalho, pero no lo dijo y examinó a la mujer con el interés que le merecían las especies en extinción.

—Yo misma lo he comprobado y los camaradas de Barcelona podrán ratificarlo.

Como si no pudieran hacer otra cosa, los camaradas de Barcelona ratificaron, con una cierta falta de pasión pero ratificaron, haciéndose un lío entre condiciones objetivas y subjetivas por las dosis de subjetividad necesarias para creerse lo que decían. Luego los saludos, las despedidas, las canciones:

*Tengo que bajar al puerto  
y subir al Tibidabo  
para gritar con mi pueblo  
¡Fuera yanquis! ¡Muera Franco!  
¡La sangre española  
no es sangre de esclavos!*

Canciones mal cantadas porque sólo se las sabían los organizadores del cursillo, veteranos comunistas que debían recurrir a un notorio voluntarismo juvenil cuando cantaban.

*Joven Guardia, Joven Guardia,  
no les des paz ni cuartel.*

Carvalho comprobaba que no se podía ir a un cursillo como aquél llevando el espíritu marcado con la consigna de Machado: «Duda, hijo mío, de tu propia duda.»

*La primavera ha venido  
en alas de una paloma,  
voces del pueblo se alzan  
sobre la tierra española.  
¡Vivan las huelgas de Barcelona!*

*Tengo que bajar al puerto  
y subir al Tibidabo.*

No hacía otra cosa ahora. Bajar al puerto en busca de relax entre tediosas esperas y tediosos casos de investigación subcriminal o subir al Tibidabo en busca de su madriguera en Vallvidrera, desde la que contemplaba una ciudad más vieja, más sabia, más cínica, inasequible para la esperanza de ninguna juventud, presente o futura. Fue la única vez que vio a Garrido como militante. Veinticinco años después le fue a ver a un mitin para descubrir simplemente que los años no pasaban en balde. Domina el toreo a la media distancia, dijo a su lado un petimetre moreno de verde luna, disfrazado de otoñal disfrazado de niño de primera comunión. «¿Dónde cono estabas tú en aquel verano del cincuenta y seis?», le preguntó Carvalho con los ojos pero sin la menor esperanza de respuesta. Los miles y miles de asistentes al acto eran tal vez el fruto de años y años de ejercicios espirituales en Francia o en las catacumbas del país, pero el discurso de

Garrido seguía siendo el mismo, seguía siendo la misma propuesta a la burguesía para que pactase progreso si no quería volver al fascismo o correr el riesgo del caos prerrevolucionario. Allí sí había suficientes comunistas para colocar la ciudad en estado de sitio, pero ¿qué se hace después de haber colocado una ciudad en estado de sitio? Junto a Garrido estaba sentada la camarada que veinticuatro años antes sitiaba ciudades con la imaginación y el deseo. Entonces se llamaba Irene y ahora se llama Helena Subirats, acta de diputado y declaraciones balsámicas.

—Dictadura ni la del proletariado.

Buscó otra emisora de radio por si ampliaban o complementaban la información de Radio Nacional, Una emisora local trataba de entrevistar a José Santos Pacheco, inesperadamente llegado a Barcelona desde Madrid en el primer avión del puente aéreo. Santos trataba de evitar las preguntas pero sólo conseguía evitar las respuestas.

—¿Ha sido el crimen de un fanático o el principio de un vasto plan de desestabilización de la democracia?

—Comprenda. Nadie sabe nada todavía. Pregunten al gobierno. Ha sido un acto contra la democracia.

—¿A qué ha venido usted a Barcelona?

—Suelo venir con frecuencia.

—¿Cómo interpreta usted la designación del comisario Fonseca como investigador oficial del asesinato?

—Como una broma de mal gusto. Fonseca permanece en la memoria de los comunistas como uno de los verdugos predilectos del franquismo.

Fonseca ofrecía los cigarrillos a medio asomar en su cajetilla, con el brazo medio extendido, a media voz, a medio mirar, con aquellos ojillos heridos por la realidad, llenos de agua y amenazas. Carvalho lo recordaba desfilando por el pasillo mirando caprichosamente a los detenidos en la redada, pidiendo un comentario explicativo de sus lugartenientes barceloneses.

—¿Éste?

—José Carvalho. Un rojo peligroso.

Fonseca consiguió cerrar los ojos de disgusto cuando el lugarteniente pegó un puñetazo en el estómago desprevenido de Carvalho.

—Usted y yo vamos a hablar largo y tendido —le dijo mientras seguía su examen de la cacería—. Tenemos toda la noche por delante.

### 3

—Esto es la guerra, jefe.

Biscuter tenía conectado el transistor y escuchaba un reportaje en directo desde la capilla ardiente del Partido Comunista de España en Madrid. Miles de madrileños habían pasado ante los restos mortales de Fernando Garrido en medio de un impresionante despliegue policial, complementado por el despliegue militar que se había podido observar en los barrios límites de Madrid.

—Dígame, señor. Una encuesta para Radio Nacional. ¿A qué atribuye usted este asesinato?

—Al fascismo internacional. ¿A quién va a ser?

—Pero el hecho de haber sido asesinado dentro de un local cerrado, en el que sólo había comunistas, todos ellos miembros del Comité Central, ¿cómo lo explica usted?

—Lo explico como sólo puede explicárselo un buen comunista. Ha sido el fascismo internacional.

—Es usted militante.

—Lo soy. Desde hace mucho tiempo, sí, señor.

—¿Conocía personalmente a Fernando Garrido?

—Tuve el honor de estrecharle la mano en más de una ocasión y fui delegado por mi agrupación al congreso de 1978.

—La pugna de aquel congreso entre leninistas y no leninistas, ¿puede haber repercutido en este crimen?

—Usted nos conoce muy mal, señor. Nosotros no vamos por el mundo matándonos los unos a los otros. Usted ve demasiada televisión o ha visto demasiado cine americano. ¿De qué radio me ha dicho que era?

—De Radio Nacional.

—Entonces no me extraña nada.

—Bien dicho, ¡collons! —estalló Biscuter.

—A ti ni te va ni te viene, Biscuter.

—Pero esto es una putada, jefe. Hay que reconocer que Garrido era un tío.

Biscuter no había tenido tiempo ni de desleñañarse ni de ordenar mínimamente la mesa del despacho.

—¿Desayuna aquí, jefe? Tengo unas butifarras de perol de puta madre y unos *fesols* cocidos que sobraron de ayer.



—O pienso o desayuno. He de elegir.

—¿Le molesta la radio para pensar?

—Me lo pensaré.

Cogió Carvalho el teléfono, marcó un número arrugando la nariz como si el número oliera mal.

—¿El señor Dotras? Espero.

—Yo no soy comunista —confesaba otro encuestado por la radio—, pero he venido a despedir a Garrido porque soy un demócrata y esto que han hecho no tiene nombre. Es una agresión a la democracia. ¿Que quién lo ha hecho? La CÍA. Los rusos. Vaya usted a saber, con la cantidad de mierda, con perdón, que hay en la política.

—¿Señor Dotras? Soy Carvalho, el detective. Su chica está en una comuna de actores teatrales que representa *El círculo de tiza caucásico* en Riudellots de la Selva. Está bien. Sólo hacen una función diaria. Ni hablar. Yo no voy a buscarla, eso es cosa suya. De nada. Le mandaré la factura. ¿La obra? Decente. Algo subversiva pero no hay desnudos. No se preocupe. Bueno. Podía haber sido mucho peor. En el último caso que tuve parecido al suyo la chica estaba en Goa con una diarrea de no te menees. Tuvieron que repatriarla en un avión de Caritas. A su disposición.

—¿Oiga qué dice este facha, jefe! ¡Escuche!

—... hay que acabar con esta pesadilla política. Yo no estoy contra los políticos como personas, pero sí estoy contra los políticos como políticos. Desde que murió Franco nos ha caído encima la plaga.

—Quiero desayunar, Biscuter. Pero no ese adoquinado que me has ofrecido. Pan con tomate, catalana de esa bien trufada, unas aceitunas partidas, un clarete frío en porrón. Cosas suaves. Estoy lleno de toxinas.

Biscuter se metió en la cocinilla situada en el pasillo que conducía al retrete. Silbaba contento o se repetía a sí mismo el pedido con la música de *Tres monedas en la fuente*. Carvalho cerró la radio y se puso a ordenar los papeles sobre su mesa de despacho años cuarenta, barnices que trataban de resaltar el color de la madera hasta constituir una brillantina para muebles a medio camino entre el neoclásico y el funcionalismo de entreguerras. Seleccionó un papel donde Biscuter había escrito: «Visita importante a las once.»

—¿Por qué es importante esta visita?

—Porque me lo han dicho.

—¿Te han dicho que eran importantes?

—Me han dicho que era un asunto muy confidencial y muy importante. Hasta me han preguntado si estaría usted completamente solo.

Subían alborotos desde las Ramblas. Carvalho se asomó a la ventana. Doscientas o trescientas personas avanzaban en hileras, con los brazos entrelazados: «¡Vosotros, fascistas, sois los terroristas!» «¡Garrido, hermano! ¡No te olvidamos!»

—Toma, Biscuter.

—¡Veinte mil pesetas! ¿Qué hago con esto?

—Compra comida para dos semanas. Por si acaso.

—Va a liarse. Ya me lo decía yo.

—Tal vez no pase nada, pero mira las colas que empiezan a formarse en los colmados. Una colita de mujeres encestadas salía del colmado de la esquina.

—Aplica el mismo plan de compras de cuando se murió Franco. El único plato hecho: fabada. Es lo único que soporta la lata.

Biscuter se pasó las manos por lo pelillos rubios que resistían en sus parietales, se frotó las manos, arqueó las piernas, predispuso el cuerpo al dinamismo que exigía la situación con el canijo pecho hundido para acentuar la resolución de unos hombros de niño con ganglios. Sobre la mesa había dejado el desayuno de Carvalho y antes de marcharse dejó la botella de orujo helado junto al porrón:

—Me parece que lo va a necesitar, jefe.

Guiñó un ojo mediante un temerario esfuerzo muscular, que estuvo a punto de paralizarle medio lado de la cara, y se lanzó sobre la jungla urbana con su paracaídas mental y la ambición de hazaña que debía tener todo colaborador de un hombre como Carvalho. El detective desayunó sin pensar en lo que comía. Había elegido un desayuno que no necesitaba reflexión, ni casi la menor predisposición de la conciencia. Un desayuno acompañante discreto de cualquier meditación trascendente. Ni siquiera el jamón hubiera sido el acompañante adecuado. El jamón exige paladeo crítico, veredicto. En cambio la catalana es un embutido cocido que se ajusta a la mecánica del paladar y la masticación sin grandes ambiciones. El hecho de exigirla trufada era el mínimo rigor indispensable para que el sabor le sorprendiera de vez en cuando, cuando los lunares de trufa aromatizaban bruscamente la cavidad bucal y le asomaban picores por la punta de la nariz. Comiese lo que se comiese siempre había que dejar un tiempo para la dialéctica, fuera a partir del sabor o de la textura de lo que se comía. Con mucho menos rato de reflexión, Brillat-Savarin escribió *Fisiología del gusto*, Brillat-Savarin, aquel hombre que era a la vez célebre y tonto en opinión de Baudelaire «... cosas que van muy bien unidas...», apostillaba el canijo y comedrogas Baudelaire, hombrecillo que sólo bebía vino o fumaba drogas para preocupar a su madre y castigarla por haberse casado con otro.

«Escribe una tesis doctoral sobre algo tan arbitrario que imposibilite la tesis y la antítesis y cambia de oficio», se dijo Carvalho mientras retenía en la boca un pedacito de trufa hasta absorberle todo el sabor y convertirlo en un simple obstáculo que la lengua dejó caer en las profundidades, sin duda horribles, del estómago. Tragó del porroncillo hasta sentir bien lubricada la maquinaria del estómago y se llenó un vaso de orujo que quedó ante él como un animal dentado, atractivo y amenazante.

—Me vas a hacer daño, cabrón.

Pero se lo bebió de un trago y le subió desde el estómago hasta la nariz un fuego fresco, una contradicción en suma equivalente a la materializada en cualquier *soufflé* de helado de vainilla.

## 4

—Si quiere volvemos más tarde. Señaló con la cabeza uno de los hombres los restos de comida sobre la mesa.

—Ya había terminado.

—Es la mejor hora para el desayuno.

Nunca le había oído decir algo tan banal. Carvalho le recordaba veintidós años atrás frente al Tribunal Militar que le juzgaba por el delito de Rebelión Militar por Equiparación. Salvatella declaró que no reconocía el tribunal que le juzgaba. Que sólo reconocía tribunales de la República. Sin duda molestos por su desaire, los jueces militares aumentaron por su cuenta y riesgo la condena solicitada por el fiscal. Salvatella salió del Gobierno Militar tratando de hacer el saludo con los puños unidos por las esposas, mientras Carvalho y otros asistentes al acto eran empujados por policías de paisano. Salvatella se volvió hacia su acompañante y se lo mostró a Carvalho:

—José Santos Pacheco, miembro del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España. Yo me llamo Floreal Salvatella, pertenezco al Comité Ejecutivo del PSUC y al Comité Central del PCE.

—Mi nombre está en la placa de la portería.

—No era necesario que estuviera. Nos envía Marcos Núñez, un camarada que le conoce mucho a usted.

—Nos conocimos de paso tratando de solucionar el misterioso asesinato de un manager.

—¿Un caso difícil?

—Tan difícil que entre todos le mataron y el solo se murió.

Santos Pacheco parecía arrancado de alguna fotografía de prensa o de cualquier fugaz fotograma de televisión. En segundo plano tras Garrido, ahora en segundo plano detrás de Salvatella. Alto, esculpido por la vida según el modelo de viejo marino canoso, atezado, algo inclinado de espaldas para escuchar, escuchar siempre lo que le decían los españoles condenados al metro sesenta o metro sesenta y cinco de estatura media. Salvatella en cambio sólo recordaba a aquel hombre casi joven al que Carvalho había visto juzgar y condenar a ciento doce años de cárcel. Has engordado, Floreal, y no pareces gordo de cárcel, sino gordo de tiempo y de legalidad. Sólo se sentaron cuando Carvalho lo sugirió y aun entonces lo hicieron con la recatada prudencia con que todo comunista va por la vida, tratando de demostrar que no tiene nada que ver con la imagen de incivilizados salvajes desalmados que les ha prefabricado el capitalismo.

Salvatella se quedó mirando a Santos dándole la entrada de solista y Santos la asumió con el mismo tono de voz con que podía iniciar una reunión de partido. Firme, a ras de oreja, como tratando de que su voz fuera cualquier otra posible voz de los allí reunidos:

—No creo que le sea muy difícil adivinar el motivo de nuestra visita. Ante todo le rogaría que cualquiera que sea el resultado de esta entrevista guarde sobre la misma el máximo de discreción. Si es preciso recurriré a reclamarle el secreto profesional.

—Es un secreto casi forzoso. Nunca hablo con nadie.

—¿Es una medida preventiva?

—No. Parto de la evidencia de que si a mí no me interesa lo que van a decirme los demás, tampoco les interesa a ellos lo que pueda decirles yo.

—Usted llegaría lejos en política. Las carreras más firmes suelen hacerlas los más silenciosos.

—En política, en la cama, en todo, no le quepa ninguna duda.

—Vengo con una misión casi oficial. Quisiéramos que usted nos ayudara en la investigación del asesinato de nuestro secretario general. El gobierno ha designado un investigador oficial poco satisfactorio, a pesar de nuestras propuestas, y hemos conseguido que nosotros tengamos nuestro propio investigador, con toda la libertad de movimientos posible garantizada tanto por nuestro partido como por el gobierno. De no haber sido el comisario Fonseca el encargado del caso, tal vez no habríamos dado este paso, pero la simple designación de Fonseca ya demuestra que el gobierno quiere utilizar la investigación para darnos un golpe. No sé si usted está al tanto del curriculum de Fonseca.

—Lo estoy y usted sabe que lo estoy.

—En efecto. Yo sé que lo está. Usted fue en el pasado una de las miles de víctimas de Fonseca.

—Una minucia. Yo fui apenas un chinche en el zoológico de Fonseca.

—Cualquier esfuerzo para derribar la dictadura fue meritorio. En cualquier caso, usted ya sabe quién es Fonseca y sabe que su carrera la inició como infiltrado del franquismo en nuestro partido, infiltración que costó una caída gravísima en los años cuarenta, una caída con cuatro fusilamientos. No voy a dar más rodeos. Nuestro encargo es profesional y nos atendremos a sus tarifas sin discutir las.

Salvatella parecía entregado a la digestión mental de lo que había dicho Santos, y éste miraba a Carvalho con una sonrisa alentadora en los labios, como si ya le estuviera propiciando la respuesta afirmativa.

—¿Qué quieren? ¿Que descubra al asesino o que les ayude a tapar el asesinato?

—Tal vez estemos mal informados. Pero se nos ha dicho que usted desvela asesinatos, no los tapa.

—Este caso excede a mis fuerzas. Yo suelo protagonizar películas en blanco y negro. Ustedes me ofrecen una superproducción en Technirama, con gobiernos y aparatos policiales por medio. Además en Madrid. Estoy cansado de viajar. Conozco Barcelona palmo a palmo y a pesar de eso a veces me resulta insoportable. Imagínense moviéndome por Madrid, una ciudad llena de rascacielos, funcionarios del ex régimen, ex funcionarios del régimen. Yo soy apolítico, que quede

claro. Pero no soporto los bigotillos que llevan los funcionarios del ex régimen y los ex funcionarios del régimen.

La mirada de Santos Pacheco consultaba con la de Salvatella. La sonrisa de Salvatella demostró a Carvalho que Santos no tenía sentido del humor y que Salvatella lo sabía. Reconfortado y advertido por su camarada, Santos devolvió la mirada a Carvalho disfrazada de sonrisa cómplice.

—Madrid no es una abstracción, ni se puede generalizar a propósito de los funcionarios. Veo que comulga usted con todos los tópicos periféricos.

—Ni comulgo ni dejo de comulgar, pero Madrid no es lo que era.

—¿En 1936?

—No. En 1959, cuando viví allí. Las gambas de la Casa del Abuelo, por ejemplo. Excelentes y a precios de risa. Búsquelas usted ahora.

—Ah, se trata de las gambas.

La mirada de Santos divagaba a derecha e izquierda como tratando de buscar el lugar exacto que merecían las desaparecidas gambas de la Casa del Abuelo en una conversación a propósito del asesinato del secretario general del Partido Comunista.

—Hay excelentes marisquerías —se le ocurrió decir con un cierto alivio.

—Pero ¿a qué precios?

—Evidentemente el marisco es caro.

—Hay de todo —terció Salvatella, y añadió—: Cuando voy a las reuniones del Comité Central duermo en casa de Togores, ya sabes, el de la Perkins. Vive cerca del palacio de los Deportes, en Duque de Sesto. Pues por allí hay una marisquería excelente y no muy cara. Siempre está llena. Y si te mueves un poco encuentras tascas geniales. Cerca también de casa de Togores hay una tasca impresionante, de la María de Cebreros se llama. ¿Ha probado usted los riñones de cordero que hace esa mujer? Deliciosos. La cosa más sencilla de este mundo. Sal, pimienta, a la parrilla y un chorrito de aceite y limón. Claro que los riñones han de ser de cordero y estar bien frescos.

O haces apostolado o eres de mi mafia. Carvalho advirtió una evidente desorientación lógica en Santos, que trataba de asumir, sonriente, la complicidad gastronómica que se había establecido entre Salvatella y Carvalho.

—No le discuto lo que me dice, porque hace ya tiempo que no voy a Madrid, pero la última vez me metí por el barrio de los Austrias. Donde antes había una tasca ahora hay una cafetería y te sirven unos callos a la madrileña hechos con cubitos de caldo concentrado y chorizo de burro.

—Lo de los callos es un capítulo aparte. En eso sí hay que reconocer, y no es un tópico periférico...

Santos Pacheco se encogió de hombros ante la alusión de Salvatella.

—... que han perdido mucho. A los callos a la madrileña les pasa lo mismo que a la fabada asturiana. Son de lata. De lata.

Salvatella ofrecía, duramente, a Santos Pacheco aquella verdad objetiva, como si le estuviera enseñando la mismísima herida causada por el piolet de Mercader en el cráneo de Trotski.

—No me gustan los callos —se defendió Santos Pacheco.

«Me lo imaginaba», pensó Carvalho.

Santos se removía incómodo, pero no se atrevía a devolver la conversación a su motivo original para no desagradar a Carvalho. Su progresiva irritación se dirigía a Salvatella, al traidor Salvatella, que, aún caliente el cadáver de Garrido, se lanzaba a una banal conversación sobre gambas, callos y riñones de cordero a la parrilla. Y en busca de Salvatella fue. Le esperó con una mirada fría y alertadora con la que tropezó Salvatella cuando iba diciendo:

—No hay callos como los de la zona de... En fin. Ya tendremos tiempo de hablar de callos y de comerlos si usted va a Madrid. No nos desviemos del motivo de nuestra visita. Además le estamos molestando. Usted también tiene trabajo. Nos ajustamos a sus tarifas. Le buscamos en Madrid el mejor hotel. Lo que quiera.

—¿Por qué yo?

—Porque usted es un ex comunista. Porque usted sabe qué somos, cómo somos, de dónde venimos, adonde vamos.

Había hablado Santos con pasión, diríase incluso que con un calor húmedo en los ojos donde reposaban, en primer término, los restos mortales de su amigo y camarada Fernando Garrido.

—Todo ex comunista o es un apóstata o es un renegado.

—Con que sea un apóstata ya nos basta.

«Tu conducta ha sido considerada improcedente. La dirección ha pedido que formemos un tribunal de célula y decidamos en primera instancia sobre si debes seguir militando o no.» Carvalho se vio a sí mismo deteniendo el ritmo con el que movía la brocha sobre la sábana amarilla. Dejó la palabra «Amnistía» a medio escribir y se volvió hacia aquella larva de economista barbilampiño:

—Han mejorado ustedes mucho si están dispuestos a aceptar la ayuda de un apóstata. Pero ni siquiera soy eso. Casi me había olvidado de que en cierta ocasión fui comunista. Como había olvidado también que trabajé en la CÍA durante cuatro años. ¿Conocían este dato?

—Lo conocíamos —dijeron casi a dúo.

Carvalho dejó caer la espalda en el respaldo alistonado del sillón giratorio:

—Les advierto que no hago rebajas por cuestiones nostálgicas.

—Pagaremos lo que sea necesario.

Y a Carvalho le pareció que Salvatella reprimía el gesto espontáneo de llevar la mano a la cartera.

## 5

—¿Estará muchos días en Madrid, jefe?

—Los indispensables.

—¿Qué hago con toda esa comida?

Medio despacho aparecía ocupado por latas de conserva, embutidos, bacalaos secos.

—Guardas aquí lo que te quepa y el resto lo subes a mi casa en Vallvidrera.

—¿Y si hay lío? Un hermano de mi madre era viajante. Le pilló la guerra civil en Aranjuez y nunca más se supo.

—Eran otros tiempos y otra gente.

—Cuando yo era pequeño y mi madre aún vivía, muchas veces lloraba recordando a su hermano.

—La gente entonces lloraba mucho más que ahora.

—Ésa es una verdad como una casa, jefe.

Sólo le quedaba la obligación de despedirse de Charo.

—Me voy.

—¿Adonde te vas?

—Fuera de Barcelona. Unos quince días, calculo.

—¿Y me lo dices así, por teléfono?

—Ha ido todo muy rápido.

—Pues no pierdas más el tiempo, rico.

Y le colgó.

—Si estalla la guerra civil y no vuelvo, te repartes toda esta comida con Charo.

—Ya lo había pensado, jefe. Y si me necesita, llámeme.

—Añoraré tus guisos, Biscuter. Me voy a una ciudad que sólo ha aportado un cocido, una tortilla y unos callos al acervo de la cultura gastronómica del país.

—¿Qué tortilla?

—La tortilla del Tío Lucas. Si llaman los hermanos Lorenzo, los del robo de la patente de la puerta giratoria, les dices que vuelvan a llamar dentro de quince días.

Las Ramblas se preparaban para canalizar a los buscadores de restaurantes y cafeterías. Desaparecían los transeúntes de paso ligero y los corros de jubilados ante los quioscos de periódicos. En su lugar se conformaba una masa lenta, coloquiante, más feliz, ante la perspectiva de los misterios gastronómicos encerrados en los callejones umbríos donde brotaban cada día

nuevos restaurantes, una muestra más del pluralismo democrático ofrecido a la liberación del paternalismo gastronómico doméstico. En plena crisis de la sociedad patriarcal, los cabezas de familia buscaban nuevos restaurantes con la taquicardia de la aventura galante, de la salsa prohibida con crema de leche y trufas de Olot, platos con liguero y ropa interior negra transparente, platos oralgenitales, para comer a cuatro patas, con la lengua predispuesta a las polisemias de las hierbas aromáticas y los sofritos enriquecidos con picadas apiñonadas.

—Sorpréndame con algo que me ayude a despedirme memorablemente de esta ciudad durante un cierto tiempo.

El dueño de la charcutería de la calle Fernando señaló un vino rosado:

—Acaba de llegar. Es de Valladolid y es rosado natural por el tipo de uva.

—Me lo tomaré con un arroz con escupiñas.

Carvalho intentó comer en Les Quatre Barres reclamado por el «rape al ajo quemado», pero la calle estaba llena de putillas en paro y las cuatro mesas del restaurante iban a ser ocupadas por la cola de funcionarios del Ayuntamiento, de la Generalität, que iniciaban la reconstrucción de Catalunya a partir de la reconstrucción de sus propios paladares. Inútil también aguardar turno en el Agut d'Avignon, donde las mesas se reservaban con antelación equivalente a la que había exhibido Jane Fonda para conseguir plaza en un vuelo civil a la Luna. Además Carvalho no quería proporcionar al dueño la satisfacción de rechazar clientela, una satisfacción de iraní dando o quitando o aumentando el precio del petróleo. Prefirió, pues, ir caminando hacia la Boquería a comprar dos kilos de escupiñas y pescado para hacer caldo. Luego rescató el coche del parking de La Garduña para irse a tomar un bacalao *a l'hostal* en el figón Pa i Trago, una casa de comidas cercana al mercado de San Antonio, donde los seres humanos civilizados pueden desayunar *capipota* con *sanfaina* desde las nueve de la mañana.

Entre el hermoso bacalao superviviente de aquellos bacalaos míticos que llegaban desde Terranova a los restaurantes barceloneses anteriores a la guerra civil y un segundo plato de tripa a la catalana con judías, Carvalho llamó al local del Comité Central del PSUC reclamando a Salvatella.

—Mañana temprano me voy a Madrid, pero me gustaría charlar con usted, con calma. Le invito a cenar en mi casa.

El otro tenía la noche muy ocupada. Tenía que explicar los acuerdos del último Comité Central en una agrupación del extrarradio y luego preparar una intervención sobre el proyecto de ley electoral que iba a debatirse dos días después en el Parlament de Catalunya.

—Imagínese además la reunión de agrupación después del asesinato de Garrido.

—Creo que hay un orden de prioridades y que hablar de mi gestión es ahora prioritario.

—Desde luego.

—Además pensaba guisar un arroz con escupiñas, muy parecido al arroz de Arzac.

—Arzac lo hace con kokotxas.

—Y también con almejas.

—Puede ser un arroz muy interesante. Iré a la reunión de la agrupación y después acepto su invitación.

—Estamos condenados a entendernos.



Orientó a Salvatella para que localizara su casa de Vallvidrera. Sin ceder el teléfono a la mujer que le urgía prisa con tetas y ojos endurecidos por el *rimmel* y un cruzado mágico, Carvalho llamó a Enríe Fuster, su gestor y vecino.

—¿Te interesa cenar con un comunista?

—Depende de lo que se cene. Además tú ya sabes que no voto a los comunistas.

—Arroz con escupiñas.

—¿Vino?

—Viña Esmeralda o Watrau, según tengas un talante adolescente o maduro.

—Adolescente hasta la muerte.

—Entonces Viña Esmeralda.

—¿El comunista ese es de la facción rollo o de la facción nostálgica?

—De la facción gastronómica.

—Ya no saben qué hacer para ganar votos. Iré. ¿Smoking?

—Traje oscuro.

Contra todas las reglas del paladar, Carvalho quiso despedirse del barrio tomando una horchata en la heladería de la calle Parlamento, donde se toma la mejor horchata de Barcelona. Pero estaba vacía, secos los pozos metálicos de la horchata, deshabitada como un urinario público la estancia revestida de azulejos iluminados por un neón de tarde oscura. Se metió por la calle de la Cera ancha entre gitanos que habían trasladado sus taburetes y carajillos a los bares de la Ronda y de la esquina con la calle Salvadors. Eran los mismos o hijos de los mismos que él había visto bailar y sobrevivir en las puertas del bar Moderno o del Alujas, en los años cuarenta, desde el balcón de una casa construida en 1846, dos años antes de la publicación del Manifiesto comunista, en un evidente gesto de optimismo histórico por parte del constructor. La calle de la Cera ancha se bifurcaba en la de la Botella y de la Cera estrecha, donde el cine Padró había dejado de ser cine de viejos, gitanos y niños campaneros para convertirse en Filmoteca. Quién te ha visto y quién te ve, barrio del Padró, repoblado de inmigración cosmopolita, guineanos, chilenos, uruguayos, muchachos y muchachas en flor y marihuana ensayando relaciones posmatrimoniales, prematrimoniales, antimatrimoniales, librerías contraculturales donde el nazi de Hermann Hesse coexistía con el manual escrito por cualquier yogui de Freguenal de la Sierra, barrio desnudo desde que habían desaparecido las estraperlistas callejeras y Pepa la Rifadora, sin otras supervivencias heroicas que la de la fuente de El Padró, la capilla románica a medio descubrir entre un colegio de barrio y una sastrería, con el ábside en otro tiempo repartido entre un estanco y un herrero y la no menos superviviente casa de condones La Pajarita, declarable de interés nacional o monumento histórico a poco que Jordi Pujol, presidente de la Generalitat de Catalunya, atendiese la demanda en este sentido que Carvalho pensaba enviarle un día de éstos.

## 6

La cercanía del invierno se notaba en los rápidos crepúsculos sobre el Valles, mientras al otro lado de la casa de Carvalho, Barcelona aceptaba la noche sobre el mar, las contaminaciones y el desigual reparto del lucerío urbano incipiente. Las ciudades se aceptan porque abrigan, como las patrias o los recuerdos. Carvalho presentía un viaje frío, una estancia de extranjero en una ciudad en la que nunca había sido feliz ni infeliz, que aparecía de pronto en el paisaje asolado como un milagro de cartón piedra repetible en Las Vegas o en Brasilia. Mientras en el fuego cocían los pescados para deshabetarse de aromas y traspasarlos al caldo, Carvalho lavaba y relavaba las escupiñas, en decidida lucha con las arenas escondidas en sus surcos. Más parecían frutos de tierra que de mar e incluso luego cuando se abrieron al vapor enseñaron la dureza de almejas pobres, distantes de la finura enfermiza de las almejas ricas, delicadas de color y salud. En cambio la escupiña exigía dientes, masticación en serio, para revelar sus profundos sabores escondidos en recias texturas. Rehogó el arroz en un sofrito de cebolla previamente hecho en la cazuela. Coló el caldo de pescado y tiró las herviduras. Filtró el caldo lechoso dejado por las almejas y esperó a que se enfriasen las valvas para arrancarles el cuerpo cocido y reducido a la medida humana. Los mariscos son seres inacabados cuando están crudos y sólo el calor de la muerte les proporciona límites, volúmenes definitivos. Hizo un picadillo generoso de ajo y perejil. Tras una ojeada a todo lo predispuesto para iniciar el guiso cuando llegaran los invitados, se fue a su habitación para arrancar la maleta de su sueño de armario profundo y llenarla con cinco mudas, el neceser y un mazo de puros palmeros que le había regalado el penúltimo cliente. Repasó la pistola y comprobó el resorte de la navaja automática cuatro o cinco veces. Luego se tumbó, dispuso un ojo hacia la chimenea apagada, el otro hacia el lucerío creciente de la ciudad. Comprobó sus resortes musculares para ponerse en pie de un solo impulso. Tuvo que hacerlo en dos veces y volvió a tumbarse para probar de izarse de golpe. Lo consiguió y se fue hacia la biblioteca llena de mellas y derrumbamientos, de libros deformes por un mal apoyo o por la asfixia excesiva a que les sometían libros mayores. Eligió *El problema de la vivienda*, de Engels, del que le bastó leer: «Tercera parte: observaciones complementarias acerca de Proudhon y el problema de la vivienda» para decidir que tenía bien merecido el fuego. Rompió el libro en tres pedazos, arrugó las páginas para airearlas y permitir la combustión y empezó a ordenar el edificio de teas y ramas sobre las ruinas de uno de los libros más insuficientes de Engels. El fuego subió como una lengua persuasiva y a Carvalho le asaltó la evidencia de que tardaría demasiados días en recuperar aquella ceremonia, días que obrarían a favor de la pasiva resistencia de su biblioteca

a ser incendiada a la velocidad requerida como justo castigo a la cantidad de verdades inútiles e insuficientes que reunía. Decidió, pues, permitirse un acto gratuito y quemar un libro en la fogata inapelable. No escogió al azar, sino que rebuscó en las estanterías de Preceptiva y Crítica Literaria para sorprender una antología de supuesta poesía erótica castellana de los convictos y confesos ciudadanos Bernatán y García, culpables de haber seleccionado versos cilicios, capadores de cualquier rincón de la piel predispuesto aunque fuera al más imaginario de los erotismos. Se tragó el fuego el libro relamiéndose y Carvalho volvió a tumbarse, satisfecho de la oportunidad que acababa de conceder a los hombres futuros para que no recibieran desorientadora información sobre los usos y abusos eróticos de la España del siglo XX. Sonó el teléfono:

—¿José Carvalho?

—Sí.

—Le aconsejamos, por su bien, que no haga tonterías.

—¿Lo dice por la quema del libro? ¿Quién es usted, Bernatán o García? ¿Acaso Engels?

—No se haga el gracioso. Deje a los muertos en paz y sobre todo a ese muerto que usted sabe. Se lo merecía. No recibirá más advertencias.

Era una voz de policía de película de Bardem, en el supuesto caso de que a Bardem le hubieran dejado hacer películas con policías reales. Carvalho se llenó un vaso de orujo frío y con él en la mano recibió a Enric Fuster.

—Te traigo trufas de Villores conservadas en coñac.

—¿Qué tienen las trufas de tu pueblo que no tengan las de cualquier otra parte?

—El aroma.

Fuster se frotó las manos al ver el fuego encendido y luego se llevó un dedo a la sien cuando vio el alma carbonizada del libro arrojado a las llamas.

—¿Lo has consultado con un siquiatra?

El gestor le tendió una factura por los trámites y pagos de la declaración de renta.

—¿No te has equivocado de cliente? ¿Quieres decir que ésta no es la factura de Pujol?

—*Vertumnis, quotquot sunt natus miquis*, decía el gran Horacio.

—Una advertencia. Si quieres que te pague la factura has de asistir como testigo de parte a mi encuentro con un pez gordo de los comunistas. Lo diga yo o no lo diga, tú has de ejercer de testigo y luego callarte como un muerto todo lo que escuches. Lo de callarte como un muerto no es una frase hecha. Acaban de amenazarme por teléfono.

—¿En qué lío te has metido?

—El asesinato de Garrido. Yo investigo por encargo del partido.

—Prosperas, Pepe. Acabarás actuando de extra en una novela de Le Carré.

—¿Qué piensas del asunto?

—Puede haber quinientos o seiscientos motivos y unos dos millones de candidatos a asesino.

—Una habitación cerrada con los accesos guardados por el servicio de orden. Dentro de la habitación ciento cuarenta miembros del Comité Central de los que ciento treinta y nueve pueden ser el asesino. Ese es todo el planteamiento del problema. A no ser que alguien consiguiera burlar la vigilancia, entrar, matarle y volver a salir. Lo más realista es que el asesino estuviera dentro y utilizara cómplices para apagar la luz.

—¿Qué dice el partido?

—Se niega a admitir que el asesino estuviera dentro.

—Parece un caso de novela inglesa.

—El caso típico del asesinato en una habitación cerrada por dentro y sin salida. Pero en las novelas inglesas el asesinado es lo único que aparece en la habitación. En este caso aparece acompañado de ciento treinta y nueve acompañantes. Más parece un chiste de chinos o gallegos que una novela policíaca inglesa.

Salvatella apretó el timbre con la misma educación con que ofreció a Carvalho el obsequio, a su decir modesto pero interesante, de la reproducción facsímil de los primeros números de *Horizons*, una revista cultural de aparición clandestina bajo el franquismo. Carvalho se prometió quemarla hacia 1984 en compañía de la obra de Orwell. Mientras ganaban la puerta a través del jardín engravillado le advirtió de la presencia de Fuster.

—No se preocupe. Es mi socio. No tengo secretos para él. Secretos profesionales, se entiende.

Subrayó la palabra socio cuando hizo las presentaciones, y las cejas rubias de Fuster se angularon mefistofélicamente tras las gafas caedizas que le permitían conservar el aire de estudiante sorboniano maltratado por una calvicie frailuna. Ignoró lo que hablaron Fuster y Salvatella mientras él recalentaba el arroz rehogado en la cebolla, le añadía el caldo dejado por las almejas y el suficiente caldo de pescado para que la masa de arroz quedara superada por un dedo de líquido. Esperó a que arrancara fuerte el hervor, mantuvo la intensidad del fuego diez minutos, luego la bajó y a continuación repartió las almejas sobre la superficie del arroz, para ofrecerles finalmente la ofrenda floral del picadillo de ajo y perejil. Fuster mientras tanto hacía los honores a Salvatella a base de jerez frío y aceitunas rellenas de almendras. La conversación se adentraba por las profundidades de la raya entre Castellón y Aragón, privilegiado rincón del mundo donde había nacido Fuster y de donde había salido para estudiar en Barcelona, París y Londres en un viaje que deseaba fuera de ida y vuelta. Salvatella hacía preguntas muy interesadas sobre el valencianismo anticatalanista. Diríase que tomaba apuntes de no tener las manos ocupadas en retener el vaso que Fuster alimentaba con el celo de un camarero de postín y en cazar las huidizas aceitunas con diente de almendra. Luego elogió la elección del Viña Esmeralda, demostrando erudición sobre el tema al mencionar el libro sobre vinos escrito por el fabricante y se quedó extasiado tras llevarse a la boca el tercer tenedor cargado con el arroz aromatizado por las almejas y la picada de ajo y perejil.

—Es la antítesis del arroz a la valenciana. Sencillez frente a barroco —concluyó Salvatella, y las cabezadas de Fuster significaron que elevaba las conclusiones a definitivas.

## 7

—¿Ustedes los comunistas siempre son comunistas? Ahora, por ejemplo, en plena digestión de una cena, supongo que agradable, ¿es usted comunista?

—Probablemente sí, pero no como usted se lo imagina. Estoy aquí porque soy comunista. La circunstancia de serlo me ha traído aquí. Me encuentro a gusto con ustedes. Nos une una agradable experiencia compartida. La posibilidad de conversar. Pero en cuanto usted empiece a hacerme preguntas sobre el partido reaccionaré como lo que soy, un hombre de partido.

—Y usted me contestará lo que considere que interesa al partido.

—Al partido le interesa descubrir al asesino de Garrido. Ha sido un asesinato contra el partido, contra la clase obrera, contra la democracia. Por lo tanto, no hay antagonismo entre lo que usted quiere saber y lo que yo debo decirle, aunque le advierto que yo no podré serle tan útil como mis camaradas del PCE. Es un partido hermano del nuestro, pero otro partido. Se corresponde a otras realidades.

—Supongamos que no ha sido un crimen emocional. Una venganza personal, por ejemplo. Supongamos que ha sido un crimen político. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Desacreditar al partido. Dejarle sin un dirigente histórico que lo ha encabezado durante casi treinta años. ¿Le parece poco?

—Me parece insuficiente, a no ser que sea el primer paso de un proceso de desestabilización, como ustedes dicen, para cambiar el sistema político. Eso si el asesinato viene de la derecha. Si no hay esa finalidad, me parece un acto desmesurado. Sin sentido. Ustedes no son hoy por hoy una amenaza para la derecha, son una amenaza potencial, latente, pero no necesitan exterminarles. Ni siquiera son una alternativa de poder.

—Nos subestima. Tal vez no tengamos una presencia relevante cuantitativamente hablando. Pero sí tenemos una importante presencia cualitativa. Cuando se sale de una dictadura en general, sólo están realmente organizados los que han combatido sistemáticamente contra esa dictadura. En el caso de España éramos los comunistas. Eso nos hace imprescindibles en cualquier estrategia de izquierdas —y para cualquier proceso de consolidación democrática. Lógicamente los socialistas se hinchan de votos que corresponden a tendencias sociales invertebradas. Nuestros votos se corresponden a tendencias sociales vertebradas. Es un voto difícil, poco rentable a la corta, implica un alto nivel de conciencia política y, por lo tanto, una capacidad de acción política superior a la del voto socialista, aunque sea cuantitativamente mayor. Eso por una parte. Por otra, no olvide que respaldamos e influimos sobre la primera fuerza sindical del país.

—De momento.

Salvatella aceptó amablemente la apostilla de Fuster:

—En efecto, de momento. Se han convocado las elecciones sindicales y la batalla entre Comisiones Obreras y UGT va a ser encarnizada.

—Podían haber atentado contra Garrido en la calle o podían haber tratado de desacreditarle orquestando una campaña o creando problemas internos. No sería el primer caso. ¿Por qué el asesinato, que coloca al país entero al borde del abismo? ¿Por qué en un escenario que culpabiliza al partido como colectivo?

—¿Ha leído la prensa de hoy?

—Por encima.

—Lea la prensa madrileña. Es una prensa directamente conectada con grupos de presión políticos y económicos. Ya dan por sentada la culpabilidad de los comunistas en este parricidio; exactamente «Parricidio comunista», titula *Ya*, diario de la derecha democristiana y de la Iglesia. *ABC*, diario conectado con el capital bancario y con la mismísima Casa real: «Ajuste de cuentas en el Comité Central.» *Cambio 16*, una revista muy influyente y conectada con sectores determinantes de las modas políticas del palacio real: «La lucha por el poder.» *El País* intenta racionalizar los hechos, no en balde uno de sus editorialistas es un conocidísimo ex comunista, pero tampoco prescinde de una cierta morbosidad entre líneas: «La oposición a Garrido crecía en el interior del partido», dicen.

—¿Crecía esa oposición?

—Garrido era tan discutido como indiscutible.

—Como un Papa de Roma.

—O como un secretario general del PSOE o como un presidente de UCD o de la SPD o del Partido Conservador británico. Los líderes no son caprichos arbitrarios impuestos por la moda o por sorteo. Son el resultado de una selección natural en consonancia con las necesidades de cada partido.

—Usted asistió a la reunión del Comité Central.

—Sí.

—Todo fue normal hasta el momento del asesinato.

—Normal.

—¿Y después? ¿Qué pensó usted, cuando vio el cadáver de Garrido sobre la mesa?

—Todo, menos que había sido asesinado. Luego formé parte de un piquete para que nadie saliera de la sala y nadie entrara. Comprobamos que todos los que estábamos allí en aquel momento éramos miembros del Comité Central.

—¿Entonces?

—Eso ya empieza a ser problema suyo.

—Usted fue juzgado en Barcelona hacia fines de los cincuenta. Condenado a más de un siglo de cárcel. Salió a la calle a fines de los sesenta. ¿Y luego?

—Pasé a la clandestinidad y allí estuve hasta la legalización en 1977. Es una historia casi vulgar en nuestro partido. Cuando se reúne un Comité Central se reúnen más de cinco siglos de condenas.

—Usted ha sido siempre un profesional.

—Siempre no. Lo soy desde 1941, cuando organicé el maquis en el Rosellón. Soy un profesional en el sentido leninista de la palabra. Mi trabajo es hacer la revolución. Primero en las montañas, luego en la cárcel, después en las esquinas de la ciudad, con el cuello de la gabardina subido. Ahora sentado tras de una mesa, preparando una enmienda a la totalidad a un proyecto de ley electoral.

—¿Acumula usted agravios contra el partido?

—¿Contra mí mismo?

—Hay quien manda más que usted.

—Más que yo manda el Comité Central, que decide como un colectivo. Tanto el ejecutivo como el secretario general no hacen más que interpretar las decisiones del Comité Central.

—Me suena a cuento de hadas.

—Usted ya sabe que los cuentos de hadas a veces son cuentos de brujas.

Reía Salvatella la broma, incontenible, como si se liberara de un lenguaje colectivo y recuperara su propia capacidad de hablar.

—La comunión de los santos, el perdón de los pecados, la redención de la carne, la vida perdurable... —rezó Fuster.

—Amén —concluyó Salvatella y era evidente que daba por concluida la reunión porque tenía la mano, agradecía la cena, advertía que «los camaradas» irían a esperar a Carvalho al aeropuerto, llegara a la hora que llegara.

—¿Cómo les conoceré? ¿Vendrá Santos?

—Cuanto menos le vean junto a Santos, mejor. Montarán guardia en el puente aéreo.

Carvalho dejó para el final el golpe de efecto:

—Me han amenazado por teléfono. Me han dicho que o dejo el caso o me matarán. Que yo sepa, esta vinculación sólo la conocíamos Santos Pacheco, usted y yo.

Salvatella tardó en contestar:

—Pueden habernos seguido.

—Eran más eficaces en la clandestinidad.

—A veces. No siempre.

## 8

Había leído sobre el tema, como el enfermo que devora libros de medicina sobre su mal o el condenado a muerte que acaba sabiendo el Código Penal mejor que su abogado. Nada tan parecido a un ex comunista como un ex cura. Pecar contra la Historia o pecar contra Dios. ¿Qué diferencia había? La literatura se había aplicado a hacer una tipificación de casos posibles. Koestler o el renegado. Orwell o el apóstata. Bujarin o el autoinmolado. El caso de Carvalho nunca sería motivo de estudio, tal vez porque suponía que era el caso más normal en períodos en que la Historia se vive sin dramatismos excesivos y además uno rompe con su mundo y orienta su vida en función de puntos cardinales diferentes. Dejar el partido para ser lector de español en una Universidad mediocre del *Middle West*, entrar como traductor en una oficina de información del Departamento de Estado, recibir un día la oferta de trabajar en misiones especiales de información y contemplarse de pronto ante el espejo para descubrir allí a un agente de la CÍA que va a viajar por medio mundo, sumar quinquenios y volver, quizás, algún día a casa a vivir como un jubilado. Durante los interrogatorios en la Brigada Social jamás le pareció ser el héroe de su propia historia, sino una pieza del engranaje que debía resistir y cumplir la misión de que no se rompiera el engranaje. Cuando recibía golpes y le asomaban a la ventana amenazándole con el vacío mientras Fonseca musitaba desde el fondo de la habitación: «Merecerías que te tirasen», actuaba con la seguridad que le daba su propia poca importancia. Los gritos que se colaban desde otros despachos cuando se abría la puerta le sumergían en la fatalidad de una situación que escapaba a su posibilidad de elegir. Luego, mientras le conducían a la cárcel en el coche celular, aceptó el cigarrillo que le ofrecía Cerdán y al ver sus manos esposadas fue cuando se dio cuenta de que él también las llevaba esposadas, y una angustia de guillotina le seccionó las muñecas. Cerdán era un líder. Un prometedor líder que había asimilado el lenguaje del partido y permitía que el partido se reconociese en él.

—Al menos me he librado del juicio por indisciplina —dijo Carvalho cuando pudo tumbarse en el jergón de la celda que compartía con Cerdán y un obrero de la Maquinista al que le habían roto la clavícula durante los interrogatorios.

—Olvídalo. Ha sido un malentendido.

—¿A qué me habríais condenado?

—Son tiempos duros, Pepe. Si juzgas duramente la incomprensión de los demás, juzga también duramente tu propia incomprensión.

La madre que le parió. Siempre tenía respuesta para todo. Seis semanas antes de la condena de



Stalin en el XX Congreso le había rebatido punto por punto todas las críticas que Carvalho hacía del estalinismo. Luego olvidó su inmediato pasado estalinista con la velocidad con que los niños olvidan sus pequeños pecados. Que florezcan las mil flores y por un realismo sin fronteras. Mientras Carvalho veía en el techo de la celda la prolongación del cielo enmarcado por las tapias y en el cielo enmarcado por las tapias la prolongación del techo de la celda, Cerdán organizaba un cursillo sobre la influencia de Ricardo en Marx y explicaba a los obreros qué papel desempeñaba la «huelga nacional pacífica de veinticuatro horas» en la caída del fascismo, en el «... asalto a la contradicción de primer plano», como estaba de moda decir entonces. Cerdán hablaba con la nariz cuando se dirigía a otros sacerdotes del espíritu y cuando lo hacía a la clase obrera parecía una maestra de primera enseñanza explicando que las mesas tienen cuatro patas y las pelotas son redondas.

—Cuando salga de la cárcel pediré ser «liberado» y tal vez entre a trabajar en una fábrica. Marx dice que no puedes entender los problemas de la gente si no comes su pan y bebes su vino. ¿Tú qué harás? Hacer carrera universitaria me parece una muestra de egoísmo individualista, una manifestación de personalismo evasivo. ¿Tú que harás?

Carvalho bajaba la vista del techo o del cielo para contemplar a Cerdán haciendo gimnasia mañana tras otra en el breve espacio que dejaban las literas y el camastro donde dormía el obrero de la Maquinista. Hacía gimnasia, pedía libros de Álgebra Moderna y Lógica Matemática, estudiaba alemán, no comía nada que no le reportase las vitaminas y las proteínas suficientes para salir de allí y no perderse la «huelga nacional pacífica de veinticuatro horas».

—Imagínate que es de doce horas. O de treinta y seis.

El obrero de la Maquinista reía aguantándose el estómago con una mano y la clavícula con la otra, pero Cerdán se limitaba a apretar los dientes amablemente, gesto digno de agradecer y mucho más agradable que cuando apretaba los dientes sin amabilidad o para adquirir la suficiente conciencia de sí mismo como para lanzarse a un largo discurso sobre la identidad entre moral individual, moral de clase y moral histórica.

—No está bien que introduzcas el derrotismo entre los obreros. Y mucho menos aquí —le dijo Cerdán en un aparte o tal vez en la ducha, donde el líder se exponía al chorro helado con la parsimonia de un relojero.

Luego secaba su cuerpo pequeño, blanco, musculado, rematado con una cabeza de pájaro triste con el pelo cortado a la alemana y lo secaba persiguiendo humedades, desajustes en el termostato interior que pudieran averiar su maquinaria de pensar y hacer la revolución. Algún misterioso influjo debía tener sobre su propio cuerpo porque cuando cagaba en la taza que compartían los tres pobladores de la celda, su mierda era la menos olorosa y sólo molestaba un bouquet final a regaliz que Carvalho atribuyó al aceite de hígado de bacalao que la familia le metía para que Cerdán conservase su condición de animal joven, enfermo de plenitud mental.

—La cárcel no es deseable. No te da un certificado de calidad combatiente. Pero es una experiencia necesaria en la vida de un revolucionario. A ti te ha hecho un favor enorme.

—¿Por qué?

—Tu conducta fuera había levantado sospechas. Incluso se te vio un día saliendo de Vía Layetana y desde arriba me dijeron que te vigiláramos, que podías ser un confidente.

Sonaban a lo lejos los inapelables cerrojos tras el recuento. Herían cualquier piel del espíritu como hachas tronchando pájaros diminutos. En la posición de firmes a la espera de que el funcionario les examinase y cerrase la puerta, Carvalho musitó:

—Sigue.

—Te puse en cuarentena. Hablé con varios camaradas para que se pusieran en guardia, aunque les advertí que podía tratarse de un error. Ahora ya no hay dudas.

Hacía cinco años que se conocían. Cinco años que compartían las zozobras de la clandestinidad. La azarosa sensación de salir de casa con un fajo de octavillas con la posibilidad de no volver hasta cinco o seis años después. Cinco años de intercambiarse maletas de doble fondo, de recibir contactos con el exterior que entraban en España para volver a salir por el mismo túnel de entrada, desconfiados de lo que no pudieran enterarse a través de *Mundo Obrero* o de *Radio España Independiente*. Cinco años descubriendo juntos a Sartre, Marx, Brassens, Shostakovich, Maiakovski, Lefébvre, Pratolini, Ostrovski, Sholajov... Cuando terminó el recuento y cerraron la celda, Carvalho esperó que Cerdán se volviera para decirle:

—Eres un hijo de la gran puta.

Cerdán le respondió con una sonrisa condescendiente. La sonrisa que se dirige a los que nunca estarán a nuestra altura, a pesar de todo lo que hacemos por ellos. Un mes después trasladaron a Cerdán a Burgos y Carvalho no evitó un abrazo de final de película soviética. Cerdán avanzó por la galería consiguiendo una meritoria marcialidad a pesar de que le habían obligado a ponerse un enorme traje gris de presidiario cosido con grapadora.

En el periódico que le había dado la azafata del avión que le llevaba a Madrid, se decía que Justo Cerdán había sido interrogado en relación con el asesinato de Fernando Garrido. El periódico resumía la biografía del disidente del PCE, ahora dirigente de los movimientos radicales extraparlamentarios y feroz crítico del reformismo de Garrido. Aunque no se le suponía directamente implicado en el asesinato, se sospechaba que la influencia del en otro tiempo señalado como delfín de Garrido seguía vigente sobre amplios sectores del partido. El asesinato, en suma, podía ser fruto de una conspiración interna para terminar con el largo mandato de un dirigente considerado funesto por los sectores más izquierdistas de la organización.

## 9

Se esperaba un comité de recepción encabezado por algún antiguo obrero reconvertido en funcionario del partido y en cambio fue recibido por dos muchachos recién salidos de una comedia de costumbres pasotas. Aunque no le llamaron «tío», ni «macho», no fue por falta de ganas, prudentemente reprimidas por los encargos que se les había hecho desde la dirección. Deben utilizarlos para despistar y hacer caer sobre el recién llegado las sospechas de la Brigada Antinarcóticos, no de la Brigada Antiterrorista. Los chicos procuraban portarse bien con él y hasta le ofrecieron un bocata en el bar del aeropuerto por si no había desayunado.

—Prefiero venenos más contundentes. Más rápidos.

Tenían dos sentidos del humor muy diferentes, separados por veinte años de degeneración del lenguaje. Carvalho se abstuvo, pues, de recurrir a la escuela de diálogo de los guionistas norteamericanos del mítico Hollywood de los años treinta y cuarenta y recurrió al lenguaje de ejecutivo japonés:

—Eso quien lo sabe es Fermín.

—Eso ha de preguntárselo al primo de Fede.

—Que no, tú, que el primo de Fede ya no está en Castelló.

—Lo pregunta luego, cuando cambiemos de coche.

Al encuentro del viajero salía el escaparate arquitectónico de la autopista de Barajas, donde se resumían diez años de absoluta confianza del país en sus arquitectos, prueba de confianza que el país jamás había concedido a grupo sacerdotal equivalente alguno. Al llegar a la altura de Torres Blancas, el coche giró a la derecha bruscamente y zigzagueó entre cochecitos llenos de madres teñidas de rubio para justificar lo rubios que eran sus hijos.

—¿Todos los niños de Madrid son rubios?

—No sé qué pasa, pero ahora todos salen igual.

—La contaminación.

—Pues la contaminación será.

Se detuvo el coche.

—Entre usted en aquella cafetería y verá una chica sentada leyendo *Diario 16*. Se presenta y ella lo acompañará.

La chica combinaba bocado de porra con traguito de cortado, sin inmutarse ante el tonelaje de desayunantes que la cercaban en su rareza de único ser humano sentado en toda la cafetería.

—¿Ha tenido buen viaje?

Luego el trayecto en el ochocientos cincuenta propició una amena conversación sobre lo poco que llovía últimamente en Madrid y lo mucho que llovía tiempo atrás, por ejemplo, cuando ella era pequeña. Tenía las piernas bonitas aunque un poco delgadas y el flequillo le permitía empujar la cara en dos ojos espléndidos ojeados, patéticos como su delgadez a lo Audrey Hepburn subrayada por el atuendo negro y lila.

—¿Qué hotel me han reservado?

—Uno que está en Ópera, pero no he de llevarle allí. Santos le espera en un domicilio particular.

Predominaba sobre las fachadas la leyenda: Comunistas, asesinos.

—Los de Fuerza Nueva se han pasado toda la noche pintando —le informó Carmela—; sí, llámeme Carmela. ¿Está en Barcelona tan mal el tráfico como aquí? Ustedes los catalanes tienen fama de conducir mejor. —Hacía mucho tiempo que nadie le calificaba de catalán—. Barcelona es otra cosa. Es Europa. Así se dice, ¿no?

—Creía que ya no se decía.

—Pues se dice. Sobre todo si hablas con un catalán. No sé por qué, pero se dice.

Carmela detuvo el coche ante un chaletito de la calle Jarama. Bajó del coche, miró a derecha e izquierda, le invitó a seguirla más allá de la verja de un jardín totalmente ocupado por el tronco y el andamiaje de las desnudas ramas de un sauce. Saludó con fragmentos de palabras a un hombre percherón que paseaba arriba y abajo del zaguán de entrada, con las manos en la espalda y subió una escalera de granito con una ligereza que obligó a Carvalho a subir los escalones de dos en dos. Tras la puerta tapizada de tela con clavijas doradas les esperaban Santos y un viejo fuerte que examinó a Carvalho con la sabiduría suspicaz de un sargento.

—El señor Carvalho, Julián Mir. Es el responsable de seguridad. Tendremos un breve encuentro para fijar el plan más inmediato. Carmela le acompañará luego al hotel y a partir del momento que usted quiera empezaremos a movernos según usted nos diga.

Carvalho quería ver el lugar del asesinato, un plano de la distribución del local, la situación personal de los miembros del Comité Central en las mesas, todos los datos que pudieran darle sobre los reunidos aquel día.

—¿Eso es todo?

—De momento, eso es todo.

—Antes de que acabe la mañana he de presentarle al delegado que el gobierno ha nombrado para relacionarse con usted y con Fonseca. También será inevitable un encuentro con Fonseca. Usted se moverá por Madrid en el coche de Carmela y con ella como único acompañante aparente. Digo aparente porque siempre les seguirá otro coche con dos camaradas. Son los dos que han ido a buscarle al aeropuerto. Desde la ventana no se ven, pero han aparcado en la esquina de arriba. Podrá conectar conmigo o con Julián a través de Carmela y siempre que quiera, sea la hora que sea. Tenga, para los primeros gastos.

Santos le tendió un sobre y Julián Mir un recibo para que firmase haber recibido cincuenta mil pesetas.

—Le mantendremos lejos de los locales centrales del partido. Al menos hay dos o tres servicios paralelos figoneando, aparte de los chicos de Fonseca. Lo sabemos porque nos lo ha

revelado el mismo delegado gubernamental. Nada pueden hacer para impedirlo.

—¡Estos sólo impiden piquetes de obreros! Para eso están.

Carvalho se preguntó si el mal humor de Mir era coyuntural o pertenecía a su habitual manera de ver la realidad incontrolable.

—Me han amenazado por teléfono. No me han dicho por qué, pero el motivo es obvio.

Mir cabeceó como si las palabras de Carvalho confirmasen viejas presunciones suyas. Santos cerró sus pestañas asintiendo y fue entonces cuando Carvalho se dio cuenta de que eran blancas como sus cabellos.

—Algo de eso me ha dicho Salvatella por teléfono.

—Algo no. Se lo habrá dicho todo. ¿Quién está enterado del trabajo que voy a hacer?

—El secretariado del Comité Ejecutivo. Es decir, seis personas en Madrid y Salvatella en Barcelona. Ni siquiera lo saben nuestros camaradas de la dirección de Catalunya, menos Salvatella que ha servido de enlace.

—¿Entonces?

—Todos nuestros teléfonos están intervenidos habitualmente. Con más razón ahora, se quejó Mir:

—¿El gobierno?

—Quién sabe. El gobierno está más nervioso que nosotros. O al menos lo aparenta. Me consta que han reforzado las medidas de seguridad y que han puesto en marcha un plan preventivo de golpes de Estado. El asesinato de Fernando puede ser una señal. En cualquier caso, no hemos hablado de su asunto por teléfono. Nos han seguido, no hay otra explicación, y al ver que entrábamos en contacto con usted se dieron cuenta de nuestro propósito.

—¿Quién?

—Si tuviera la respuesta, tal vez tendría la respuesta al asesinato de Fernando.

—Te lo advertí —le acusó Mir con un dedo.

—Tomamos todas las precauciones. Las mismas que en tiempos de clandestinidad. No porque creyéramos que nuestro encargo fuera á permanecer mucho tiempo en secreto, sino para ganar al menos el tiempo suficiente para que usted pudiera moverse a sus anchas por Madrid. Preocúpese lo menos posible. Su escolta va armada. Hemos recibido incluso autorización gubernamental.

—Eso va a complicar la cuestión económica.

Mir le miró como si ante sí tuviera a un explotador de la clase obrera. Santos, en cambio, le miraba con uno de los ojos semientornado, tratando de calcular cuánto valía la vida de Carvalho.

—El descuento se lo pediremos cuando nos pase la factura. Es una prueba de confianza en que podremos pagar y en que usted vivirá para cobrar.

—Hace años, y no sé dónde, leí que ustedes eran unos optimistas.

Santos no le dejó hacer el mutis perfecto y dijo a la espalda de Carvalho a punto de abandonar la habitación:

—De todos modos tenga en cuenta que nadie mejor que uno mismo para cuidarse.

—¿Y tú quién crees que ha matado al viejo?

## 10

Carmela aceptó el tuteo de su pasajero con una sonrisa de alivio.

—Pues no lo sé, porque últimamente matábamos poco. Estaba la cosa así como un poco sosa. Muy paliza, o sea, de parlamentario para arriba, ¿me explico?

El coche avanzaba por Serrano entre taxistas que charlaban con sus pasajeros y ayudaban a avanzar sus vehículos mediante bofetadas contra el volante de una u otra mano, la no empleada en acompañar la conversación. La muchacha conducía abrumada por un exceso de misiones: demostrar que las mujeres conducen bien, llevar cuanto antes a Carvalho a su hotel y comprobar que el coche escolta no se quedaba descolgado en algún semáforo.

—Oye, esta ciudad es un rollo para que te sigan. Ya quisiera ver yo una película americana de gánsters filmada en Madrid.

—¿Eres una profesional?

—¿Del taxi? ¿Tengo cara de taxista?

—No. Del partido.

—Si a ganar treinta y seis mil pesetas por todo el día y algunas noches, sin vacaciones tranquilas, ni pagas y hasta ahora sin médico del seguro, le llamas tú ser una profesional, pues sí, soy una profesional. Y además engancho carteles en mi barrio gratis y también les pongo el niño gratis.

—¿Qué niño?

—Mi hijo. Es portátil y me lo llevo a todas las manifestaciones en favor del divorcio y del aborto. Para que vean los de la tele que cuando hay que parir también parimos.

—¿El niño está de acuerdo?

—El niño pasa de todo. Como si le llevo a una manifestación contra los bocadillos de calamares. Como a él los que le gustan son los de frankfurt. Hablando en serio...

Volvió al territorio de su responsabilidad histórica con los ojos graves vueltos hacia Carvalho y un tono de voz de Miguel Strogoff, el correo del zar:

—Trabajo en el Central y me han destinado a esto porque creen que así todo parece más normal.

Llevaba unas medias blanquecinas, tal vez para dar mayor entidad a unas piernas en el justo límite de la delgadez o para ocultar las enramadas de venas azules que debían asomar a aquella piel transparente que se le pegaba a los pómulos, como forzando las cosas para dejar espacio a unos ojos negros bien pintados, excesivos, comiéndose el sitio de una nariz forzadamente pequeña

y de unas mejillas que al sonreír tenían que pedir permiso a la boca y dejar allí una suave arruga tensa como un arco, junto a las esquinas de labios constantemente humedecidos por una lengua pequeña. Un escaparate lleno de quesos sustituyó la cara de Carmela. Al fondo de la calle apareció a la derecha una plaza presidida por el edificio de la Ópera, un edificio corto de cuerpo, alto de piernas, con un hombro más alto que otro y, sin lugar a dudas, estrecho de cintura.

—Escalinata —musitó Carvalho al ponerse el coche a la altura de las escaleras que llevaban a la calle Escalinata.

—¿Conoces esto?

—Por aquí tenía amigos hace muchos años. Un pintor y su patrona y la hija de su patrona, recién llegada de Egipto.

—Esto se pone interesante. ¿Era una momia la chica?

—No. Era bailarina de flamenco. Lo suyo eran las sevillanas y en Egipto gustaban mucho las sevillanas.

Beethoven, ensimismado, ni mostró la intención siquiera de saludarles desde su condición de escayola y de animal de escaparate de tienda de objetos musicales. Se abrió la calle a la perspectiva de la plaza de Oriente, de sus cielos goyescos teloneros, pero fue un instante, porque Carmela rodeó los traseros de la Ópera y se metió en la plaza apuntando con el morro de su coche la cartelera del cine: *Kramer contra Kramer*.

—Ése es tu hotel. Te hemos reservado una habitación para una semana, de momento. Lo hemos pedido como Selecciones Progreso, S. A., no como partido. Oye, aquí lo tengo muy mal para esperarte en el coche.

—No me esperes.

—Oye, eso sí que no. Estás bajo mi responsabilidad y además nos siguen éstos.

—Quisiera pasar por la capilla ardiente.

—De capilla ardiente nada, chico. En el partido hay curas y se dice que hasta obispos, pero aún no montamos capillas ardientes a los secretarios generales.

—Dejo la maleta y vuelvo. Da una vuelta a la manzana.

El hotel Opera tenía la pulcra y enladrillada dignidad de un hotel inglés u holandés pegado al collage historificador de la plaza. No era el ladrillo de su fachada un aragonesismo ocre y algo polvoriento, sino el ladrillo con el que las nuevas casas de Amsterdam, Rotterdam o Chelsea tratan de simplificar el volumen sin perder los ritmos visuales de la arquitectura tradicional, ni caer en la hiriente intolerancia visual del hormigón. El hotel era una esquina que pedía perdón al neoclásico degradado y especialmente al giboso edificio del palacio de la Ópera, que más parecía un almacén para porras eléctricas de los *vopos* de la Unter der Linden. Dejó la maleta en manos de un botones no muy convencido del día que le esperaba y recuperó el calor del coche y de Carmela.

—Si no llegas a bajar se arma. Esos dos me han visto arrancar para dar la vuelta y ya me han echado las luces. Les he mandado a tomar viento. Podrían tener más intuición, digo yo, o un respeto por la iniciativa de una. ¿A la capilla ardiente, como tú dices?

—¿Dónde está?

—No disponíamos de ningún local propio que se prestara. Casi todos están en pisos e

imagínate tú el follón. Nos han dejado el zaguán de las Cortes. Yo te dejo en la plaza de Cánovas esquina carrera de San Jerónimo y te espero en el mismo sitio. Pero no te metas en la cola porque no acabas a tiempo y tenemos dos citas esta mañana.

Volvió a rodear el edificio de la Opera y salió a la plaza de Oriente, afrancesada y lenta. Para contrarrestar ese afrancesamiento se llamaba Bailen la calle que separaba las orillas del palacio y de la plaza, nacida para contemplar el palacio, cuestionarlo, destruirlo. El recorrido por Gran Vía, Alcalá y paseo del Prado le mostró la normalidad de la vida ciudadana, apenas alterada por la presencia de jeeps y autobuses blindados de la policía aparcados en la plaza España, el Callao, la Red de San Luis, en todas las encrucijadas o confluencias de calles importantes.

—Mucha bofia.

—Han formado un círculo en torno al área de las Cortes, por si a los ultras se les ocurre armarla.

Carvalho bajó del coche, remontó la cuesta en dirección a los oscuros leones que enmarcaban la entrada al palacio de las Cortes; ascendía paralelamente a la cola de pesameneros adosada a las fachadas por constantes y urgentes recomendaciones de la policía. Un sargento le cogió un brazo y le apartó mientras le decía en árabe que no se quedara estático ante la escalinata, que o hiciera cola o se fuera. Cruzó la calle y desde la acera de enfrente tuvo la perspectiva de la cola como un animal compacto que se metía en el palacio y luego salía con el esqueleto roto, como si en el interior del edificio algo hubiera quebrado su coherencia. No faltaban lágrimas, ni envaradas actitudes de curiosos desdeñosos, ni caras de estar de paso o por casualidad.

—¿Y qué dan ahí? —le preguntó un gracioso conejil con los agujeros de la nariz cavernarios y llenos de pelos.

—Hostias.

Bajó el otro los agujeros de su nariz y ensimismó los dientes en la boca cerrada. Se detuvo un coche tan oficial como negro y de él bajó un ex ministro de Cultura a cuyo alrededor revolotearon micrófonos y cuadernos alados sobre los que el señor De la Cierva inclinaba su poderosa cabeza senatorial y probablemente declaraba que, a pesar de la rivalidad política, reconocía que era una gran pérdida.

—¿Y ése quién es? —volvió a preguntarle el conejo gracioso, esta vez con ganas de ser realmente informado y recuperar la amistad del cáustico desconocido.

—Romanones.

—Tú has de decir: «Quiero sacarme el pasaporte, me espera el señor Plasencia.» Ellos ya te llevarán.



# 11

—Tú has de decir: «Quiero sacarme el pasaporte, me espera el señor Plasencia.» Ellos ya te llevarán.

Penetrar en la puerta de la Dirección General de Seguridad impresiona a cualquiera que tenga aunque sea una escasa noticia de la función que ha cumplido, cumple y cumplirá el edificio. Pero que a uno se le cuadre el guardia cuando le dice: «Quiero sacarme el pasaporte, me espera el señor Plasencia», le coloca inmediatamente sobre los hombros un manto real y se oyen ecos progresivos de alabarderos proclamando: «Pepe Carvalho... Pepe... Carvalho.» El señor Plasencia le miró por encima de las gafas, se frotó las manos llenas de sabañones y le alejó de los despachos bulliciosos donde los funcionarios interrogaban las páginas deportivas de los diarios de la mañana y alguien preguntaba: «¿Tenemos relaciones diplomáticas con Mongolia Exterior?»

—Con Mongolia Exterior. No te jode —refunfuñó malhumorado Plasencia mientras alzaba los ojos hacia el ascensorillo que bajaba con asmática lentitud.

—¿Sabe usted dónde está Mongolia Exterior?

—Entre la Unión Soviética y China.

Plasencia le miró admirado y le abrió la puerta del ascensor para que pasara.

—Pues muy pocos sabrían decirlo.

Plasencia le miraba de reojo, con un ojo inmenso educado y deformado por la sospecha. Era evidente que Carvalho no era mongol, ni chino, ¿soviético? Para Plasencia, Mongolia Exterior había sido durante muchos años un país prohibido en los pasaportes de los españoles, un país prohibido por Su Excelencia y sus motivos tendría Su Excelencia. Le parecía como si no hubiera ningún derecho a saber algo sobre un país prohibido, y si alguien sabía incluso dónde estaba, ese alguien no era trigo limpio. Salieron a un largo pasillo de embaldosado corinto, paredes tapizadas de papel verde, sin apenas puertas. A su encuentro vino un hombre lento con las orejas puntiagudas y medio kilo de ojeras marrones amontonadas debajo de cada ojo. Plasencialadeó la cabeza para señalar a Carvalho, y el otro miró la mercancía con recelo, como si se creyera en la obligación de no creer lo que veía.

—¿Carvalho?

—Sí.

—El carnet de identidad.

—Ya lo he visto yo.

—Cuatro ojos ven más que dos.

Molesto con su colega, el ojeroso leyó detenidamente todos los datos del carnet a una velocidad de *vopo* berlinés o de párvulo escasamente letrado.

—¿Nombre de su madre?

—Ofelia.

—¿Era extranjera?

—No. Gallega.

—Pues no me suena este nombre en Galicia.

Plasencia les dejó refunfuñante y el ojeroso se relajó.

—Sígame —dijo dando la espalda a Carvalho para remontar el pasillo hasta una ventana que daba a la pared desconchada de un patio interior o un callejón.

Cuando parecía que iba a tirarse por la ventana, el ojeroso dio media vuelta y se introdujo por una puerta que daba casi sin transición a una escalerilla. Desembocaron en una habitación cuadrada sin más puerta que la de un ascensor. Se introdujeron y el hombre pulsó el botón de abajo de todo. Carvalho calculó que debían de bajar hasta el último sótano. El ascensor se abrió a un recibidor enmoquetado y amueblado según los criterios de confort de los *wagons-lit* de entreguerras. Todo olía a humedad y las huellas del tiempo decoloraban las juntas de cualquier objeto, como si por allí empezara el anuncio de su descomposición. Un ujier tomó la filiación de Carvalho y el ojeroso traspasó su acompañante a un muchachito con aspecto de locutor de televisión, enchalecado, con laca en el pelo y la sonrisa. Al abrirse la alta puerta forrada de piel comprendió que había llegado al final del viaje. Santos se levantó casi al mismo tiempo que el ministro del Interior y otro muchacho enchalecado que le fue presentado como subdirector de no sé qué adjunto a un director de Presidencia del Gobierno. El ministro dio el parte de guerra: él era el primer interesado en que las cosas se resolvieran y en este caso resolverse era aclararse, aclararse cuanto antes. El señor Pérez-Montesa de la Hinestrilla había sido delegado por el mismísimo jefe de Gobierno para formar un triunvirato: gobierno-partido-ministro del Interior con tal de conseguir una colaboración más estrecha. Pérez-Montesa de la Hinestrilla le sonrió cordialmente, como si tratara de venderle un Ford Granada o una finca en Torremolinos. Santos hizo el resumen de la situación en el más impecable estilo de fin de acto comunista. Los tres se quedaron mirando a Carvalho a la espera de lo que dijera.

—Tal vez ganaríamos algo haciendo una lista de quién no le mató.

El chico del chaleco se echó a reír, el ministro del Interior tardó en comprender y Santos inclinó la cabeza abatido. No se esperaba aquella puñalada humorística. Una pronunciada nuez sobre un chaleco de tweed empezó a hablar:

—El gobierno contempla, por supuesto, toda suerte de posibilidades y aunque está en disposición de atemperar el resultado de cualquier investigación, piensa ultimar, en grado sumo, el proceso investigador hasta llegar a sus derivados finales, por engorrosos que sean, habida cuenta de que nos jugamos no ya la credibilidad del gobierno, sino la credibilidad del proceso democrático, del Estado de las autonomías.

Con razón había leído Carvalho en el periódico que los escritores de Madrid eran partidarios de resucitar el barroco. Es un problema mental reflejado ya en los subdirectores generales.

—¿Qué posibilidad contempla el gobierno más que cualquier otra?

Pérez-Montesa de la Hinestrilla tomó aire afilando la punta de la nariz y el hociquillo y se zambulló en dos folios de vaguedades hasta ofrecer la conclusión de que el gobierno no contemplaba otra cosa que el tráfico por la Castellana. El ministro del Interior lo corroboró plenamente:

—Ni más ni menos.

Santos trataba de aplicar el materialismo histórico a la situación concreta y el materialismo dialéctico a la situación en abstracto. Así lo comprendió Carvalho cuando vio que el viejo comunista, en su callada exasperación, bizqueaba. Se informó a Carvalho que podía contar a toda hora, insistieron, a toda hora, con Pérez-Montesa de la Hinestrilla y con el comisario Fonseca.

—¿Por qué han elegido a Fonseca?

—Porque es nuestro mejor funcionario y ante los casos más difíciles hay que recurrir a los mejores funcionarios.

El ministro del Interior había adelantado los hombros y los ojos con una potencia disuasoria asomando en los ojos carbonizados, brillantes:

—No toleraré que se me discuta la competencia de mis funcionarios y mi competencia para elegirlos.

—No seré yo quien se lo discuta. Pero Fonseca...

El ministro golpeó la mesa con la suficiente contención como para que nunca pudiera decirse que había pegado un puñetazo, pero dándolo:

—Santos. Hemos hablado de este asunto una y mil veces. De la misma manera que muchos de nosotros hemos olvidado, ustedes también tienen que hacerlo. Fonseca es nuestro mejor funcionario.

Pérez-Montesa de la Hinestrilla les acompañó y quiso intercambiar impresiones sin la presencia del ministro. Se refugiaron en un rincón del recibidor y en voz baja el joven funcionario trató de disculpar la rigidez del ministro:

—Es un tío muy majo, pero un poco oxidado. Ojalá tuviéramos mil como éste. Es un divisionario, de la División Azul, no os creáis y más anticomunista que Dios. Pero un demócrata. Un demócrata de corazón. Y jugará con la democracia hasta el final. Ya te lo dije ayer, Pepe, fíate de nosotros. Las cosas están en buenas manos.

El Pepe iba dirigido a Santos, que se ahogaba en el Océano de las Perplejidades. Luego Santos, Carvalho y el ojeroso subieron en el ascensor.

—¿Quién es el del chaleco?

—Ya hablaremos.

Pasaron a otras manos, por otros pasillos y les dejaron solos a la puerta de una oficina rotulada Brigada de Seguridad del Estado.

—Yo aquí le dejo. Entrevistarme con Fonseca es excesivo para mí. Le espero en el Continental después de comer, para reconstruir los hechos.

—¿Quién es el del chaleco?

—Uno de esos cincuenta mil demócratas acuñados por UCD de la noche a la mañana para ocupar el poder. Hijo de no sé quién y algo relacionado con nuestro partido en la Universidad. En esta ciudad tipos así los hay a miles.

—Madrid es una ciudad de un millón de chalecos.

## 12

Fonseca se levantó de su asiento tras la poderosa mesa, la bordeó y salió al encuentro de Carvalho con una mano pequeña y terminada en punta. Carvalho apenas la rozó, tal vez porque se entregó a la comprobación de la obra del tiempo en aquella cara rómbica, descolorida, de ojos sin pestañas, pupilas miedosas.

—¿Qué tal, señor Carvalho? —Cada vez que acababa de hablar apretaba los labios y miraba al interlocutor como pidiéndole perdón por algo o quizá simplemente pidiera compasión—. Sánchez Ariño, mi principal ayudante. El famoso *Dillinger*, como le llaman por ahí. Ya estará usted enterado. Y aquella lozana andaluza es Pilar.

Sánchez Ariño le saludó desde lejos caracoleando con los dedos, y la lozana andaluza consiguió romper la costra del maquillaje y del rouge para componer una sonrisa, a riesgo de que se le quedaran enganchadas para siempre las rimmeladas pestañas.

—Su fama le ha precedido. —Fonseca le miraba ahora con los brazos cruzados sobre una barriguilla alzada como un túmulo en el contexto de un cuerpo delgado—. El famoso Pepe Carvalho.

Seguía mirándole como si le fuera a pedir un autógrafo.

—Es usted mucho más famoso que yo.

—Mi fama es mala. Y todo por cumplir con mi deber. Mi vocación siempre fue ser policía. Yo soy de los que creen en la vocación y estoy totalmente de acuerdo sobre cuanto ha dicho Marañón sobre el asunto. Tuve la suerte de ser discípulo de Marañón y de Ortega. No se sorprenda. Tengo muchos años, más de los que aparento. A mí la guerra me pilló en la Complutense. ¿Quiere tomar una copichuela, como se dice ahora? ¿Un pitillo?

La misma manera de entregar el paquete, bien agarrado con la mano, por si en el último instante fuera más conveniente retirarlo y dejar al detenido con una frustración más. Pero esta vez lo ofrecía en serio y cuando Carvalho rechazó pretextando que sólo fumaba puros, Fonseca ofreció el paquete a Sánchez Ariño, y el aviejado adolescente, sin quitar los ojos saltones de Carvalho, le dijo que no con una mano en la que brillaba el anillo de oro reproductor de la cabeza de un comanche. Fonseca reprimió el movimiento inicial de ir a sentarse tras la mesa y ofreció a Carvalho asiento en unas butaquitas tapizadas de piel situadas junto a una ventana que daba a la Puerta del Sol. Sánchez Ariño quedaba a la derecha de Carvalho, sentado o recostado en un canto de la mesa sobre la que reposaba la máquina en que escribía la lozana andaluza.

—Pilar —dijo suavemente Fonseca sin mirarla.

Pilar se levantó y salió de la habitación entre vapores de esencia de magnolio empapando sus carnes abundantes, enfundadas en un vestido de lanilla lila sobre cuya espalda se mecía la melena teñidísima de azabache.

—Usted tendrá prisa y nosotros también. He de confesarle que me opuse desde el principio a que hubiera una investigación paralela. El señor ministro me lo pidió, dadas las circunstancias. ¿Qué circunstancias?, se preguntará usted, ¿o no se lo preguntará usted?

—¿Usted qué prefiere? ¿Que me lo pregunte o que no me lo pregunte?

—No vamos a engañarnos. Aquella carpeta de allí, la tercera, empezando por el lado de la derecha, está dedicada a usted y usted sabe quién soy yo. Si he aceptado su investigación es para que nunca se diga que Fonseca llevó este trabajo movido por apriorismos, por clichés. Yo soy un profesional. Ayer perseguí rojos y hoy amarillos. Mañana a lo mejor les toca otra vez a los violetas.

—U otra vez a los rojos.

Fonseca y Sánchez Ariño se miraron. El comisario se inclinó hacia Carvalho y arrugó la voz para escupir:

—¡Qué va! Ahora tienen bien agarrado el país por los cojones. Esta vez no lo sueltan —y se señalaba la bragueta con un dedo nervioso—. Los tiempos cambian.

Suspiró beatíficamente. Sus facciones se ablandaron, como si nada tuvieran que ver con el rostro crispado de hacía unos instantes. Era el mismo de siempre. El gran histriónico que podía abofetear y al instante siguiente arrodillarse y pedir perdón rogando que no se le obligara a comportarse así.

—Quisiera saber en qué fase se encuentran las investigaciones.

—Estamos haciendo un análisis de comprobación entre las distintas declaraciones de los miembros del Comité Central. Las declaraciones se tomaron en la madrugada del mismo día del suceso y en el lugar mismo del crimen. Fueron tomadas por funcionarios de la comisaría de distrito, aunque estaban presentes altos cargos de la Dirección General de Seguridad.

—¿Usted?

—¿Yo? No. Mi designación fue posterior. Yo seguía el curso de la investigación desde aquí. No me meto donde no me llaman. Ha sido una constante en mi vida.

En 1940 el joven Ramón Fonseca Merlasca se pone en contacto con la organización clandestina del Partido Comunista de España. Nadie le ha llamado, pero es bien acogido porque alguien le recuerda como un activo militante de la FUE en 1934, año de su ingreso en la Universidad de Madrid. Fonseca demuestra una gran temeridad en los primeros trabajos que le encarga el partido en unas condiciones históricas en que cualquier detención podía significar el fusilamiento. En 1941 llega a alcanzar un alto puesto en la red de Madrid y se le otorga la responsabilidad de contactar con el exterior, proponiéndole incluso para miembro del Comité Local. La actividad creciente de los grupos clandestinos pone nervioso al gobierno ante las exigencias alemanas de que terminen cuanto antes y ante las presiones de los embajadores aliados solicitando información sobre la represión. Fonseca podía haber prosperado en el partido y haber llegado a la dirección, pero se le exigió que hiciera caer todo lo que pudiera del aparato de Madrid y obedeció. Su rostro nunca sería olvidado por los hombres y mujeres que pagaron con la

vida o veinte o treinta años de cárcel el éxito de su trabajo y cuando, años después el partido se extendió por toda España y tuvo un régimen regular de caídas, fueron muchos los que reconocieron en el comisario Fonseca a aquel entusiasta infiltrado que citaba fragmentos de *¿Qué hacer?* o de *El Estado y la revolución* con la fluidez de un experto y con la convicción de un fanático. Un fanático viejo y cansado era el que contemplaba a Carvalho, tratando de descifrar su código de comportamiento y de adivinar lo que estaba pensando del propio Fonseca. Una sonrisa de burla hacia el otro y de piedad hacia sí mismo bailaba en los labios del comisario:

—Han sido ellos mismos. De eso no le quepa la menor duda. Es una lucha por el poder.

—¿Por el poder en un partido quemado por un asesinato? No tiene sentido.

—Se tragarán el crimen. De hecho ya no sabían qué hacer con Garrido. Era un símbolo para los mayores de cincuenta o sesenta años, pero cada vez había más contestación entre los jóvenes. Y si no ha sido ése el motivo, aquí hay un ajuste de cuentas de la KGB como una casa, porque Garrido era un agente de la KGB como la copa de un pino.

—¿Y sus actitudes antisoviéticas?

—Le voy a poner en contacto con este chiquito, sí, con éste, para que le explique de qué va, señor Carvalho. Sánchez, venga, larga ya lo que hemos hablado tantas veces.

—Para qué.

—¿Cómo para qué? Hablando se entiende la gente. Hay que convencer al amigo. Hay que explicárselo todo. Diálogo. Diálogo. ¿No estamos en plena democracia?

—Si es inútil.

Y señaló la carpeta de Carvalho.

—Se refiere a sus antecedentes. Sánchez tiene la teoría de que el que ha sido rojo una vez en su vida lo sigue siendo siempre. Dale una oportunidad al caballero. Tiene un curriculum interesante.

Sánchez Ariño suspiró resignadamente, recuperó la vertical y empezó a pasear mientras hablaba:

—La KGB tiene una sección especial de propagandistas antisoviéticos que son capaces de manifestarlo públicamente si esa manifestación favorece los intereses de la URSS. Por ejemplo, en Italia, España y todos los países del eurocomunismo o la euroleche. Los comunistas que hacen declaraciones públicas en contra de la URSS lo hacen porque a la URSS no le interesa dar la impresión de que puede instalarse en Europa o en cualquier país capitalista desarrollado un comunismo que le sea fiel. Juega a que el capitalismo sea tan panoli que se crea las discrepancias y acepte la alternativa euro. Luego ya recogerá los frutos, por ejemplo, los frutos de una política internacional no alineada, etc., etc. Es el ABC y no sé por qué me ha hecho largar, don Ramón, si es inútil.

—Supongamos que sea cierto este guión de *telefilm*. ¿Por qué liquidar a Garrido si tan bien lo hacía?

—Algo debió de salir mal. Tal vez se lo creyó y asesinándole no sólo se mata el perro sino la rabia. Es todo el partido el que queda tocado, desautorizado y la Unión Soviética está en condiciones de manipular lo que quede de él o apoyarse en otra plataforma política más adicta.

—¿Ese es un apriorismo o ya es el final de una investigación que aún no ha empezado?

—Esa es la teoría —sonreía Fonseca palmeándose las rodillas con las dos manos—. La investigación será la práctica.

—¿Y otros motivos? Una venganza personal. Un provocador de extrema derecha, de cualquier servicio secreto y no precisamente del soviético...

—Es posible. ¿Lo ve? Usted también parte de un presupuesto. Es su teoría. Y su teoría es exculpatoria del partido, del comunismo. Usted empieza la investigación con un compromiso político evidente. Será su teoría y la investigación será para usted una mera práctica que ratifique sus teorías. Y lo podrá hacer con mayor soltura que yo, porque usted va a dar la razón a sus señoritos y yo en cambio he de dar unas conclusiones que tranquilicen al gobierno, a la oposición, a todo Dios, porque, eso sí, hay que salvar la democracia. La democracia que no se escoñe. Desde luego.

Sánchez Ariño se puso a reír con risa atiplada, como si se le escapara por una rendija de su gravedad.

—¿De qué te ríes tú? ¿Eh?

Pero también a Fonseca le acometía un ataque de risa y se tapaba la boca con una mano que contenía el hervor de las carcajadas contenidas.

—Mira, que me haces reír. ¿Qué va a pensar este hombre? ¿Que es una juerga?

—Es que, jefe, tiene unas cosas...

Y reventaron finalmente hasta las lágrimas mientras Carvalho se levantaba y marchaba hacia la puerta.

—Falta algo.

Fonseca había vencido su propia hilaridad a caballo de la última carcajada. Al volverse, Carvalho le vio, primero serio, luego grave, burlón, trascendente, tendiéndole un papel lleno de anotaciones y números de teléfono.

—Quiero que pueda localizarme a cualquier hora del día. Luego que no se diga.



## 13

—¿Es verdad que ha habido tiros delante de las Cortes?

—Señora, circule, yo no sé nada.

Carvalho cogió el comentario al salir de la Dirección General de Seguridad y trasladó la pregunta a Carmela en cuanto entró en el coche. Carmela asintió con los ojos.

—No. En las Cortes no. Pero ha habido tiros en la plaza de Canalejas. Desde un coche y al aire. Ganas de crear clima. Ayer ya pasó en cuatro o cinco puntos de Madrid. Y esta mañana grupos de fachas han estado pegando palizas en Malasaña y en la Facultad de Letras. ¿Has visto eso?

Le tendió un número de *El Heraldo Español*. El jefe de Fuerza Nueva decía: «Quien a hierro mata a hierro muere.» «Los crímenes de una ideología criminal se vuelven contra los que detentan esa ideología.»

—En todos los periódicos hay cargas de profundidad. Los socialistas han sacado una edición especial de *El Socialista*; no tiene desperdicio; es un elogio envenenado a Garrido. Que si trató de democratizar al partido sin conseguirlo, que si se le escapó el control del movimiento sindical no pudiendo impedir que se radicalizara, que fue una víctima de la contradicción entre la realidad y sus deseos. Van a por nosotros. Todos van a por nosotros.

Alguien había dicho que lo peor que le puede ocurrir al que tiene manía persecutoria es que le persigan de verdad. Carvalho calculaba los años de militancia de Carmela. No podían ser muchos y, sin embargo, se le había pegado toda la cultura de catacumba, tal vez con el acompañamiento musical de la cultura del rock, también cultura de sótano y penumbra.

—¿Dónde quieres comer? Me han dicho que tienes el paladar postinero.

—Llévame de tascas.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Elige. O nos pateamos Arguelles o nos quedamos por aquí, Echegaray y todo eso.

—Sal de aquí, ya tengo este barrio muy visto.

Carmela aparcó el coche en un paso cebra de la plaza del Conde del Valle de Súchil, se caló las gafas de sol y empezó a caminar con decisión por Rodríguez de San Pedro.

—¿La cebolla rellena qué tal te sienta?

—¿Rellena de qué?

—De carne. La ponen en La Zamorana. Allí también puedes tomar un picadillo de carne muy

bueno. Luego unos riñoncitos en Ananías.

—Para hacer boca. Pero luego hay que comer en serio.

—Tengo el estómago del tamaño de una cebolla rellena.

—Es tu problema.

Picó Carvalho en un rápido merodeo por las tascas arrestaurantadas de Arguelles y al exigir un restaurante donde consumir el acto de comer, Carmela recurrió a unos apuntes que llevaba en el bolso. Casa Ricardo. Yo no conozco casi nada. La verdad es que yo me considero comida y bebida. Carvalho se mostró implacable hasta conseguir sentarse ante un plato de morcillas seguido de otro de callos a la sombra de una jarra de vino de Noblejas.

—No entiendo cómo te cabe todo eso. Después de lo que has comido. Tres morcillas ocupan un esófago. ¿Dónde te las metes?

—Como para olvidar.

—Eso se lo dirás tú a todas.

—¿Si un hombre actúa según su conciencia, puede equivocarse? —preguntaba alguien a alguien. A pesar de la melosidad de los callos, Carvalho consideró que la pregunta merecía una cierta atención. Se volvió para contemplar la estampa ecuestre de un ejecutivo agresivo acorralando con sus evidencias a tres pasmados representantes de provincias.

—Tú me dices a mí: si reduces la plantilla me quedo en la calle con un seguro de paro que un día u otro terminará y después ¿qué hago? Tú me dices a mí eso y yo tengo que pensarlo y llevarlo adonde tengo la conciencia.

—Es que...

—Déjame hablar. Ya lo tengo en la conciencia. Brrrummm. Brummmm. Brummmm. La conciencia empieza a darle vueltas a la cosa. Yo sé lo que es eso, bueno, no lo sé pero puedo imaginármelo. Y mi conciencia me dice: reduce plantilla porque si no reduces plantilla, Macario, se acabó el invento y te verás obligado a cerrar. Yo te digo a ti: ¿qué es peor? ¿El mal de pocos y el bien de muchos o al revés?

—Visto así, desde luego...

—El mal de pocos. Además mi conciencia me dice más cosas. Hay una selección natural. Los fuertes quedan. Los débiles se van al carajo. ¿Cuántos fabricantes de pan han cerrado? Ninguno. ¿Cuántos fabricantes de tejido? Muchos. El pan se necesita cada día. Los tejidos de vez en cuando y a veces son más baratos importados.

—Es que, señor Macario, si usted me permite, Catalunya se hunde.

—¡Claro!

Concluyó Macario como si todo su largo esfuerzo razonador llevara a esta conclusión.

—Un poco facha el tío, ¿no? —susurró Carmela.

Carvalho seguía vuelto hacia el grupo y Macario se dio cuenta de que suscitaba interés en el atento comensal. Alzó la voz:

—Hemos llegado a la hora de la verdad. Si hay que entrar en el Mercado Común, se entra. Pero no entraremos todos, qué va...

—Qué va.

—Qué va.

—Qué va. Entraremos los que lleguemos a las puertas en buenas condiciones de competencia. ¿Qué fabricas tú? Relojes. De eso no necesitamos, se los compramos a los suizos o a los japoneses. ¡Claro! Si los suizos o los japoneses hacen los mejores relojes, ¿para qué vamos a hacer nosotros relojes?

Envió una sonrisa cómplice a Carvalho y el detective se la contestó abrumado por el impacto de aquella verdad objetiva.

—Ni tresillos —dijo Carvalho en voz alta.

Macario estudió los pros y contras de la intromisión de aquel extraño y decidió asumirla:

—Ni tresillos. ¿Qué haremos con nuestros tresillos?

—Tresillos quizá —forcejeó el representante valenciano.

—Nada de tresillos.

—Nada.

Aseguró Carvalho desde su mesa:

—En cambio os pondré otro ejemplo: morcillas. ¿Por qué no morcillas? ¿Por qué no estas morcillas bien fabricadas y, hala, a conquistar Europa? Os lo repito. No hay que ir por los caminos trillados.

Carvalho decidió retirarles su confianza a Macario y volvió a encararse a una Carmela perpleja.

—¡Pero tú eres un gamberro! ¡Te has quedado con ese tío y tan campante!

—Me gustan los filósofos de sobremesa. En todo ser humano hay un colaborador de las páginas dominicales de *ABC*, y las sobremesas en restaurantes sirven para desfogar esa creatividad reprimida. ¿Quieres que le pregunte si los churros tienen porvenir en el Mercado Común?

—Como lo preguntes yo me voy. Esto termina en la Casa de Socorro.

—Hay que ayudar a la gente a hacer la digestión.

Algo confundido por el súbito desinterés del desconocido, Macario había bajado la voz y estaba hablando de política:

—No podemos seguir así, hay que recuperar el sentido de la autoridad, todos los políticos son iguales.

Carmela se levantó secundada por Carvalho. El detective se inclinó hacia la mesa de Macario y le deseó un buen provecho. Macario se quedó a medio levantar y a medio ofrecer una copa porque Carvalho no le hizo ningún caso.

## 14

Había visto el salón del crimen por televisión y en la realidad le pareció más grande, lleno de vacíos, de esquinas, de recorridos variables. La mesa de la presidencia estaba situada sobre una breve tarima y tenía una anchura de sesenta centímetros. El asesino debió volcarse y asestar el golpe con una precisión inexplicable en la más plena oscuridad.

—Con precisión y con destreza de experto. Es la puñalada de un comando, de una persona entrenada especialmente para darla.

Santos y Mir habían convocado a los miembros del Comité Central residentes en Madrid y al servicio de orden presentes el día del asesinato. Carvalho pidió que se sentaran en los mismos lugares que habían ocupado el sábado anterior y que el servicio de orden se situara en las posiciones asumidas.

—¿Los más viejos siempre se sientan delante?

—Sí. Por una cuestión de oído, no se fían de la megafonía, qué le vamos a hacer, y por una cuestión de educación comunista. En las filas de delante no se puede leer el periódico, como algunos hacen en las filas de detrás.

Mir había anticipado su respuesta a la de Santos Pacheco, pero no impidió su intervención.

—Lo del periódico es meramente anecdótico. Se sientan delante también por una mayor confianza, por una mayor proximidad histórica con la dirección. Es comprensible. No es tan simple.

—Si tú lo dices. Pero detrás hay quien ha echado la siesta y con ronquidos incluidos.

—Un grano no hace granero.

—Pregúnteles si desean añadir algo a lo que declararon a la policía.

Santos se encaró a los miembros del Comité Central, distribuidos por la sala en una actitud de escolares entristecidos:

—Este señor es un experto en estas cuestiones, me refiero a las de investigación criminal. —Vaciló como si la palabra criminal no le pareciera la más adecuada—. En fin. Está aquí para ayudarnos y cualquier cosa que se os ocurra o que recordéis y no figure en las declaraciones a la policía pueden serle y sernos muy útiles.

Nadie decía nada. Todos se lanzaban miradas a través de las distancias impuestas por los miembros de toda España que faltaban a la reunión.

—Que pregunte él —dijo una voz desde el fondo, y tras la voz se levantó un prototipo de penene—. Me parece que él sabe lo que quiere saber y nosotros no. Yo me confieso vaciado

después de lo que ya declaré.

Los demás asintieron. Carvalho adelantó dos pasos y se tragó la sorna que asomaba a su sonrisa mientras pensaba que alguna vez soñó en dirigirse a un Comité Central pero en circunstancias bien diferentes:

—El apagón duró tres minutos. El tiempo justo para que los empleados del hotel acudieran a conectar nuevamente el fusible. En cinco minutos el asesino tuvo que moverse a una velocidad récord. Salir de donde estaba, acercarse a la tarima, adivinar dónde estaba el corazón, dar la puñalada, volver a su sitio de partida. ¿Alguien oyó algún ruido? O simplemente notó el aire que hace alguien al pasar. El asesino o bien consiguió entrar por alguna parte o salió de las mesas, y por el poco tiempo de que dispuso debió de correr muy de prisa por los pasillos que quedan entre las mesas.

—Se armó jolgorio cuando se apagó la luz —intervino uno de los viejos de la primera fila—. El propio Fernando hizo bromas y entre las risas y los comentarios de siempre hubo bullicio y dudo que nadie pudiera notar cualquier movimiento en la sala.

—Pero si el asesino estaba sentado en esas mesas, su compañero de mesa o sus vecinos más próximos debieron de notar el movimiento al levantarse o al desplazarse.

Volvió a intervenir el penene:

—La percepción sensorial está predeterminada. Es decir, si el objetivo perceptor hubiera sido captar ese movimiento, se hubiera captado. Pero todos estábamos pendientes en primer lugar de la oscuridad y luego de los comentarios del propio Garrido.

—Camarada, tú das por supuesto que el asesino es uno de nosotros.

Era pregunta y queja a la vez en los labios de un hombrecillo más arrugado que la tierra sobre la que habría estado cavando buena parte de su vida.

—Yo no soy camarada de nadie. Eso que quede claro para empezar.

—En efecto —intervino Santos—. Creí que ya había quedado claro. El señor es un profesional contratado por el partido. Lo cual no quiere decir que no debemos darle toda nuestra colaboración.

—Señor profesional contratado por el partido... —Las risas de los demás marcaron la pausa del hombrecillo al que la socarronería le rezumaba por todas las arrugas—. Repito lo que he dicho. Usted ya da por sentado que el asesino estaba aquí, entre nosotros, que era uno de nosotros.

—Prepárense para lo peor, amigos. Carvalho fue hacia la puerta y la abrió. Quedaron enmarcados dos miembros del servicio de orden. —¿Estaban aquí?

—Un poco más lejos, aquí. —Retrocedieron unos pasos—. Pero en cuanto se apagó la luz fuimos hacia la puerta instintivamente, para comprobar si el apagón también se había producido dentro de la sala.

—¿Abrieron la puerta?

—Sí. Vimos que estaba a oscuras y volvimos a cerrar. Este entonces reclamó a los que estaban allí, al comienzo de la escalera, para que fueran a ver qué pasaba.

—Volvieron a cerrar, ¿seguro?

—Seguro.

—Lo más normal es dejar abierta la puerta de una habitación a oscuras...

—Mir nos tiene mandado que esta habitación esté cerrada. Para que cueste entrar y cueste salir. Siempre nos dice lo mismo.

—¿Por qué ha de costar salir?

—Porque siempre hay quien se despista con la excusa de levantarse a fumar un cigarrito. Como está prohibido dentro...

Carvalho cerró la puerta y volvió a enfrentarse al Comité Central:

—Nadie entró de fuera o el servicio de orden miente. Si miente asume la responsabilidad directa del crimen porque podían haber dicho que no recordaban si habían cerrado la puerta o no. Ya sólo queda saber si eran todos los que estaban. ¿Todos los que estaban eran miembros del Comité Central?

—Sí. De eso puedo dar fe —dijo Santos—. Llevamos una lista, es decir, llevo personalmente una lista de los que asisten y de los que asisten parcialmente, es decir, de los que luego se ausentan, siempre por motivos justificados y en la mayor parte de ocasiones por trabajo político. En cuanto salieron los de la tele aquí sólo quedaron miembros del Comité Central.

—Pudo quedarse alguien que entrara con los de la tele —propuso una mujer cincuentona con aspecto de madre de doce hijos.

—De eso nada. —Era Mir el que sancionaba—. Entraron cuatro y salieron cuatro. Y cuando salieron yo cerré esa puerta y me fui a mi sitio.

—El misterio del cuarto cerrado —dijo el penene como si anunciase el comienzo de una película.

—Usted lo ha dicho. Y usted sabrá que el misterio del cuarto cerrado no existe a menos que creamos en la posibilidad de traspasar las paredes y ustedes son los menos inclinados a creer en estas cosas.

—Hay de todo. Hay mucho cristiano para el socialismo por ahí suelto.

Las risas se autocontuvieron ante la sensación de estar violando el luto.

—No podemos aceptar que el asesino sea uno de nosotros. Eso es lo que quieren. Quieren desmoralizarnos. Quieren sembrar la desconfianza en nuestras propias filas. ¿Han investigado bien el local? ¿No hay ninguna posibilidad de otras salidas?

—Hay una puerta de emergencia que se abre libremente desde dentro, pero que para abrirla desde fuera hay que utilizar una llave. Lo más que aporta esa puerta es que el asesino pudo haber escapado, pero al parecer no le interesó escapar, porque escapar hubiera significado identificarse.

—Es inaceptable —volvió a insistir el hombre arrugado.

Saltó el penene:

—Aranda. No seas irracional. Yo estoy tentado a pensar lo mismo que tú. Pero los hechos son los hechos. Los hechos son más tozudos que las ideas.

—Es inaceptable. Y os censuro el que hayáis buscado un profesional para solucionar este caso. Es un caso político y debe tener una solución política, entre nosotros, por el conjunto del partido.

—Podemos buscar un investigador que os dé la razón y que demuestre que el asesino es el diablo o el Espíritu Santo. Habrá salvado el partido pero se habrá cargado el materialismo dialéctico.

—Palabras, palabras. Mucho pico de oro hay por ahí —se defendía frente al penene el hombre arrugado.

## 15

—En las carpetas tiene todas las declaraciones transcritas de la cinta magnetofónica, más una reconstrucción de todos los movimientos de Garrido desde que salió de su casa, entró en el hotel, subió. Todo. Si es necesario volvemos a convocar el pleno del Central, pero hay una convocatoria para el próximo fin de semana con el fin de elegir secretario general provisional hasta el congreso. ¿Puede esperar unos días?

—Puedo.

—Tal vez haya sacado una impresión negativa de la reunión. Tenemos un pudor especial. No queremos que nuestras cosas se aireen, es como si aún estuviéramos protegiéndolas de la represión, como si aún tuviéramos complejo de clandestinidad. Además el acoso social y político es cierto. Hoy ya no se trata de aquel anticomunismo burdo del franquismo frente al que reaccionaban hasta los demócratas liberales. Hoy se ha instalado en la sociedad un anticomunismo de fondo, movido por los que buscan cómplices para su pasado represivo y por los que tienen miedo ante las propuestas de progreso del partido.

—No insista. Yo no voto.

—Sólo quería...

—Me basta con este dossier, pero necesito que me dejen suelto por la ciudad. La chica esa, Carmela, es muy agradable, pero ya sé andar sólo.

—Ella está a su disposición, no al revés. Muévase a sus anchas, pero tenga cuidado. Ha habido movimientos de tropas por San Cristóbal de los Ángeles, Villaverde. Son movimientos tácticos, disuasorios. Nadie sabe nada de nada, pero se producen en toda situación de crisis. Los ultras andan sueltos. Están apalizando indiscriminadamente y han asaltado dos sedes del partido, en Aluche y Malasaña.

—¿Qué ha sacado en claro la policía del interrogatorio a Cerdán?

—La policía busca a Oswald. Cerdán conserva cierta influencia en el partido, sobre todo en los sectores intelectuales y entre algunos dirigentes del movimiento sindical. Pero de eso a pensar que pueda dirigir una conspiración interna contra Garrido sólo media un desconocimiento abismal del partido.

—Quisiera hablar con Cerdán.

—Es su problema.

—¿Mío o de Cerdán?

—De usted. El teléfono viene en la guía.



—¿No le cae bien?

—Fue un valioso camarada. Pero sabía demasiado.

—¿Cuándo se dio cuenta de que sabía demasiado, antes o después de que dejara el partido?

—Aunque no se lo crea, mucho antes.

—¿Por dónde se mueve ahora, Cerdán?

—Ecologistas, radicales, feministas... —Santos abrió los brazos abarcando todo lo que podía ser ancho o serle ajeno.

—¿Cerdán? ¿Hablamos de la misma persona?

—Supongo.

—Una pregunta íntima. Ustedes desarrollaron cuerpos paramilitares cuando lo del maquis. Supongo que recibieron entrenamiento especial.

—El único entrenamiento especial que recibimos fue la guerra, la guerra civil y la segunda guerra mundial; muy pocos cuadros del partido habían recibido formación militar superior, teórica, y eso fue antes de la guerra y casos excepcionales: Líster, por ejemplo, cuando tuvo que marcharse de España y refugiarse en la URSS.

—Esa puñalada es la obra de un experto. Las buenas puñaladas se dan de abajo arriba y entre el asesino y Garrido estaba la mesa y la altura de la tarima. ¿El arma?

—Ha salido en todos los periódicos: un puñal checoslovaco especialmente fabricado para acciones especiales; es el puñal de los paracaidistas checos, por ejemplo.

—Un puñal para un experto, de hoja ancha y acanalada. Un puñal que abre un pasillo en el pecho.

A Santos le temblaban los ojos, como si el puñal le estuviera haciendo daño. Carvalho le dio la espalda saludándole con una mano y a su espalda sonó la voz de Santos:

—Si quiere ver a Cerdán le encontrará esta tarde a las ocho en la librería Antonio Machado. Presenta un libro.

—¿Controla su vida?

—Me limito a leer *El País*.

—¿Estoy invitado al entierro? ¿No se invita particularmente?

—El entierro será mañana a las diez.

Carvalho descubrió una Carmela nerviosa, dando paseos por la acera y consultando el reloj casi sin darle tiempo a marcar el paso del tiempo.

—Por fin. Estoy en un apuro. He llamado al fresco de mi marido y no puede ir a buscar al niño a la guardería. He de ir yo. ¿Te importa que nos acerquemos a la guardería? Luego se lo dejo a mi hermana y sigo contigo.

—He decidido liberarme de ti. Santos me ha dado permiso.

—¿Y éstos qué dirán?

—¿Mandan más que Santos?

—Es otro rollo. Ya les avisaré. Pero alguien te seguirá.

—¿Dónde está la librería Antonio Machado?

—¿Vas a comprar un libro o a lo de Cerdán?

—Por lo visto todos en este partido estáis pendientes de Cerdán.

—Está de moda. Le detienen. Le interrogan...

—¿Tú qué piensas de él?

—Que es un paliza. Pero iré a la Machado. Aquello va a ser una manifestación. Toma. —Le apuntó un teléfono—. Por si no voy. Estaré de guardia esta noche con mi chico. Por si necesitas algo. ¿Sabes dónde está la Machado? Pues también te escribo la dirección. Está muy cerca del pub Santa Bárbara. ¿Tampoco sabes dónde está el pub? ¿Pero de dónde sales? En Barcelona no os enteráis de nada...

Carvalho se quedó solo en Madrid, sobre una acera ajardinada que rodeaba la manzana enteramente ocupada por el hotel Continental. Vislumbró a una relativa lejanía los bloques de nuevos ministerios y se fue en busca de la Castellana, deseando salir cuanto antes de aquel barrio igual a cualquier otro barrio de hoteles y oficinas modernas de cualquier ciudad del mundo. Se lanzó Castellana abajo sin otro propósito que afirmar su libertad y comprobar si era seguido. Uno de los muchachos del comité de recepción del aeropuerto trataba de adecuar sus zancadas a las de Carvalho. Le esperó:

—Mira, chico, voy a tomarme unas gambas y luego a la librería Antonio Machado. Si quieres me venís a proteger a la librería. No creo que me pase nada tomando unas gambas. Tenéis un par de horas libres para echar un polvete o tomaros una limonada.

—No soy un chico. Me llamo Julio y prefiero enganchar sellos. Soy filatélico. Mir se va a cagar en nuestros muertos si le dejamos...

—Si quiero os descuelgo igual. Es mejor que pactemos.

—Usted haga lo que quiera. Nos han dicho que le sigamos y le seguimos. Si nos descuelga, pues, ya lo comunicaremos.

Se adelantó Carvalho dos pasos y decididamente paró un taxi. Por el cristal trasero vio cómo el muchacho corría haciendo ademanes, reclamando la ayuda de su compañero al volante de un coche.

—Métase en ese ministerio. Por la puerta lateral esa. Pare. Tenga.

Dejó en las manos del sorprendido taxista doscientas pesetas, saltó del taxi, saludó a un bedel y se dispuso a subir escaleras arriba.

—¿Adónde va?

—Me espera don Ricardo de la Cierva.

—Don Ricardo no es de este Ministerio. ¿No ha visto en la puerta que éste es el ministerio de Comercio?

Ni rastro de sus seguidores en la calle. El aire de Madrid olía a gambas a la plancha.

»No es por azar que a pronto de entrar en la sicosis del fin del milenio se ponga de moda un libro como *1984* de Orwell y renazca el interés por las otras dos propuestas de literatura utópica más consistentes del siglo XX: *Un mundo feliz*, de Huxley, y *Nosotros*, de Zamiatin. No es que el fin del siglo confirme las premoniciones utopistas de estos tres autores, pero en una época de crisis, los sectores más críticos de la cultura viven la pesadilla del hundimiento de todos los modelos y cuando no hay modelos avalados ni avalables no queda otra salida que la utopía o el cinismo, a veces disfrazado de un

pragmatismo disfrazado de eficacia histórica disfrazada de la virtud de la prudencia. No quisiera hacer sarcasmos en presencia del cuerpo sin vida de un hombre que me mereció todos los respetos y que hoy me merece sólo el respeto de los que creyeron en él como portavoz del proyecto revolucionario. Pero en presencia del cuerpo sin vida de Fernando Garrido me planteo qué se hizo de la prudencia revolucionaria que tanto reclamó en sus últimos tiempos para disimular que había perdido toda posibilidad de imprudencia. He dudado entre respetar la convocatoria de este acto, planteada previamente al asesinato, o anularla y sumarme al dolor que todo buen revolucionario debe sentir, aunque no considere a Fernando Garrido un revolucionario. Yo tampoco le considero un revolucionario y, sin embargo, quisiera que me creyeráis cuando os digo que estoy triste, como sólo se puede estar triste cuando se pierde algo que afecta a la propia identidad. Y si he aceptado finalmente venir es porque este asesinato es por sí mismo un aparente aval de la utopía negativista. Sometidos a la pesadilla, los críticos de la realidad pueden reaccionar apostando por una utopía positiva o negativa. Una apuesta por la utopía positiva conlleva obedecer el mandato de Lenin formulado en un momento en que la crisis se cernía sobre el movimiento socialista ruso y europeo y, carente de todo modelo que no fuera un fracaso, Lenin hizo suya la propuesta de Liebknecht: estudiar, hacer propaganda, organizarse para mejor aprehender una realidad ya no aprehensible por una mecánica política progresivamente devaluada por su obcecación con su propia lógica y por su renuncia a entrar en un forcejeo dialéctico con la realidad. Una apuesta por la utopía negativa, en cambio, conlleva precisamente en estos momentos ver en el asesinato de Fernando Garrido una prueba de que el Mundo Feliz de Huxley está cerca, o que está cerca la Oceanía de Orwell o ese cosmos deshumanizado de Zamiatin. Y que ese mundo no es otra cosa que el sistema mundial de dominación que se traga a sus hijos, los integra en la fatalidad de las reglas del juego de la supervivencia y del equilibrio. Bajo este prisma, el teléfono rojo ni siquiera une. Ata. El asesinato de Garrido es una peripecia engullible que no va a desenterrar las picas de los *sans-culottes* ni va a sacar los tanques a la calle. Es un pedazo de carne ofrecido a la lógica del sistema y cuestionar este hecho significa cuestionar el sistema y poner en peligro la celebración de actos como éste o que se pueda reunir el Comité Central en la legalidad o que haya cursos universitarios para mayores de veinticinco años o que escritores como Vázquez Montalbán puedan ganar el Planeta. Ni Orwell, ni Huxley, ni Zamiatin pudieron prever que la confabulación para conseguir el mundo horroroso que profetizan pudiera resultar de un pacto implícito y explícito entre los dos sistemas antagónicos. Zamiatin era un *narozni*, un populista ruso que creía en una revolución campesina y en la implantación de un modo de producción asiático, frente al sistema de acumulación capitalista de estado que significó la NEP impulsada por Lenin y acuñada por Stalin. Huxley frivolisaba irónicamente sobre los excesos a que podía llevar el comunismo ruso, no comprendido en directo, sino interpretado a partir de la apasionada cháchara de los jóvenes comunistas ingleses de entreguerras, entre regata de Oxford y regata de Oxford. De hecho la obra de Huxley es un chiste que trata de alertar, mínima y liberalmente, a la supuesta conciencia liberal británica. Y en cuanto a Orwell, como muy

bien dice Deutscher en Herejes y renegados: “Aunque su sátira está más claramente dirigida contra la Unión Soviética que la de Zamiatin, Orwell veía también elementos de su Oceanía en Inglaterra de su propio tiempo, para no hablar de los Estados Unidos. En realidad, la sociedad de 1984 encarna todo lo que él odiaba, todo lo que le disgustaba en su propia circunstancia: la gris monotonía del suburbio industrial inglés, la mugrienta, tiznada y hedionda fealdad de lo que trataba de recoger en su estilo naturalista, reiterativo, opresivo: el racionamiento de la comida y los controles gubernativos que conoció en la Gran Bretaña en guerra...”»

Levantó los ojos del papel al que había recurrido sólo para leer la cita y se encontró con la mirada de Carvalho. Sus ojos trataron de recordar y recordaron detrás de cristales más inmensos y entristecedores que los de veinticinco años antes y una máscara amarilla enfundó sus facciones, caídas como cámaras deshinchadas bajo la dictadura punzante de sus cabellos púas de lecho de faquir. Devolvió la mirada a la colectividad que venía desde el horizonte hasta formar una orilla de rostros alzados a sus pies de predicador:

»Ingenuos utopistas. Creyeron que es posible construir utopías para salvarse de las pesadillas y entonces se limitan a caer en la esclavitud de sus miedos a los que les siguen la pista lógica veinte, cuarenta, cien años, sin saber que las pesadillas se transforman y los miedos también. No hay imaginación que pueda prescindir de lo que nos pasa. ¿Qué utopía podríamos construir hoy a partir de ese cuerpo sin vida de Fernando Garrido, cuyo nombre no invoco en vano, cuyo nombre no invoco sin dolor? El paisaje es oscuro. Pero precisamente porque es tan negra la noche, puede resultar algo menos difícil orientarse en ella con la modesta ayuda de una astronomía de bolsillo. En el prólogo del primer número de la revista Hasta Luego, expresaba que sentía una cierta perplejidad ante las nuevas contradicciones de la realidad reciente. Las contradicciones se han agudizado, pero estoy menos perplejo respecto a la tarea que había que proponerse para que tras esta noche oscura de la crisis de una civilización despuntara una humanidad más justa en una Tierra habitable, en vez de un inmenso rebaño de atontados en un ruidoso estercolero químico, farmacéutico y radiactivo. La tarea, que en mi opinión no se puede cumplir con agitada veleidad irracionalista, sino, por el contrario, teniendo racionalmente sosegada la casa de la izquierda, consiste en renovar la alianza ochocentista del movimiento obrero con la ciencia. Puede que los viejos aliados tengan dificultades para reconocerse, pues los dos han cambiado mucho. Y en este empeño pueden reunirse movimientos varios, como el ecologista, portador de la ciencia autocrítica de este fin de siglo, o el feminista si funde su potencia emancipadora con la de las demás fuerzas de la libertad y, por qué no, las organizaciones revolucionarias clásicas si comprenden que su capacidad de trabajar por una humanidad justa y libre tiene que depurarse y confirmarse a través de la autocrítica del viejo conocimiento social que informó su nacimiento, pero no para renunciar a su inspiración revolucionaria, perdiéndose en el triste ejército socialdemócrata precisamente cuando éste, consumado su servicio restaurador del capitalismo tras la segunda guerra

mundial, está en vísperas de la desbandada, sino para reconocer que ellos mismos, los que viven por sus manos, han estado demasiado deslumbrados por los ricos, por los descreadores de la Tierra. Lástima que Fernando Garrido no esté entre nosotros para recoger este llamamiento, esta propuesta de esperanza, de utopía positiva. Siento decirlo, pero ha muerto en las filas del triste ejército socialdemócrata, en las filas de los descreadores de la Tierra, aunque le salve para la Historia su memoria, nuestra memoria.

Alguien dijo «amén» al lado de Carvalho. Era el penene de la reunión del Comité Central. Fue un amén sepultado por aplausos tan voluntariosos como asordados, aplausos de entierro brillante, de sermón final de ciudad sitiada. Cerdán había sido rodeado de jóvenes dispuestos a dejarlo todo para seguirle. No le felicitaban. Le pedían bibliografía e iluminación sobre la realidad. Carvalho creyó reconocer alguno de los rostros que había conocido en el hotel Continental. Sorprendió a Carmela metiéndose un libro en el bolso y a Julio dando una palmada en la espalda de Cerdán. El maestro estaba cansado o al menos tenía los ojos cansados, unos ojos que se acariciaba con las manos, como estimulándoles a seguir contemplando la realidad del ruidoso estercolero químico, farmacéutico y radiactivo.

—Nos ha llamado atontados —le dijo riendo el penene—. No nos han presentado. Me llamo Paco Leveder y usted debe de ser Sherlock Holmes.

—El mismo.

—¿Se ha fijado? Nos ha llamado atontados. Cerdán siempre ha sido así. Ha vivido poniendo notas a la gente según se sabían la lección que él mismo explicaba. Hace años a mí me puso un nueve. Pero ahora estoy suspendido. ¿Quiere verle? Sígame.

Cerdán vio venir a Leveder seguido de Carvalho y se calzó las gafas para no quedar en inferioridad de condiciones.

—Sixto, qué majo eres, sigues predicando el fin del mundo. Tú insistes que un día u otro acertarás.

Cerdán no contestó a Leveder sino que tendió una mano en busca de la de Carvalho.

—Veintimuchos años después.

—¡Ah! ¿Pero ustedes dos se conocían? Me siento engañado.

—Tienes alma de lo que eres, Paco, un profesor de Derecho Político.

—Ya he leído los insultos que nos dedicas en el libelo ese que inspiras. Nos acusas de ser los intelectuales orgánicos de una dirección entreguista. Sixto, te pasas, que nos conocemos desde hace años y a comisario político no hay quien te gane. Había que consultarte hasta los adjetivos de las octavillas.

Pero Cerdán parecía más pendiente del discurso mudo que salía de los ojos de Carvalho que del discurso provocador de Leveder.

—¿Qué es de tu vida?

—Soy uno de los atontados que viven en el ruidoso estercolero químico, farmacéutico y radiactivo.

—Hay dos clases de atontados: los conmovidos por el espectáculo y los que no se lo plantean.

—No me lo planteo.

—¡No le pegues una bronca a este señor que no es de esta guerra, Sixto! Hemos venido a pedirte la bendición y nos vamos.

Cerdán empezaba a fastidiarse. Por otra parte picoteaban a su alrededor migajas de su saber jóvenes pálidos, con los brazos arqueados para siempre por un prematuro e imprudente acarreo de libros.

—Nos vemos después.

—Nos vemos.

—¿Yo también?

—Si no hay más remedio.

Leveder empujó a Carvalho hacia lo que quedaba del austero cóctel, concordante con los tiempos de crisis. Los cubitos de tortilla de patatas desaparecían al compás de un tenaz picoteo de palillos diríase que movidos por la mitad de la población china.

—El Cerdán de siempre —dijo alguien.

—Más pesimista todavía —comentó otro.

—Pero le ha dolido lo de Garrido.

—¿Por qué no iba a dolerle?

—Yo a veces me he dicho: que este tío piense y los demás nos dedicaremos a plantar coles.

—¿Ha oído?

Leveder estaba burlonamente preocupado.

—No es la primera vez que lo he oído. Cerdán produce estas impresiones. Es un seductor verbal. Domina la magia de las palabras y las hace venir de un reino cuya llave siempre está y siempre estará en su bolsillo. Es un gran shamán, un gran brujo dueño de la medicina de la realidad y del espíritu. Primero yo le adoraba, era uno de los *dakois* de Fu-Manchú. Luego le odié. Ahora me divierte. Toda cultura se merece un Savonarola. Cerdán es el Savonarola del comunismo español. Pero se está pasando, hostias. Se pasa el día llorando ante el muro de las lamentaciones y ahora le ha dado por lo de la salvación de las coles. De acuerdo que Madrid es irrespirable pero lo del estercolero es muy fuerte. Y además eso de llamarnos atontados. No es una denominación simbólica, es una creencia. Tiene el don de provocar la expectación por la nota. Recuerdo que todos nos movíamos a su alrededor para que nos mirara y nos valorara. Si Cerdán no te miraba, kaput, algo debía ir mal en el coeficiente. Recuerdo la ilusión que me hizo el día en que me sentó a su derecha y dijo: «Este joven tiene un gran talento analítico.» Para él había gente que tenía talento analítico y gente que tenía talento sintético. Años después me comentó: «Fulano de tal tiene un gran talento analítico, en cambio zutano tiene un gran talento sintético.» Y a mí me parecían aquellos dos unos solemnes gilipollas.

Alto, casi pelirrojo en el cabello que le quedaba y en la barbita recortada como un festón subrayante de una cara larga, Leveder se bebió tres chinchones secos en dos minutos:

—Hay que matar la úlcera. A ver si cenamos con Cerdán. Él tiene interés. Tiene ganas de sonsacarme algo después de lo de Garrido. Le voy a maltratar. También debe de tener interés en dialogar con usted. ¿Se conocían mucho?

—Demasiado.

—Mal asunto. Cuando conoces demasiado a Cerdán quedas inmunizado para cualquier

propuesta religiosa. Estoy preparando un ensayo impublicable en el que relaciono las actitudes de Cerdán con las del Henry Bernard Lévy de *El Testamento de Dios*. ¿Sabe de quién hablo?

—No tengo el gusto.

—Un filósofo francés, el filósofo más «chic» del momento. A su lado Cerdán es como una lagarterana.

—Soy un modesto e inculto detective privado, pero no se lo diga a Cerdán. Quiero oírle hablar.

—Podría detenerle. ¿Está usted capacitado para detener gente? Mire, aquí llega la chica más guapa de la burocracia comunista occidental.

Se les acercaba Carmela. Fingió desconocer a Carvalho. Leveder hizo las presentaciones. Carmela presentó a Julio. Leveder prestó oídos a las quejas asalariadas que formulaban Julio y Carmela. En la asamblea de profesionales del partido no se había tenido en cuenta lo que se tiene en cuenta en cualquier empresa.

—Con el cuento de trabajo militante te explotan.

—Vosotros los de la dirección deberíais ponerlos a nuestro lado porque los viejos tienen una mentalidad de los años cuarenta, cuando había que pagar para que te fusilaran, no te jode.

—Por ejemplo, nos dan quince días de vacaciones por boda. ¿Y si uno tiene un ligue para toda la vida o para parte de toda la vida, qué? ¿No hay vacaciones? ¿Se prima el matrimonio legal? ¿Qué moral comunista es ésta?

—Con lo que ligas tú, Carmela, estarías siempre de vacaciones.

—Lo que pasa es que tú eres como ellos, y antes de enfrentarte a Santos o Mir o Poncela eres capaz de negarnos el saludo.

—Si me enfrento siempre.

—Pero por cuestiones serias, ideológicas. No por nosotros, la puta base. —Los limpiabotas.

Leveder iba por el décimo chinchón y Carvalho dedujo que el chinchón le producía el efecto de un almidón interior porque el profesor aumentaba su tiesura por momentos.

—Os invito a cenar. A todos. Cenaremos todos con Cerdán y le explicaremos los problemas que tienen los comunistas realmente existentes, no los que él se inventa en la probeta. ¡Cerdán!

El llamamiento de Leveder atrajo a Cerdán para que no le siguiera poniendo en evidencia. Leveder le presentó a Julio y Carmela caracterizándolos como miembros de la puta base, como atontados supervivientes del ruidoso estercolero.

—Cerdán, te invitamos a cenar en Gades a cambio de que nos expliques si en la KGB cuentan los quinquenios en las pensiones de las viudas.

No ocultaba Leveder su voluntad de hacer público su discurso, ni Cerdán la de hacerle salir de la librería para impedir que el discurso continuara. Leveder iba por el chinchón número trece entre especulaciones de por qué la KGB escogía como agentes a personajes tan contradictorios como Sixto Cerdán y Paco Leveder. Salieron Carvalho, Carmela y Julio en pos de Cerdán, que llevaba cogido a Leveder por un brazo. Una muchacha con la mitad de la cara tapada por una melena rizada se quejó de que Cerdán le había dejado la bibliografía colgada.

—Véngase a cenar con nosotros —propuso Carvalho sin quitar la vista del nacimiento de una mórbida vaguada entre los pechos, insinuada en el vértice de escote del jersey.

—No quisiera molestar.

—No molesta. Nos gusta ver caras nuevas.

—Conozco a Leveder; he ido a sus clases como oyente.

—Entonces es como si usted fuera de la familia —dijo Julio y la cogió por un brazo.



## 16

—Necesito seis cafés y estos dos dedos —avisó Leveder en cuanto el *maitre* del restaurante Gades les aposentó. Marchó hacia el lavabo sin quitar la vista de los dos dedos que iban a prestarle tan misterioso servicio. Cerdán sonrió en busca de la complicidad de Carvalho y se aprestó a completar la bibliografía que le suplicaba la invitada: «antes de que empecemos a cenar, a beber y todo eso». Carvalho aprovechó el aparte cultural para contemplar a sus anchas a la recién llegada, entre castaña y pelirroja, ojos marrón claro, labios carnales más que carnosos, un acantilado de sombra entre sus senos asomados al vértice de un jersey de lana verde, estructura ósea de mujer germánica dulcificada por tres o cuatro generaciones latinoamericanas, incluso, tal vez, alguna traza indígena en el corte de los ojos rasgados. Julio bromeaba con Carmela:

—Aquí donde me ves no soy un ignorante. Estoy haciendo una traducción de Lenin al pasota. A ver, dime algo de Lenin y te lo traduzco.

—Si yo no sé nada de Lenin, chico, soy de la puta base.

—Algo sabrás.

—A ver: explícame lo de la dictadura del proletariado en pasota.

—*Los rojeras gustan pasar por el aro a los tragones hasta arrascar el raje en el fregao de los colores. La curranda ha de antoligar el cotarro. Pero esto es tirao. A ver, Cerdán, usted camarada.*

—No me llames de usted. No somos camaradas, por desgracia, pero no me llames de usted.

—Es que yo no tuteo a los intelectuales. Si es tan amable y me permite un aparte, dígame algo de Lenin para traducirlo a un idioma que yo me sé.

—¿Algo de Lenin? —Cerdán memorizaba y diríase que le hacía ruido la maquinaria cerebral—. Por ejemplo, una de las «tesis de abril»: ruptura abierta con el gobierno provisional preconizando el paso de todo el poder gubernamental a los soviets.

Volvió Cerdán a su bibliografía y Julio se aplicó a la traducción simultánea coreada por la risa sin fronteras de Carmela:

—*Hay que esperrabar el bandeo gambeante endiñando el cotarro a los rojeras, también llamados rogelios, rojetes o amapolas.*

—A ver qué tal queda con amapolas.

—Hay que esperrabar el bandeo gambeante endiñando el cotarro a los rojeras, también llamados rogelios...

Cerdán fue consultado:

—¿Y eso qué es?

—El idioma de mi tribu, de los pasota-leninistas.

La latinoamericana se reía y Cerdán se creyó en el deber estético de amontonar los menguados mofletes por si el movimiento muscular le provocaba la risa.

—¿Qué obra de Lenin me aconseja usted para traducir?

—Tutéame, chico. Podrías traducir *¿Qué hacer?*

—Ya tengo el título: *¿Cómo montárselo?*

Leveder apareció de pronto sobre su silla, vacío por la vomitona y en condiciones de asumir la situación:

—Estoy dispuesto. Pregunta. Me lo sé todo.

Cerdán le mandó callar para seguir con la bibliografía.

—¿Estás dirigiendo una tesis?

La bibliografía llegó a su fin.

—Ya está —dijo la chica, muy contenta, guardando el cuadernito en un bolso. Cerdán ni miró la carta.

—Cualquier cosa. Espaguetis, supongo —añadió.

—*Espaghetti alla mariconna arrabiata* —pidió Leveder.

—No tenemos de eso.

—Lo pido en todos los restaurantes y nunca tienen. Si te crees que te voy a contar quién ha matado a Garrido estás fresco.

Cerdán estalló:

—Si te crees que estoy dispuesto a tolerar tu incontinencia mental, te equivocas. Tienes la edad suficiente para controlar tus esfínteres. Como decía Pavese, todo hombre a partir de los cuarenta años es responsable de su cara.

Dudaron los demás si estaba dicho en serio o en broma, pero optaron por la duda expectante en tanto Leveder, como receptor del mensaje, se definiera:

—Me has convencido —contestó, y Carmela tuvo que volver la cabeza para que Cerdán no la viera reír.

Cerdán dio por imposible a Leveder y otorgó sus favores a Carvalho.

—¿Cuánto tiempo! ¿Qué es de tu vida? ¿Universidad? ¿Editoriales?

—Importación y exportación de taperas e higos secos —se entrometió Leveder.

No pareció ser escuchado. Carvalho hablaba vagamente de negocios, Cerdán buscaba en un punto exacto del mantel dónde había quedado interrumpida la conversación veintidós o veintitrés años antes. Debió encontrarlo, porque miró sólidamente a Carvalho y quiso preguntarle algo que no podía preguntarle:

—¿Fue todo bien?

—Un par de años y a la calle.

—Lo mío fue muy duro.

—Estaba escrito.

Cerdán pasó por alto la leve ironía de Carvalho y volvió al frente de Leveder.

—He de decirte que tu homilía de esta tarde me ha parecido una mierda, una guarrada.

—Si sigues así me voy a tener que marchar.

—Ha sido una homilía buitresca, cebándote en la carroña humana de Garrido y en la carroña política en general. Chin. Chin.

Nadie secundó el brindis de Leveder. Los ojos prefirieron pasar recuento al poblado establecimiento. Cada cual quedó en su isla. Hasta Julio se ensimismó y Carmela buscó algo en el bolso que no estaba dispuesta a encontrar. Leveder les sorprendió preguntando a Cerdán si tenía muy adelantado su trabajo sobre Socialismo y burocracia. No tanto como quisiera. Y a partir de este punto Leveder y Cerdán se sinceraron sobre los problemas de la docencia, de las traducciones, del tiempo para contemplar, viajar o no hacer nada. Era una conversación entre modistos del espíritu sobre las excelencias de los tejidos más apropiados o la irremediabilidad del retorno a la minifalda. Tranquilamente pasaron a Garrido. ¿Cómo está Luisa? Imagínate. Carvalho descubrió de pronto que en la vida de Garrido había una Luisa, como debía haberla en la vida de Cerdán. Una Luisa. Hijos. Cuestiones domésticas. Pequeños dolores cotidianos del espíritu nunca lo suficientemente sofocados por las grandes coartadas.

—La última vez que lo vi fue en el transcurso de una reunión fallida para montar una marcha hacia Torrejón en contra de las bases americanas. Garrido quería darle el característico aire consensual. «Juntos pero no revueltos», le dije. «Cada cual con sus *slogans*.» No fue posible. Tuvimos una conversación muy sincera. Me dijo: «Te envidio, puedes actuar como si la Historia acabara de empezar.» Ese es en gran parte el drama de los partidos obreros tradicionales. Su lógica interna resulta privilegiada y les separa de la realidad.

Leveder no oponía resistencia. Tenía la ideología triste aquella noche y no le importaba que Cerdán se subiera al monólogo. Decía que no con la cabeza o iba al encuentro de los espaguetis con la suavidad de un comensal bien educado. Carmela y Julio escuchaban fascinados a Cerdán, como si por primera vez estuvieran en la platea del teatro de la inteligencia. Hasta Carvalho se sintió entregado al rezo de tristes evidencias que salían de los labios de Cerdán. Como quien huye de su propio sueño, Carvalho parpadeó y se fue hacia la barra. Tenía sed de cerveza de barril.

## 17

—Me llamo Gladys y estoy muy de acuerdo con lo que no has dicho. Los demás hablaban y tú callabas.

—¿Argentina? ¿Chilena? ¿Uruguaya?

—¿Y por qué no colombiana, peruana o de Puerto Rico?

—Cada cual tiene sus gustos sobre exiliados.

Rió echando la cabeza atrás como Rita Hayworth en Gilda y enseñó una garganta apenas mancillada con suaves anillos de serpiente joven. Puso suavemente otra vez la mano sobre el brazo de Carvalho, como si le sirviera de punto de apoyo para recuperar la serenidad.

—La verdad es que me pierdo. En mi país ya estaba muy acostumbrada a todo este rollo. Nos pasamos años y años enrollándonos sobre si la transición al socialismo, o lo que quieras. Y mientras tanto los «milicos» iban afilando las bayonetas. Soy chilena. Y no te creas que me limité a mirar las cosas desde lejos. Estuve en primera fila, en el Tren de la Libertad que recorría Chile de arriba abajo con un mensaje de cultura y comunismo. Pero ellos tenían la aviación.

Daba tristes vueltas a un vaso que también se había puesto triste, como si los cubitos de hielo fueran el resultado de sus ojos pesimistas. Carvalho apoyó la espalda contra la barra, con los codos sobre el mostrador, dando la cara al comedor, a la mesa donde Leveder, Julio, Cerdán y Carmela seguían afinando los instrumentos de una orquesta imposible.

—¿Necesitas una aspirina?

La chilena abrió los ojos para fingir más sorpresa de la lógica:

—¿Una aspirina?

—Tengo un amigo, o tenía un amigo, que ligaba así. Se acercaba a una chica y le decía: «Señorita, ¿necesita una aspirina?»

—¿Y le salía bien?

—Siempre.

—¿Y a ti?

—Tú dirás.

—¿Dejamos a éstos? ¿No te interesan sus discursos sobre la Historia?

—Tengo bastante historia ya por hoy. Desde que he llegado a esta ciudad parezco vivir dentro de un libro escrito por un sociólogo o cualquier chorizo de este tipo.

—¿Odias a los sociólogos?

—Entre otros.

—Yo lo soy.

—Trataré de olvidarlo.

Carvalho empezó a andar hacia la puerta. Gladys le siguió, reclamando que se detuviera:

—¿No te despides? ¿Pero cómo eres?

—No nos necesitan.

Pero volvió la cabeza y vio a Carmela pendiente de su marcha. Con los ojos inmensos y negros llenos de malicia. No se dio por aludido y esta vez empujó a Gladys hasta la salida.

—Te invito a un paseo por el barrio viejo.

—Madrid está lleno de barrios viejos.

—Por la plaza Mayor.

Carvalho se encogió de hombros. Paró un taxi borracho de *fuel-oil*, acatarrado, espasmódico. El taxista tenía que bajarse la bufanda para hablar. Se disculpó:

—Es que me han sacado una muela y estoy grogui.

A Gladys le dio por reírse por lo bajín.

—¿De qué te ríes?

—De la aspirina.

Carvalho le puso una mano sobre el hombro como para contenerle la risa y le señaló al taxista:

—Va a pensar que nos reímos de él.

—Señor. No me río de usted. Es que nos ha pasado algo muy chusco.

—Por mí pueden reírse hasta de Tierno Galván. Para eso hay democracia.

Les dejó frente al Arco de Cuchilleros. Penetraron en la plaza Mayor como si estuviera expuesto el Santísimo. Subían palmas y guitarreos roncós desde las cuevas llenas de turismo de invierno. Estaban casi solos en la plaza iluminada por las farolas, sin otro testigo que la estatua ecuestre de Felipe IV.

—Parecemos una pareja de turistas americanos paseando por cualquier plaza de Roma en cualquier película de los años cincuenta.

—Entonces yo era muy pequeñita.

—Yo no.

Al andar se tocaban los hombros. Del abrigo de lana marfileña salía un hondo calor de mujer perfumada. Le caían los rizos de una permanente leve sobre la espalda y los movía al hablar, como si fueran pompas de jabón o campanillas de reclamo que brillaban más que la luminaria amarillenta de la plaza. Balconada y ventanas parecían cerrar su propia memoria más que abrirse a un tiempo que no les pertenecía y Carvalho recordó sus paseos de joven conspirador con poco dinero, o sus citas bajo los soportales, generalmente junto al portalón de una oficina municipal, también dedicada a oficina de turismo en cuyo escaparate siempre estaba *La cocina de Madrid* de Entrambasaguas.

—Quiero ir allí a comprobar una cosa.

El libro estaba allí, como a fines de los cincuenta, y parecía ser el mismo, como parecían los mismos sus acompañantes en aquel coro de madrileñismo subcultural.

—¿Te documentas para ir por la ciudad?

—Recordaba cosas. Hace años pasé muchas veces ante este escaparate y a la fuerza me leía los títulos de libros que no me interesaban nada. Ahora me interesa ése.

—¿El de cocina?

—El de cocina.

—¿Tú también, Bruto?

—¿Qué quieres decir?

—Todos los progres de esta ciudad cocinan. Se invitan los unos a los otros para probar los guisos. Y todo lo hacen los hombrecitos, ellos solitos. Parecen chalados. Dicen que están recuperando las señas de identidad. Hasta han dejado de divorciarse para pasar a cocinar.

—¿Conoces a mucha gente?

—Conozco. Tengo que moverme. Las cosas no han sido fáciles. Aquí la izquierda nos ha dado una solidaridad muy sincera pero con muy poco dinero.

Unos extranjeros borrachos desembocaron en la plaza cantando ¡Que viva España! Gladys y Carvalho se sintieron expulsados de la plaza sin que nadie les dijera nada. Salieron a la calle Mayor, se metieron por las callejas que llevaban hacia Ópera y la plaza de Oriente. Se oían sus pasos entre pulcros enrejados que parecían dibujados sobre las fachadas blancas y los marrones intensos de cornisas y postigos.

—El silencio va bien después de tanta palabra.

Carvalho asintió y le pasó un brazo sobre los hombros. Ella echó la cabeza hacia atrás como para apresar el brazo en su nuca.

—¿Por qué me has escogido a mí? Podías haber salido con Cerdán o Leveder o cualquier otro.

—A Leveder lo tengo muy visto y con Cerdán sólo iría a un seminario sobre cualquier potingue del espíritu. Tú callabas. Me gustan los hombres que callan.

—Siempre espero encontrarme a una mujer a la que le gusten los hombres que callan. Por eso callo siempre.

—Eres un malvado.

—Además estoy en una ciudad nueva y las ciudades nuevas prometen la aventura.

*Yo sé que soy  
una aventura más para ti  
y al pasar esta noche te  
olvidarás de mí.*

—Los Panchos.

—Yo no la aprendí con Los Panchos. Qué viejo eres.

A contrasombra, Gladys ofrecía un perfil casi clásico, sólo traicionado por una nariz excesivamente afinada. Carvalho le pasó un dedo por la frente, por la nariz, por los labios, la barbilla. Volvió a los labios porque estaban calientes y húmedos. Gladys los abrió suavemente para apresar el dedo, sorbió el dedo, lo situó entre los dientes y mordió:

—¡No corras tanto, forastero!

Había corrido ella unos metros y desde allí se volvía para comprobar la sorpresa de Carvalho. Volvió a caminar a su lado, dejaron atrás Opera para salir a la plaza de Oriente. A Carvalho le parecía imposible que los gritos de «Franco, Franco, Franco» hubieran podido

contaminar aquel prodigio de ensimismamiento histórico, urbano, protegido por el tabique de cartón piedra del palacio, con los campos adivinados al fondo, en su grandeza de pretextos para dar volumen a los cuerpos de Goya o de Bayeu.

—Es el lugar más antifascista del mundo. Las manifestaciones aquí debieron celebrarse con sombrilla. Debería ser obligatorio venir con sombrilla.

Se sentaron en un banco y ella le explicó cómo había salido de Chile gracias a la embajada de España. Él le dijo que era consejero de una editorial de Barcelona y estaba en Madrid de paso.

—¿De qué editorial?

—De Bruguera.

Gladys le acompañó hasta la puerta del hotel. Leyó en los ojos de Carvalho una invitación a subir.

—Hoy no. ¿Puedo verte mañana?

—Tendré un día agitado.

—Yo también. Ya tarde. A las once, en Oliver.

## 18

Recuperó la carpeta en la recepción del hotel. Remoloneó por la habitación sin ganas de trabajar, haciendo añicos recuerdos compartidos con Cerdán, recién salidos de un baúl olvidado. Una conversación sobre el tránsito de la cantidad a la cualidad, a propósito de un libro de Sartre. Lo buscaría sañudamente por las estanterías hasta dar con él y quemarlo. En cuanto volviera a Barcelona. Los preparativos de huelgas nacionales pacíficas de veinticuatro horas. Aquel trabajo sobre el esquematismo, el dogmatismo y el cesarismo que Cerdán le aconsejó no entregar a la dirección. Jornadas enteras, noches, madrugadas de interrogación de la vida y de la Historia bajo los altos pinos del jardín de la villa donde veraneaban los padres de Cerdán. Estoy leyendo a Jung. No es marxista. Es un discípulo de Freud, informó Cerdán con una cierta inseguridad en la voz. Luego Cerdán convertido en un ejemplo constante ofrecido como alternativa a la progresiva abulia de Carvalho, aquella abulia carcelaria llena de gorrioncillos heridos y maricones mongólicos, epilépticos auténticos o falsificados, fuguistas ensimismados como pistoleros del Far West vencidos para siempre y lejos, muy lejos, en otra cárcel, bajo otro cielo, sin duda más duro, el ejemplar Cerdán con su seminarios educadores de clase obrera enrejada, su gimnasia, su David Ricardo, su trabajo de partido, ¿ya realizas trabajo de partido?, le preguntaban los jóvenes directores espirituales que conseguían burlar el filtro de las comunicaciones, especialmente Gabardinetti, aquel doble de espadachín de Hollywood que acabaría sus días ligando con suecas en Australia o con australianas en Suecia, escandalizado ahora, allí, a medio kilómetro de rejas, porque Carvalho no practica, porque Carvalho pierde el tiempo siguiendo el vuelo de los vencejos hacia el oeste o escuchando la historia de Juanillo, apuñalador de conos, ¿realizas trabajo político? Gabardinetti, vete a tomar por culo, Gabardinetti, la huelga nacional pacífica de veinticuatro horas no se seguirá en esta cárcel, no la propagaré al viejecillo que se untaba la polla con leche condensada para que se la chuparan los niños, ni al suegro que mató al yerno porque le pegaba a la hija con el planchamangas. ¿Con el planchamangas? ¿Está seguro, abuelo? Vete a tomar por culo, Gabardinetti, tendrías que seguir el ejemplo de Cerdán, ha montado una célula de traductores de Toledo, ¿en Toledo?, no, en Burgos; uno es comunista allí donde esté, asegura Gabardinetti antes de irse de vacaciones a Lloret de Mar, la fe del camarada Carvalho flaquea, no pasa informes políticos, ni nada nos ha dicho de que el Bizco se tira a la vaca o a la cerda cada vez que sale a la granja penitenciaria, la vaca y la cerda se regenerarán durante veinticuatro horas el día en que se proclame la huelga nacional pacífica de veinticuatro horas. Qué jóvenes y qué imbéciles éramos todos, Gabardinetti, Cerdán, qué memos y cómo los gestos fundamentales de



entonces son los gestos fundamentales de ahora. Del éxtasis del techo a las tripas blancas de la carpeta. Planos. Nombres. Cifras declaraciones. Inventario de los objetos personales hallados en el cadáver de Fernando Garrido. Reloj de oro con una dedicatoria de Kim Il-Sung, paquete de tabaco rubio, billetero con tres mil pesetas, carnet de identidad, carnet del partido, una postal de Oriana Fallad, pañuelo de bolsillo, un llavín, un orden del día, briznas de tabaco rubio, un mechero, una agenda. Cuando se suicidaron los esposos Lafargue, Lenin escribió: «Si uno no tiene ya la fuerza necesaria para trabajar en el partido, debe tener el valor de mirar la realidad cara a cara y morir como los Lafargue.» Santos Pacheco, oh viejo jefe indio, hombre blanco matar Águila Negra. Carvalho se hizo un plano de la sala, distribuyó nombres en los asientos según figuraban en las indicaciones que le habían dado, nombres, edades, distancias, paseó por la habitación a distintas velocidades. ¿A la velocidad del odio? ¿Del resentimiento? La transcripción de la cinta magnetofónica:

—*Acabaremos pronto porque ya sabéis que no puedo resistir sin fumar.*

—*Ja. Ja. Ja.*

—*Vaya. Lo que faltaba. Se han fundido los plomos.*

—*Los fusibles, ignorante.*

—*Estos de Comisiones Obreras siempre en huelga.*

—*Ja. Ja. Ja.*

—*¡Acomodador! Que alguien vaya a mirar. Un ruido de terremoto cercano. Suspiros de alivio.*

*Y de pronto un silencio que crece.*

—*Fernando, ¡Fernando! (Es la voz de Santos.)*

*Y la Torre de Babel.*

La perplejidad de Carvalho ha sido prevista por Santos Pacheco: «No se sorprenda por una grabación que prosigue a pesar del corte de luz. Quedó inutilizada la grabadora central, pero se utiliza una pequeña grabadora a pilas por si hay averías, al menos durante el informe político y las aportaciones de los camaradas al informe político.» José Martialay Martín. Obrero de la Construcción. Responsable de Movimiento Obrero: «Era una reunión normal, sin un gran tema dominante. Garrido estaba como siempre, yo estaba como siempre. No me di cuenta de nada hasta que se encendió la luz y eso que estaba sentado a la derecha de Fernando.» Prudencio Solchaga Rozas. Minero de Almadén: «Ahora me parece que todo duró muchísimo, pero sólo fueron unos segundos. Garrido fumaba y ésa era toda la luz que había. Ahora recuerdo que de pronto hasta esa luz desapareció; fue, sin duda, cuando Fernando cayó sobre la mesa. No podía ver nada ni oí nada especial. La gente hablaba y se cachondeaba de la situación. ¿Quién iba a imaginar lo que estaba sucediendo?» La luz emitida por Fernando Garrido aparecía en siete declaraciones. «Acabaremos pronto porque ya sabéis que no puedo resistir sin fumar.» O Garrido había violado su propio código o siete miembros del Comité Central se habían sugestionado e imaginaron un cigarrillo en

sus labios. Eran las seis de la mañana. Clareaba. Demasiado pronto para sacar a Santos Pacheco de la cama y preguntarle: «¿Fumaba Garrido al empezar la reunión?» Luis de la Mata Requeséns. Dentista de Requena (Valencia): «Había otro médico en la sala, más idóneo para lo que había ocurrido, el camarada Valdivieso, internista de La Paz y especialista en cirugía cardiovascular. Pero el diagnóstico fue inmediato y fácil. Una puñalada como la copa de un pino. Limpia, directa al corazón. La muerte fue instantánea. Sin duda la puñalada de un experto, sobre todo teniendo en cuenta las condiciones de oscuridad en que la dio y lo difícil que es dar una puñalada de frente y con una mesa por medio. El asesino debe tener ojos de gato, hay personas que se mueven en la oscuridad con más soltura que otras, pero eso es todo, es una diferencia mínima.» Ezequiel Hernández Amado. Sacerdote: «Lo primero que pensé fue en darle la absolución y se la di, en voz muy bajita, no porque temiera la reacción de algún compañero, eso no porque yo y muchos otros tengamos fe está perfectamente asumido por mis camaradas declarados “ateos”, sino porque creo en la absolución como un acto íntimo entre tres entes: el sacerdote, el pecador y Dios. Pronuncié *el ego te absolvo a peccatis tuis* con la creencia total de que pocos pecados había que perdonarle a Fernando Garrido; quien ha dedicado toda su vida a luchar por la dignidad humana tiene un crédito celestial sin fondo, estoy seguro. Tal vez mi deformación profesional me jugó una mala pasada y la absolución y el rezo me impidieron fijarme en otras cosas; en aquel momento me pareció lo más urgente; cada uno es cada uno, de todo ha de haber en la viña del Señor.» Carvalho seleccionó las notas que había tomado. Las convirtió en preguntas. Luego seleccionó las preguntas. Trató de dormir. Aunque sólo fuera media hora. Pero vio gente en la calle cuando fue a correr las cortinas y creyó oler perfume de churro, oír el claque de las tazas de café sobre los platillos. Se duchó.

Siluetas de plomo sobre las azoteas de la carrera de San Jerónimo, Fernanflor, Marqués de Cubas, plaza de Cánovas. Como si toda la policía de España estuviera revoloteando o concentrada en aquella encrucijada de Madrid, formaba un cordón marrón que delimitaba como un festón la zona del homenaje popular. Un verdadero cerco armado construía un trapecio con su base en el paseo del Prado, sus laterales en Atocha y Alcalá y el techo en Espoz y Mina y la Puerta del Sol. Cada encuentro de calles importantes un jeep, cada plazuela una furgoneta enrejillada repleta de bultos marrones con las armas a punto. Y en el cielo el vuelo de un helicóptero como un pájaro de mal agüero. Garrido salió de las Cortes sobre los hombros de los miembros del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España y, al aparecer, los aplausos fueron contenidos por un imperativo chist nacido de lo más profundo de la multitud.

—¡Viva el Partido Comunista de España! —gritó la voz rota de una mujer y un viva flamígero abrasó las fachadas e hizo vacilar las siluetas de plomo de los policías de azotea.

Luego un silencio para el flash histórico mientras se conformaba la presidencia del partido, la familiar y la oficial. Al frente de la del partido, Santos con la cabeza inclinada para abrigar el escozor de las lágrimas. En la oficial, el jefe de Gobierno con la representación del Rey, el capitán general de la Primera Región militar, presidente de las Cortes, tres ministros y el presidente del Tribunal Constitucional. Con banderas de sus países entre las manos, los secretarios generales de los partidos comunistas de Italia, Portugal, Francia, Japón, Rumanía, delegaciones de la totalidad de países con más de cinco comunistas en el censo. Además los

secretarios generales de los partidos socialistas de Italia, Francia, Portugal, Grecia y representaciones del Frente Sandinista y el PRI. Tras ellos, una morrena lenta de glaciador rojo. Banderas rojas contra el cielo difícilmente azul de aquella mañana de noviembre, pañuelos rojos en los bolsillos de las chaquetas, en las manos. Parecían rojos también los puños que se alzaban y bajaban con voluntad de martillos, con precisión de émbolos.

*Arriba, parias de la tierra,  
en pie, famélica legión,*

empezó una voz de mujer agridulce y se puso a cantar toda la larga y ancha melena roja que seguía el féretro. En la plaza de Cánovas se fue alejando el canto hasta la cola de la multitud, porque la Banda Municipal de Madrid recibió la cabeza del sepelio con la Marcha real, lenta, como interpretada en las exequias de un joven y pálido príncipe tuberculoso. Y tras la primitiva tolerancia, los barítonos comunistas gritaron más que cantaron La Internacional, con los cuellos enervados y la división de opiniones entre el respeto, táctico al himno real y la necesidad emocional de La Internacional. Zanjó el pleito Tierno Galván, alcalde de Madrid, subiendo a la tribuna y pronunciando una oración fúnebre breve y lenta:

»En el entierro de un hombre que no era religioso no hay mejor oración que el respeto a su heroísmo por negarse a sí mismo el consuelo de la resurrección. En Fernando Garrido vida e Historia son la misma cosa. Desde que nació creyó que la esperanza de cada hombre sólo se realiza por la emancipación colectiva y se hizo revolucionario porque creía en el hombre. No hay identidad más indisoluble, más ética que la que se establece entre socialismo y humanismo. El socialismo ha quitado la ética a los filósofos y se la ha dado a la clase obrera, como Prometeo robó el fuego a los dioses para dárselo a los hombres. La historia de Fernando Garrido la sabéis todos y sobre todo la sabéis los que sois conscientes de vuestra propia historia y del papel que ha jugado en ella la lucha contra el fascismo y por la libertad. Yo saludo al viejo amigo, al viejo compañero en horas propicias a la desesperanza en las que nunca desesperó. Era un hombre fuerte, hijo de un pueblo fuerte, de una clase social fuerte. Nunca pude llamarle camarada, pero siempre supe que éramos camaradas y que jamás nos separarían del todo las tácticas y las estrategias. Adivinó que en un futuro, ya no muy lejano, comunistas y socialistas están condenados a construir el socialismo con la libertad y a garantizar la libertad con el socialismo. A vosotros, comunistas, os puso en camino de esta evidencia. A nosotros, socialistas, nos enseñó el final de un camino todavía largo. Alguien ha dicho que la lucha final será entre comunistas y ex comunistas. Yo os digo que no habrá lucha final porque ejemplos como el de Fernando Garrido dan pleno sentido a La Internacional como canto y espíritu unitario. No lloreis por su muerte. Abrazad su ejemplo.

De nuevo los aplausos trataron de falsificar el acto, pero siseos y sollozos los ahogaron. Santos subió a la tribuna y se quedó mirando a la multitud. «¡Camaradas!», dijo y se quedó mudo como si de pronto hubiera descubierto que Garrido había muerto y la angustia se convirtiera en

una bola de nada en su garganta. «¡Camaradas!», volvió a repetir con la voz patinando por la amargura. Entonces bajó la cabeza y levantó el puño para que un bosque de puños empalizara el ámbito noble de la plaza, ante la observación serena, distante y perpleja de las estatuas asomadas a la verja del museo del Prado. Santos se apartó para dejar sitio al último orador.

Rafael Alberti subió a la tarima con las piernas lentas y el cuerpo rápido, el señorío y el desplante de su rostro conservado en almíbar de una melena blanca y lacia de poeta brujo:

*Fernando Garrido tiembla  
la soledad tiembla el agua  
tiembla de ira la gleba  
que ha de salvar España  
la gleba que es clase obrera  
con los puños por bandera  
roja roja roja roja  
como la sangre y la niebla  
que ha puesto luto al olivo  
y desorden en las siegas  
desorden de atardecida  
en plena mañana abierta  
desorden de sombra mordida  
por los perros de la muerte  
perros azules o negros  
él fascismo no combate  
mata a oscuras mata a golpes  
y de su niebla renace.  
Fernando Garrido eras  
conductor de coexistencias  
la del río con el agua  
la del fuego con la hoguera  
y la voz con la herramienta.  
Vendrán de cielos futuros  
arcángeles o planetas  
para ver en su hermosura  
de este mundo construido  
con tus palabras de tierra  
Fernando Garrido muere  
la muerte vive la vida  
¡Muera la muerte! ¡Viva la vida!*

«Muera la muerte», coreó la multitud mientras crecía y se imponía: *Vosotros fascistas sois los terroristas*. Las presidencias se mezclaron. Santos se abrazaba con ministros y con delegados extranjeros. Se dio un marcial apretón de manos con el capitán general de Madrid. El servicio de orden abría paso para los coches que debían llevar los restos de Fernando Garrido hacia el

cementerio civil.

—A ti te dejarán pasar. Dile a Santos que he de hablar con él a ser posible antes de que acabe el día.

Carmela se abrió paso saludando a unos e increpando a otros.

Volvió en plena desbandada de gentes que iban a buscar autobuses y coches habilitados por el partido para trasladarse al cementerio civil.

—Dice que cada tarde suele pasear por la Ciudad Universitaria. A las seis en la puerta de Filosofía y Letras. Como me lo ha dicho te lo digo. No te quedes ahí, *pasmao*.

No pudo quedarse sorprendido demasiado tiempo. Una explosión movió el aire como si fuera un océano y los cuerpos se rompieron en frenéticas huidas hacia no sabían dónde. Otra explosión trajo su eco desde la estación de Atocha. Carvalho tiró de Carmela y se puso a correr hacia la puerta del hotel Ritz y allí se volvieron para contemplar cómo la multitud que se había convertido en manada desbandada volvía a recomponerse, tensa, tozudamente, con los puños en alto. Cantaba *La Internacional*.

## 19

Se oían ambulancias lejanas que iban hacia la Puerta del Sol, donde había explotado una bomba, y hacia la estación de Atocha, donde había dos muertos y doce heridos, decían las gentes de boca en boca.

—No, no voy al cementerio. No me meto en cosas íntimas de la familia.

—¿Quedamos a comer?

—¿Tú sabes dónde se puede comer cocido en Madrid?

—Saberlo no, pero en cuanto termine el entierro consulto el Espasa y me entero. A las dos ¿quedamos? —En mi hotel.

Tuvo que esquivar los mechones de manifestantes para salir del ámbito rodeado por las fuerzas de seguridad y llegar a la zona de circulación libre. Cogió un taxi y le pidió que le llevara a la calle Profesor Waksman.

—A lo mejor llegamos antes del final de la Liga, porque hay un parón de no te menees, es que *no pue 'ser, no pue 'ser*.

Los coches parecían conducidos por parálíticos o retenidos por una extraña fuerza que salía del asfalto agrisado por un cielo de fieltro. El taxista sabía todo lo que se podía saber sobre los atentados. Una bombita en la oficina de pasaportes de la Puerta del Sol y una bombaza en Atocha.

—¿Me entiende usted, caballero? ¿Me explico? Una bombita y una bombaza. ¿Me explico? Es que *no pue 'ser, no pue 'ser*. Hasta las bombas van firmadas.

Llegaron a Profesor Waksman con la lluvia en los talones. Tuvo el tiempo justo de localizar el portal y recibir en la espalda los primeros alfileres de una lluvia fría de otoño.

—El señor Jaime Siurell.

El portero uniformado le dijo el piso sin mirarle, mientras se rascaba los cojones con una mano lentamente introducida bajo la librea. Le abrió la puerta del apartamento una vieja dama recién cocida en una revista elegante norteamericana, en las páginas dedicadas a atuendos de *cocktail party*.

—Dígale que soy un viejo amigo de Estados Unidos. Que quiero hablarle de James Wonderful.

No volvió ella. Se abrió la doble puerta pintada de crema y ribeteada con purpurina dorada para dejar paso a una silla rodante conducida por las grandes manos de James Wonderful sobre las ruedas. La vencida musculatura del rostro parecía condicionada por los ojos abiertos, oceánicos tras los cristales de las gafas, baboso el labio inferior caído hacia la barbilla, en concordancia con la totalidad de un cuerpo que se desmoronaba desde la cabeza hasta los pies,

abandonados más que apoyados sobre el estribo delantero de la silla de ruedas. Nada quedaba de la osadía física de aquel cincuentón gimnasta que él había conocido veinte años atrás.

—¡Carvalho! —consiguió decir trabajosamente el labio inferior esforzadamente unido a la musculatura de la boca que parecía despreciarle.

Carvalho creyó adivinar una sonrisa y una emocionada niebla en los ojos de James Wonderful, ex subdirector general de la Segunda República, instructor de agentes de la CÍA, cabeza de zona para Latinoamérica en los tiempos en que Carvalho había sido destinado al «área de observancia presidencial». El viejo exiliado superviviente de tanta ruina física e ideológica era ahora un hemipléjico vencido por un mal oscuro que le había cogido por la espalda. Adelantó las manos para que Carvalho se las estrechara:

—Cuánto nos habíamos odiado.

—Lo suficiente.

El intento de sonrisa le descompuso aún más la descompuesta geometría del rostro. Volvió a aplicar las manos sobre las ruedas, maniobró la silla con destreza y volvió por donde había venido, invitando a Carvalho a que le siguiera. Entraron en un salón espacioso, lleno de muebles de caña filipinos con tapicería floral y brillante vegetación de interiores. Carvalho se entregó a las profundidades de un sofá excesivo y quedó por debajo de la línea de flotación del rostro caído de Wonderful. Los músculos de aquella cara se movían como endurecidas piezas de una maquinaria precaria cada vez que hablaba:

—No he sabido nada de ti en veinte años.

—Había muy poco que saber.

—Vivo aquí apartado de todo y de todos. Me jubilé hace diez años para escribir mis memorias. ¿Sigues en la Compañía?

—Usted sabe muy bien que no.

—Sí. Es verdad. He preguntado por preguntar. Supongo que no habrás venido de visita. Los gallegos siempre aprovecháis el tiempo. Tú eres gallego, ¿no?

—Mestizo.

—La herencia genética existe, sobre todo en las células de la supervivencia. Sírvete tú mismo lo que quieras. Yo no puedo beber nada. Ya ves. Una ruina. Aparentemente una ruina. Pero dentro de mi cerebro cabe toda la Historia y todo el mundo. ¿Cómo me has localizado?

—Hace cinco años tuve un encuentro fortuito con Olson en Barcelona. Charlamos de los viejos tiempos, de usted. Me dio su dirección.

—Olson. Estuvo aquí no hace mucho. Ahora es granjero. Cultiva aguacates en Málaga, creo. Un destino correcto. A partir de los cincuenta años no se sirve para este oficio. ¿A qué te dedicas?

—Detective privado.

—¿Vives en Madrid?

—No.

—¿Estás por cuestiones de trabajo?

—Sí.

—¿Tengo yo algo que ver con tu trabajo?

—Puede ser.

—¿Y qué te hace pensar que puedo ayudarte? ¿Puedes obligarme a que te ayude?

—No.

—Nunca he sido una persona generosa. ¿Por qué iba a ayudarte?

—Por vanidad quizá. Para demostrarme que sigue estando bien enterado.

—Soy un inválido. ¿Qué puede saber un inválido? ¿En qué andas metido?

—Adivínelo.

—No es difícil. Fernando Garrido.

Carvalho asintió cerrando los ojos, pero no tanto como para no seguir estudiando la expresión de Wonderful y aprehender el brillo de interés que le desbordaba los ojos.

—Es un asunto excesivo para mí. No te negaré que me entero de algunas cosas. Aunque la verdad es que deduzco más que sé. Tengo un buen conocimiento del método y de la mecánica y a veces a distancia puedo tener una visión casi perfecta de lo que ha ocurrido.

—Por eso recurro a usted.

—No sé nada de este caso. Estoy tan sorprendido como todos.

—¿Sorprendido?

—Sorprendido. Con esta palabra ya te doy información.

—¿Ha sido un asesinato inesperado para la Compañía?

—Yo hablo por mi cuenta. Hacía tiempo que se rifaba algo gordo, pero no era Garrido quien tenía todos los números de la rifa.

—¿Quién los tenía?

—Martialay.

—¿La Compañía?

—Quién sabe. Tal vez no directamente. No es como antes. Ahora todo se ha sofisticado mucho.

—¿Por qué Martialay?

—El partido no preocupa. La central sindical sí. Las elecciones sindicales se acercan. Pero era difícil liquidar a Martialay en condiciones escandalosas. ¿Qué se puede montar sobre un hombre que hace gimnasia en *skijama* a las seis de la mañana?

—¿Por qué el cambio de víctima?

—No lo sé. Tampoco sé quién ha sido. Muy pocos deben estar enterados. ¿Tienes familia?

—No.

—Lástima. La familia sirve un día u otro. ¿Quién te ayudará a salir de la cama y sentarte sobre la silla de ruedas?

—¿Por qué se cambió a Martialay por Garrido?

—No abuses de una amistad que nunca ha existido. Tenías razón. Me has hecho hablar por vanidad, pero ya tengo la suficiente. Además, en serio, nada puedo añadirte. ¿Dónde vives?

—En Barcelona.

—¿Podrías hacerme un favor? En la hemeroteca municipal tienen todas las colecciones completas de la prensa de la preguerra. ¿Me puedes mandar algunas fotocopias de *L'Opinió*? He descubierto que no sé todo lo que debía saber y he de darme prisa para acabar mis memorias. Las titularé *Nunca llegaré a Ítaca*. ¿Te gusta el título?



—Si no ha sido la Compañía, ¿quién ha sido?

—O tal vez sería más acertado: *Nunca volveré a Ítaca*. ¿Qué te parece? A veces me arrepiento de no haber vuelto a Barcelona, pero me atrajo Madrid y me dio miedo recuperar una ciudad que ya no estaba hecha a mi medida.

—¿Cuál será el siguiente paso?

Wonderful abandonó la actitud expectante y volvió a ser un anciano hemipléjico, autista, desconectado de la obligada conversación con Carvalho. Ni siquiera miraba a su visitante, ni podría decirse que mirara cosa alguna que no estuviera dentro de sí mismo. Carvalho se levantó y se dispuso a salir de la habitación. Wonderful no reaccionó hasta que Carvalho cruzaba el umbral.

—No creo que haya frutos inmediatos. Este crimen ha sido una inversión a largo plazo. No lo sé, pero lo intuyo. Ni siquiera van a perder las elecciones sindicales. Este tipo de jugadas son las más terribles. Guárdate. Quisiera que me sobreviviera alguien relacionado conmigo aquellos años. Cada muerto se lleva una parte de nuestra imagen. ¿Has pensado en eso?

—¿Qué fotocopias quiere?

—Déjalo. Es igual. No he escrito ni una línea. Nunca las escribiré.

## 20

—En la Gran Tasca ponen cocido hoy. Gracias a ti me estoy enterando de cada cosa. En el partido ya me toman por chalada. ¿Sabéis dónde se puede tomar un cocido?

Hoy me lo ha dicho el responsable de organización de Cuatro Caminos. Estaba yo interrogando hábilmente a los de *Mundo Obrero* y se me cruza el comentario ilustrado del camarada. Cocido en la Gran Tasca, hoy toca. Conque andando, no vaya a agotarse el brebaje. ¿Y tú siempre vas por la vida así, eligiendo restaurantes? ¿Estoy aceptada como comensal o prefieres a la gata maula de ayer noche? Qué fuga, chico, ni Belmondo en *Au bout de soufflé*; hasta Cerdán se dio cuenta y la conversación derivó hacia las piernas de la dama.

—¿Qué opinaba Cerdán de las piernas de la dama?

—Introdujo el tema Leveder, que es frívolo, de la fracción frívola. Pero Cerdán aportó la nota analítica discrepando sobre el canon.

—¿Qué quiere decir eso?

—Vino a decir, casi en alemán, que era culibaja, pero sonaba a Lukács, Adorno o un tío así.

—¿Cómo acabó la reunión?

—Te cambio la información por cómo acabó tu reunión.

—En la cama, pero cada uno en su cama.

—¿Es un número nuevo?

—Y cada uno en su casa.

—Más mérito. El teleligue.

Carvalho disertó sobre el tronco común del *pot au feu* a la vista del excelente cocido. El garbanzo, dijo, caracteriza la cultura del *pot au feu* a la española y casi siempre la legumbre seca aporta el matiz característico. Por ejemplo, en el Yucatán hacen el cocido con lentejas y en Brasil con el frijol negro. Dentro del cocido garbancero de los pueblos de España, el de Madrid se caracteriza por el chorizo y el de Catalunya por la butifarra de sangre y la pelota. Carmela tomó apuntes sobre la elaboración de la pelota.

—Qué astutos sois los catalanes. ¿Por qué no se nos había ocurrido a nosotros?

—¿Qué te parece Martialay?

—Heroico. Es del sector heroico. Yo llamo así a los que se han tirado en la cárcel todos los años que tienen y unos cuantos más prestados.

—¿Duro?

—De acero. Pero ¿qué tiene que ver con el cocido?

—¿Cambiaría sustancialmente la línea sindical si no la dirigiera Martialay?

—No. Al menos durante un largo período.

—¿Quién va a suceder a Garrido?

—Provisionalmente Santos, estoy convencida, y luego veremos si se adelanta el congreso o si se espera. El congreso ha de ser en el verano. Si sale Santos, seguirá la misma política de Garrido. Y si no sale Santos, puede armarse un lío muy gordo. Sólo podrían ganar Martialay, Cansinos o Sepúlveda.

—¿Leveder?

—¿Qué dices! Ése aguanta de milagro. Va demasiado a su aire; a Garrido le llevaba por la calle de la amargura porque siempre se abstiene. Es demasiado brillante, demasiado niño bonito.

—A Martialay ya lo tenemos visto. Los otros. ¿Cansinos?

—Una máquina de trabajo. Lleva la cuestión de movimiento popular y se ha afianzado mucho desde el pacto municipal con los socialistas. Para los blandos es demasiado duro y para los duros, demasiado blando. Puede colarse por la calle de en medio.

—Sepúlveda.

—Es un ingeniero. Digamos que es de los pocos supervivientes del sector de intelectuales incorporado en los años sesenta. Creo que ha aguantado bien porque cuando quiere que no le entienda nadie no le entiende nadie. Se enrolla el tío con lo de la revolución científico-técnica, y al final no sabes si cree en ella o no cree.

—¿Los demás?

—Se han decantado demasiado. Se han quemado en luchas pequeñas.

—¿Tu candidato?

—Santos. Es mi hombre. Parece un senador romano.

Me va cantidad. Es un tío que nunca ha hecho una putada a nadie pero que tampoco engaña a nadie. Por el partido sería capaz de cualquier cosa. Estaba fascinado por Garrido.

—¿Es ambicioso?

—No. Es difícil que un ambicioso aguante en un partido que estará en la oposición hasta el año dos mil, ¿no crees?

—La ambición puede adaptarse a cualquier territorio. Hay barrenderos ambiciosos.

—Santos es muy suyo. Fíjate, está casado y sigue conservando su piso de la clandestinidad. De vez en cuando deja a su familia y vuelve a vivir unos días en el piso de los años duros. Vive como un monje. No se le conoce una afición, un vicio. Su trayectoria en el partido no tiene altibajos. Ni ha dado grandes pasos ni pasos en falso. Si repasas la biografía del Ejecutivo, siempre descubres un momento difícil en el que se pasaron de críticos o se equivocaron de rollo. Santos nunca. A veces me parece un extraterrestre de tan terrestre que es, no sé si me explico. Creo que es de museo. A veces lo pienso. Es como el modelo. Así debían de ser los militantes antes ¿antes de qué? Pues antes de todo esto de hoy día, que es la releche.

—¿Peligraba Garrido en su puesto?

—No. El tío era muy cargante a veces porque siempre ha dirigido a su aire y estaba mal acostumbrado por el seguidismo que había en la clandestinidad. Pero tenía reflejos históricos el tío, y eso se aprecia en un partido que tiende a la lentitud. Había conseguido hacerse insustituible.

—¿Cómo han reaccionado las bases ante el asesinato?

—Hubo una consigna inmediata de contención y de no dar pie a provocaciones. Esto pasa hace tres años y se hubiera armado. Pero este país se ha acostumbrado a la muerte. El terrorismo ha provocado una insensibilidad general ante la muerte. Oye, no bebes nada y me habían dicho que eras una esponja.

—He de encontrarme con Santos y quiero estar a su altura.

—Pues yo he bebido un poquito y estoy a gusto. El vino había puesto belleza en sus pómulos delicados y miel en unos ojos decididamente amables con Carvalho.

—¿Por qué militas?

—Yo. Anda. Pues vaya pregunta. —Estaba perpleja y cabeceaba como si la respuesta se le hubiera atascado en una esquina del cerebro—. En algún momento lo decidí por algo y no he tenido suficientes motivos para cambiar de decisión. Supongo que porque sigo creyendo en el partido como la vanguardia política de la clase obrera y en la clase obrera como la clase ascendente que da un sentido progresivo a la Historia. Se decía así antes, ¿no? Pero oye, no me seas tan quintacolumnista: te paseas por las bases con esa preguntita y me hundes al personal. Es como preguntar ¿qué es una mesa?

—Me gustaría ver la vida cotidiana en un local del partido. En tu barrio, por ejemplo.

—Eso está hecho. Si quieres esta noche. Hay una reunión de agrupación.

—Esta noche no puedo.

—¿La culibaja?

Carvalho le dio un pescozón en la mejilla y Carmela le lanzó una blanda patada por debajo de la mesa.

Santos estaba asomado al horizonte. A su espalda se amontonaba la facultad de Filosofía y Letras. Permanecía ensimismado, con las manos unidas sobre su trasero, y la vista perdida en una molécula imperceptible del paisaje, amalvado por el poniente. Entre el Carvalho que avanzaba y el Santos que esperaba se interpusieron dos hombres.

## 21

—Santos —dijo Carvalho, y el ensimismado se volvió hacia el grupo.

—Dejadle pasar.

Caminaron los dos juntos en silencio. Luego Santos se creyó en el deber de justificarse. Cada tarde paseaba por la Ciudad Universitaria. En 1936 estaba a punto de acabar la carrera y, a pesar de las luchas y de los años difíciles, la Ciudad Universitaria había quedado en su recuerdo como un paraíso fascinante.

—Era la ciudad prometida. Estaban en fase de construcción casi todas las facultades. Una arcadía de sabiduría. Éramos muy ingenuos, sobre todo los que veníamos de abajo, o casi de abajo, y nos había costado mucho llegar a la universidad. Yo trabajaba de noche en un taller de encuademación de mi tío. Yo era un personaje barojiano. Tal vez el Manuel de *La lucha por la vida*, pero la guerra me impidió acabar como un buen burgués. Este paisaje me relaja. A estas horas no hay casi nadie en esta época del año. Algún que otro corredor de *footing*. Me enternecen. Ponen una terrible cara de sufrimiento. En lugar de correr tanto podrían comer y fumar menos.

—Quería verle. Hay que admitir la evidencia de que el asesino es uno de ustedes.

—Ciento treinta candidatos.

—No. Unos veinte. Sólo veinte tuvieron tiempo de movilizarse, matar a Garrido, volver, y yo reduciría la cantidad a seis. Mire este dibujo. —Santos se paró, se sacó unas gafas del bolsillo superior de la chaqueta—. Sólo las dos primeras filas de la zona perpendicular a la mesa presidencial. De esas filas salió el asesino.

—¿Lo deduce por el tiempo empleado?

—Y por la dirección que debieron tomar para acertar en Garrido. No olvide que estaban a oscuras, aunque Garrido fumaba y la luz del cigarrillo debió servirle de faro.

—Siento echar por tierra su tesis. Garrido no fumaba.

—Hay siete declaraciones que hablan de que Garrido fumaba.

—No fumaba. Instantes antes de empezar la reunión se planteó esa cuestión. Era muy fumador e hizo ademán de encender un cigarrillo. Le hicimos broma sobre la prohibición expresa de fumar durante las sesiones en un local cerrado. Es más, cuando empezó la reunión él mismo bromeó sobre eso. Dijo que acabaríamos en seguida porque no podía resistir sin fumar.

—Es cierto. Entonces, las declaraciones...

—Una alucinación o una fijación obsesiva por lo fumador que era. A mí mismo me cuesta imaginarlo sin el cigarrillo en la boca. Un periodista escribió que parecía sacarse los cigarrillos

ya encendidos del bolsillo de la chaqueta.

—El cigarrillo encendido además solucionaba el problema de la orientación del asesino.

—Sigue siendo un problema porque, repito, Garrido no fumaba. Pregunte a Helena o a Martialay. Se lo confirmarán. O a Mir. Además tenemos la grabación de sus palabras comentando en broma lo de no fumar.

—¿Cómo es posible que siete declaraciones se refieran a que fumaba sin que nadie lo pregunte expresamente? Lo dicen de pasada. Uno llega a decir que de pronto la luz del cigarro desapareció...

—La luz y el cigarro. Sobre la mesa no se vio ningún cigarrillo. Ni entre las ropas de Garrido cuando le levantamos. No fumaba. Quíteselo de la cabeza.

—¿Cómo se orientó el criminal? ¿Cómo pudo dar un golpe de esa precisión?

Santos se encogió de hombros. Carvalho creyó advertir un cierto alivio en la manera de moverse de Santos, como si el falso indicio hubiera aplazado una evidencia embarazosa.

—De todas maneras insisto en estos veinte nombres y especialmente en los seis que he subrayado.

Santos volvió a ponerse las gafas, con menos ganas que antes. Cuando levantó la vista del papel para mirar a Carvalho, una sonrisa de escepticismo le ocupaba toda la cara:

—Estos veinte nombres suman un siglo de condena cumplida en cárceles franquistas y otro siglo de trabajo militante en las peores condiciones que nadie pueda imaginar. Por Dios. Y estos seis nombres. ¿Usted sabe quiénes son?

—No. Pero usted sí.

—Tendría que ser la gente más cínica del mundo, con más doblez. Increíble, y por lo tanto no me lo creo.

—Usted es un materialista y eso lleva incluido ser un racionalista.

—Yo soy un comunista. —Había levantado la voz y se había detenido rígido, como dispuesto a una pelea definitiva. Pero lentamente se relajó y un cansancio de plomo se apoderó de sus facciones primero, luego de un esqueleto que pareció achicarse, como si se le derrumbaran columnas fundamentales—. No me haga caso. ¿Qué quiere saber?

—Informes más precisos de esos veinte nombres y especialmente de esos seis.

—Los tendrá mañana por la mañana.

Caminó más de prisa, como si quisiera desprenderse de la compañía de Carvalho. La mano de Carvalho le agarró bruscamente un brazo y le obligó a detenerse:

—Yo no me he metido en esto por curiosidad, amigo. Ustedes me han llamado. Si quieren lo dejo correr y buscan el asesino por su cuenta o en las obras completas de Lenin o en las del moro Muza.

—Disculpe mi irracionalidad. Compréndala. Soy el menos indicado para aceptar que un camarada haya podido asesinar a Fernando. Nos han colgado una leyenda sangrienta que no nos corresponde. En la guerra era cuestión de vivir o morir. Luego la guerrilla. Pero todos los intentos de demostrar la realidad de esa leyenda sangrienta han fracasado. ¿Usted conoce los libelos de Semprún o de Arrabal contra el partido?

—Ni siquiera leo libelos.

—Cuando quieren aportar nombres concretos no se mueven de uno y eso ocurrió en 1940.

—No me cuente su vida, ni su historia. No me interesan.

—Está en juego nuestro patrimonio ético. Ese patrimonio ético es la gran fuerza histórica de los comunistas. El día en que lo perdamos seremos tan vulnerables como cualquier profeta, tan inverosímiles como cualquier profeta. En el mundo actual las gentes odian a los profetas que les exigen una tensión constante con la realidad.

—Insisto, no me cuente su vida, ni su historia. Supongo que cuando un fontanero o un electricista va a su casa no les explica usted la creación del mundo. Yo soy un fontanero. Olvídese de todo lo demás.

—¿No se da cuenta? El asesinato de Fernando es un intento de matar un partido y más de cuarenta años de lucha.

Carvalho se encogió de hombros y dio media vuelta. Entonces fue Santos quien le siguió. Al poco tiempo recuperaron un paso normal entre silencios hasta que Santos lo rompió con una voz neutra, eficaz:

—A las diez en punto tendrá lo que me ha pedido y si es preciso convoco a los veinte, a los seis, a los que sean necesarios.

—De momento me basta el informe, lo más detallado posible. Datos personales incluidos. Medios de trabajo o de fortuna. Vida privada.

—Siento decepcionarle, pero nuestros archivos no contienen esos datos. Eso pídaselo a Fonseca.

—Pensaba hacerlo.

Caminó ávido de las últimas bellezas de un paisaje oscurecido hasta que la noche amontonó algodones negros sobre los horizontes de la serranía. Algo más que algodones. Una lluvia fina volvió a otoñizar definitivamente al aire y a poner urgencias de llamada en los luceríos movibles de la plaza de la Moncloa. Pasó a su lado un corredor de *footing* agabardinado, con zancada de caballo inútilmente fugitivo del matadero. Dudó entre dejarse dominar por el miedo a la lluvia o por la necesidad de andar bajo tan benévolas aguas y eligió caminar en busca de Puerta de Hierro y San Antonio de la Florida. Las gentes tenían prisas de diluvio y gozó la posesión del secreto de la complicidad de las aguas. Percibió la llamada de un recuerdo semiborrado, un recuerdo a zaguán asidrado lleno de resoles adolescentes y a punto de convertirse en esponja saturada, llegó al zaguán recuperado de otra vida quizá, en esta sidrería a secas de nombre casa Mingo, refugio de fugitivos de la lluvia y asturianos en general. Nada había cambiado de su vivencia o de su sueño y en cualquier caso ni lo había vivido ni soñado tanto como para comparar fidedignamente realidad y deseo. Se entregó al frescor profundo de la sidra, avaramente precipitada en vasos poco acostumbrados a la autocontención del chorro. Húmedo por dentro y por fuera, empapó la espuma manzanosa con chorizos cocidos a la sidra y empanadas demasiado encebolladas para disimular la poquedad del lomo. ¿Había estado antes aquí? Sin duda. Un fragmento de conspiración le colgaba del cerebro como colgaban las colillas de los labios. Era un domingo, veinticinco años antes, y el inmenso zaguán estaba lleno de entortilladas masas ignorantes de que en un rincón él trataba de derribar la dictadura verso a verso, frase a frase brillante. Hay que recuperar a Ortega, recordaba vagamente, decía su interlocutor, en la actualidad vicepresidente no sé cuantos de no sabía qué cámara, si la alta o si la baja. Y se refería a Ortega y Gasset, sin duda. A Ortega le ha faltado dar el salto del sujeto al objeto, decía el bigotillo aquel, un bigotillo de socialista orteguiano, especialista en recibir todas las hostias que se les escapaban a los grupos de choque de la Falange universitaria. Qué brutalidad, el chorizo. He aquí un producto ibérico *si non é vero ben trovato*. La guardia civil, el chorizo, San Fermín, cojones, cono, cabrón, la puta que te parió, la raza. Pero Ortega y Gasset se había quedado a medio camino entre el sujeto y el objeto, se había quedado en la i griega que separaba al Ortega del Gasset. Ortega o Gasset, ¿en qué quedamos?

—Más chorizo.

—¿Le ha gustado?

—No hay nada como el chorizo.



—Y más si es asturiano.

—¿Usted me jura que es asturiano?

—El chorizo y yo somos asturianos.

España y yo somos así, señora. Sobre las servilletas dibujaba planos del salón de reuniones del Comité Central y en lugar de comunistas lo rellenaba de esquemáticos futbolistas en la posición teórica de delanteros en punta, contemplados por asombrados defensas y porteros irremediabilmente batidos.

—¿Puedo hacer una llamada interurbana?

—No. Pero a unos metros tiene una cabina.

Llovía. Demasiado como para compensar las ganas que tenía de hablar con Charo y Biscuter. Hacía dos días que permanecía fuera de su ciudad y le parecía estar a medio mundo y media vida de distancia, como si Madrid le impusiera pasado y geografía. No. No tenían merluza a la sidra. Una mujer a la sidra. Necesitaba una mujer a la sidra. Una mujer céltica, con el rubio algo sucio por la insuficiencia aria y el azul de los ojos más concreto y receloso que el azul vikingo. Gladys no daba el tipo, pero era la única posibilidad próxima, a no ser que dedicara la naciente noche a tratar de ligar por debajo de las mesas con pantorrillas casadísimas de mujeres tan célticas como fondonas, acompañadas de ensalsados hombres que rebañaban los platos con rebanadas de cuarto de kilo. Decidió recorrer la distancia más corta entre los dos puntos psicológicos que le tentaban y substituyó la sidra por aguardiente hasta que se sintió a gusto entre los cuatro puntos cardinales de su propio cuerpo. Dejó la depresión ahogada en la sidra y la euforia aguardentosa le hizo asomarse a dos o tres escotes sin rostros. Expulsado de los escotes por combativos ojos masculinos tan relucientes como los labios ensalsados, Carvalho les perdonó la vida y las hembras y se devolvió a la lluvia, que le esperaba con su traidora dulzura. No encontró un taxi hasta las cercanías de la estación del Norte. Se hizo llevar al hotel para tomar un baño caliente y llamar a Biscuter.

—Jefe, ya me tenía intranquilo.

—Mal hecho. No te intranquilies con tanta facilidad. Alguna novedad.

—Ha llamado Charo dos o tres veces. Estaba muy enfadada, jefe, porque no sabe ni el hotel en que está.

—Estoy en Ópera.

—Qué *fermo*, jefe. ¿Hay una Ópera por ahí?

—Parece una bombonera de bombones baratos.

—¿La llamará usted?

—Es mala hora. La pillaría en pleno trabajo. —La pillaría en pleno fingido orgasmo con cualquiera de sus clientes telefónicos habituales—. Dile que si esto va para largo ya la llamaré. Díselo mañana. A la hora de comer.

—Hemos comido juntos, jefe. He hecho una *musaka* que estaba para chuparse los dedos y la he invitado. ¿He hecho mal? Estaba muy triste y se ha pasado toda la comida hablando de usted.

—¿Ha comido o no?

—Como una lima.

—¿Qué tal las Ramblas?

—Mojadas. Ha llovido todo el día. ¿Va a haber guerra, jefe?

—¿Qué guerra?

—Aquí lo dice la gente. Que va a haber otro dieciocho de julio. Que lo de Garrido ha sido otra señal. ¿Qué hace la gente por ahí?

—Come chorizo a la sidra.

—Qué rico, jefe.

Colgó. Llenó la bañera de agua caliente y fue al sumergirse cuando descubrió que la lluvia le había infiltrado frío en el cuerpo, un frío expulsado por el agua caliente. Se sentía abrigado. Cerró los ojos y vio un salón a oscuras con un único punto brillante al fondo. Un punto que creaba un resplandor tan breve que no dejaba precisar el rostro de Garrido. El ascua del cigarro cambiaba la intensidad de su brillo según la respiración del hombre. De haber sido una luz intermitente, una luz de cigarrillo hubiera sido mucho más percibida por los demás y habría creado una zona de relativa visibilidad en torno del rostro del fumador. Una luz fija. Pero ¿cómo? El propio Garrido haciendo señales a su asesino. Estoy aquí. Aquí mi corazón para tu cuchillo. Alguien sentado a su lado. ¿Helena Subirats? ¿Santos Pacheco? Lo indudable era que el propio Garrido había emitido una señal, había conectado el faro que dirigía los pasos de su asesino. Un anillo. Quizá un anillo. Pero ningún metal ni piedra preciosa podía imponer sus destellos en la oscuridad sin la provocación de la luz.

—Fonseca. Lamento llamarle a estas horas.

—No lo lamente. Soy su seguro servidor.

—He leído y releído el inventario de lo que apareció sobre el cuerpo de Garrido. Lleva el sello de su departamento. ¿No les pasó nada inadvertido?

—Todo lo que el cadáver llevaba encima cuando nos lo entregaron está inventariado.

—Algunas declaraciones insisten en que Garrido fumaba y ésa pudo ser la señal que orientó al asesino. Pero Santos jura y perjura que Garrido no fumaba en aquel momento.

—Si él lo dice...

—¿Cómo se explica usted la orientación tan precisa del asesino?

—Entrenamiento. Mucho entrenamiento.

—¿Dónde? ¿Alguien del Central alquiló el salón del hotel Continental para hacer prácticas?

—No es necesario. Basta con reproducir una escenografía parecida. Garrido siempre se sentaba en el mismo sitio. Las distancias pudieron calcularse a la perfección.

—No me parece explicación suficiente.

—Es cuestión de gustos o de ganas.

## 23

Oliver pertenecía al neoclásico, ¿a qué neoclásico?, no importa, tal vez era una derivación del modernismo decorativo nacido en la segunda mitad de los años sesenta como consecuencia de la fragua de la sensibilidad camp. Así como los renacentistas trataron de imitar el arte griego y romano más de mil años después de su práctica extinción, los neomodernistas recuperaron el último alarde imaginativo del capitalismo premonopolista a los cuarenta o cincuenta años de su decretada decadencia. Sedante en los colores, las formas, los volúmenes condicionados por techos altos para un espacio sin usura, la aportación sádica inevitable del decorador se había cebado en la condena de los cuerpos a estar sentados casi en la posición teórica del cagador en cuclillas. Asientos, pues, para preárabes o posjaponeses, o pesos plumas de abdómenes acondicionados para bocadillos de pan integral y huevo duro. Cuando Carvalho se sentó le pareció que iba a ser interrogado por alguien mejor situado que él y esa expectativa condicionaba el juego de miradas de todos los allí reunidos, inevitablemente obligados a espiarse para adivinar quién ejercía el papel de gran interrogador. Esta incómoda sensación de estar mal sentado ante la vida, a veces conseguía disfrazarse de curiosidad por los rostros, apellidos y adjetivos que desfilaban buscando sitio en el harén de interrogados o en el subsuelo, donde es leyenda que se almacena buena parte de la mariconería más distinguida y culta de Madrid. En el salón heterosexual: ex actrices del ex teatro, ex actores de la ex vida intelectual mayera cosecha del 68, con un radicalismo verbal perpetuamente renovado y convenientemente mellado por la caída abusiva de lado en posición intervocálica. Herederos de fábricas de chorizo segoviano convertidos a la negación de la negación de la negación del bakuninismo dodecafónico paradigmático abrasivo radical a siete kilómetros de cualquier parte y siete leguas del antes y después del descubrimiento de que el progreso es finito y de que los padres ni traen a los niños de París, ni les pueden salvar del grado cero del desarrollo, ni de la muerte, explicaban sus últimos descubrimientos *nouvelle cuisine*, el descubrimiento de la conspiración del setenta, falso que el setenta sea un buen año para los Rioja, ahí está sin ir más lejos el Muga 71, imprescindible para la supervivencia a pesar de la traición de los comunistas y de que un íntimo amigo mío de la Sorbona se ha hecho achicador de cabezas en Camboya, camboyano él, traductor de Saint-John Perse al camboyano, dónde cono estará el sujeto. Príncipes del barroco acaban cada noche en Oliver la oración compuesta iniciada por la mañana a la hora del cortado con porras, sin bombonas de oxígeno ni nada, a pulmón libre, se consigue leyendo a Góngora con una gorda sentada sobre los pulmones. Starlets sin distinción de sexo ni estado ni firmamento hablaban de

funciones equívocas entre teatrales y fisiológicas con todos los ojos del cuerpo dibujados con canuto y dejaban la conversación a punto para acabarla horas más tarde en Bocaccio, ya con las tetas masculinas o femeninas por el suelo porque hay un paro de no te menees o no te jode, que es lo mismo. Y fugitivos de la redacción o ex redacción de *Mundo Obrero*, ex poetas concretos, cinco mil novelistas andaluces y un teósofo de Alcoy, un cuarentón sensible enfermo de los nervios y una mujer enfermera con el cono a media asta, expulsados y expulsos del Partido Comunista, secretarios generales de todas las izquierdas peregrinas por el camino de Santiago, el último descubrimiento de Umbral y el penúltimo de Cejador, vendedores de artículos de *El País* en el mercado negro, una chica de Sevilla que se acuesta tarde y sola, la silla vacía del que no acudió a la cita, supervivientes de la purga del 63 y tres biznietos gemelos de Sitting Bull, los que pasan para ver si son vistos, los que ya saben quién ganará el Planeta y quién mató a Kennedy, un terrorista de ETA disfrazado de chicarrón del Norte, la monja que convirtió a Borges al kropotkinismo enseña los estigmas de sangre azul que brotan en las palmas de sus manos.

—Esto está insoportable. Debíamos haber quedado en Malasaña. Hay más ambiente. Esto parece un garaje de carrozas.

Gladys traduce a Carvalho lo que oye. A Carvalho le fascinan sus dientes perlados, diríase que maravillosamente artificiales.

—Acaba el censo. He agotado mi cupo de portentos.

—Aún no te he descrito los de la esquina norte.

Lleva un jersey angorino con el escote en uve dividiendo los hemisferios del pecho y Carvalho presiente un calor de ecuador en la humedad oscura de las carnes exactas. Sus ojos son un dedo que recorre humedecido el nacimiento de las esferas y busca el sur de un cuerpo vegetal.

—Seguro que en Malasaña hay más ambiente, pero allí la gente es menos erótica, en el fondo del fondo tienen la salud de los mamoncillos. Aquí nadie se salva de la pata de gallo, ni de la aplicación del carbono 14.

—¿Improvisas o me estás recitando tus poemas secretos?

—¿Te aburro?

—No. Pero ya tengo bastante. ¿No podemos hablar en privado?

—¿Sólo hablar? Luego te arrepentirás. No soy lo que parezco. Soy una mujer fría y calculadora que te lleva a la perdición.

—Llévame.

—Tú lo has querido.

Al levantarse se ha pasado el antebrazo por el trasero y los muslos, en un gesto que Carvalho vio por última vez a Eleanor Parker en una película de los años cincuenta.

—¿Qué miras?

El fresco de la calle le balsamiza la piel.

—¿Me llevas o te llevo?

—Estoy de paso en la ciudad.

—Yo tampoco tengo casa fija. Vivo en las afueras, en una casa que me han dejado unos amigos.

—Cojamos un taxi.

—No tan de prisa, forastero. Tengo coche. También de prestado. Todo lo tengo de prestado.

—Yo estaba tranquilamente acodado sobre la barra, descansando de una paliza dialéctica y tú me viniste a buscar.

—No seas boludo. ¿Y tú por qué me mirabas?

—No había nada mejor que ver.

—Aquella chica no estaba mal.

—¿Qué chica?

—La morenita que estaba contigo.

—No estaba conmigo. Me parece que iba con el otro, con el rubito que traducía a Lenin al pasota.

—Pues la debes haber conocido en la otra vida porque os mirabais como primos hermanos.

Luego, mientras ella conducía, Carvalho le acarició la melena casi roja y ella le devolvía ráfagas de sonrisas, a veces rutilantes cuando la fotografiaban los faros de los coches que se les cruzaban. Gladys cazaba a veces la mano de Carvalho con los labios para dejar sobre ella besos pequeños. El coche siguió un recorrido misterioso para Carvalho, aunque intuyó que tomaban por la carretera de La Coruña en busca de un barrio residencial. Luego se metieron por calles inmóviles al servicio de la anochecida retícula inmóvil de un barrio señorial. El coche se detuvo y se besaron, la lengua de Carvalho al borde del abismo, la de ella levemente asomada a la baranda. La lengua de Gladys se agilizó en el *vía crucis* de besos que subrayó el avance sobre un sendero de grava crujiente, la detención ante una alta puerta acristalada que Gladys abrió con poca soltura.

—No. Por ahí no. Pueden volver en cualquier momento. Ven a mi habitación.

Carvalho vio un aguamanil de porcelana cuarteada, un colgador de ropa de brillante barniz, una ventana cerrada a cal y canto. Poco más pudo ver porque Gladys apagó la luz cenital y encendió una lamparilla de mesilla de noche. La cama prometía ser una patria blanda y sobre ella cayeron los dos cuerpos.

## 24

No se dejó desnudar. Se quitó el jersey angorino por encima de la cabeza y saltaron dos senos con dos frambuesas en las puntas. Gladys se puso las manos bajo los senos como para medir su peso o impedir su caída. Las manos sirvieron de bandejas para los labios mamones de Carvalho y luego acudieron al encuentro de las del hombre para prohibir su viaje por los canales dorsales hacia el abismo anal.

—Despacito.

Y a Carvalho le pareció que Gladys lo había dicho con voz de puta o de madre de seis hijos abrumada por las compras, los guisos y las varices. Pero la dulce sonrisa no tenía nada que ver con el tono de voz, ni tampoco los labios pequeños que picotearon los labios de Carvalho, la barbilla, el vello del pecho y dejaron sobre los pezones del hombre dos mordiscos desestabilizadores por la excesiva presencia de los colmillos. Las manos de Carvalho se habían apoderado de las nalgas, las separaban para esparcir el secreto y el aroma de las ranuras ensimismadas.

—Despacito —volvió a decir Gladys, con la voz turbia pero los ojos fríos, fijos en los ojos de Carvalho. Con las yemas de los dedos, el hombre erizó el vello húmedo que marcaba una estela desde el ano a la vulva pequeña, desperezada hasta adquirir crecimiento de fruto.

—Despacito.

Y a había mayor concordancia entre la mirada y la voz. Carvalho se dejó caer de espaldas con Gladys encima y la levantó con los brazos para ver colgantes sus cabellos, sus senos, su mirada sorprendida y blanda y sin darle tiempo a volver de su sorpresa, la sentó sobre el pene penetrándola. Se miraron sin moverse y sin decir nada, pero la mirada de Gladys pedía explicaciones y Carvalho no estaba dispuesto a dárselas. Gladys cerró los ojos, levantó la cabeza, apoyó las palmas de las manos sobre el vientre de Carvalho y empezó a subir y bajar en una perfecta gimnasia subrayada por una respiración reguladamente jadeante. Carvalho recorrió la geografía del techo de vigas pintadas de marrón oscuro y la del rostro de Gladys, sublime, en éxtasis cuando inclinaba la cabeza hacia atrás y vencido, cansado, cuando la dejaba caer hacia el cuerpo del hombre que la ensartaba. La llegada del orgasmo fue anunciada por unos cuantos resoplidos, alguna queja contenida, la debilidad de los brazos que se doblaban abandonados por el cerebro y finalmente el cuerpo de Gladys se cerró sobre el de Carvalho como una tapadera y una humedad de mancha de aceite lubricó los sexos pringados.

—¿Qué haces? —Carvalho la había cogido fuertemente por los brazos, la obligaba a ponerse

sobre la cama a cuatro patas—. ¿Qué haces, boludo? ¿No te creerás que me vas a dar por culo?

Carvalho ayudó a su hijo predilecto a encontrar la entrada del femenino sexo desmayado, después se apoderó de las caderas y los culos de la mujer, forzándolos a un movimiento de planetas giratorios. El rostro de Gladys había desaparecido bajo la cúpula del cabello agitada por las idas y venidas del cuerpo cuadrúpedo al encuentro de la verga tenaz, pero el cerebro de la mujer seguía funcionando como una programadora y de vez en cuando enviaba órdenes a las manos para que lanzaran manotazos liberadores de la excesiva presión de las garras de Carvalho sobre los culos o las caderas. Del rostro de Gladys aplastado contra las sábanas salió un gemido ronco hacia el oeste y la mujer se deslizó hacia adelante, dejando el morado sexo de Carvalho desairado, burlado por un sonido de desenganche de humedades, un pasillo sonoro de despedida carnal. Carvalho se dejó caer a su lado no en busca de compañía, sino para proteger la retirada de su pene a las posiciones de partida y los ojos de Carvalho quedaron a unos centímetros de un ojo abierto de Gladys lleno de risueña neutralidad.

—Estabas hambriento.

—¿Siempre eres tan mandona en la cama?

—¿Mandona yo? Si has hecho lo que has querido. Menos mal que ni has intentado sodomizarme. No lo soporto.

Abandonó el tono de explicación postoperatoria para acariciar con un dedo la punta de la nariz de Carvalho:

—¿Tienes sed? ¿Te preparo algo? ¿Te dejas sorprender?

—Sorpréndeme.

Saltó Gladys de la cama y todas las redondeces sonaron visualmente como cascabeles.

—¿Has cenado fuerte?

—Rústicamente.

—Te irá muy bien un bajativo. ¿Sabes qué es?

—Me suena muy mal.

—Es un digestivo que entona.

—Ésta es mi noche; no necesito afrodisíacos.

—No seas tonto. No he dicho que entone en ese sentido.

Sin más vestuario que el jersey de angora salió de la habitación; Carvalho se dejó dominar por el relajamiento y dudó entre seguir por los senderos del sopor o levantarse para ver qué se guisaba Gladys por la casa. Se levantó y trató de abrir la ventana. Estaba atrancada.

—¿Qué haces?

Gladys estaba en la puerta, animal anfibio de lana de angora y sexo peludo rojo, con una copa de brebaje verde en cada mano.

—Están atrancadas.

—La casa está abandonada la mayor parte del año y hay muchos robos por esta zona. Yo no he querido tocar nada. Al fin y al cabo sólo vengo a dormir.

Carvalho la cogió por la cintura y le puso el sexo entre las piernas.

—¿Otra vez? Vas a tirar la bebida.

Ella se apartó y le tendió una copa mientras se llevaba la otra a los labios. Carvalho olió el

contenido:

—¿Qué es esto?

—Es un digestivo muy rico. Licor de menta, coñac, crema de café, hielo.

—Debe ir bien para los ovarios.

—Burro. Eres muy burro.

—Que sí, mujer, la menta va muy bien para los ovarios.

Gladys se había sentado en la cama, recostada la espalda contra el cabecero. Se llevaba la copa a los labios pequeños y tenía los ojos llenos de deleite:

—Está muy rico. Bebe.

Carvalho dejó su copa sobre su mesilla, se apoderó de la que Gladys sostenía y la dejó junto a la otra. Luego le pidió un beso profundo que ella contestó primero a igual altura para diluirlo luego en un jugueteo con la lengua contra el paladar del hombre. Carvalho eligió la copa que había pertenecido a Gladys y se bebió la mitad del contenido:

—Parece un purgante. Pero está bueno.

—Burro, que eres un burro. Estás muy burro esta noche.

Ahora Gladys se acercaba a los labios la copa que antes había entregado a Carvalho y la dejaba asomada a sus dientes perfectos.

—¿Tú no bebes?

—Ya he bebido —contestó Gladys.

Carvalho alargó una mano para coger el borde inferior del jersey de angora y tirar de él hacia arriba, pero el brazo no secundó la gestión de los dedos. Sentía un hormigueo lento invasor de todos sus músculos, de sus ojos, que ya veían el rostro preocupado de Gladys lleno de hormigas.

—¿Qué te pasa? —dijo el rostro preocupado y ya ni vio ni oyó nada más.



## 25

Se despertó con la sensación de sentirse observado. A la luz de la lamparilla de bombilla opaca recuperó el espacio de la habitación, los dos o tres detalles concretos que había tenido tiempo de retener: el colgador de ropa de barniz brillante y el aguamanil de porcelana cuarteada. Lanzó el brazo derecho en busca del cuerpo de Gladys y encontró un grito rompecristales, estridente, que se le clavó en el pecho como una alarma total. Volvió la cabeza. Sentada sobre el colchón, en un desesperado intento de cubrirse las carnes que asomaban por las rasgaduras de su blusa, una adolescente ojerosa y aterrada perpetuaba el grito mientras contemplaba a Carvalho como si fuera una alimaña. Carvalho se incorporó y detuvo el ademán de taparle la boca cuando la puerta se abrió violentamente y dos hombres abultados y jadeantes inundaron la habitación como si fueran cien. Alguien empezó a escupir iluminaciones de flash que le obligaron a cerrar los ojos. El grito de la adolescente se había convertido en llanto histérico:

—¡Quería violarme! ¡Me ha pegado!

Empezó a recibir puñetazos en el estómago. Lanzó una patada al aire y acertó en un cuerpo. Pero otro caía sobre él y le machacaba la cabeza a puñetazos. Agarró con las dos manos un pedazo de cara y apretó con desesperación sintiendo cómo se deformaba entre sus dedos una mejilla, una oreja, un párpado que trataba de cerrarse para proteger el ojo. El flash había cesado y trató de aprovechar la recuperación de la visualidad para recuperar la vertical y afrontar la situación. Se vio a sí mismo desnudo, ridículo contemplador de su propio sexo flácido y de una muchacha desconocida y llorona envuelta con una sábana que le lanzaba acusaciones mocosas y entrecortadas desde un ángulo de la habitación. Ellos eran tres. El fotógrafo sonreía mientras guardaba la máquina. Los otros dos se le acercaban. En una de las cuatro manos había una pistola:

—Eres un sucio cerdo. Es una menor.

El orificio de la pistola se adaptó al ombligo de Carvalho como una ventosa.

—Ponte a cuatro patas.

El que hablaba trataba de disimular un acento latinoamericano concreto y le salía un castellano de actor de doblaje portorriqueño.

—¿Qué han hecho con Gladys?

—¿Qué Gladys? Esta chica es mi hermana y se llama Alicia. ¿Qué te ha hecho este guarro, Alicia?

—¡Ha sido horroroso!

—¿Han salido las fotos bien? El fotógrafo asintió.

—Llévatela.

El fotógrafo cogió por el brazo a la muchacha, que había dejado de llorar y corregía los pliegues de la sábana para conseguir una clámide de tergal azulado. Ella se dejó conducir fuera de la habitación y antes de salir depositó en Carvalho una mirada neutra, con la indiferencia de una compañera de ascensor.

—¿Puedo vestirme?

—Nos gustas más desnudo. Vamos a encularte con una botella y luego te cortaremos los huevos para que no hagas mal uso de ellos. A los degenerados como tú hay que tratarles así. ¿Qué botellas prefieres? ¿Te va bien una de coca-cola?

Hablaba con la nariz y el hocico arrugados, como si el gesto le ayudara a poner agresividad en la voz. En cambio el otro no decía nada, sus ojos azules contemplaban a Carvalho con una neutralidad tecnológica garantizada por la firmeza con que una mano sostenía la Beretta.

—¿Dónde la habéis contratado? Me refiero a esa putilla.

—Te vas a enjugar la boca con sulfumán. Estás hablando de mi hermana pequeña.

—Hasta en las mejores familias hay putillas.

Poseído por su papel, hizo el ademán de abalanzarse sobre Carvalho para vengar su honor, pero el otro le contuvo con la mano libre.

—Déjalo. Te está provocando.

El rubio de ojos azules tenía un acento que a Carvalho le evocó media Europa. ¿Checo? ¿Alemán? ¿Soviético? El latinoamericano parecía un ex boxeador bien conservado. Hasta su calva era un músculo cuidado para evitar el escándalo de la decadencia. En su mano había brotado una larga porra negra y azotó con fuerza las piernas desnudas de Carvalho obligándole a saltar. Le dio un golpe certero en las corvas y Carvalho cayó al suelo de rodillas.

—No se mueva.

Tenía la pistola asomada a sus ojos. El otro le puso unas esposas sobre las muñecas unidas en la espalda.

—Ponle algo por encima.

—Le pondré una camisa. Pero los cojones que le cuelguen. Será más fácil cortárselos.

Le tiraron de espaldas. Le ataron los tobillos a una pata de la cama. Salieron de la habitación y le dejaron a oscuras. La oscuridad le balsamizó los ojos despellejados por tanta sorpresa. Se sorprendió a sí mismo tarareando una vieja canción de Catherine Sauvage:

*Braves gens  
écoutez le triste ritournelle  
des amants qu'ont vécu dans l'Histoire  
parce qu'ils ont aimé des fameuses infideles  
qui les ont trompé ignominieusement.*

Se echó a reír y repitió el último verso regocijado. Muy fuerte debe ser la apuesta para que hayan hecho salir un submarino como Gladys. Pronto el dolor de los brazos le debilitó el regocijo y tuvo que agitarse sobre su espalda como alejando los alfilerazos que se le clavaban en los músculos de los brazos. Por otra parte le parecía tener colgado sobre el sexo frío y humedecido todo el peligro del mundo. Apoyando el cuerpo sobre los omóplatos conseguía aliviar el dolor de

los brazos. Buscó una postura que compensara la tensión de los músculos y no la encontró. Cuando aliviaba los brazos empezaba a dolerle el cuello. Se abrió la puerta y el rectángulo de luz se derramó sobre sus piernas, hasta su cintura, dejándole el tórax y la cara en la oscuridad. Era el latinoamericano.

—¿Te gusta la postura? Puedes estar así una semana. No. No aguantarías: dentro de unas horas estarás más blando que un higo. Aquí te quedarás. Meado. Cagado.

Puso la planta de un pie sobre el sexo de Carvalho.

—Te los voy a dejar prensados como dos higos secos.

Estaba obsesionado con los higos.

—Tal vez si pudiéramos hablar y aclarar las cosas.

—Nosotros decidiremos cuándo hay que hablar y aclarar las cosas.

—Déjalo.

El centroeuropeo ocupaba todo el umbral. El otro acentuó brevemente la presión de su pie sobre los genitales de Carvalho y luego se apartó con disgusto mascullando:

—Tendrías que dejármelo a mí.

Se zambulló en un ángulo oscuro de la estancia y dejó que la escena se concertara entre Carvalho y el otro.

—Es muy incómodo hablar desde aquí.

—Le aseguro que todas sus incomodidades están calculadas y pueden incrementarse.

—¿Qué quieren?

—Que medite.

Dio unos pasos atrás y dejó de ser una poderosa sombra a contraluz. El otro se movió por la habitación y reapareció en la puerta para salir sin decir nada y cerrar la estancia tras de sí. Con el último ruido de la puerta al cerrar, el dolor volvió a la conciencia de Carvalho como si hubiera estado a la expectativa del resultado de una entrevista fracasada.

## 26

Le sangraban y dolían los labios, despellejados de tanto mordérselos. Le parecía tener los huesos de hierro pugnando por abrirse camino a lanzadas a través de la carne. Los intentos de respirar hondo para relajarse se habían ido convirtiendo progresivamente en jadeos para no oír el dolor. Pero cuando volvió a abrirse la puerta aún pudo componer un rostro hierático descubierto por la apertura de la luz cenital. Le desataron los pies y al caer las piernas al suelo parecían llevar prendidas miles de agujillas comunicadas con todos los centros nerviosos. Le fallaron las piernas cuando le pusieron en pie y los dos hombres le ayudaron a trasladarse primero a un corredor largo y desnudo como un pasillo hacia el cadalso y luego a un *living* que albergaba entre sus paredes millones de pesetas de distinción. El centroeuropeo se sentó tras un canterano enmarcado por dos cuernos del marfil más marfileño de este mundo y el latinoamericano hizo sentar a Carvalho en un puf invertebrado en el que quedó engullido por miles de bolitas de poliuretano refunfuñantes por tener que dejar sitio a Carvalho.

—Quítale las esposas y ponle la pistola en el cogote. Ni se mueva, señor Carvalho. Es un asiento muy ruidoso, y al menor ruido mi compañero puede perder la calma.

El centroeuropeo dibujaba o escribía sobre un papel. Carvalho sentía la presencia del otro a su espalda. Se asió las muñecas liberadas. Se frotó los brazos que le llegaban de un largo viaje lleno de dolor e impotencia. Del nivel superior del *living* llegó el anticipo de pisadas del fotógrafo. Pasó ante Carvalho sin mirarle, llevaba en las manos un fajo de fotografías que depositó sobre la escribanía ante el rubio de ojos azules. Sólo entonces la cabeza se alzó para que los ojos picotearan desganadamente las fotografías y alternativamente viajaran hacia Carvalho como buscando un punto de referencia.

—Muy bonito. Son unas fotos muy bonitas. Encantador cuando se publiquen. Enséñaselas.

Carvalho se vio a sí mismo abalanzándose hacia una pobre muchacha semidesnuda, con el pánico acusándole aún más las facciones desencajadas. Quince o veinte fotos. El intento de hacerla callar. La sorpresa ante la irrupción. La desnudez flagrante. El intento de ocultarla. El fotógrafo devolvió las fotos a la mesa y se marchó por donde había venido.

—Muy bonitas. Muy bonitas. ¿Le gustaría que se publicasen?

—Si me dejaran hacer la selección, sí. No me importa. Mis padres no me reñirán. Soy huérfano. No tengo mujer. Ni hijos.

—Pero tiene usted clientes. Y en estos momentos un cliente que no puede arriesgarse a según qué escándalos. Después del asesinato del jefe sólo faltaría que pillaran al detective privado en

plan de corruptor de menores.

Podía ser centroeuropeo o simplemente un ejecutivo agresivo surgido de alguna Escuela de Administración de Empresas con el idioma asexuado por la poliglotería.

—¿Se trata de un chantaje?

—Depende.

—Se han tomado demasiadas molestias para chantajear inútilmente a uno de los pocos hombres de este país que no tiene nada que ocultar.

—¿Nada que ocultar?

—Nada. Ni siquiera lo más horrible. Los demás me importan menos que una mierda, amigo, y por la cara que pone me parece que ya lo sabe.

—Te voy a cortar los huevos con una chilet —dijo el otro a su espalda, y Carvalho recordó que seguía desnudo de cintura para abajo en la posición de víctima del apetito engullidor del puf holoturista.

—Su amigo debe ser un último modelo. No conocía esta variante de gorila castrador. Está obsesionado.

El gorila castrador le agarró un puñado de pelo y tiró de él hasta forzar hacia atrás la cabeza de Carvalho. Entonces dejó caer un salivazo lento, pesado, como de mercurio, sobre los labios del prisionero. Carvalho se limpió con el dorso de una mano conteniendo las arcadas que le subían desde el estómago como círculos concéntricos. Los ojos azules se habían achicado, como valorando la capacidad de Carvalho para limpiarse el salivazo:

—No hable por su cuenta. Conteste a lo que le preguntemos. Tal vez estas fotos no le importen a usted. Pero incrementan el dossier. En cambio a Santos le interesarán. ¿Qué orientaciones ha recibido? ¿Qué dirección le han marcado en la investigación?

—¿De qué empresa son ustedes? ¿La CÍA? ¿La KGB? ¿O todo lo contrario?

—Somos de la Sociedad Protectora de la Ballena Bebé. Se ha entrevistado con Fonseca. ¿Qué han acordado? ¿Por dónde van las investigaciones oficiales?

—Con Fonseca hemos hablado de los viejos tiempos.

—Por favor. No está usted en las mejores condiciones para ser irónico. Hoy día, tal como están las cosas, usted muerto no vale nada, ni media hora de investigación policial, ni media molestia de la gente de su partido.

—No tengo partido.

—Qué más da. Coopere. Es una información simple y que no compromete a nada. ¿A quién le van a cargar el muerto?

—¿Usted qué me aconseja?

—Ésa es una buena pregunta.

—Excelente —apostilló el obseso testicular.

—Este es un gran juego y usted es la bolita de la ruleta. Va a caer en el número y en el color que quiera el crupier. Queremos saber qué número y qué color le han dado.

—De momento he de buscarlos yo.

—No sea ingenuo o no me tome por tonto. En estos momentos hay docenas de personas vigilándole a usted y vigilándose entre ellas. Le conviene un respaldo.

—Ustedes.

—Depende. Si colabora, sí. Necesitamos que nos informe periódicamente sobre la marcha de sus investigaciones. Sobre todo en el momento en que la bolita esté a punto de pararse y caer en el casillero.

—Por lo que parece lo saben todo. Díganme en qué casillero va a caer la bolita.

—Yo sé muy pocas cosas. Sé lo que tengo que hacer con usted. Lo que tengo que decirle y que pedirle. Nada más. En este juego cada uno tiene su objetivo. Yo cumplo mi papel.

—¿No le parece un poco grotesco lo de las fotos?

—¿Le ha parecido a usted grotesco estar tirado durante tres horas? ¿Le parecería grotesco tirarse otras tres u otras cien? ¿Quién nos lo impide? No se fije en un detalle. Valore el todo.

—¿Me devuelven mis pantalones?

—El experto en cuestiones de pantalones es mi compañero. Pregúnteselo a él.

El obseso castrador les observaba desde una aburrida indiferencia. Le costó entender que le habían dado la entrada. Se preparó para ser efectivo. Arrugó la nariz y el hocico. Endureció la voz:

—Ni hablar. Que vuelva a meditar un rato. Y ya veremos después.

Tiró de las solapas de la camisa de Carvalho y le empujó hacia una de las salidas del *living*. El otro inició la marcha de regreso a través del pasillo. Habló sin volverse a Carvalho:

—Medite un poco más. Pronto recibirá noticias nuestras.

Le dejaron en el dormitorio que había compartido con Gladys y con la violada. Se tumbó en la cama tras comprobar que habían cerrado la puerta y que las ventanas seguían atrancadas desde fuera. Los dolores se amansaban lamidos por el tiempo estancado en la habitación y los párpados al cerrarse le separaron de la oscuridad física para abrirle las puertas del sueño. Estaba sentado en una silla articulada de barbería y contemplaba en el espejo la cabeza de un ahorcado sonriente.

Le despertó el ruido de la puerta abierta y batiente por un viento constante y frío. Al poner los pies en el suelo encontró sus pantalones deshabitados. Se los puso con urgencia de drogadicto, como si recuperara una parte de piel. Se calzó y terminó de vestir. Aprovechó una apertura espontánea de la puerta para colarse al pasillo. Lo recorrió de puntillas con la espalda frotando la pared. Se paró junto al marco de la puerta que comunicaba con el *living* para escuchar todos los ruidos que le ofreciera la casa. Todos los provocaba el viento jugueteando con las puertas, y rascando las fachadas como una lija y tratando de arrancar la cabellera de árboles gimientes en el jardín. Un hombre perdido en un *living* de más de cien metros. Esta era la imagen de sí mismo que le cayó encima como una evidencia. Recorrió la casa como un robinsón en cualquier isla desierta. Había estado con Gladys y con la violada en la habitación de servicio. La casa era una residencia familiar sin más interés que la imaginación desplegada para que los ocho cuartos de baño fueran diferentes y el dinero empleado en decorar sus quinientos metros de espacio habitable. Fotos de familia. Diploma de un ingeniero agrónomo: Leandro Sánchez Reatain. Una foto dedicada por Franco. Otra por Juan Carlos. En el sótano, añadas de Rioja amontonadas sin el menor criterio. Carvalho dedujo que un mayorista les había colocado las peores cosechas desde el desastre de Annual. Una despensa con jamones y embutidos comprados en El Corte Inglés. De una nevera enorme, en la que cabían mil latas de melocotón en almíbar, Carvalho encontró las diez latas supervivientes a la voracidad de una familia almibarada y un chorizo sin padre ni madre que mordisqueó con apetito. Ni rastro de los dos matarifes, ni del fotógrafo, ni de la violada, ni de Gladys. Pensó en llamar a Carmela, pero no sabía dónde estaba. Eran las siete de la madrugada. Salió al jardín y descubrió un horizonte de jardines y de mansiones con tejados de pizarra y antenas de televisión como para retransmitir a la luna escenas de barbacoa en las grandilocuencias de asadores de V dinastía, asadores de hierros enriquecidos y broncees bronceados. La juventud de la mayoría de árboles ponía edad a aquella zona residencial, que Carvalho situaba hacia el norte de Madrid, sin saber a qué distancia exacta de la carretera de La Coruña. Bordeó la piscina cubierta por un plástico azul. Las sillas volantes de un columpio tomaban la luz de la luna. Se sentó en una de ellas y se dio impulso para columpiarse. Subía y bajaba en un silencioso vaivén de columpio bien y recientemente engrasado. Subía hacia una luna ojerosa y bajaba para recuperar el brillo diamantífero de una gravilla rica. Un sapo voluntarioso pasó bajo el sillón volante y se fue hacia la piscina. Desapareció bajo la cubierta de plástico en las aguas paralíticas. Carvalho subía hacia los cielos de impotentes oscuridades para tanta luna. Era el mismo cielo de la cárcel

de Lérida convertido en un camino de huida imaginera en una realidad cercada por cuatro puntos cardinales de piedra, Algún camarada le había mandado una postal que reproducía un cuadro mágico de Klee. La luna era una pelota roja jugando sobre los tejados de una ciudad cúbica. Era la luna de Lérida. Era la luna de Madrid veintitantos años después, y al detener el último impulso sintió que era excesivo el frío que se le había metido en el cuerpo, como si se hubieran juntado los relentes de las noches en la cárcel de Lérida y aquel relente que ponía brillo en la gravilla del chalet convertido en checa. ¿Qué coño haces aquí? ¿Qué cono harías en cualquier otro sitio?

—¿Sabes cuál sería la tortura más grande para un preso? No dejarle ver el cielo.

Era la hora del crepúsculo. Los tres hermanos fuguistas habían recibido un raro permiso para salir al patio en compañía de los cuatro presos políticos de la cárcel granja de Lérida. Los tres hermanos fuguistas habían intentado la huida doce veces y sumaban ciento cincuenta años de condena cada uno. Se hacían responsables de delitos ocurridos en todas las provincias de España para provocar el traslado y la oportunidad de una huida. Dos no hablaban nunca. El otro aceptaba cigarrillos y observaba el cielo como si se lo bebiera.

—No lo digo en voz alta para que estos cabrones no me oigan y lo apliquen desde ahora. ¿Vosotros habéis estado en Burgos? Aquello está lleno de compañeros vuestros.

—¿Conoce a un tal Cerdán?

—Cerdán. Me suena. Es uno joven, como vosotros. Aquello es otra cosa. Allí están todos los rojos de España. Con perdón. Digo rojos con respeto. Yo respeto a los rojos. A ver qué día viene Jruschov en moto y echa a todos estos hijos de puta al mar. De Burgos nos fugamos mi hermano mayor y yo mezclados con la basura. Seis kilómetros. Seis kilómetros oliendo a podrido y luego no nos dejaron lavarnos durante toda la incomunicación.

Una mantis religiosa se había posado sobre las patatas recién peladas por el gordo cocinero abortero que ponía sus carnes a secar bajo la luz de la incipiente luna.

—Ese es el animal más puta que hay. Mata al macho después de tirárselo.

El fuguista conocía todos los animales pasajeros que se colaban en las cárceles y entablillaba las patas de los gorriones heridos con mondadientes y sedalina.

—En este patio iría muy bien un columpio.

Era cierto. Un columpio hubiera permitido subir y subir, acercarse a la luna pelota roja de Klee sobre las arquitecturas cúbicas y blancas de aquella cárcel rural. Dos semanas después se llevaron a los hermanos fuguistas al penal del Puerto de Santa María. Pasaron ante el centro de la cárcel radial y lanzaron una última mirada de desdén y cansancio sobre un jefe de servicios dióptrico y poeta de alejandrinos. Carvalho aplaudió para sacarse el polvo que le habían dejado las cadenas del columpio. El crujido de la gravilla le acompañó hasta la verja de hierro historiado. Salió a una calle amanecida, pulcra, casi inútil, una calle de zona residencial selectiva. La recorrió en busca de la primera bocacalle y tomó por ella entre construcciones homologadas, en busca de la salida del dédalo. El ruido del tráfico crecía hacia el oeste y hacia allí fue para encontrarse la carretera de La Coruña y las primeras ristras de automovilistas encendidos. Subió un declive a gatas y emergió como un hijo de la madrugada y de la carretera. Tardó en encontrar el gesto suelto del autostopista. Los coches pasaban salpicándole de prisa e indiferencia. Andaba unos metros, se volvía, afrontaba los faros obcecados y repetía el gesto. Paró un Chrysler familiar



conducido por un hombre fofo con patillas blancas. Llevaba chaleco.

—¿Una avería?

—No. Una juerga que duraba demasiado.

—Las juergas si son divertidas nunca duran demasiado.

—La chica con la que yo iba se había dormido.

—Las mujeres son muy suyas.

Conducía sin apenas tocar el volante. Como si le tuviera asco.

—¿Sabe usted cómo se llama la zona en la que me recogió?

—Las Rozas. Es una zona residencial de postín. Yo tengo el hotelito más arriba. También está muy bien mi zona, pero es otra cosa. Son las Colinas del Almendro, una urbanización que tiramos adelante un grupo de amiguetes. ¿Sabe a cuánto nos costó el palmo hace quince años? A cinco duros. Tal como oye. Y ahora lo que queda va por las ciento cincuenta o doscientas. Según.

—¿Según qué?

—Según el sol.

El sol amanecía definitivamente sobre el tejadío de la ciudad.

—Cualquier día me lo vendo todo y no me ven más el pelo. ¿Se imagina la cara?

—¿De quién?

—De mi mujer, por ejemplo. Oiga, su marido me ha vendido esta casa. ¿Dónde está mi marido? Y yo en la otra punta.

—¿Del mundo?

—De lo que sea, pero en la otra punta. ¿Es usted vasco? Menos mal. Porque me quiero ir a la otra punta pero con la condición de que no haya vascos. Se han creído que tienen más cojones que nadie. Es esa cosa de la boina. Les aplasta las ideas. Y no se crea. Quiero a mi mujer y a mis hijos, pero se me comen. Tengo la sensación de que se me comen. ¿De dónde es usted?

—De Barcelona.

—Choque esos cinco.

Chocó los cinco.

—Aquello es otra cosa. Son más listos que nadie. Tienen más dinero y más educación que nadie. Y no ponen bombas como los vascos. Es otra cosa. Aquello es Europa.

## 28

—Ya era hora.

Primero tuvo la cinematográfica sospecha de que se había equivocado de habitación y dio un paso atrás. Pero las carpetas azules abiertas sobre la cama, la sonrisa incitante del hombre gordo enfundado por la butaquita pretexto de hotel, le confirmaron que estaba en el correcto camino y que debía entrar en la estancia sin quitar la vista de la mano que el gordo tenía metida en el bolsillo de una chaqueta demasiado grande para él.

—He pasado toda la noche aquí esperándole.

—No estábamos citados.

—Usted es el hombre del día. Está citado con todo el mundo.

Se rió con la cabeza alzada hacia el techo y una mano aferrada al brazo de la butaca para contener el movimiento sísmico de su cuerpo.

—No soy rencoroso. He dormido un poco. Unas cabezadas aquí. Luego no he podido contenerme y me he hecho un sitio en la cama. No, no le he removido las carpetas. Están como estaban.

—¿Es usted ruso, americano, alemán, checo? Por el acento me parece usted centroeuropeo y esta madrugada he agotado mi cupo de centroeuropeos.

—¿Qué es un centroeuropeo? ¿Qué somos los centroeuropeos? Gente de encrucijada, gente de camino. Yo mismo no sé lo que soy. ¿Y si pidiera un desayuno para dos?

—¿Y mi reputación?

Esta vez la mano libre la empleó para apretarse el epicentro de las carcajadas, exactamente el tercer pliegue de carne amontonada sobre la bragueta.

—¿Perdió la otra mano en el sitio de Stalingrado?

Amontonó más carcajadas sobre las anteriores, pero no sacó la mano invisible.

—Es usted muy gracioso, el detective más gracioso que he conocido. Un buen principio, sí, señor. Si desayunamos, nuestro humor mejorará. Quiero desayunar aquí.

Era una orden. Carvalho cogió el teléfono y pidió un desayuno para dos:

—Yo no pienso tomar nada. Me horrorizan los desayunos de hotel.

—Ya me los tomaré yo. Lo importante es el ritual.

El ruido de las tazas, el de la leche al llenarlas, la espátula con mantequilla sobre las tostadas. Serena el espíritu.

—Sus compañeros no son tan amables como usted.

—¿Qué compañeros?

—He pasado toda la noche con dos caballeros que me han sometido a un hábil interrogatorio.

—¿Lo ve? Está usted citado con todo el mundo. Maldición. Se me han adelantado. ¿A qué hora fue el encuentro?

—A las dos de la madrugada.

Suspiró satisfecho:

—Yo llegué aquí mucho antes. De hecho yo llegué el primero, pero usted no acudió a mi cita. Lo haré constar.

—¿A quién?

—Señor Carvalho, nada tengo que ver con su encuentro de esta madrugada. Digamos que no era gente de mi empresa. La mía es una empresa seria y no hay interferencias. Cada cual tiene su zona bien delimitada. ¿Qué querían?

—Lo mismo que usted.

—Yo aún no le he pedido nada. Vengo a ofrecerle.

—¿Qué?

—Protección. Ya sé, ya sé que tiene usted una escolta de comunistas nobles y leales. También sé que la policía española puede protegerle. Pero éste es un juego a demasiadas bandas, señor Carvalho. Descríbame usted a sus compañeros de esta noche.

Carvalho les describió.

—Conozco al latinoamericano. Un tipo peligroso recién converso que quiere hacer méritos. El otro no. Deben haberlo traído especialmente para este caso. Todo se ha complicado demasiado, señor Carvalho. Hay momentos en que yo mismo he de pararme y decirme: bueno, con quién estás y contra quién. ¿Ha leído usted novelas de Le Carré? Yo siempre me hago un lío con Le Carré. Smiley ¿trabaja realmente para el Intelligence Service? Jamás conoce el origen de lo que encuentra ni adonde va a parar. Imagínese que un día Smiley descubre que está trabajando para la KGB, ¿cuál sería su primera preocupación? Saber si le valen los quinquenios para la jubilación. Quiero jubilarme pronto. Llevo treinta y cinco años en el oficio.

—¿Al servicio de quién?

—De la humanidad.

—¿Adonde se retirará?

—A una casita que me está esperando junto al mar, no le diré qué mar.

—¿Cómo pueden protegerme?

—Depende del interés que tenga protegerle. Depende de lo que usted dé a cambio.

—Quieren saber puntualmente cómo marcha mi investigación.

—Eso es.

—Sobre todo que les dé aviso del asesino que propongo a la aceptación de mi cliente.

—Intelligentísimo.

—Sospecho que tanto ustedes como mis interrogadores de hace unas horas ya saben quién ha sido realmente y quieren estar preparados para tomar posiciones ante el asesino oficial.

—Es un asesinato poco común. Está claro que perjudica al Partido Comunista de España y a Comisiones Obreras. Pero ¿a quién beneficia? ¿Al capitalismo monopolista internacional? ¿A

Moscú y su estrategia para el sur de Europa? Pues sí. Tanto unos como otros se benefician. ¿Lo ha observado usted?

—Y todo el mundo. Me parece estar leyendo el editorial de *El País*.

—Pero eso no quiere decir que el crimen haya sido instigado por unos o por otros. La política internacional se ha llenado de *outsiders* y cualquier reyezuelo del mundo lo primero que monta es un servicio secreto propio y a continuación una bomba atómica. Sólo así se hacen respetar. No es como antes. Cuando yo empecé sólo las grandes potencias estaban en condiciones de hacer estos esfuerzos. Daba gusto. Ahora el mercado se ha llenado de chapuceros. Por ejemplo, lo que hace Gadafi no tiene nombre: subcontrata agentes de otros servicios secretos. Tal como suena. Así te encuentras trabajando en la misma causa a agentes de uno y otro bando. Esto no es serio.

Una camarera dividió su reojo entre los dos hombres y dejó el carrito de ruedas a una distancia equidistante de ambos.

—Mi sobrino está desganado, pero yo me lo comeré todo.

La muchacha le deseó un buen apetito y se marchó.

—Su reputación está a salvo. Soy muy considerado con mis socios.

—¿Cuánta gente hay en la cola? ¿Después de usted quién me pedirá lo mismo?

—Dudo que se atreva nadie más, así, directamente, cara a cara. Pero a distancia siguen el caso, eso me consta, y en cualquier momento puede intervenir un outsider. Le interesa nuestra protección. Estas mermeladas de hoy día no valen nada. Para usted será muy sencillo. La ventana de esta habitación da a la calle. Cuando tenga algo que comunicarnos se asoma a ella y sacude una toalla, la que sea.

—¿Y si es de noche?

—Igualmente. Noche y día le seguimos.

—¿Ayer noche también?

—También. No me importó que mis competidores se adelantaran. Me interesaba pasar un buen rato en esta habitación. Estudiando esas carpetas. ¿Ha hecho un cálculo de la distancia de las mesas a la de Garrido y el tiempo que estuvo la luz apagada? Eso reduce los sospechosos a los sentados en las tres primeras filas y además los situados en perpendicular a Garrido. Curioso que el criminal se orientara en la oscuridad. ¿Lo ha observado?

—Dígame el nombre del asesino que le interesa.

—Yo no lo sé, ni sé tampoco qué asesino interesa. No domino todo el juego. Pero soy gato viejo y me limito a decirle verdades objetivas. ¿Ni siquiera tomará una taza de café? —Sirvió una taza de café a Carvalho—. Supongo que ahora usted se pondrá en contacto con Fonseca para relatarle los dos encuentros.

—En cuanto usted se marche.

—Llame, llame. No haga cumplidos.

—Me gusta ducharme y telefonar a solas.

—El individualismo les pierde a los españoles.

Se levantó con la ayuda de las dos manos.

—Muchas gracias por tratarme amistosamente. Sus colegas no fueron tan amables.

—Pisan fuerte y son jóvenes. La experiencia es un grado. No necesito recurrir a la violencia.

Pero cuidado, señor Carvalho; si es necesario le meto una bala entre ceja y ceja y no pierdo el apetito.

Aparentemente dio la espalda a Carvalho para salir de la habitación, pero uno de sus ojos ranuras controló los movimientos de Carvalho hasta que la puerta les separó.

—Las Rozas. Leandro Sánchez Reatain. Ahora mismo sabemos quién es este caballero.

## 29

—Las Rozas. Leandro Sánchez Reatain. Ahora mismo sabemos quién es este caballero.

Fonseca pasó el papel a Sánchez Ariño. *Dillinger* lo cogió con mucho interés y salió de la habitación a una velocidad de crucero. Fonseca observó satisfecho la diligencia de su ayudante:

—¿Lo ve usted? Hay verdadero interés por llegar al fondo de este asunto. ¿Le han hecho daño? Salvajes...

Carvalho le aguantó la mirada por ver si la ironía asomaba tras la acuosidad del ojo. Pero Fonseca parecía realmente a punto de llorar imaginando los vejámenes que había padecido Carvalho.

—Además significa un menoscabo de nuestra soberanía.

La señorita Pilar cabeceó sobre la máquina de escribir. Fonseca marcó un número de teléfono. «Con el señor ministro», pidió.

—Señor ministro, acabamos de sufrir un asalto, una agresión a nuestra soberanía.

Le contó lo que le había ocurrido a Carvalho.

—El señor ministro se pone a su disposición —dijo Fonseca tapando el micrófono con la mano.

—Muchas gracias.

—Se lo agradece con el alma. Colaboraremos hasta el final. Por supuesto, señor ministro. El buen nombre del cuerpo y de España por encima de todo.

Colgó y se levantó lleno de indignaciones abstractas: —No puedo soportar que ningún extranjero le ponga la mano encima a un español. No puedo soportarlo. Sollozó y se tapó el rostro con las manos—. Acabarán meándose en nuestras esquinas y cagándose en nuestras tumbas.

—¿Por las pistas que le he dado no sabe a qué servicios secretos pertenecen?

—Huy, hijo, qué pregunta usted. En Madrid funcionan regularmente veinticuatro servicios de información de distintos países y organizaciones internacionales. ¿Dice usted que uno era gordo, muy gordo? ¿Tenía el labio así?

—No, no tenía el labio así.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Entonces no es el que yo pienso. Sánchez Ariño entró y le puso una nota entre las manos.

—Santo Dios. Santo Dios. Santo Dios.

Carvalho se levantó alarmado. Fonseca le miró sonriente, relajado, ocurrente:

—Para chuparse los dedos. Resulta que la casa existe pero su dueño no. Sánchez Reatain falleció hace cuatro meses de un accidente de carretera y la casa está en venta.

—La nevera tenía comestibles recién comprados y el columpio del jardín estaba recién engrasado.

—¿Se columpió?

—Sí.

Se miraron Fonseca y su ayudante.

—Se columpió —repitió Fonseca como tratando de convencerse a sí mismo—. Extraño. La casa sigue siendo propiedad de la familia Sánchez Reatain y no la han alquilado a nadie. Muy extraño.

—¿Se puede hablar con la familia?

—Inútil. Está dispersa. La mujer está en Suiza en casa de una hermana y los hijos estudian en el extranjero. Incluso han despedido la servidumbre y contratado los servicios de una agencia de limpieza que la limpia una vez por semana.

—¿Qué casa de limpieza?

—¿Qué casa de limpieza?

*Dillinger* asumió la pregunta con un cierto fastidio y volvió a salir de la habitación.

—Interesante pregunta. ¿Qué casa de limpieza? Claro, por ahí debe venir el contacto. Es usted un buen profesional. Se nota que tiene escuela. No le hago una oferta para trabajar conmigo porque ni yo mismo sé cuánto voy a durar. ¡Qué tiempos estos en los que la infidelidad paga las más grandes fidelidades!

—Quisiera tener acceso a los archivos confidenciales sobre todos los miembros del Comité Central del PCE.

—Si quiere usted perder una semana no tengo ningún inconveniente. Pero no le añadirán nada que no sepa. Se limitan a constatar la trayectoria delictiva de esa gente hasta su legalización. Tendría que consultar con mis superiores.

—Yo quiero ver lo que no es actividad «delictiva», como usted dice, sino vida privada. Por ejemplo, ¿de qué hablan por teléfono?

—Hay mucha leyenda sobre eso de las escuchas telefónicas. Éste es un país pobre y no tenemos ni la tecnología adecuada ni los suficientes funcionarios como para estar pendientes del teléfono de todos los rojos del país. Ahora bien, si usted no generalizara tanto y me dijera éste quiero o aquél, cinco, seis, eso es más fácil de construir. Pero a docenas, no, no pida imposibles. ¿No me dirá que a estas alturas no tiene sus candidatos?

—Se los cambio por los suyos.

—Podría estudiarse la oferta.

Los ojos acuosos de Fonseca de momento se limitaban a estudiar a Carvalho.

—Yo tengo un candidato, mejor dicho, dos. Pero sobre todo uno.

—¿Quién?

—Voy a ser franco con usted y luego dejaré a su libre albedrío el que quiera revelarme sus preferidos. Mis candidatos son Martialay y Marcos Ordóñez. Martialay y Garrido tenían muy malas relaciones. Usted ya sabe que Garrido era por fuera muy euro y muy liberal, pero le

crispaba perder el control de cualquier centro de poder y eso le estaba pasando con el movimiento sindical. En cuanto a Marcos Ordóñez, aquí hay historia larga, tela marinera. Ya sabe usted de quién hablo.

—No.

—No bromeo.

—No bromeo.

—Marcos Ordóñez es uno de los históricos, de los de antes de la guerra. Era uña y carne de Garrido hasta que se produjo la lucha por la sucesión a fines de los años cuarenta. Marcos Ordóñez no apoyó a Garrido sino a otro que ya ha muerto, un tal Galdón. Perdió Galdón, ganó Garrido y Marcos Ordóñez fue marginado hasta el punto de tener que irse a Checoslovaquia a trabajar en una fábrica. A ustedes no les han contado las historias de exilio de esta gente, ¿verdad? Sólo les han contado la parte heroica, lo heroicos que eran, cómo resistían mis torturas, las torturas del verdugo Fonseca y todo eso. Ya, ya. Lo sé todo. Pero hay mucha mierda en esas historia de exilio, sobre todo de los dirigentes. Muchos celos, grandes y pequeños. Muchas batallas de familias influyentes dentro del partido. Volvamos a Marcos Ordóñez. Después del XX Congreso del PCUS, Garrido necesitaba todos los apoyos posibles para imponer la desestalinización dentro del partido y empieza a recuperar elementos para hacer frente a la conjura de los estalinistas. Uno de los elementos recuperados fue Marcos Ordóñez, pero en condiciones de postración política total. Fíjese, era uno de los primeros y no llega al Comité Ejecutivo hasta 1973, como quien dice al final de su vida, porque este hombre está mal, muy mal, muy tocado por los sufrimientos morales a que se ha visto sometido. Compréndalo. Póngase en su piel. Póngase.

—Aprecia usted mucho a Marcos Ordóñez, se nota.

—¿Por qué lo dice?

—Porque veo que le apena su suerte.

—Uno no es de piedra y he estudiado tanto a esta gente, tanto, que no me son indiferentes, y gracias a la solidez de mis principios, sobre todo de mis principios católicos, he podido resistir su tremendo poder de seducción y no me he hecho comunista.

Fue la señorita Pilar quien empezó a reír con carcajadas pequeñas, pero tras una breve, severa vacilación, Fonseca la secundó con carcajadas que llegaron a situarle al borde de la asfixia.

—La Urbana Matritense —dijo desde la puerta *Dillinger*.

—La Urbana Matritense —repitió Fonseca en voz queda y lanzó rayos oculares de expectación hacia el desganado *Dillinger*.

—¿Qué es eso?

—La sociedad que se dedica a la limpieza del chalet. Nada anormal. Es una empresa familiar con más de cincuenta años de tradición.

—Ya te darán a ti tradición, tradición. Investiga. Investiga. ¡Investiga!

Fonseca golpeaba un dedo tieso contra la solapa de *Dillinger*. Carvalho pasó al lado de ellos diciendo algo que se parecía a un adiós.

—¿Ya se va? Prometo tenerle informado inmediatamente de lo que descubra.



Carvalho asintió.

—Pero la próxima vez no seré tan leal con usted. Yo he hablado y usted no.

—Por una vez hemos cambiado las tornas.

## 30

Santos le esperaba solo, sentado en la punta de una larga mesa de juntas. Ante él se amontonaban las obsesivas carpetas azules. Se las indicó a Carvalho y se levantó para pasear alrededor de la mesa mientras Carvalho auscultaba las vísceras de las veinte carpetas.

—Si quiere puede irse. Tengo trabajo para dos horas.

—Si no le molesta me quedaré.

Carvalho sacó del bolsillo un bloque de notas y un plano del salón del hotel Continental. Colocó el bloque de notas como si fuera la mesa presidencial y distribuyó las carpetas según la posición que habían ocupado en la sala los militantes a los que hacía referencia. En cada carpeta había una fotografía y un historial político personal.

—Buen trabajo.

—Lo he hecho yo solo. No he querido que nadie metiera las narices en esto.

Como si esperara el resultado de unos exámenes, Santos continuaba sus paseos observando de vez en cuando las manipulaciones de Carvalho. Leyó los currículums, tomó notas, finalmente apartó las carpetas y dejó las fotografías en los lugares teóricamente ocupados por las personas que representaban. Miraba las caras de una en una, fijando los ojos en aquellas miradas anodinas de fotos de carnet de identidad ampliadas. Separó seis fotos y seis currículums y los puso en la otra punta de la mesa. Santos se detuvo y examinó las fotos con una sonrisa escéptica en los labios:

—¿Los sospechosos?

—Los más sospechosos.

—Juan Sepúlveda Civit, Marcos Ordóñez Laguardia, Juan Antonio Lecumberri Aranaz, Félix Esparza Julve, Jorge Leveder Sánchez-Espeso, Roberto Escapá Azancot. Buena selección. Le felicito.

—He tenido en cuenta su situación en la sala. He eliminado a las mujeres y a los viejos porque no estaban en condiciones de dar una cuchillada de estas características. Estos seis nombres no agotan todas las posibilidades. Si no sale nada de ellos continuaré hasta totalizar la veintena.

—Supongo que habrá leído el historial de esta gente. Por otra parte observo que ha seleccionado a un veterano, Marcos Ordóñez. ¿Estaba en condiciones físicas de hacerlo?

—En teoría no. Pero quizá estaba en condiciones psicológicas. Según mis datos, Ordóñez colecciona agravios contra Garrido.

—¿Le han contado lo de la depuración de los cincuenta? Pero luego Ordóñez fue rehabilitado

y ha alcanzado altos puestos en el partido.

—Según parece, a raíz del destierro a Checoslovaquia, Ordóñez perdió incluso a su familia. Su propia esposa escribió una carta a la dirección del partido renegando del marido y acusándole de titoísmo. ¿Era muy grave ser titoísta?

—Hasta 1954 muy grave.

—¿Qué pasó en 1954?

—El nuevo equipo dirigente de la URSS revisó su posición ante Yugoslavia. Era el comienzo de la desestalinización.

—¿Volvió a juntarse el matrimonio Ordóñez?

—No. Ella pasó al interior. Fue detenida en 1958 y no salió de la cárcel hasta 1965. Demasiados años.

—¿Qué hace ahora?

—Murió en Bucarest hace dos años. Era una pura ruina física y la enviamos a un sanatorio rumano.

—¿Había hijos?

—Quedaron con la madre y, cuando fue detenida, desaparecieron. Hoy no tienen nada que ver con el partido. Creo que uno es sastre en Barcelona y el otro tiene un restaurante en Melbourne.

—¿Tienen relación con el padre?

—Apenas.

—Una hermosa historia política a mayor honra y gloria de la disciplina militante.

—Luchábamos contra una dictadura militar y no estábamos para matices. Eramos duros pero no sólo con los demás, también lo éramos con nosotros mismos. Yo no he visto crecer a mis hijos; soy un extraño para ellos. Nuestros hijos han crecido gracias a la tenacidad de nuestras mujeres que han vivido como viudas, de cárcel en cárcel, de juzgado en juzgado. Otros han tenido peor suerte que Ordóñez. Al menos con él se pudo rectificar.

—Juan Sepúlveda Civit. Ingeniero industrial. Cuarenta y dos años. Militante del Frente de Liberación Popular incorporado al Partido Comunista en 1965. Responsable del sector de profesionales durante casi diez años hasta la territorialización. ¿Qué quiere decir territorialización?

—Cuando el partido empezó a crecer cuantitativamente se pasó de la organización sectorial a la territorial, entre otras cosas para impedir ciertas desviaciones corporativistas que empezaban a manifestarse.

—Sepúlveda Civit. Consejo de guerra con el Felipe en 1962. Tribunal de Orden Público en 1967. Expulsado de Perkins, de Pegaso. Casado, dos hijos. Veo que cotiza cuatro mil pesetas al mes; es mucho dinero.

—Es el uno por ciento de sus ingresos.

—Cuatrocientas mil pesetas al mes. No está mal.

—Es un ingeniero muy prestigiado. El partido recurre económicamente a él cuando hay problemas: elecciones, compras especiales...

—Según mis datos es uno de los posibles herederos de Garrido. Aquí pone que tuvo enfrentamientos con Garrido a raíz del último congreso. Se identificó con las posiciones

«leninistas» frente a las «eurocomunistas».

—Quizá haya exagerado el dato. Se le vio la tendencia, por otra parte lógica. Sepúlveda es un gran militante, pero no puede prescindir de un condicionamiento social y cultural que le fuerza a veces a adoptar posiciones maximalistas. Los intelectuales suelen ser más radicales que los obreros para autoafirmarse. Hay que temer tanto a los intelectuales soberbios que siempre lo saben todo como a los humildes con complejo de inferioridad ante la clase obrera.

—Lo tiene muy estudiado.

—Es mi oficio. Yo soy un burócrata, no lo olvide.

—Casado y con dos hijos. La mujer no es militante pero colabora puntualmente y le ayudó activamente durante la campaña electoral. Es una Lamadrid Raistegnac. Me suena mucho.

—Su padre pertenece a veinte consejos de administración y es conde de algo, un título pontificio.

—Están ustedes muy bien emparentados. Sigamos. Juan Antonio Lecumberri Aranaz. Procede de ETA militar. ¡Coño! Esto se anima. Es un ingreso reciente: 1973. Un pasado violento por lo que veo, procesado como etarra ya en 1967, herido en un enfrentamiento con la guardia civil. Economista. En la actualidad miembro de la Comisión de Finanzas del partido. Liberado. Esto quiere decir que es un profesional del partido, supongo.

—Ayuda a llevar las finanzas del partido y es también uno de los responsables de organización. Es un muchacho algo conflictivo. Últimamente parece abrumado por el trabajo político y parece ser que va a pedir una excedencia. Se casó hace tres años y su mujer no entiende el voto de pobreza a que la obliga el marido. Podría ganarse muy bien la vida. Es comprensible. Pero no me parece motivo suficiente como para asesinar a Garrido.

—Félix Esparza Julve. Cuarenta años. Ya militaba en las Juventudes en Burdeos en 1953. Hijo de exiliados. Comisionista. Casado. Tres hijos. Fue profesional del partido a comienzos de los sesenta, en París y en Asturias.

—Lo infiltramos en Asturias después de las caídas de 1962 y 1963 para reorganizar el partido. Yo había sido amigo de su padre, uno de los camaradas más bravos. Se exilió en 1939; le metimos en España clandestinamente en 1944 como enlace con los guerrilleros de Valencia; le detuvieron y le dejaron maltrecho. Murió tuberculoso en el penal de San Miguel de los Reyes. Yo he sido una especie de padrino de Félix, de Julvito. Yo le llamo Julvito. Por razones de militancia he vivido más con él que con mis hijos. Pondría las manos y los pies en el fuego por él.

—¿Por los demás no? ¿En qué quedamos?

—Los demás rae merecen toda la confianza y le juro que en estos momentos desearía una explicación sobrenatural para exculpar a todo el mundo. Me da vergüenza haber ayudado a elaborar estas carpetas y estar ahora con usted en pleno regateo de la dignidad de mis camaradas.

—Hay un asesino en un partido de doscientos mil militantes. No está mal el promedio.

—No. No es ése el cálculo. Hay un asesinato en un Comité Central de algo más de un centenar de personas en el que se reúne y sublima la historia heroica del partido. Éste es el problema, el inexplicable problema.

—Paco Leveder Sánchez-Espeso. Veo que ha frivolidado usted su biografía. Le califica de «contestatario profesional». ¿Por qué?

—Es un apasionado por la estética y siempre adopta las posturitas más bellas. Por lo demás, ha sido un militante muy combatiente, tanto en la Universidad como en el frente de intelectuales. Se ha pasado tres o cuatro años en la cárcel y ha dado la cara por el partido siempre que ha sido necesario. Está en el Central porque tiene buen cartel entre los intelectuales.

—Aquí pone: votó en contra de Garrido.

—En el último congreso se eligió el actual Comité Central. Ese Comité Central fue el que eligió al secretario general y al ejecutivo. Garrido fue elegido casi por unanimidad. El casi fue Leveder. Levantó el brazo en solitario cuando preguntamos si había algún voto en contra.

—¿No le mandaron a Siberia?

—Hay que admitir que en este partido se ha acabado la unanimidad.

—¿Justificó su voto en contra?

—Sí. Pidió la palabra y justificó su voto. Dijo que votaba en contra de Garrido por una cuestión de pedagogía elemental. Para educar a los dirigentes carismáticos en la evidencia de que no son dioses. Yo creo que la explicación de voto molestó a Garrido más que el voto en contra. Estalló. Estalló de esa manera como él estallaba. Con esa carga de violencia interna contenida que le asomaba a las palabras. Desde entonces no tuvieron buenas relaciones. Lo disimulaban con mucha guasa, pero había una antipatía de fondo.

—En fin, que Leveder es su candidato.

—No. En absoluto. Es un frívolo y un esteta. ¿Se mata por frivolidad y por estética? En la literatura o en cine, es posible. En la vida real, no.

—Leveder está separado y tiene una hija. Separado de una militante del PCE-Internacional. Ejerce de profesor de Sociología en la Facultad de Ciencias de la Información. Aquí veo que usted le llama anárquico.

—Él dice de sí mismo que es un liberal-marxista, pero yo creo que es un democratista, un anarco metido a comunista por cuestiones de eficacia histórica.

—Roberto Escapá Azancot, campesino manchego. Alcalde de su pueblo en las últimas elecciones municipales. Treinta y cinco años. Casado. Cuatro hijos. Miembro del partido desde 1970. Muy pocos datos.

—Es un militante tenaz y cumplidor, pero sin biografía apreciable. Uno de esos grandes trabajadores del partido. El solo es capaz de hacer funcionar toda una región. Vale lo que pesa. Quizá he olvidado poner que es tocador de dulzaina y ha animado por toda La Mancha la recuperación de ese instrumento.

—¿Le gustaba a Garrido la dulzaina?

—No se pronunció sobre el asunto.

## 31

Cara de rana vieja, sabia y cansada la de Marcos Ordóñez, cara de vasco anarquizado la de Lecumberri, sonriente y vendedora de trastiendas la faz de Esparza Julve, la ironía como método de conocimiento en la sonrisa de Leveder, solidez agropecuaria en la cara de queso manchego de Escapá Azancot y sobre todas ellas la cabeza de ministro de Sepúlveda, una cabeza de rueda de prensa y discurso programático, una cabeza importante.

—Si no me necesita.

—No. No le necesito.

—¿Ha pasado estos nombres a Fonseca?

—No.

—¿Lo hará?

—No.

—¿Por qué?

—No quiero precipitar las cosas, ni poner en peligro a nadie. No quiero prefabricar un Oswald.

—Gracias por la confianza que ha demostrado conmigo.

Cuando hubo salido Santos Pacheco, Carvalho se relajó poniendo las dos piernas sobre la mesa y haciendo bascular la silla con el canto del culo. Contuvo la tentación de coger el teléfono próximo para llamar a los seis investigados. Recogió las carpetas y las fotografías. Se asomó a las vidrieras del balcón y oteó la calle arbolada con nombre de río. Allí estaban Julio y su compañero apoyados en el coche de seguimiento. Unos metros detrás aparecía una furgoneta blanca. Carvalho la examinó distraídamente hasta fijarse en el rótulo que exhibía: Urbana Matritense. Se palpó Carvalho la pistola sobaquera, cogió las carpetas, salió de la habitación, pasó por alto el saludo de Mir al que correspondió con un gruñido y se fue directamente a una muchacha que tecleaba.

—Deme una bolsa grande, en la que puedan caber estas carpetas.

Selló la bolsa con un vendaje de celo y encareció a la muchacha que lo hiciera llegar a Santos. Salió a la calle. Julio y su amigo seguían allí. La furgoneta no.

—Se acaba de ir una furgoneta.

—Sí. Ahora mismo.

—Subo con vosotros.

—No es lo convenido. Pero vamos.

Carvalho dobló y redobló los apuntes que había tomado sobre los seis hombres y los metió en

el bolsillo superior exterior de la chaqueta.

—Id como si fuerais a la sede central del partido.

—A Castelló, macho, que está poco visto.

La furgoneta les seguía ostensiblemente, incluso poniéndose a la altura del coche.

—Manteneos a la altura de la furgoneta.

Carvalho bajó la ventanilla y sonrió al latinoamericano, en esta ocasión acompañante del conductor. Carvalho sacó la pistola y apuntó al rostro del obseso castrador. Se puso en marcha la orografía facial del hombre, echó atrás la cara y la furgoneta se ladeó bruscamente hacia la izquierda.

—Acelerad.

Por el cristal trasero contempló la maniobra de la furgoneta para recuperar la ruta de seguimiento.

—Está juguetón el amigo. Por si no hubiera bastante lío, Julio también llevaba una pistola en la mano y miraba preocupadamente a Carvalho.

—Es una vieja historia. Esos hijos de puta que van en la furgoneta me han estado tocando los cojones toda la noche.

Julio sustituyó la pistola por un bolígrafo y apuntó la matrícula de la furgoneta.

—Es inútil. Tienen bula. No sé qué bula, pero tienen bula y quieren demostrarme que tienen bula.

La furgoneta volvía a estar a la altura del coche. Bajó el cristal el acompañante del conductor y apareció una mano que sostenía un papel abanderado por el aire. Carvalho sacó el brazo, cogió el papel y la mano.

—¡Acelerad!

Oyó el grito del hombre al quebrársele el brazo contra el canto de la ventanilla abierta. Carvalho se quedó con el papel en la mano y se volvió para ver cómo la furgoneta perdía velocidad y dejaba que otros coches aumentaran la distancia que le separaba del coche de Carvalho.

«Esta tarde a las cinco en el VIP de Princesa.»

—Vaya machada. Ese tío se va a acordar de usted.

—Es un jodido americano que ya se ha cobrado lo que le he hecho. Ahora dejadme cerca de un mercado.

—¿De un mercado de qué?

—De cosas de comer.

—¿Un supermercado?

—No, un mercado.

—En Diego de León hay uno pequeñito. Les encareció que avisaran a Carmela de que quería verla a media tarde.

—Decidme vosotros un sitio.

—Ella va mucho por La Manuela en Malasaña.

—A las seis.

En la puerta del mercado un hombre tocaba *Los estudiantes navarros* con una bandurria. A sus

pies un papel de periódico había recogido una precaria lluvia de duros y pesetas. Carvalho paseó por el breve mercado con el interés íntimo que puede sentir el visitante de una pequeña iglesia románica. Los mercados de Madrid dan una lección de simetrías policrómicas en sus aparadores, ritmos de penachos de cebollas o de hocicos de bonitos metalizados, truchas de cristal pintado con talento *liberty*, despojos de un cartón humanizado, pastas aceitadas de Toro, chorizos de Candelario, judiones de La Granja pulimentados de uno en uno, garbanzos de porcelana. Compró tripas cocidas, capipota, guisantes congelados, las primeras alcachofas frescas del año, una cabeza de ajos, almendras, piñones, un tronco de atún carnal, una lata de anchoas, aceite, cebollas, tomates y se encontró a sí mismo en la puerta del mercado con las manos ocupadas en un día impropio para afrontarlo con las manos ocupadas. Esta evidencia le había asaltado a la altura del hombre de la bandurria. Ahora tocaba *Maite, Maitexu mía...* Parecía un ferroviario en paro, cúbico de brazos fuertes y piernas flojas, como todos los ferroviarios. El hombre miraba las bolsas que ocupaban las manos de Carvalho y luego a él, a los ojos, poniendo duda y sarcasmo en la mirada. Carvalho dejó las bolsas en el suelo y dejó caer cien pesetas sobre el papel de periódico. Los ojos del músico se llenaron de gravedad y tocó más despacio, con más precisión. La música quedó ahogada por el ruido del tráfico mientras Carvalho subía por la ancha acera y se planteaba qué hacer con las bolsas de la comida. Paró un taxi.

—Vaya al hotel Opera y le dice al conserje que suba estas bolsas a la habitación trescientos once.

—¿Qué hay dentro?

—Una cena para dos.

El taxista ojeó el contenido.

—No es que desconfíe, pero pasa cada cosa.

Sonrió ante la propina.

—Volando y buen provecho.

Carvalho se metió en una cabina telefónica que no tenía teléfono, luego en otra cuyo teléfono tenía los nervios rotos y las tripas fuera, finalmente consiguió que le dejaran llamar desde un bar después de haber consumido una ración de almejas vivas y media botella de vino blanco de Rioja frío.

—¿No tienen vino de Rueda?

—No. O Valdepeñas o Rioja.

Madrid es una ciudad vinícolamente predeterminada. Fue el último pensamiento banal que tuvo antes de encerrarse en la cabina de la cafetería y empezar a concertar citas con los seis hombres de la lista. Llamó al Comité Central para que le localizaran al manchego y lo pusieran a su disposición al día siguiente.

—Es mal día para mí. Preparo las clases de mañana. Estoy rodeado de estudiantes voraces que sólo piensan en estudiar y en el día de mañana. Quizá podríamos comer juntos. Cualquier cosa.

—Yo nunca como cualquier cosa. Le invito en Lhardy.

—¿Ha tenido un catorce en las quinielas?

—Paga el partido.



## 32

Leveder sabía escoger un menú pero hacía esfuerzos expiatorios para olvidarlo. Reprimió su impulso inicial de asesorar a Carvalho y le dejó escoger con una cierta inquietud a distancia. Aprobó con los ojos las elecciones de Carvalho y él pidió un caldo de rabo de buey y salmón fresco a la parrilla.

—Tengo úlcera. Si no ya me apuntaría a su menú.

Carvalho había pedido caviar iraní y callos a la madrileña.

—Bien hecho —aseveró Leveder muy convencido—. Puesto que el mejor caviar es el iraní y los mejores callos son los de Lhardy. Cuando vuelva a Barcelona puede llevarse un taco de callos en gelatina. Los venden abajo, en la tienda. ¿Se irá pronto?

—En cuanto termine, no me quedo por gusto.

La ambientación de Lhardy enmarcaba la comida en un satisfactorio ambiente de club privado inglés decorado por un interiorista francés, neoclásico, de mediados del XIX tardío, de discreto gusto. Un ambiente ideal para platos humeantes, pero tal vez poco adecuado para platos fríos.

—Excelente marco para hablar del partido.

Leveder le guiñó un ojo y se llevó, a los labios su copa de agua mineral.

—Un agua mineral magnífica. Cosecha del setenta y dos. Es un gran año para las aguas minerales. En cambio evite las de 1973, llovió poco y saben a restos de pozo. ¿No se pone mantequilla sobre el pan tostado?

—Lo encuentro una estupidez cuando el caviar es tan meloso como éste.

Carvalho repitió la copa de vodka helado y dejó que Leveder se ensimismara, como buscando dentro de sí mismo la respuesta al porqué del encuentro. Leveder volvió a Lhardy, a Carvalho, incluso se inclinó hacia él para decirle:

—¿Me ha elegido como sospechoso principal?

—Como interlocutor.

—¿Me ha denunciado la vieja guardia? No es que me tengan manía pero hablamos lenguajes diferentes. Yo jamás empleo palabras como condiciones objetivas, resituación, tejido social, hay que conseguir las mejores condiciones, la clase obrera paga el precio de la crisis, ¿comprende? No es que no crea en la verdad que hay detrás de todo este lenguaje, pero me esfuerzo en buscar sinónimos. En toda tribu no hay nada tan alarmante como las violaciones del código lingüístico. Tal vez por eso soy sospechoso. Además había votado contra Garrido, ya lo sabrá usted. Pero no le maté. Tengo un gran apetito histórico, me gustaría ser Napoleón o la Virgen María, pero me falta

la decisión final, sobre todo si se trata de practicar el tiranicidio.

—¿Garrido era un tirano?

—Un tirano científico, como todos los secretarios generales de los partidos comunistas. Ejercen la tiranía no por mandato divino sino por mandato del Comité Ejecutivo, el que a su vez la ejerce por mandato del Comité Central que la ejerce por mandato del partido, que la ejerce por mandato de la Historia. Como habrá comprobado soy trotskista y ahora me preguntará ¿qué hace un trotskista como tú en un partido como éste? Ande, pregúntelo.

—Delo por preguntado.

—Evitarme a mí mismo la tentación de meterme en un partido trotskista. Ya lo dijo el Che: Si hay que equivocarse es preferible equivocarse con la clase obrera. Yo siempre he preferido estar donde estuviera la vanguardia objetiva de la clase obrera real y he abandonado a mucha gente, por ejemplo a mi hermano que es presidente del tiro de pichón de Coria y es amo de media provincia y a mi mujer que es marxista grupuscular. Ha pasado por todos los partidos comunistas pequeñitos porque tiene mucha capacidad de ternura. Le gustan los partidos de izquierda que son una monada. Cuando éramos novios si la quería hacer feliz le regalaba sillitas, cafeteritas. Recuerdo que el regalo que más la ilusionó fue el de una cafetera italiana que sólo hacía café para dos personas. En política era igual. Se apuntaba a la causa de todo aquel que montaba un partido de izquierda con veinte duros de marxismo. Ahora creo que es anabaptista marxista-leninista o algo así. Señor Carvalho, a mí me gusta equivocarme a lo grande. Aquí donde me ve me corresponsabilizo de todos los crímenes de Stalin y de todas las malas cosechas soviéticas desde que se puso en marcha la destrucción de los *kulaks* y de los pequeños campesinos privados. De lo que no me corresponsabilizo es de los gilipollas como mi mujer o Cerdán que van por ahí montando puestos de baratijas ideológicas o inventando el marxismo jeremisiaco a lo Cerdán. Es obsceno. Van por ahí enseñando las pupas y diciendo: Nos han traicionado. Mierda. Que les den por el culo y mucho.

Leveder estaba realmente indignado.

—Por todo lo dicho deducirá que yo no maté a Garrido. En el fondo le tenía un gran cariño al viejo aunque le estaba perdiendo el respeto histórico. A su edad y en su circunstancia, tenía que haber impulsado una reforma real del partido. Tenía que haber llevado la desestalinización hasta sus últimas consecuencias, llegar a esa identificación base-dirección sin la que cualquier proyecto de partido de masas es una estafa. Tenía que haberse aprovechado del seguidismo heredado de la clandestinidad para impulsar una revolución cultural interna, cultural, insisto, cultural, porque cada partido comunista tiene una cultura interna, una conciencia de su identidad condicionada por su evolución como intelectual orgánico. ¿Me sigue? ¿Usted cree que esa cultura interna puede ser la misma en un partido donde han influido Gramsci y Togliatti que un partido donde han influido Thorez y Marchais y han puesto de patitas en la calle por orden de aparición escénica a Nizam, Lefebvre, Garaudy?

—Para usted entonces, Garrido era un freno.

—Sí, porque estaba solo. Había ido dejando en la cuneta a gentes valiosas que podrían haber ayudado en esta batalla, pero a la hora de darla estaba rodeado de gente que ni podía ni quería ayudarle a adaptar el partido. Además no se fiaba de los que no le decían siempre amén. La suerte

estaba echada. Hubiéramos podido seguir así, en esta situación de *impasse*, ni chicha ni limoná, ni carne ni pescado hasta el año dos mil. Ahora al menos habrá que escoger, habrá que decidirse.

—¿Cuál es su candidato?

—Cualquiera menos Santos.

—¿Por qué?

—Porque es un santo varón que practicará la necrofilia con el Fernando Garrido de sus entrañas. Prefiero que gane un trepa que tenga visión de la realidad.

—¿Quién es un trepa?

—Todos y nadie. Un trepa en un partido como éste siempre es un trepa relativo. Los trepas absolutos están en los partidos que ya hoy pueden ganar.

—¿Hay alguien lo suficientemente trepa como para asesinar para conseguir el cargo?

—No. Ese es un planteamiento estúpido. Este asesinato no ha ido contra Garrido sino contra el partido. ¿Quién puede querer asesinar un partido para poseerlo?

—Pero el asesino es uno de ustedes.

—El asesino es un traidor. No hace falta ser un lince, ni detective privado para comprenderlo.

Carvalho puso sobre el mantel, a unos milímetros de un sorbete de Marc de Champagne, el croquis de la sala de la muerte del hotel Continental. Trazó un círculo ante la mesa presidencial.

—De este círculo salió el asesino si calculamos el tiempo de que dispuso. Examine los nombres que hay aquí escritos. ¿Quién es el traidor?

Leveder miró fijamente a Carvalho, luego clavó los ojos en el papel, escudriñó más que leyó cada nombre. Luego se dejó caer contra el respaldo de su silla, suspiró y parecía tener lágrimas en los ojos.

—¿Paga usted la comida?

—Sí.

—Entonces discúlpeme.

Se levantó y se fue en busca de las escaleras de salida.

## 33

—A las cinco me reúno con la comisión parlamentaria, a las seis tengo que estar en San Cristóbal tratando de convencer a unos camaradas de que la clase obrera polaca no está pagada por la CÍA. A las ocho se reúne el Ejecutivo para ultimar los detalles de cara a la próxima reunión del Central en la que se elegirá un secretario general provisional y se convocará un Congreso de Urgencia. Con mucha suerte espero estar en mi casa a las cuatro de la madrugada. No se sorprenda si le digo que tengo poco tiempo.

Sepúlveda Civit aún olía a desodorante mezclado con loción facial. Pulcritud, musculatura, eficacia, un sentido perpendicular de la existencia que se le notaba en las escasas intervenciones en Cortes que le había permitido el protagonismo de Garrido. Podía haber continuado su programa vital: a las siete me levantaré para hacer *footing* ¿o quizá *jogging*? A las ocho desayunaré con los niños y les acompañaré al colegio: es la única manera de verles. A las nueve he de entrar en mi despacho de ingeniero al servicio de Entrecanales y Tavora, pero a las once me esperan en el Ayuntamiento, soy concejal de Transportes. A la una he de discutir con el gerente de Entrecanales y Tavora la posibilidad de abrir un túnel por Salardú sin que se produzca un allanamiento de los Pirineos, a las dos... Carvalho recordaba una canción de la época de pubertad: a la una sale la luna, a las dos sale el sol, a las tres sale el tren, a las cuatro sale el gato, a las cinco San Francisco, a las seis su mujer, a las siete se la mete, a las ocho por el chocho, a las nueve sale el nene, a las diez otra vez. Sepúlveda Civit no adivinaba la silenciada canción que entretenía el ensimismamiento de Carvalho pero adivinaba que el detective no consideraba gravemente sus problemas temporales. Miró el reloj digital y, como si la mirada hubiera sido una señal, el reloj se puso a emitir musiquilla espacial que recordaba vagamente el toque de silencio. Alzó una mirada crítica hacia el rostro de Carvalho ¿lo ve? La música me avisa, me acosa y usted está ahí silencioso, sin decir nada.

—¿Decía usted algo?

—Lo siento pero suelo tener digestiones pesadas.

—Haga como yo, apenas como. Un bocadillo vegetal y escasamente cárnico, un vaso de leche, un zumo de frutas, café y al tajo. Luego ya me desquito a la hora de la cena cuando no hay reunión, claro. El problema es que siempre hay reunión. Para hacer política hay que tener el culo de hierro. A Berlinguer se le llama «*culo di ferro*».

Carvalho colocó ante su vista el mismo plano general del salón del Continental que había mostrado a Leveder, y señaló el círculo.

—Usted estaba sentado ahí dentro.

Contempló minuciosamente el plano.

—En efecto. Y me adelanto a lo que va a decirme. De esta zona partió el apuñalador. Mire.

Tiró de un cajón y sacó un plano exactamente igual al de Carvalho. Los pupitres estaban coloreados de diferentes colores según la proximidad a la mesa presidencial.

—He hecho calcular a uno de mis ayudantes los tiempos de traslado en relación con las distancias. Las posibilidades son múltiples porque dependen de factores de edad, aparte de factores de situación. Incluso lo he planteado en una fórmula matemática. Aquí la tiene.

—Es preciosa.

—Si quiere se la explico.

—Mi última relación con las matemáticas fue un suspenso en quinto de Bachillerato, luego me pasé a Letras.

—¿Se puede ser detective privado sin saber matemáticas?

—Le aseguro que me apaño con la aritmética.

Ni una brizna de sonrisa en aquellas facciones de ejecutivo de la revolución pasteurizada.

—Vamos a ver si usted con las matemáticas y yo con la aritmética hemos llegado a conclusiones parecidas.

—Por el trazado de su círculo veo que sí, aunque yo puedo demostrarle que alguien dé los laterales tuvo tiempo de llegar, matar y volver a su sitio antes de que se volvieran a encender las luces. El problema sigue siendo el mismo. La orientación. Pudieron orientarse mejor los que estaban en disposición perpendicular a la mesa.

—Orientarse ¿cómo? La sala estaba a oscuras.

—Éste es el quid y yo lo tengo aclarado. Garrido fumaba. El asesino se orientó por el breve resplandor del ascua del cigarrillo.

—Más de tres y más de cuatro están dispuestos a jurar que hicieron apagar el cigarrillo a Garrido antes de entrar en la sala. En cualquier caso, el asesino no podía confiar en un factor tan inestable. Podía plantearse que no fumara atendiendo a la prohibición expresa de no fumar. Y de todas maneras es muy difícil orientar un golpe tan diestro a tan débil iluminación.

—Con entrenamiento todo es posible y el golpe fue dado por un experto.

—¿Un experto que se entrenó a la luz de una colilla?

—Hay que resolver el problema de la señal, se lo aconsejo. Resuelva eso y resuelve el caso. Todo lo demás es perder el tiempo, incluso estos interrogatorios con sospechosos situacionales.

—¿Acepta usted ser un sospechoso situacional?

—Lo acepto. Es una verdad objetiva y los marxistas creemos en las verdades objetivas. Si no hay señal de orientación, la única posibilidad es que el asesino tuviera ojos de gato capaces de orientarle en plena oscuridad.

—Otro sistema es el del testamento.

—¿De qué testamento habla?

—¿A quién beneficia el testamento? Es la primera pregunta que suele hacerse en las novelas policiacas.

—Lamento llevarle la contraria. Esto no es una novela policiaca. Es una novela política y el

asesino ha tratado tanto de destruir a un hombre como de desacreditar su testamento.

—Eso me dicen todos.

—Basta ser racionalista. Ni siquiera es necesario aplicar el materialismo dialéctico.

Lo había dicho con un cierto acento madrileño, subrayando las sílabas, separándolas a golpecitos de aire, como los chinos, los madrileños hablan como los chinos, le había dicho no sé quién, alguna vez.

—Volvamos a lo del testamento por si acaso. A veces las preguntas clásicas son las que hacen posibles las respuestas verdaderas. ¿A quién beneficiaba el testamento?

—¿Va en busca de un delfín político? No sea ingenuo. Este juego no va así. Y no me mire a mí. Nunca he sido un delfín. Los intelectuales tenemos un gran peso en este partido porque prestamos sabidurías concretas y una capacidad de teorizar. Pero se sigue desconfiando de nosotros. No olvide que el movimiento comunista lo pusieron en marcha intelectuales y no se fiaban de su propio paño. El mismo Lenin. Y la madre del cordero, el propio Marx, dijo cosas durísimas contra los intelectuales. Por nuestra parte tenemos complejo de culpa y sabemos que hemos de ceder el trono a alguien que por sus orígenes esté más cerca de la clase obrera. Tal vez en el año dos mil, cuando la clase obrera sea otra cosa, haya desaparecido en su acepción tradicional, tal como lo ha vislumbrado Adam Shaff. Pero de momento la clase obrera es la clase obrera, aún estamos lejos de ese cambio de la formación económica condicionado por el automatismo, por la revolución de la microelectrónica, ¿me sigue?

¿Por qué no me has preguntado si te explicabas y no si te seguía o te entendía? Sepúlveda volvía a consultar el reloj. La clase había terminado. Carvalho aún tuvo fuerzas para levantar un dedo.

—¿Me permite una pregunta?

—No faltaba más si es sólo una.

—¿Cómo hubiera usted señalado a Garrido para apuñalarle?

El ingeniero se había semilevantado y volvió a dejarse caer en su silla giratoria.

—No lo sé. Pero insisto. Garrido llevaba encima una señal. Lo recuerdo perfectamente, un punto de luminosidad. Repito. Recuerdo perfectamente un punto de luminosidad.

## 34

No había entrado en una librería desde que en Ámsterdam se viera obligado a hacerlo para vigilar a uno de los implicados en el caso del tatuaje. Derramó una mirada de escepticismo crítico sobre todas las novedades exhibidas en los aparadores de la librería del VIP de Princesa, aunque luego mordisqueó con los ojos algunos títulos. Más tarde o más temprano debería ponerse al día para comprar y quemar libros con conocimiento de causa. Su etapa de comprador-lector se había detenido a comienzos de los setenta, desde aquel día en que se sorprendió a sí mismo esclavo de una cultura que le había separado de la vida, que había falsificado su sentimentalidad como los antibióticos pueden destruir las defensas del organismo. De reojillo vio cómo se le acercaba el centroeuropeo de noche y buscó con la mirada al centroeuropeo de día, no podía estar lejos. Conservaba el hombre su frialdad de horas antes. Se situó junto a Carvalho y cogió un libro rojo de uno de los montones ofrecidos. *Comunismo en libertad*, de Robert Haveman.

—No nos ha gustado nada lo que le ha hecho usted a nuestro compañero.

—Hay que escoger mejor las compañías.

—Al fin y al cabo usted salió bien librado y él tiene el brazo roto por dos sitios.

—Un brazo da para mucho.

—Quisiéramos saber qué le ha dicho esta mañana en el hotel, el gordo.

—Se me ha comido todas las tostadas. No ha tenido tiempo de decir nada. Por cierto, si están tan enterados los unos de lo que hacen los otros, ¿por qué no actúan conjuntamente? ¿Está el gordo por aquí?

—Si no está él estará alguno de su ralea. No se pase de listo. No se sienta protegido por nuestra competencia. El día menos pensado le vamos a aplastar los dos a la vez. No juegue a dos apuestas. ¿Cómo va la investigación?

Carvalho contuvo una réplica sarcástica. Un bloqueo de indignación y hastío le cerró la boca. Un remoto centro nervioso le enviaba la orden de que le rompiera la boca a aquel hijo de la gran puta, que se la convirtiera en una caverna sanguinolenta y mellada de mamón de mierda. Sintió un codo en los riñones y no era el codo de su interlocutor. Volvió la cabeza para ver el perfil ratonil del hombre que le clavaba el codo del mismo brazo que sostenía un libro cuidadosamente observado.

—¿Es amigo de usted?

—No. Pero me va bien para evitarle la tentación de hacer tonterías. Convéznase. No puede ni moverse. Es facilísimo. Le basta con pasarnos la información en el momento adecuado. Ni usted

ni sus patronos perderán nada con ello. Por cierto, ha comido con Leveder y luego se ha entrevistado con Sepúlveda. ¿Algo interesante?

—Rutinario.

—Sospecha de ellos.

—Es gente que sabe hablar y da gusto escucharles. Mi padre siempre me recomendaba que me relacionara con gente de más edad y más sabiduría. ¿Puede decirle a su amigo que se me despegue? Van a tomarnos por maricones.

—Repito que no conozco a ese señor, pero usted no olvide lo convenido. El hombre del brazo roto se acuerda mucho de usted y sueña con el momento en que le pille por su cuenta. ¿Le ha contado a Fonseca nuestro encuentro?

—Sí. Se han ganado un mal enemigo. Fonseca les odia. Sostiene la teoría de que no necesitamos torturadores de importación. Es un gran profesional. Tengo ganas de hacerles una pregunta. ¿Puedo?

—Adelante.

—¿Por qué tienen la nevera de aquella casa tan llena de melocotón en almíbar?

—Yo no soy el responsable de intendencia.

—Además un melocotón en almíbar vulgarísimo.

—Lo siento. Protestaré por vía reglamentaria. Volveremos a vernos.

Carvalho se revolvió bruscamente y le pegó un empujón al hombre ratón que le estaba subrayando los riñones.

—¿Qué toca usted, mariconazo? ¡Este marrano me estaba tocando!

Cogió por las solapas al hombrecillo entre la expectación del círculo bruscamente formado.

—¡Ay Dios! ¡Y qué tendrá este buen mozo contra los mariquitas! —dijo una voz del público acogida con una risotada general.

El hombre ratón se dejaba zarandear por Carvalho sin mover ni un músculo de la cara, con los ojitos negros y fríos clavados como punzones en los encendidos ojos de Carvalho.

—¡Que llamen al 091! —pedía Carvalho congestionado, con las venas de las sienas culebreantes.

—¡Suéltalo ya, carroza! ¡Vaya pretensiones tiene el buen mozo! —volvió a hablar la voz afeminada y el público abrió un pasillo hasta el muchacho con sombrero de tres picos, *foulard* de seda blanca y capa marrón de Evora, que lanzaba molinetes con la lengua y un bastoncillo con incrustaciones de nácar. El hombre ratón aprovechó el cambio de atención del público para masticar unas palabras a la altura de la nariz de Carvalho.

—Un minuto más de cachondeo y te quedas sin tripas.

Una de sus manos metida en los hondos bolsillos del tabardo empujaba el hocico de una pistola contra el bajo vientre de Carvalho. El detective le empujó con asco.

—Vete, maricona de mierda.

El hombre ratón recompuso su temo, esparció una tranquila mirada sobre la concurrencia y se marchó sin forzar el paso. Carvalho no tuvo tiempo de contemplar su retirada porque se le echó encima el muchacho del sombrero de tres picos, que reclamaba su atención dándole golpecitos en el brazo con el bastón.



—No se puede ser tan macho. ¿Pero en qué país te crees que vives, Míster Universo? Ese hombre te ha tocado con respeto y en cambio tú le has insultado como lo que eres, un chulo asqueroso.

—Apártate de mi vista, espantapájaros.

—Bastorra, que eres una bastorra.

—¡Basta ya de jaleo!

El guardia jurado del VIP empujó suavemente al airado defensor de maricas.

—Y usted si quiere reclamar algo vaya a la dirección, pero no alborote.

—¿Qué puede reclamar? ¿Le han roto el virgo? —preguntó el del sombrero con los nervios tensos como un violín.

—¡Que te calles te he dicho, asquerosa!

El guardia jurado había apoyado las palmas de las manos sobre el pecho del joven y casi sin transición salió despedido y dio con sus riñones contra una estantería llena de libros de cocina. La escultura de bohemia se descompuso entre un alud de duros volúmenes que se le vinieron encima. Carvalho le vio las blancas y delgadas pantorrillas insertas sin transición de calcetines en dos mocasines con las suelas destruidas por los suelos más duros y nocturnos de Madrid y no tuvo valor para seguir mirando aquel rostro lleno de lágrimas que emergía de la escombrera de libros, con la anticuada dignidad de un condenado a la picota.

## 35

El movimiento consiste no en moverse sino en ser movido. ¿Adónde me llevan? Una angustia de Getsemani le arrojó desorientado sobre la acera. Esperaré aquí a que me entreguen el chivo expiatorio. Ha sido éste. No, ha sido ése. Anduvo en dirección a la Moncloa con voluntaria lentitud para dar tiempo a que le alcanzaran o le siguieran todos los que fatalmente le alcanzarían o le seguirían. ¿Qué esperas para aparecer, gordo? No apareció. Carvalho se metió en una cabina interurbana y llamó a Biscuter. ¿Todo sigue igual? ¿Y Charo? Dile a Charo... No. No le digas nada. ¿Cómo están las Ramblas? ¿Qué tal se come en Madrid, jefe? No abuse de los callos. Recuerde lo de su hígado. Los callos van bien para el ácido úrico. Biscuter no se dejaba convencer. ¿Estás mirando las Ramblas? Es casi de noche, jefe. Biscuter olería a puerto, ese olor especial de las anochecidas de otoño que sube desde la Puerta de la Paz y recuerda a los barceloneses su fatalidad marina, les devuelve la imagen de asombrados contempladores de sus propios pies metidos en el barreño mediterráneo. Una señora ha perdido a su hija, jefe. Es una contorsionista. ¿La señora? No, la hija. Se ha perdido en Marbella o en Túnez. ¿La encontrará, jefe? La mujer está muy desconsolada. Una contorsionista se puede perder en cualquier sitio. ¿Qué es una contorsionista, jefe? Una persona que puede ponerse un pie en el cogote y el otro metérselo en un bolsillo. Eso parece un chiste de Forges, jefe.

—Por hoy he terminado. ¿Podemos ir a tu casa?

—A mi casa. Bueno. No hay inconveniente. Pero primero he de pasar por la agrupación, recoger el niño en casa de mi tía, pelearme un poco con mi marido.

En el café de Malasaña hay veinte ex comunistas anarquizados, otros veinte ex anarquistas neoliberalizados y dos camareros con cara de jugar al Monopole de día y a la lucha de clases de noche. Pero todos parecen disfrazados de muchachos y muchachas fugitivos de casa, de qué casa no importa, obligados a posar para la *Malasaña way of life*.

—En mis tiempos esto no se llamaba Malasaña.

—Bajo el franquismo hasta los barrios se llamaban España. Pero esto ha sido Malasaña siempre, desde mucho antes de que escribieran *La verbena de la Paloma*.

—¿Por qué se ha puesto de moda?

—Porque es viejo sin ser arqueológico y se instalaron aquí muchos matrimonios jóvenes progres profesionales, de los que tuvieron un hijo nueve meses después de mayo del 68.

—¿Puedo acompañarte a la agrupación, a buscar a tu hijo, a lo de tu marido?

—Puedes.

—Primero he de pasar por el hotel a recoger unas bolsas. ¿Tienes aceite en tu casa?

—Aceite y mantequilla. Todo lo que hay que tener.

Al llegar a la puerta del hotel Carmela despidió a Carvalho con una mirada en la que iba pregunta y respuesta y luego, cuando Carvalho apareció con las bolsas de la compra, Carmela convirtió el ceño en un plegamiento alpino.

—¿Qué es eso?

—Si no tienes inconveniente te invito a cenar en tu casa y guiso yo.

—Qué Europa ni qué leche. Americanos es lo que sois los catalanes. Vaya golpe. ¿Se puede saber el menú?

—He de acabar de madurarlo. Según vayan las cosas.

—El local de la agrupación huele a morcilla de arroz porque el encargado del bar es de Aragón y allí se ve que las morcillas son de arroz.

—Algunas sí.

No abrió la boca Carmela durante un recorrido tartamudo por el Madrid hora punta, lleno de urbanos sabios enervados por la omnipresencia de los jeeps y de los camiones militares, esponjas caquis que absorbían las neblinas nocturnas salpicadas por un lucerío frío y tristón.

—Señorita, ¿no ha visto usted la luz ámbar?

—Verla la he visto, pero poco, porque en seguida ha desaparecido.

—¿Usted cree que jugamos al escondite con los semáforos?

—No me chille usted, que este señor es de Barcelona y va a pensar que está en África.

—Pues a ver si se nota que es de Barcelona porque dicen que allí conducen como en Europa. A ver si se le pega algo a usted.

El urbano no entendía las carcajadas de Carmela y estaba a punto de duplicarle la multa que garabateaba sobre el talonario. Una vez lejos del alcance del guardia, Carmela seguía riendo a ráfagas, como si se contara una historia a sí misma digna de la más total de las hilaridades.

—Si me lo cuentas nos reímos los dos. Creía que estabas de luto.

—¡Lo del aceite!

—¿Qué pasa con el aceite?

—¡Yo te he dicho que tenía mantequilla!

Y seguía la risa que ponía veladuras de lágrimas en los ojos carbónicos de la muchacha.

—¿Quieres entrar? Es una agrupación muy apañada. Hoy hay un debate sobre la política de bloques y estará animada. Cuando hay un tema así se moviliza la vieja guardia y vienen con los tanques puestos. Se creen que el eurocomunismo tiene la culpa del paro. Yo no me quedo a todo el rollo, pero podemos oír algo.

Tras la izada y enrollada puerta corredera metálica otra puerta de cristales se abría a un bar diríase que convencional de no camppear sobre las paredes fotos de Marx, Lenin, Garrido y carteles propagandísticos de la fiesta del *Mundo Obrero*. Las gentes se infiltraban por un pasillo hacia la sala de actos mientras los rezagados dejaban sobre la barra el pago de las consumiciones. Carmela iba y venía de oreja en oreja, dejaba aquí un comentario, allá un cumplido o un sarcasmo. Un chiste apremiante dejó a Carmela con la gravedad puesta y a Carvalho, a su lado, observante de la liturgia de la comunicación entre la dirección y la base. La dirección a la derecha, setenta y

cinco kilos, pelo a lo *beatle* con diez años de retraso, joven cuadro, profesional, buena voz, facilidad para construir sintácticamente con la ayuda quizá excesiva de «... de alguna manera» o «a nivel de...» La base a la izquierda, cincuenta o sesenta personas con una media de cincuenta años impuesta por un correcto equilibrio entre sesentones y cuarentones, obreros del cinturón industrial en su mayoría, esposas fascinadas por el ritual y al mismo tiempo en trance de emancipación gracias a preguntas hechas no siempre desde la condición femenina: ¿Tú crees, camarada, que hay derecho? ¿Hasta cuándo seremos los trabajadores quienes pagaremos la crisis económica?

—Este acto reviste una significación especial. Es voluntad de la dirección que el asesinato de nuestro camarada secretario general, Fernando Garrido, no interfiera el normal desenvolvimiento de nuestras actividades. Cada acto programado será celebrado. Es la mejor respuesta que podemos dar a los provocadores.

Hablaba el cuadro treintañero, con algunos aparentamientos junto a los ojos, un tono retórico de discurso repetido y la impresión final de que iba a actuar como un frontón frente a las quejas de una base a la que se había robado, para siempre, el sueño del asalto al Palacio de Invierno. No es que sostengamos una posición equidistante entre los dos bloques, un comunista debe saber que un bloque nace para agredir y el otro para defenderse. Pero caer en ese juego como si fuera una fatalidad histórica, significa paralizar la lucha emancipadora de cada pueblo del mundo a la espera que se resuelva el enfrentamiento entre los bloques o de entrar en una zona de influencia de uno de los dos. No olvidemos que nosotros los españoles estamos en la zona de influencia del bloque capitalista y que no podemos aceptar este dato objetivo como una fatalidad, sino como una verdad objetiva que condiciona nuestra estrategia. La historia ha demostrado que no existe un modelo único de implantación del socialismo y nosotros creemos que las libertades democráticas son instrumentos para llegar a un socialismo en la pluralidad, a un socialismo en libertad.

—Ante todo yo quiero la libertad de poder trabajar y de poder comer y de no vivir como un animal.

Fue la primera intervención de la base. La segunda, en voz femenina de una madre abundante y decidida como Dios en el momento de crear algo.

—Superar la política de bloques. Muy bien. Yo estoy de acuerdo. Pero ¿cómo? Los bloques están ahí y un día los imperialistas inician una agresión a los socialistas. ¿Qué hacemos?

El joven cuadro respira hondo, se lanza para atrás hasta encontrar el respaldo de la silla y asumir la pregunta que le sirven en bandeja.

—Ese día haremos lo que nunca hemos puesto en duda. Luchar contra el imperialismo.

Codazos de complicidad entre la base. Cabezazos de asentimiento. Impresión general de que el eurocomunismo se ha salvado. Pero Carmela advierte a Carvalho que deben marcharse, no comprende la resistencia inicial del hombre, el por qué remolonea para escuchar una próxima pregunta que se adivina complicada porque el viejo interrogador ha empezado contando que a él le dieron el carnet en un bar de la calle Hortaleza en junio de 1936.

## 36

—Parece que te gustaba.

—Por un momento he pensado que no habían pasado veinticuatro años de mi vida y que la reunión de hoy se producía al día siguiente del día en que dejé el partido.

—Ah, ¿pero tú has sido de la cosa ésta?

—He sido.

—Pues no tienes el aspecto.

El niño de Carmela es rubio como todos los niños rubios de Madrid. La encargada de la guardería sugiere a Carmela que vaya a buscarlo antes porque se ha tenido que quedar ex profeso. El niño de Carmela le cuenta a su madre que las gallinas vuelan poco.

—¿Quién te ha dicho eso, corazón?

—La señorita. Por eso no hace falta tenerlas en jaulas como a los periquitos.

Naturalmente el niño señala a Carvalho y pregunta: Mamá ¿quién es éste? Y ante la tardanza de Carvalho en la respuesta, Carmela le dice que es un señor de Barcelona, declaración que llena de sonrisa escéptica la cara de un niño, incapaz de creer que en el mundo haya otra cosa que la perpendicular que une Madrid y el cielo. Aparca Carmela en doble hilera ante un local iluminado. El viento agita un cartel azul y rojo en el que se pregona: *Eurocomunismo y lucha de clases*. Carmela carga con el crío, se mete en el local, al rato sale con un hombre que lleva al crío de la mano, discuten con un cierto calor, pero ella se aparta encogiéndose de hombros.

—Será cínico. Es el primer día en todo el mes que le digo que cuide del crío y dice que no puede. Seguro que le he chafado un plan. Pues por mí que le den...

—¿No vivís juntos?

—No lo sé. Cuando no tiene reunión de partido tiene reunión como miembro de no sé qué comisión asesora del grupo parlamentario, y si no, pues de la comisión asesora del grupo municipal. Además da charlas por aquí y por allá sobre si los tanques soviéticos han de quedarse en Afganistán o no parar hasta Chinchón. No es el único que vive así, escopeteado, con mil responsabilidades, pero yo estoy hasta aquí, porque a la hora de la verdad he de trabajar, militar, hacer la compra, la casa y ser madre, que es lo que menos me molesta. Y si te quejas aún te vienen viejas camaradas que te cuentan una vida que *pa* qué. Quince años de novia pelando la pava junto a la reja, pero qué reja, la de Carabanchel o la de Burgos. Luego un hijo por cada período de libertad condicional y a los sesenta años amnistía, legalidad y a tomar el sol a un banco del Retiro. Eso aún lo justifico porque había que hacerlo y ya está. Pero ahora. Lo que hace mi marido

no es militar, es vicio, puro vicio y ganas de no afrontar cualquier responsabilidad que no sea política. ¿Y tú qué llevas ahí en esas bolsas?

—¿Tienes vino?

—Alguna botella habrá por casa.

—¿Sin nombre ni apellidos?

—Ya habrás observado que no pertenecemos a la fracción gastronómica, aunque cada vez hay más gente del rollo que cocina para olvidar.

—¿Para olvidar qué?

—Pues que no hubo ruptura y hubo reforma, por ejemplo, o que de la noche a la mañana les hicieron monárquicos o les metieron en la fiesta de la banderita. Hay gente con la sensibilidad muy delicada.

—Me aterra la simple idea de que puedas tener una botella de vino de litro. ¿Es de litro?

—Me parece que sí.

—Entonces para delante de un bar en cuanto puedas. A estas horas sólo en un bar nos venderán vino.

Suplicó Carvalho que le vendieran algún vino que rio fuera Rioja o Valdepeñas, sin éxito, y al cuarto bar consiguió sostener una conversación de experto con un señor de Simancas partidario del Cigales. ¿Y en Barcelona saben ustedes que existe el vino de Cigales? Pues mire, por aquí sólo me lo piden los que son de Segovia para arriba. No es que sea mejor que el Rioja pero es otra cosa. Usted lo ha dicho, caballero, usted lo ha dicho. ¿Habéis oído? No es que sea mejor que el Rioja, pero es otra cosa. Pues en León hay muy buenos vinos. En León no, coño, en El Bierzo. Es que éste es separatista de El Bierzo. Yo soy de donde soy, como tú y como este señor, que es de Barcelona, pues no son suyos los de Barcelona que digamos. Muy suyos.

—Una conversación arrancada.

—Hemos pasado del vino a las autonomías. Es curioso pero suele suceder. España será algún día una federación de denominaciones de origen.

Un ascensor limitado correspondiente a un edificio de renta limitada dio cabida a Carvalho y sus bolsas, Carmela y una mujer cincuentona rematada en una poderosa cabeza amueblada por un peinado metalizador de cabellos plateados. La mujer temía que la estrechez del ascensor pusiera en peligro la arquitectura férrea de su permanente y empujaba las cejas hacia arriba, como abriendo camino para la imposibilidad de que los ojos controlasen la exactitud de la corona. Abandonó el ascensor con un «buenas noches» cargado de retintín y de triunfo, porque los invasores no habían conseguido rozar siquiera los arquivados de su catedral capilar y repasó a Carmela con una mirada moralizante que le recitaba la cartilla familiar.

—Te puedo hacer de pinche.

Carvalho desembocó en la cocina y se llenó los pulmones de un aire que olía a tortilla a la francesa. Pasó revista a los útiles de cocina y superó el lógico desaliento recordando aquellos tiempos en que guisaba en la cárcel con un escobillómetro y un plato de campaña.

—Observo que tenéis una alimentación sana. Huevos, carne a la plancha y latas de espárragos. Son muy diuréticos.

—A veces me da por guisar y guiso. Casi siempre comemos fuera y por la noche el niño con un bistec y unas patatas fritas va que arde. ¿Menú?

—Tripa y capipota con guisantes y alcachofas y atún mechado.

—Nos van a dar las doce.

—Tres cuartos de hora.

—Eso se lo dirás tú a todas.

—En la evidencia de que no dispondrás de un artefacto para mechar no quiero ofender tu talante de mujer emancipada, pero ¿tienes una aguja de tricotar?

Carmela puso cara de orgullo herido, abandonó la cocina y volvió con tres juegos diferentes de agujas de tricotar.

—No te hagas falsas ilusiones. Son de mi madre. A veces viene a estar con el crío y se pone a hacer jerséis como una loca.

Carvalho abrió varias galerías en el taco de atún y las relleno con anchoas. Salpimentó, enharinó la bestia y la doró en aceite en compañía de unos ajos. Añadió un poco de agua y dejó que el lomo de atún se cociera a fuego lento. Deshojó las alcachofas hasta que enseñaron su blanco corazón. Cortó las puntas y partió cada alcachofa en cuatro cascós. Frió los dieciséis cascós resultantes, los apartó y en aceite rehogó la tripa y la capipota, para luego añadirle un

sofrito de tomate y cebolla. Cuando sofrito y despojos formaban una total amalgama añadió caldo elaborado con un cubito de la variada cubiteca de Carmela y los guisantes. Ya estaba cocido el atún en el otro guiso. Carvalho lo apartó y trabajó el jugo resultante como base de una salsa española corregida con briznas de hinojo. Apartó la salsa y volvió a las tripas para añadirle las alcachofas previamente fritas y una picada de avellanas, almendras, piñones, ajo y pan tostado desleído con un poco de caldo. Dio por hecho este plato y esperó a que el atún estuviera frío para cortarlo en rebanadas depositadas en una bandeja y luego cubiertas con la salsa caliente.

—Pero éstos son dos segundos platos.

—Llevaba demasiados días sin cocinar. Todo lo que sobre estará buenísimo mañana, especialmente la tripa.

Carmela repitió tripa y se contentó con una rodaja de atún mechado.

—¿Cada día guisas así?

—Sherlock Holmes tocaba el violín. Yo cocino.

—Y mientras cocinabas, ¿en qué pensabas?

—En la cultura. En que vosotros los marxistas creéis que ya tenéis suficiente poniendo música a la letra de las condiciones materiales y sin embargo sois tan esclavos de la cultura como todos los demás. Hasta los porcentajes electorales se convierten en cultura. En Francia hay una cultura del veintidós por ciento. En Italia del treinta. Aquí tenéis una cultura del nueve o del diez por ciento.

—¿Eso se te ha ocurrido cuando guisabas la tripa o el atún?

—El asesino de Garrido es otro sujeto cultural. O es un traidor o un mesías. En toda la historia del movimiento comunista sólo hay un magnicidio provocado por la necesidad de una higiene de emergencia. El de Beria. Esto lo he pensado en el momento en que temía que los guisantes congelados no se hubieran cocido lo suficiente como para añadir las alcachofas. ¿No bebes vino?

—En seguida se me sube.

—Hace tiempo, cuando tenía fresco vuestro lenguaje, tal vez te lo habría explicado mejor. Tenéis una conciencia clara de que sois el motor de la Historia, tengáis el diez por ciento electoral o el treinta. Habéis conseguido hasta que se lo crean vuestros enemigos y os temen tanto con el diez por ciento como con el treinta. Vuestro peligro puede no ser cuantitativo, pero siempre será un peligro cualitativo. Han matado a Garrido para convertirlos en una banda de asesinos fríos, calculadores, culturales, que necesitan el protocolo de un Comité Central para escenificar el sacrificio. El asesino es uno de vosotros y en estos momentos sabe que está condenado a muerte, no por vosotros que estáis en plena operación de injerto cultural liberal, sino por los mismos que le instigaron a cometer el crimen.

—¿Por qué no se las pira?

—Pasado mañana podré darte una respuesta. Pero casi podría anticipártela. Porque está cogido, completamente cogido y ha de cumplir su papel hasta el final.

—Qué lata. Bajaremos un punto en las próximas elecciones.

—Tal vez no. Ahora tenéis la oportunidad de elegir un secretario general a la medida del mercado. Pero no lo haréis. Vuestra cultura os lo impide. Os veréis empujados hacia el dilema de buscar un histórico y seguir mamando de la mitología o bien un hijo del aparato, lo



suficientemente listo como para haber llegado hasta aquí sin graves desafinamientos. La hora de la verdad llegará dentro de quince o veinte años, cuando ya no queden héroes de la lucha contra el franquismo y las bases se hayan vuelto definitivamente antilitúrgicas. Tal vez no viva para verlo y quizá no me interese gran cosa, pero será muy interesante ese momento en el que ningún partido comunista europeo disponga de mártires, ni siquiera de un estudiante expedientado en 1974.

—Lo veo difícil. Hace quince días aún nos apuñalaron a un camarada en Malasaña.

## 38

Carmela tenía voluntad de sobremesa e incomodidad dialéctica. Puso un disco de Joan Baez en un tocadiscos portátil y ofreció a Carvalho una botellería llena de sobras: chinchón seco, coñac, Cointreau. Carvalho se medió un vaso, que había sido recipiente de leche de almendras, con chinchón seco y se tumbó en un sofá de plástico que le acogió entre quejas ventoseras. La mujer escuchaba la música sentada en el borde de uno de los sillones que completaban el tresillo, se cogía las rodillas con los brazos y sólo apartaba la mirada del hormiguero de sus pensamientos para vigilar el ensimismamiento de Carvalho.

—Es muy tarde. ¿Pasan taxis por aquí?

—Quédate a dormir.

—¿Y tu marido y tu hijo?

—Ha llevado el niño a casa de mis suegros y él vete a saber dónde está. No creo que venga a dormir.

Era una conversación neutra entre la patrona de una pensión y un cliente dubitativo. Carvalho trató de asomarse desde lejos al vértice del escote de su posible patrona, taxista o compañera de viaje. Fue en aquella sesión del Marne de agosto de 1956 cuando Garrido habló del culo de la camarada, no del culo de la camarada en abstracto, sino del culo de la camarada concreta que había sido sorprendida en la cama de Biel Ciurana, estudiante de medicina que había acudido al cursillo acompañado de la Pasionaria de Farmacia. Aunque las reglas de las reuniones clandestinas del partido no estaban escritas en sus aspectos fisiológicos, la división entre retretes masculinos y femeninos se continuaba en los dormitorios, obstáculo tan imprevisto como inaceptable para Roser Bertrán, más conocida por la Pasionaria de Farmacia, dispuesta a demostrar la inseparabilidad del objetivo de Marx, cambiar la Historia, del objetivo de Rimbaud, cambiar la vida. Así es que, de noche, Roser y Biel yacieron ostentosamente sobre una de las camas metálicas de la que podía ser escuela o residencia de verano del partido comunista francés y al ser sorprendidos al tercer jadeo por un veterano camarada que en 1939 había cogido por los pelos el penúltimo o el último barco en el puerto de Alicante, Roser se limitó a proponerle desde la posición teórica casi práctica de mujer jodida por un mallorquín aprendiz de siquiatra (con el tiempo lacaniano): «¿Podrías apagar la luz, camarada?» El veterano apagó la luz, pero una hora después la pareja acudía a una cita con el mismísimo Garrido. Cita que el secretario general desdramatizó ofreciendo tabaco a la pareja, sin distinción de sexo y pidiendo disculpas por un puritanismo impuesto por la austeridad de la clandestinidad: «Para llegar hasta aquí habéis puesto

en tensión no sólo a una buena parte de la organización del partido en el interior y en Francia, sino a una importante red sostenedora del partido comunista francés. Habéis venido para clarificar cómo está nuestro país y qué podemos hacer. Tres, cuatro días, una semana. No sería justo que respondieras a este esfuerzo organizativo distrayéndote en la contemplación del culo de la camarada.» El culo aludido saltó del asiento y respaldó una arenga feminista tan pionera como meritoria en el contexto de un cursillo en el que las mujeres constituían un precario quince por ciento, según las estadísticas esperanzadas que Helena Subirats había comentado el primer día de retiro. ¿Qué sería peor? ¿Que Biel se distrajera contemplando el culo de la camarada o que ella, Roser Bertrán, hiciera lo propio pensando en el culo del camarada? Aunque faltaban más de diez años para que Germaine Greer publicara *La mujer eunuca* y se dejara fotografiar el cono en Schuck, Garrido había leído a la Kollontai en plena adolescencia y era consciente de que había cometido un desliz machista. «Es que las mujeres tenéis más capacidad de concentración», disculpa tan integradora que hasta la Pasionaria de Farmacia se dio por satisfecha y no sólo salió de la cita reconfortada, sino convencida de que no debía confiar excesivamente en su privilegiada capacidad de concentración y sería una demostración de civiltud practicar la abstinencia en lo que quedaba de cursillo, no fueran a creerse aquellos veteranos del asalto a la contradicción de primer plano que las nuevas generaciones carecían del don del autocontrol.

—¿En qué piensas?

—En el culo de las camaradas.

—¿En el mío, por ejemplo?

—No en un culo concreto, sino en un culo generalizable.

—Pues qué bien. Debe de ser un culo muy feo, maltratado por horas y horas de reuniones.

—O te reúnes poco o tu culo es de excelente materia prima.

—¿Es una insinuación?

El culo de la camarada. Guárdate del culo de la camarada e investiga el asesinato de Garrido. Carvalho hizo un esfuerzo para engullir el taco de tabú político que se le había atragantado.

—Las comunistas me cohibís. Tengo la sospecha de que sólo tenéis un sentido épico o bien un sentido ético del polvo.

—No sé de qué me hablas. Tal vez fueran las cosas así durante el sitio de Stalingrado. Estás un poco carrozón.

—Sin duda tengo una fijación adolescente.

—¿En tu época no practicabais el amor libre?

—No. ¿Y ahora?

—Tampoco.

Suspiró Carmela, desencantada.

—Pero de ética y épica, de eso nada. Puedes estar convencido.

Carvalho consiguió desengancharse del ruidoso plástico y quedar sentado en el canto del sofá frente a Carmela. ¿Pongo una sonrisa de sospecha de complicidad o voy directamente al grano? Se oyó el ruido de la puerta de la calle al abrirse.

—Ahora llega ese momento en que entra el marido y acuchilla al amante de la esposa infiel. Será una muerte injusta.

Carmela miraba hacia la puerta con perplejidad e indignación.

—Como sea él me va a oír.

No era él. El marco de la puerta casi era insuficiente para el gordo sonriente que con la mano apistolada impuso tranquilidad a Carvalho. Invadió el hombre la habitación y tras él apareció un rubio pálido descendiente por línea directa de un hijo ilegítimo, hasta entonces desconocido, de Carlos II el Hechizado.

—A tranquilizarse, a tranquilizarse. Usted, señora, no se asuste. Su amigo ya le dirá que soy un hombre pacífico.

—¿Quién es este tío?

—Usted lo ha dicho: soy el tío de Pepe. ¿Verdad, Pepe?

—¿El tío de América? ¿El tío de la Unión Soviética?

—¿Aún sigue así? Qué más da. A usted ¿qué más le da? ¿Has oído, Pérez? No les he presentado a mi amigo Pérez. Tiene un apellido que es un hallazgo.

Reía el gordo mientras se guardaba la pistola sin quitar el ojo de encima de Carvalho.

—¿Están de paso o vienen a quedarse?

—De visita, señora, de visita. Ante todo, señor Carvalho, le felicito por el numerito del VIP. Es usted un poco suicida porque aquel muchacho al que usted ha puesto en evidencia no lo olvidará fácilmente. Tengo entendido que además ha roto usted el brazo de un profesional y eso no está bien, aunque ese profesional sea antagonista mío. Reconozco que es usted un hombre de recursos y por eso he preferido visitarle en un terreno neutral. Ni el hotel, ni la calle. Aquí, en casa de esta simpática señora. Tiene usted una simpatía muy madrileña.

—Muchas gracias.

—Hay quien dice que los españoles más simpáticos son los andaluces. Yo me inclino por los madrileños.

—Gracias en nombre del honrado pueblo de Madrid.

El rubio olisqueaba más que observaba la habitación. El gordo se burló de él moviendo el hocico conejilmente y se sentó en el extremo del sofá donde permanecía Carvalho.

—No nos han presentado —dijo Carmela cruzando las piernas y entregándose a la anatomía del sofá.

—Yo soy un hombre vulgar que se dedica a enterarse de cosas y Pérez es mi ayudante.

## 39

—Conozco muy bien a qué se dedica esta señora, y por lo tanto no me molesta que esté presente durante nuestra conversación.

—Si es que la hay, porque no tengo nada que decirle.

—No se precipite. Seguro que tiene mucho que decirme. Dentro de unas horas, de las horas que sean, usted mismo se sorprenderá de lo mucho que me ha dicho. Desde la última vez que hablamos ha tenido reuniones muy interesantes. Fonseca, Santos Pacheco, Leveder, Sepúlveda Civit. Me parece que se está acercando al final.

—Cuéntemelo usted. Tanto usted como los de la acera de enfrente saben el final.

—Le doy mi palabra de honor que yo no lo sé. Fíjese en lo que le digo. Yo, yo, yo no lo sé. A mí me han dicho: ruégale al señor Carvalho que te informe y yo cumplo órdenes. Señora, no se mueva.

La voz había sido tajante, impensable en aquel cuerpo fofo semidesparramado en una esquina del sofá pero al mismo tiempo expectante de todo cuanto pudiera ocurrir en la estancia.

—Tengo pis.

—Pérez, acompaña a esta señora, examina la *toilette* antes de que entre y luego déjala entrar con absoluta libertad.

Salió Carmela seguida de Pérez.

—Al fin solos. Pero no crea que usted dispone de mejor correlación de fuerzas. Soy mucho más rápido de lo que usted presume y le conviene que Pérez no se ponga nervioso porque es un duro, un auténtico duro que no distingue sexos. Un auténtico salvaje. Vamos al asunto y terminemos cuanto antes. ¿Caballo ganador? Haga un pronóstico.

—Usted me sobreestima. No he hecho más que empezar.

—Hemos visto muy nervioso a Santos Pacheco. Sobre todo cuando se encontraron en la Ciudad Universitaria. Sin duda teme el veredicto, es comprensible, sea cual sea, él pierde. Me pongo en su piel. Para un viejo comunista como Santos Pacheco debe ser muy duro, mucho, tener que encajar una cosa así. No se pase de listo. No crea que va a terminar esto a espaldas nuestras.

—¿Qué me aconseja? De profesional a profesional. ¿Le paso primero la información a usted o a los otros?

—No hay color. A mí. Si pudiera hablar le convencería fácilmente de que soy la elección más rentable.

—No hemos hablado de dinero.

—Hay muchas maneras de pagar.

—¿Por ejemplo?

—La vida, la tranquilidad, ¿le parece poco? No divaguemos. Se está acercando el final. Dígame los nombres de los más sospechosos.

Carmela volvió seguida de Pérez.

—Cuando me pongo nerviosa me da por hacer pis.

Volvió a oírse el ruido de la puerta de la calle y a continuación un silbido de aviso.

—¡No! —exclamó Carmela.

El gordo se puso en pie trabajosamente y en la mano de Pérez apareció una Beretta. Cuando los pasos estuvieron a punto de llegar al umbral de la puerta, Carvalho se dejó caer de lado contra el gordo, que cayó piernas arriba sobre el sofá volcándolo. La pistola de Pérez dudó entre encañonar a Carvalho, a Carmela o al hombre que desde la puerta exclamaba enérgicamente:

—¡Qué pasa aquí!

Carmela inició la huida pero Pérez la retuvo por un brazo. El recién llegado avanzó sin dudarle hacia el rubio.

—¡Deje usted a mi señora!

Carvalho se abalanzó sobre Pérez y le empujó contra la pared, donde quedó como un santo cristo.

—¿Y usted quién es...? —tuvo tiempo de preguntar el marido de Carmela antes de que Carvalho cogiera a la muchacha por una mano y tirara de ella fuera de la habitación.

—Carmela, ¿dónde vas, Carmela?

—¡Corre tú también!

—¡Pero qué leches pasa...!

Carvalho salió al descansillo de la escalera y se lanzó escalones abajo conservando atenzada la mano de Carmela.

—¡Corre, Paco, corre...! —gritaba ella con la cara vuelta hacia arriba.

Salieron a la calle. Carvalho se parapetó tras un coche y obligó a Carmela a agacharse. Los ojos de Carmela quedaron a la altura del bolsillo de la chaqueta del detective y vieron cómo de él salía una pistola negra, pesada, que olía a grasa y a encierro.

—¿Qué le habrá pasado a mi Paco?

—Es un poco lento el chico.

—Ya me hubiera gustado verte a ti en su lugar. Yo me voy a buscarlo.

—No le harán nada. Quédate quieta.

De la puerta súbitamente iluminada salieron el gordo y su ayudante. Caminaban pausadamente, conversando sobre algo que les preocupaba con moderación. No tomaron ninguna precaución. Recorrieron la acera, doblaron la esquina, desaparecieron sus cuerpos y sus voces. Carvalho indicó a Carmela que siguiera agachada y él se escondió tras los coches para seguir paralelamente el recorrido de los dos hombres. Al llegar a la esquina vio cómo se metían en un coche aparcado. Esperó a que arrancara, a que desaparecieran las luces de posición al final de la noche espesa y volvió hacia donde había dejado a Carmela. No estaba. Cruzó la calle, subió los escalones de dos en dos. La puerta del piso estaba cerrada.

—Soy yo. Pepe.

Carmela abrió. Tenía los ojos llorosos.

—Salvajes. Lo que le han hecho a mi Paco.

Carvalho la apartó y ganó la sala de estar en dos zancadas. El hombre estaba recostado en un sillón con una flor roja de sangre en los labios partidos y un brazo que le colgaba inhibido, roto, al lado del cuerpo gimiente por todos sus poros. Los ojos juzgaron críticamente a Carvalho y luego se volvieron a Carmela pidiendo explicaciones.

—Es un amigo.

—¿Puede caminar?

Asintió el hombre con la cabeza.

—Hay que llevarle a un dispensario o a un servicio de urgencias, sobre todo por el brazo.

Los ojos del hombre recostado en el asiento trasero del coche miraban ora el codo de Carvalho, ora el de Carmela, en una muda búsqueda de lógica a lo que había pasado.

—Diles que ha sido una riña. Que os querían atracar. Invéntate a dos o tres tipos. Si les dijéramos la verdad nos tendrían toda la noche y levantarían hasta al ministro del Interior.

El coche penetró en el túnel del servicio de urgencias. Mientras Carmela daba los datos a la encargada de rellenar la orden de entrada, un asistente se llevaba a Paco en silla de ruedas hacia los interiores del templo.

—Los familiares no pueden entrar. Dentro de media hora ya les daremos información. Pueden ir a la sala de espera.

Una máquina automática de café automático y otra para aguas, colas y naranjadas no menos automáticas. Padres de motoristas aplastados contra la noche, mujeres de apuñalados anónimos, hijas maduras de madres asaltadas por la hemiplejía poco, muy poco después de haber cenado tan ricamente, col y patata y una pescadilla que se mordía la cola, un taxista que había roto a un anciano en Arturo Soria, el flaco marido de una gorda preñada que se había frito la mano en el mismo aceite donde habían burbujeado calamares a la romana. Carvalho salió de la sala de estar para encender un puro y se distrajo en la contemplación de las ambulancias que llegaban y se iban dejando la destruida carga de las víctimas de la noche. «Cuando llega la noche y expande sus tinieblas, pocos animales no cierran los párpados y crece el dolor de los enfermos», había escrito Ausiás March y se tradujo Carvalho en una decidida voluntad de estropear los versos. Del horizonte nocturno apareció un anciano renqueante que se apretaba el bajo vientre con una mano y con la otra daba impulso al cuerpecillo para seguir avanzando.

—¿Es usted médico?

—No.

—Vengo caminando desde Lavapiés. La otra noche me pusieron una sonda en la orina y tengo espasmos.

Barba de días, descarnada cabecita de polluelo bajo la boina, manos nerviosas desabrochando la bragueta y enseñando a Carvalho un sexo vendado del que salía un tubo de plástico hacia una bolsa llena de orines adosada a un muslo de pollo flaco lleno de venas y de pieles deshabitadas.

—Se va a enfriar.

—Me duele tanto.

Carvalho le cogió por un brazo y le ayudó a llegar a la oficina de ingresos. La oficinista cabeceó molesta.

—¿Usted otra vez?

—Me duele mucho.

—¿A que ha vuelto a venir a pie? Vamos. Métase dentro.

El viejo penetró en el templo. La mujer seguía cabeceando y comentó para Carvalho:

—Está esperando plaza para que le operen de la próstata y se presenta aquí de pronto, a veces a las cuatro o a las cinco de la madrugada. Siempre viene a pie y solo.



## 40

Clareaba cuando el taxi dejó a Carvalho en el hotel Ópera. En el ascensor amartilló la pistola dispuesto a deshacerse de cualquier obstáculo que le impidiera tomar una ducha caliente y relajarse un rato entre sábanas propicias. Abrió la puerta de la habitación de golpe, igual hizo con la del cuarto de baño. Puso el seguro y se duchó larga, golosamente. Ya en la cama se masturbó para tranquilizarse y buscó primero en el techo y luego en la caverna formada por las sábanas sobre su cabeza un motivo para dormirse. No lo halló. Se levantó, se vistió, recorrió un aburrido horizonte de porras, churros y cortados sobre los mostradores de las madrugadoras cafeterías del barrio hasta encontrar una en la que, si bien no estuvieron dispuestos a hacerle un pan con tomate y jamón, tampoco le expulsaron ante esta abusiva y evidentemente catalana pretensión y se avinieron a cocinarle un pepito de lomo adobado, con el inevitable sabor a iguana o a cocodrilo capón que tienen los pepitos de lomo adobado madrileños.

Marcos Ordóñez Laguardia era un practicante acérrimo de la vieja cultura del partido, cultura ante todo connotada por el sentido de la puntualidad. «Si un camarada se retrasaba cinco minutos, mala señal. Seguro que estaba en dificultades. Eso nos educó en el sentido de la puntualidad», aclaró Marcos Ordóñez a Carvalho cuando le comentó la matemática coincidencia entre que sonaran las nueve de la mañana y que el viejo comunista apareciera por la puerta de la «Fundación José Díaz». Como un reguero discontinuo fueron llegando los restantes empleados, acogidos por la tolerante sonrisa de Ordóñez y algún que otro comentario sobre lo calentito que se estaba en la cama. «Es que tú eres de los de antes de la guerra, Marcos. De acero. Un konsomolazo eres tú, Marcos.» Se cachondeó una morena que llevaba medias de costura y un lunar junto a la boca. Marcos sonreía satisfecho por su triunfo mañanero cotidianamente repetido, que le estimulaba incluso a empezar los días bajo el signo de un éxito pequeño pero seguro. Parecía un anciano mandarín, educado, pulcro, con una amabilidad casi japonesa.

—No quiero engañarle. Santos me advirtió que usted quería hablarme. Quiso prepararme para lo peor. La sinceridad es una virtud comunista. Eso le he contestado.

¿Quién había matado a Garrido? ¿Nadie? ¿Todos? No, él se reconocía incapaz de aislar un rostro, un brazo asesino, un motivo. ¿Por qué? ¿Para qué?

—El para qué está claro. Para desacreditar al partido. El porqué, ése es el misterio. ¿Por qué un camarada asumió el crimen? Sé por qué me interroga a mí. He tenido una historia desgraciada pero también se ha exagerado. No existe el parto sin dolor. No existe la Historia sin dolor. En el mismo momento en que yo era apartado de la dirección y me ponía a trabajar en una fábrica en

Checoslovaquia, miles de griegos eran masacrados por la contrarrevolución capitalista, miles de asiáticos y africanos sufrían persecución por sus ideas antiimperialistas. ¿Cuántos no fueron torturados y murieron? ¿Quién tiene en cuenta eso? Y en cambio siempre se tiene en cuenta los errores, grandes o pequeños, sin duda inhumanos cometidos por el movimiento comunista. Yo podría quejarme y no me quejo. Aprendí, aprendí mucho, eso sí. Sufrí y mucho, eso también, pero sabía que mi sufrimiento tenía una finalidad histórica, que trascendía de mi peripecia personal.

—¿Tenía eso en cuenta también cuando se cagaba en el partido o en la madre que parió a Garrido?

—No le negaré que a veces me he cagado en eso y en mucho más. Todos hemos odiado a veces lo que más amamos. El odio pasa, el amor queda.

—¿Se justificó Garrido ante usted?

—No directamente. Eran otros tiempos. Se estaba luchando contra el estalinismo a veces con procedimientos estalinistas y en vida de Stalin. De hecho la tendencia o corriente de opinión a la que yo pertenecía era mucho más estalinista que la de Garrido. La Historia le ha dado la razón a él.

—¿Qué sintió cuando vio a Garrido asesinado?

Una parálisis repentina ha convertido el viejo rostro en una máscara, pero lentamente vuelve el movimiento muscular y los labios musitan:

—Perplejidad.

—Usted hizo la guerra en el frente de Madrid, no en retaguardia sino en el frente. Usted es un hombre que sabe pelear. Luego combatió en Catalunya.

—Sabía manejar el machete, si es a eso a lo que va a parar. Es cierto. Convenientemente entrenado es posible que aún tuviera fuerzas para volver a utilizarlo, aunque sólo fuera una vez. Tal vez sea ya un viejo arteriosclerótico y no razone como en otros tiempos. De todo eso puede deducir que apuñalé a Garrido a pesar de que me había rehabilitado y dado un puesto de dirección. ¿Sabe usted cómo nos llaman a los dirigentes del partido? El Frente de Juventudes, porque quien más quien menos todos tenemos treinta años en cada pierna. Pero no busque entre los viejos. Pertenece a la vieja cultura. Todos somos Bujarines. Todos habríamos preferido la muerte antes que dañar objetivamente al partido. Los jóvenes son diferentes. Si les pregunta si serían capaces de sacrificarse por la marcha de la historia le contestarán que a ellos no les va la marcha. Han vivido otras circunstancias. Me gustaría verlos enfrentados a una guerra civil o a lo que fue la clandestinidad en los años cuarenta y cincuenta. Pero nadie escarmienta en cabeza ajena.

El discurso prosiguió rememorando antiguos ejemplos de cultura del sacrificio marxista. El propio London.

¿Conoce usted el caso de London? El propio London sólo ha hablado cuando su ejemplo puede servir a las nuevas directrices del comunismo, al socialismo con rostro humano. A Carvalho se le cerraban los párpados.

—¿Tiene usted sueño?

—Apenas he dormido.

—Hay que dormir las horas justas. Los excesos se pagan.

Lecumberri Aranaz estaba encajonado en un despachito de la Fundación José Díaz, manejando una calculadora antigua con bobinas de papel.

—Nunca salen las cuentas. Perdona un momento.

Carvalho aprovechó el momento para un duermevela inicial que se convirtió en un corto sueño profundo del que salió con baba en una esquina de la boca y los ojos parpadeantes asumiendo lentamente la mirada de sorna que le dirigía Lecumberri desde el otro lado de la mesa.

—¿No le iría mejor echar una cabezada?

—Desde que he llegado a Madrid no he podido dormir tranquilamente ni una noche. Cuando no me apalizan me amenazan con pistolas.

—Contra Franco estábamos mejor.

No era un sarcasmo vasco. Más bien parecía un sarcasmo paradójico mediterráneo y, por lo tanto, esteticista. Carvalho se encogió de hombros.

—Usted ha tenido una vida muy interesante. Creo que fue activista de ETA.

—Bueno, la ETA de entonces no era la de ahora. Había menos actividad. Compare usted la estadística de atentados de mis tiempos con la de ahora. No hay color.

Era tan vasco que sólo le faltaba la chapela y una cazuela de pimientos rellenos sobre la mesa, ahora ocupada por la contabilidad de la «Fundación José Díaz».

—¿Qué hace un vasco como usted en una ciudad como ésta?

—A veces me lo pregunto.

—Como activista de ETA debió recibir una formación especial, un entrenamiento para la lucha armada.

—Qué va. Cuatro coñas y un poco de tiro. Repito, eran otros tiempos. Todos éramos unos voluntaristas. Ahora es otra cosa. Se habla hasta de campo de entrenamiento en los Emiratos Árabes o en Libia. Entonces nos íbamos al monte en el País Vasco francés, cuatro capulladas y luego a poner nervioso al franquismo. Eso era todo.

—¿Por qué se hizo comunista?

—Porque consideré que el papel histórico de ETA ya se había cumplido. Aunque sigo pensando que el partido comunista nunca entendió correctamente la cuestión nacional vasca, y así nos va por allá. También creía que incorporaciones como la mía podrían ayudar a vasquizar al PC en Euskadi. Hoy no sé qué decirle. Estas paredes se me caen encima. Comprendo que hago un trabajo útil. Pero estas paredes se me caen encima.

—Usted fue detenido por la policía como etarra.

—Sí.

—Torturado, supongo.

—Bien supuesto.

—Pero no tuvo una condena demasiado alta.

—Cayeron los del proceso de Burgos y se cebaron con ellos. Tampoco me habían encontrado un gran paquete.

—La policía no ha vuelto a molestarle.

—Escaramuzas.

—Tengo entendido que ha pedido usted una excedencia como profesional del partido.

—¿Se ha enterado por la televisión? No sabía que fuera tan popular.

—¿Por qué?

—No estoy a la altura de las circunstancias. Un dirigente del partido sigue sin tener vida privada. Antes era por la clandestinidad. Ahora por la escasez de cuadros y la necesidad de actuar en todos los frentes democráticos. La familia presiona. Tengo casi cuarenta años y apenas he vivido. Me gustaría dar la vuelta al mundo, por ejemplo, o hacer lo que me diera la gana los fines de semana. Pasearme por La Concha. Ver cómo juegan los chavales sobre la arena. Ver crecer a mis hijos. Oír de qué hablan. Tengo una carrera, no soy sólo un activista, estoy cansado. No soy un revolucionario, soy simplemente un antifascista. Ése es un descubrimiento que muchos hemos hecho después de morir Franco y no nos lo hemos clarificado suficientemente a nosotros mismos. Mal asunto cuando militar se convierte en una rutina. Yo estoy seco. Sin ganas. Sin imaginación. ¡Quiero irme a casa! En cuanto nos saquemos de encima el cadáver de Garrido me voy a casa.

Boca apretada, ojos negros brillantes, obstinación musculada en un cuerpo pequeño, palabras escupidas por la pasión: Han matado a mi padre, es que para mí Fernando era como un padre, más que mi padre, igual que Santos, desde la primera leche que mamé les venero. Esparza Julve, mayorista de frutos tropicales, lichis, kiwis, mangos, papaya, frutos de la pasión, pina tropical.

—¿A cuánto los gallegos?

—Cien pesetas más baratos.

—¿De qué gallegos habla?

—Hay kiwis neozelandeses y kiwis gallegos, cultivados en invernaderos. Compárelos. Los de Oceanía son más bonitos. Los gallegos más toscos, aunque saben muy bien, un poco más ácidos quizá, ¡oye tú! ¡Trátame las cajas como si fueran tu madre! ¡Mejor que a tu madre! Nos ha fastiado, luego llega la mercancía como llega. Hubo una época en que convivíamos todo el día. Cuando mi padre murió en la cárcel yo me fui a Francia y viví en casa de Santos. Bueno, Santos iba y venía, porque pocos saben que estuvo más tiempo en el interior que en el exterior, jugándose siempre. Santos, ahí donde le ve, tan amable, tan educado, tan diplomático, los tiene así. Aún recurro a él cuando tengo algún problema, sea del tipo que sea. Parece que sólo entiende de política, pero es un cerebro, un cerebro para todo. Y Fernando, por Fernando yo hubiera hecho cualquier cosa, vamos, lo que me hubiera pedido. Cuando decidí dejar el partido como profesional, ¿usted cree que me censuraron?, no señor, me dieron ánimos, porque sabían que yo a gusto cumplía y a disgusto pues también aún que a regañadientes. No era lo mío aquella vida. Mil horas de reunión a la semana. Siempre he sido un hombre inquieto y he necesitado desarrollar mis iniciativas. Ahora estoy en el Central como representante de los pequeños empresarios, y tan pequeños, pero también sirvo al partido. Esparza, un avalito para esto. Esparza, cincuenta mil pesetas para aquello. Y Esparza tracatrá, porque al partido se le sirve de muy diferentes maneras. Hay quien le dedica toda su vida. Hay quien pone toda su inteligencia. Hay quien pone buena voluntad o dinero. Eso es lo majo de un partido abierto y moderno, un partido de nuevo tipo, como decía Fernando. A mí me iba más el partido de células, ¿eh? A qué negarlo. Me parecía, no sé, más comunista, pero también en esto o te renuevas o te la pegas, porque lo que a mí me jode de los conservadores es que a veces se presentan los tíos como los más cojonudos progresistas del mundo y si miras bien mirado lo que proponen resulta que es del año de María Castaña. Que si leninistas y no leninistas. Vamos a ver. ¿Qué habría hecho Lenin en España en 1975? ¿Tirarse contra las bayonetas? Pues no, porque no era ningún tonto y tonterías sólo las hacen los tontos. A mí nunca me han ido las teorías.

Mi padre había sido minero y para labrador iba yo hasta que me hice profesional del partido y luego empecé negocietes, sencillos, como éste. Pero aunque no sea un teórico, sé escuchar y he tenido la suerte de escuchar a gente que sabía lo que interesa a la clase obrera. Porque un buen comunista no es sólo aquel que se parte el pecho contra la burguesía y se llena la boca de palabras como dictadura del proletariado, sino aquel que tiene visión de conjunto de lo que pasa y de lo que debería pasar en beneficio de la clase obrera. ¿Quiere probar un fruto de la pasión?

Obsceno cojón de viejo lleno de pulpa escasa y ácida.

—Hay que acostumbrarse al sabor. En algunos restaurantes hacen helados, hasta helados. Ya no saben qué comer. Si un campesino inventa un melón con sabor a bonito en escabeche se forra.

—Usted tenía mucha familiaridad con Garrido, ¿en ningún momento le dijo algo que pudiera ser un aviso sobre lo que ha ocurrido?

—Garrido era un hombre muy templado, no se acojonaba por cualquier cosa. Precisamente le vi un momento antes de entrar en la sala el día de su muerte. Un grupo de camaradas manchegos le esperaban para hacerle un homenaje y él me vio entre ellos y me puso un brazo por los hombros. ¿Qué tal, Julvito? No sé por qué, pero siempre me han llamado Julvito. Empezó Santos y los viejos me llaman Julvito. Cuando yo era un muchacho había pasado temporadas de vacaciones en Crimea o en Rumania con los hijos de Santos y de Garrido. Tantos recuerdos. Tantas esperanzas.

—¿Estaba tranquilo Garrido el día del crimen?

—Como yo o como usted ahora. Yo iba junto a él aquel día en que salió de las Cortes y un grupo de mujeres de Fuerza Nueva empezaron a llamarle asesino y a decirle vete a Moscú. Garrido se fue hacia ellas y les dijo: Prefiero ser un presidiario en España que un hombre libre en Moscú y las tías se quedaron con la boca así, les cabía la Biblia en verso en aquella boca, así. Templado. Templado. El día del crimen cambiamos unas cuantas palabras. Le pregunté por la cuestión sindical, estos socialistas son del morro torcido; normal, me contestó, hacen su política, como nosotros, pero al final del camino nos encontraremos. El día del Juicio Final, le dije yo porque con él hablo con mucha confianza y soy muy guasón. No tan tarde, Julvito, no tan tarde. Es que a veces cuesta tener paciencia, porque los compañeros socialistas, son la hostia, aquí entre nosotros. Ya lo dijo no sé quién: Nosotros hemos salido de las cárceles y hay quien ha salido de debajo de las piedras. Muy bueno. Muy bueno también aquello de: PSOE, cien años de Historia... y cuarenta de vacaciones. No hay que ser sectario, pero a veces lo ponen muy difícil. No se fian de nosotros, o, mejor dicho, les interesa hacer ver que no se fian de nosotros para así descalificarnos ante la burguesía. Claro que en el pasado les hemos hecho alguna cabronada, pero ellos también y bien estuvimos codo con codo durante la guerra. Yo, en el fondo, sigo en esto para ser fiel a mí mismo, pero ya me tocaría descansar, porque me he batido el cobre años y años y yo, de hecho, quería dejarlo, pero Santos me convenció, unos años más, Julvito, para dar ejemplo, para que los más jóvenes convivan con vosotros y sepan en qué consiste el patrimonio moral de los comunistas y por eso sigo en el Comité Central, pero ya no es cosa para mí, yo seguiría trabajando, en la base, ayudando en lo que sea, pero el Comité Central es para otra gente con toda la historia por delante y no por detrás, como yo. Ya lo envié todo a rodar cuando tenía treinta y pico años, dos hijos y nada por delante y nada por detrás. Me fui de emigrante. De emigrante, a trabajar con estas dos manos a Alemania, pero allí otra vez el rollo, la organización del partido en

la emigración, ¿en qué quedamos? Me preguntaba Santos cada vez que venía a visitarnos, te vas de España para perdernos de vista y aquí vuelves a liarte, es que puede más que yo, lo he mamado, lo he mamado. Y ahora más que nunca, en estos momentos más que nunca, para demostrar a los asesinos que no nos destruirán, que si no pudo el franquismo tampoco podrá la mafia esa.

—¿Garrido ha sido asesinado por la mafia?

—No. Me refiero a la Trilateral. ¿Quién si no? Garrido y el eurocomunismo les eran incómodos. Esa imagen de comunismo civilizado, como hay que ser, ¿no?, pues desarmaba a muchos anticomunistas y eso les ponía enfermos a los de la Trilateral.

—La Trilateral puede matar a un hombre sin quitarle la vida. Puede montar una campaña de desprestigio aplastante.

—Han sido ellos. No le dé más vueltas. Querían romper una imagen, hacer imposible la propuesta eurocomunista. Fíjese qué desgracia y qué escándalo. ¿Cómo vamos a quedar ante la opinión del mundo entero? Y eso cuenta, porque ya lo decía Garrido, no podemos vivir aislados, hemos de tener una visión de conjunto de todo y todos los que componen nuestro partido y de qué posición ocupa nuestro partido dentro del conjunto de la sociedad española.

—Se lo sabe de memoria.

—Cuando se tiene a un Garrido vale la pena aprovecharlo. Son cuarenta años de comunismo español lo que han tratado de masacrar.

Se empeñó en que probara un kiwi gallego y un kiwi oceánico.

—¿A que se parecen? Hoy día se puede cultivar tabaco en el Polo Norte; creas unas condiciones ambientales artificiales y sale lo que quieras. Yo empecé en los negocios como socio de una sociedad que cultivaba endivias, esas ensaladas blancas, belgas. Fue un desastre entonces, pero ahora bien se han impuesto. Cada cosa tiene su época y lo que se adelanta a su época muchas veces se queda en simple ruina. Ya ve usted lo que son las cosas. La historia no tiene corazón, ni cerebro.

«La gestión democrática de los Ayuntamientos», cursillo del quince al treinta de octubre, bajo el patrocinio de la Ponencia de Cultura del Ayuntamiento de Madrid: «Política municipal y medios de comunicación», ponentes: Ana Segura y Ferrán Cartes, excursión a Chinchón, visita a los talleres del Boletín Oficial del Estado, mesa redonda sobre «Semiología urbana», doscientos diez alcaldes, concejales ponentes de cultura, rostros bicolores, desboinadas cabezas, manos de terrón, abogados en sus búcaros de palabras, ex curas concejales, ¿Escapá Azancot?, no sé si ha venido ¿el de la dulzaina? ¡Escapá Azancot! ¡Preséntese en la oficina de prensa! Caminaba de lado, sol en la cara, economía gestual de campesino, duro de oreja izquierda con inclinación compensatoria de torre de Pisa, perdone pero se me ha ido el santo al cielo tomando apuntes.

—Aquí le conocen por el de la dulzaina.

—Es que la toco.

—¿Y qué es eso?

—Es un instrumento de viento, como la chirimía pero más corto. Se toca en La Mancha desde siempre, aunque se dice que es de origen francés. Mi abuelo la tocaba y mi padre y un tío mío las hace. Estaba casi abandonado todo eso hasta la democracia. Pero como ahora todo el mundo saca señas de identidad hasta de debajo de las piedras, pues nosotros tenemos la dulzaina, ¿qué le parece?

—¿El partido apoya la reivindicación de la dulzaina?

—Pues no ha dicho que no. Y cada vez que los de la dirección pasan por mi pueblo un concierto de una hora no hay quien se lo quite.

—¿Se lleva usted la dulzaina a las reuniones del Comité Central?

—Escapa. ¿Los que hablan hoy también son de tu partido?

—Iban a ser del tuyo, que no tenéis quién sepa nada de nada. Ése es socialista. Están moscas porque hasta ahora todos los ponentes son comunistas y se quejan porque el alcalde de Madrid es socialista. ¿Sirve lo que dicen o no sirve? Eso es lo que hay que preguntar y no ponernos a discutir si son galgos o podencos.

—Creo que le hicieron un homenaje a Garrido el día del atentado.

—Estaba preparado un concierto de dulzaina en la Casa de Campo, pero Fernando no podía venir; entonces cogimos las dulzainas y nos fuimos al Continental. Poca cosa. Una canción y se acabó porque llegaba con retraso y estaban esperándole los camaradas del Comité Central. Le impusimos la dulzaina de honor y ya está. Dijo que tenía muy mal oído y que si él la tocara aún



sonaría la dulzaina peor de lo que sonaba.

—¿Qué es la dulzaina de honor?

—Una insignia para el ojal de la solapa. Es una dulzaina chiquita. Se la hicimos roja para que no se quejara.

—¿Garrido se la puso?

—Se la puse yo y dije cuatro palabras.

—¿Han concedido muchas insignias de este tipo?

—Como ésta ninguna. En general son doradas o plateadas. Pero decidimos que para Garrido fuera roja, ¿no?

—¿Usted encargó una insignia especial para Garrido?

—No. Yo no. De hecho no se nos había ocurrido a nosotros la idea. Pero un día vino un camarada del Comité Central a explicar lo que se había hablado en la reunión. Aunque yo también soy del Central, pues prefiero que sea otro camarada quien venga al local del pueblo a explicar cómo ha ido. Vino un camarada y como siempre la cosa se fue hacia lo de la dulzaina. Tendría que oír esto Garrido. Pues por nosotros no queda. Y sería bonito que le hicierais socio de honor de esto para que la gente vea que el partido estimula la cultura popular. Pues socio de honor. Y le ponéis la dulzaina de honor. Ya está hecho. Y así nos fuimos calentando y el camarada se fue a Madrid con un modelo de insignia para encargar la especial para Garrido.

Carvalho tenía el estómago lleno de un vacío helado. Estaba ante la puerta del misterio y trataba de complicar las intenciones del alcalde campesino, como si no creyera lo simple que era la verdad, lo fácil que era llegar a ella. Y cuando hizo la pregunta que culminaba horas y horas de vuelos de moscardón o de libélula, de ave de rapiña o de ave de corral, le pareció extraña su propia voz.

—¿Quién fue el camarada que lanzó la idea y quedó encargado de gestionar la insignia especial?

—Esparza.

—¿Esparza Julve?

—Sí. Julvito. La cosa fue por los pelos porque no estuvo la insignia hasta el momento mismo en que se la pusimos en el hall del Continental. Se me había olvidado este detalle por culpa del lío que se armó después. Cada vez que vaya a La Mancha la llevaré puesta, dijo Garrido. Eso no tiene mérito, le dijo alguien, la dulzaina hay que llevarla en la capital. Y ahí quedó todo. Él siguió caminando hacia el salón de la reunión, mis paisanos se quedaron comentando la jugada y Esparza y yo fuimos tras los pasos de Garrido para no retrasar la reunión. Quién iba a decir que Garrido moriría con la dulzaina puesta. Escribiré un artículo para *Mundo Obrero*. Los paisanos no se lo van a creer.

—En el inventario de objetos encontrados en el cuerpo de Garrido no figura la insignia.

—Es una cosa tan pequeña. Debe haber pasado desapercibida.

—Está inventariado hasta el poso de hebras de tabaco rubio que había en los fondos de los bolsillos de la chaqueta.

—Pues no lo entiendo. Igual se le cayó cuando movimos el cuerpo. Hubo unos minutos de confusión hasta que los dos médicos miembros del Central dijeron que no se podía hacer nada.

¿Qué pinta la dulzaina en todo esto?

—Hay que tener en cuenta todos los detalles.

—Es que va a empezar la charla y no quiero perdérmela. El cursillo cuesta un ojo de la cara y yo no he nacido alcalde, ¿comprende? Lo que uno no sabe tiene que aprenderlo.

Carvalho dejó a su espalda el ronroneo de los cursillistas y quedó en una encrucijada de caminos que sólo él veía: ¿Fonseca? ¿Santos Pacheco? ¿Volver a por Esparza? ¿Juguetear con los matones que deberían estar esperándole a las puertas del Ayuntamiento?

—A la Puerta del Sol.

—Si está a dos pasos.

—Es que me he levantado cansado.

—Pues el gusto le va a costar doscientas calas.

—Hay gustos más caros.

—Y luego dirán que hay crisis.

—Me deja en la puerta misma de la Dirección General de Seguridad.

—Marchando una de Misión Imposible.

El taxista no le quitó ojo mediante el espejo retrovisor. Saludó con gravedad al ver que la propina se acercaba a las treinta pesetas. Carvalho saltó del taxi y trazó la distancia más corta entre la acera y el policía armado que montaba guardia.

—El señor Pérez Hinestrilla de la Montesa.

—Querrá decir Pérez-Montesa de la Hinestrilla.

—Uno que lleva chaleco.

—Son ganas de señalar.

## 43

¿Pato o pavo? Habría que decidirlo examinando más detenidamente si la definitiva calificación dependió del largo cuello trabajado por una aparatosa nuez de Adán o de la cabeza pequeña, con mucho morro y poca barbilla, culminada por un pelo cortado bajo la influencia de dos culturas opuestas por el vértice: el cepillo prusiano y el talado capilar *punk*. Pérez-Montesa de la Hinestrilla trató de pactar.

—Usted comprenderá que yo no puedo revelarle informaciones secretas sin saber el objetivo, sin saber la finalidad. Me pide los informes confidencialísimos que tenemos de los miembros del Comité Central del PCE. Muy bien. Yo se los doy y es una prueba de confianza, pero usted ha de darme otra prueba a cambio que me justifique ante mis superiores.

—¿Quiere que le diga el principal sospechoso?

—Sería justo.

—¿Me garantiza que no morirá un cuarto de hora después de yo haber dado su nombre?

—¿Qué insinúa?

—¿Tan difícil es entenderlo?

—Está usted hablando con un funcionario público, con un servidor de un gobierno democrático y con un demócrata de años. Yo fui accionista de Cuadernos para el Diálogo.

—Usted parece un buen chico, ¿pero está en condiciones de garantizarme lo que le pido? ¿Quiere asumir la responsabilidad de lanzar el nombre de un hombre para que me lo agujereen como si fuera un colador?

O era cólera o era forcejeo consigo mismo. Suspiró y se dio un golpe de castigo contra el respaldo de la alta silla de madera repujada.

—¿Por qué me pone en este brete?

Era cierto. Por qué le ponía ante un dilema moral que podía costarle una carrera, una brillante carrera, quién sabe, director general pronto, delegado del gobierno en algún ente autonómico, ministro a los cuarenta o cuarenta y cinco años y porque tenía facciones de príncipe débil aquel detective cínico utilizaba un chantaje moral que no hubiera utilizado con otro, ¿por qué conmigo?

—Usted ha sido miembro del Partido Comunista.

—Fue una chiquillada. Apenas unos meses. Ni sabía que aquello era el Partido Comunista. Yo creí que era un intento de volver a montar la FUE. ¿Qué universitario de mi edad no ha tenido ideas marxistas en algún momento de su vida? Y para todos o casi todos nos sirvió de vacuna. Pero no le debo nada al partido.

—Este asunto ya no es cuestión de partidos o de intermediarios más o menos poderosos. Hay gánsters por medio, auténticos profesionales del crimen político que quieren acabar el trabajo.

—¿A mí qué me importa? Al fin y al cabo es un asesino, estamos barajando la vida de un asesino.

Carvalho se encogió de hombros, pareció entregarse con gusto a la blandura del sillón Oxford y entornó los párpados como si quisiera imaginar o dormir. El del chaleco hablaba en voz alta, consigo mismo, con Carvalho, con el pasado, con el futuro, con la Humanidad.

—Usted será el primero en contárselo al partido.

—Le doy mi palabra que el partido no sabrá el papel que ha jugado usted en todo esto.

—No he jugado ningún papel ni pienso jugarlo. He de consultar a mis superiores o en cualquier caso con el comisario Fonseca.

Carvalho sonrió con toda la tristeza que pudo acumular en el rostro.

—Al menos he de decírselo al ministro.

Carvalho cabeceó como si medio quilo de tristeza se hubiera sumado a la que le convertía en un hombre vencido por la incomprensión y la insolidaridad.

—Al jefe de gobierno. ¿Tampoco confía en el jefe de gobierno?

—¿Usted cree que el jefe de gobierno va a mantener el secreto de un pacto entre él, usted y yo?

—Déjeme algún camino de salida. No puedo asumir toda la responsabilidad.

—Quiero que el jefe de gobierno se comprometa a que todo quede entre nosotros tres.

—Es una locura, pero lo intentaré.

Se sacó una agenda del bolsillo. Marcó tres números de un teléfono de un solo radial que permanecía como entronizado a cierta distancia del teléfono letrado conectado con la centralita.

—Extensión diez de...

La nuez de Adán se había vuelto loca de entusiasmo, decidida a batir el récord de subidas y bajadas por un cuello humano.

—Hola, presidente, majo. Sí, soy yo otra vez.

Cerró los ojos de deleite al comprobar el respeto con el que Carvalho valoraba tan alta franqueza.

—Mira. Hay posibilidades de acelerar el asunto y necesito tu permiso para que se vean informes confidenciales. Se exige que todo quede entre tú, yo y él. No, ése no. Tampoco. Ya sé que es difícil, pero no hay otra alternativa. Gracias por tu confianza.

Abrió un cajón y sacó una mano llena de *kleenex* que le sirvieron para secarse un sudor imaginario. Hizo una seña para que Carvalho le siguiera hasta una habitación lateral, apenas un sitio para poner los pies entre altos armarios amarrados en ocultación de todas las paredes. Sacó un llavero del bolsillo, manipuló una cerradura articulada. A la vista de Carvalho aparecieron cajones de zinc con claroscuros de óxidos y vejezes. El subdirector general escogió una caja, se la puso bajo un brazo delgado, perdido en la manga de la chaqueta, volvió a cerrar el cajón, el armario, regresó al despacho, situó la caja al borde de la mesa en dirección a Carvalho. El detective la cogió, volvió a su sofá, cruzó las piernas de manera que la caja quedara oculta para el del chaleco, sobre el improvisado facistol de las piernas cruzadas. Abrió la caja. Buscó

una ficha. «Hijo de Emerenciano y Leonor. El padre minero, militante del Partido Comunista de España desde 1932. La madre activista secundaria en la cuenca minera hasta su detención en octubre de 1934. Amnistiada por el Frente Popular en febrero de 1936. Matrimonio en el Frente del Ebro en febrero de 1938. Exilio 1939. Nace Félix Esparza Julve en Tolón, enero de 1940. Actividades del padre en la Resistencia Francesa. Madre deportada con el niño hacia el Macizo Central. Las labores domésticas en casa de un alto oficial alemán los salvan de una deportación a campo de concentración. Al acabar la guerra el padre entra en España clandestinamente con el maquis. Detenido en los alrededores de Villafranca del Bierzo en 1947. Muere de tuberculosis en el penal de El Dueso en 1951. Estudios del hijo en el colegio Marcel Cachin de París financiado por el PCF. Campamentos de verano en la URSS y Rumania. Miembro de la delegación española en el Festival de la Juventud de Moscú de 1958. Estudios de ingeniero agropecuario en la Universidad Humboldt de Alemania Oriental. Rápido ascenso en el partido. Primera misión en España, trabajo subversivo, huelgas de Asturias en 1962. Detenido con nombre supuesto en Madrid en 1965. Estancia de ocho meses en Carabanchel. Sobreseimiento. Nueva detención caída del aparato del Partido en Ciudad Real, 1965. Condena de cuatro años de cárcel a cumplir en la prisión de Cáceres. Aplicación de la Libertad Condicional en 1967. Abandona aparentemente el aparato del partido y monta una sociedad agrícola de productos selectos. Se casa en 1968 con la hija de uno de los socios. Viajes de negocios principalmente a Bélgica y Holanda. Irregularidades de conducta en 1969. Primera separación matrimonial. Quiebra fraudulenta y marcha a Alemania. Contacto en Frankfurt. Sobreseimiento, quiebra fraudulenta y regreso a España. Consultar clave “Maguncia”. Nuevo negocio de comercialización productos tropicales. Irregularidades de conducta. Separación matrimonial definitiva. Clave “Fieltro”. Nueva vinculación al partido bajo el amparo de Santos Pacheco. Clave “Doblón”. Capacitación ST 68, servicios Tornasol Salida. Paraguas.»

Es decir, se resumió Carvalho, alta capacitación, servicios especialísimos, protección sin límites. Y mientras se lo resumía a sí mismo captó una huidiza mirada de Pérez-Montesa de la Hinestrilla dirigida al techo, a Un ángulo concreto de la habitación. Carvalho escondió precipitadamente la carpeta entre las otras e intentó levantarse.

—Estése quieto. No funciona siempre. Ya sabe usted cómo van las cosas en España. A veces vigilan y a veces no.

Carvalho buscó el ojo escondido del circuito cerrado de televisión. Le pareció verlo en el ala de un angelote amurillado que sobrevolaba en dirección al cénit del *trompe l’oeil*.

—Ni yo mismo sé cuándo funciona.

—Pero sabía que a veces funciona.

—Casi nunca. Se lo prometo. Se lo juro.

Una llamada con nudillos pretexto sobre los altos portones. Luego un rápido vencimiento de las puertas y Fonseca entró con la mano ofrecida hacia Carvalho, seguido de un Sánchez Ariño cabizbajo pero sonriente, con las manos en los bolsillos.

—Me han dicho que estaba por aquí y me he dicho, voy a saludar al señor Carvalho. Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma.

Fonseca adoptó la más crítica de las sorpresas al ver la caja metálica sobre las rodillas de Carvalho. Sus cejas se alzaron para interrogar a Pérez-Montesa de la Hinestrilla. El rostro del director general se achicó más de lo normal en busca de la consistencia metafísica de la autoridad. Aquel rostro rechazaba la pregunta y la duda colgantes de las cejas de Fonseca. Carvalho les veía interpretar los papeles de capataz receloso y administrador resolutivo sin quitarle ojo a Sánchez Ariño, perplejo ante el misterio de sus propias uñas, diríase que abismado en otro mundo sugerido a partir de la superficie estriada de sus poderosas uñas. Si alguna vez apartaba los ojos de tan mágica convocatoria era para escupir indiferencia y hastío sobre los restantes actores.

—Me parece que... —dijeron los labios de Fonseca.

—Lo que a usted le parezca es cosa suya.

Le cortó el subdirector. Pero Fonseca había decidido que del rey abajo ninguno y señalaba con un dedo la caja situada sobre las rodillas de Carvalho. El subdirector se puso tacones postizos para subirse a su propia voz y emitir un rotundo:

—Basta.

Fonseca se encogió de hombros y le guiñó un ojo a Carvalho.

—Donde manda patrón no manda marinero. Por mí que saque fotocopias y las distribuya entre sus compinches.

—No creo que valga la pena. Los informes escritos nunca fueron su fuerte. Usted siempre ha preferido la comunicación oral.

—Muy agudo. Muy inteligente. Hace cinco años me habría gustado tenerle aquí. Entonces hubiera visto dónde se metía usted la agudeza y la inteligencia. Yo me sé muy bien dónde se las habría metido, una detrás de otra.

Pero sonreía, con la evidente voluntad de poner al mal tiempo buena cara.

—Si sabe algo y no lo comunica a los que somos los legítimos representantes del gobierno ya sabe lo que se juega.

—Lo mismo le he dicho yo —respaldó Pérez-Montesa de la Hinestrilla.

—Esto no es una película de espías. Hay mucho cabrón por ahí suelto y usted ya lo ha comprobado.

—Incluso por su propia seguridad —añadió el del chaleco para congraciarse con los dos.

—Por su propia seguridad, claro. Eso es lo principal.

Estaba entusiasmado Fonseca ante el nuevo argumento puesto al descubierto.

—Su seguridad es lo que prima.

—Lo que priva —corrigió el subdirector.

—Lo que priva, sí.

Carvalho se levantó, pasó ante Fonseca recibiendo una amenaza energética, como si la violencia contenida en Fonseca tratara de electrocutarle y dejó sobre la mesa del enchalecado la caja de zinc.

—Me han convencido. No quiero enterarme de nada. Ahí está la caja.

—Está de guasa. Se ha enterado de lo que ha querido y ahora se quiere quedar con nosotros.

—Señor Carvalho, quiero advertirle por última vez que contrae una grave responsabilidad ante el país, ante el gobierno y ante su propia conciencia.

El breve discurso del subdirector general había sido rotundamente cabeceado por Fonseca. Carvalho quedó muy impresionado y se encogió de hombros sin rebeldía, comprendiendo que todo cuanto le decían era por su bien, pero víctima de una lógica personal y profesional que, era cierto, podía conducirle al desastre. Tal vez el encogimiento de hombros no fue lo suficientemente elocuente, lo cierto es que Sánchez Ariño impidió su mutis poniéndole una palma de la mano en el pecho. Una palma de la mano contundente, que había salido al encuentro del pecho con fuerza.

—¿Esta puerta es suya?

Sánchez Ariño frunció una mejilla a manera de sonrisa.

—¿Estoy detenido? ¿Ha llegado el momento en el que diga: exijo hablar con mi abogado?

—Déjele salir, pero, señor Carvalho, le hablo muy seriamente; repito, ha contraído una grave responsabilidad ante el país, ante el gobierno, ante su propia conciencia.

—No lo repita. Ya ha debido quedar grabado y filmado.

Señaló Carvalho el orificio del techo. La palma de la mano de *Dillinger* se apartó de su pecho. Salió del despacho dejando a su espalda el relax de los actores detrás del telón caído. Esto no es moverse, sino ser movido. Se repetía mientras ganaba puertas, pasillos, estancias hacia la salida del edificio, y ya en la calle dudó entre borrar sus propias huellas o hacerlas ostensibles. Hablar con Santos, pero también hablar con otros, poner un adjetivo histórico al asesinato. Otro taxista desencantado de la política, del alcalde, de la ciudad, del taxi, de la vida. ¿Profesor Waksman? ¿Usted sabe quién era? ¿Un buscador de oro? ¿Qué dice? El que inventó la estreptomina, eso que vino después de la penicilina. ¿Y después qué vino? Potingues, muchos potingues, pero de verdad nada. El portero tiene hoy un continente rigurosamente identificado con el contenido. No se rasca los cojones bajo la librea y acompaña a Carvalho hasta el ascensor con la sumisión de un profesor adjunto en los años cincuenta. Llega al piso de James Wonderful, alias Jaime Siurell, deja atrás la puerta, sube unos escalones en dirección al piso de arriba, espera. El portero debe haberlos avisado por el interfono, estarán esperándolo, cuatro, cinco minutos, se pondrán nerviosos, se abrirá la puerta. Se abre la puerta, el centroeuropeo de la noche de Gladys se asoma, se asegura de que no hay nadie en el descansillo, lo comenta desde la puerta.

—No está.

—¿Has mirado bien?

Es la voz de Wonderful. Vuelve a salir el rubio indolentemente pero sin sacar la mano del bolsillo de la chaqueta. Se aventura hasta la escalera de acceso al descansillo y luego va hacia las

escaleras de subida, donde le esperan las plantas de los zapatos de Carvalho que se le vienen sobre los ojos y le pulverizan el mundo en polvo de estrellas mientras el olor a la propia sangre le carboniza la nariz. Carvalho le golpea junto a la oreja y en el cuello. Permite que se desplome lentamente, como si el cuerpo temiera el encuentro del suelo de parquet y buscara una caída blanda. Salta Carvalho sobre el caído. Con una mano se apodera del marco de la puerta abierta, con la otra sostiene una pistola que entra en el piso antes que Carvalho. Está abierta la puerta de comunicación del recibidor con el *living* y al fondo de todo ve a Wonderful de pie, expectante, parpadeando para precisar la imagen que avanza hacia él.

—Shuster, ¿qué pasa?

Ante Wonderful, como un parapeto, la silla de ruedas sobre la que el viejo deja caer las manos, víctima del desaliento que le produce comprobar la presencia de Carvalho.

—¿Qué buscas aquí? Eres idiota, completamente idiota, no has aprendido nada.

Habla con más soltura que en el anterior encuentro, hasta se diría que sus ojos han vuelto a sus órbitas, pero las lágrimas de ojos inválidos, a la intemperie, cuelgan de las pestañas melladas. Quita las manos de la silla, deja caer los brazos, Carvalho se le acerca y de pronto Wonderful se agacha, concentra toda la fuerza que le queda en los brazos que empujan la silla como un proyectil contra Carvalho. El detective ha escogido contemplar ese rostro rabioso lleno de venas, rojeces, aguas sucias, arrugas malvas y recibe el impacto de la silla en las rodillas y en el vientre. Caer de rodillas, respira hondo, deja que Wonderful recupere la agilidad necesaria para avanzar hacia un mueble bar y cuando las manos temblorosas del viejo están a punto de alcanzar el cubil del arma, la voz neutra de Carvalho le paraliza.

—Usted no tendrá nunca esa pistola. En cambio yo tengo una. Sea sensato.

—Imbécil. Eres un imbécil. ¿Qué has venido a buscar aquí?

—Me faltan algunos datos.

—¿Quién te los va a dar? ¿Yo?

Una esperanza desarrugaba el rostro del viejo. Carvalho dio media vuelta rápidamente y disparó antes de que lo hiciera el latinoamericano con el brazo en cabestrillo. Cayó el hombre sobre su brazo roto y dejó al descubierto la presencia de una sombra que buscó refugio en la escalera. Carvalho se lanzó sobre Wonderful, lo agarró por el cuello del batín y le hizo avanzar por delante. El latinoamericano con la mano del brazo sano se aguantaba la sangre que le manaba del pecho. Carvalho no tuvo que decir nada. Wonderful le abrió camino gritando:

—¡Cuidado con lo que hacéis! Voy por delante.

Dos hombres airados contemplaron cómo Wonderful y Carvalho tomaban el ascensor pegados el uno al otro. Uno de los dos era el rubio impassible. A Carvalho le pareció que sonreía.

Al pasar ante el portero, Wonderful estremó la dificultad de su andar. No fue lo suficiente como para que el servicial cancerbero no se ojiabriera hasta el desgarró ante el milagro de que el inválido anduviera. Esta sorpresa fundamental le impidió apreciar la rigidez del brazo de Carvalho sobre los hombros de Wonderful y aunque le extrañó que Carvalho, de pronto abandonara al viejo sobre la acera, dejándolo tambaleante, sin más motivo que saltar sobre más que coger un taxi, con la cantidad de taxis que hay por aquí, la extrañeza fundamental seguía obedeciendo a la erección súbita del viejo. Wonderful siguió un momento la estela del taxi de



Carvalho. Luego se dejó acompañar y preguntar.

—Hace días que puedo dar algunos pasos. A mi sobrino le hacía ilusión que le acompañara hasta la puerta. A veces cosas así estimulan más que la mejor medicina. Hacía tantos años que no le veía. Es el hijo de mi hermana pequeña, la preferida.

También Carvalho volvió la vista atrás para contemplar la despedida del anciano, su sometimiento al portero que le reconduciría a casa. Imbécil. Eres un imbécil. No has entendido nada. Y además vas disparando contra la gente, rompiéndoles brazos, cuanto más poderosos son tus enemigos más temerariamente te comportas, no llegarás a viejo ni tampoco volverás a ser joven. Era cierto. Imbécil. No has entendido nada. ¿Qué te importan a ti los adjetivos? Deja los adjetivos para los políticos. Asesino: fulano de tal y ya está. Se apoderó de una cabina interponiendo su cuerpo entre ella y una acalorada mujer que sin duda la había visto primero. Mientras localizaba a Santos escuchaba el monólogo indignado que le dedicaba la mujer asomada a los cristales como una orangutana airada.

—Usted perdone, pero era una emergencia. Buscaba un médico.

—Eso se explica y una lo atiende como una persona que es.

Pero Carvalho no atendió el ensayo de discurso moral y volvió al taxi.

—¿Adónde?

—Vaya dando una vuelta.

—¿Una vuelta? ¿Por Madrid? ¿No es usted de aquí?

—No.

—Se nota. ¡Una vuelta por Madrid en taxi! Pero le dio la vuelta, de atasco en atasco.

—Dicen que a la hora de comer se circula bien. Ya lo ve usted.

La hora de comer. Por primera vez en muchos años la cita con la comida no le decía nada.

—Déjeme en la puerta del Ritz. El taxista canturreó:

*¡Ay qué placer  
es bailar un fox-trot  
con un doncel  
que nos hable de amor!  
Aunque cien años llegase a vivir  
yo no olvidaría las tardes del Ritz.*

## 45

Julio estaba apoyado en una esquina de la fachada del hotel leyendo As.

—Suba por la acera hasta la segunda manzana. Le espera Carmela. No lleva el coche de siempre. Es un Talbot azul.

Carvalho cogió las palabras al pasar. Se volvió dos veces para comprobar si era seguido. Carmela le abrió la puerta desde dentro.

—¿El marido sano y salvo?

—Pobrecito. Me lo han dejado lisiado. Pone una carita. Los hombres no sabéis estar enfermos. Si hubierais parido alguna vez. Y lo que viene luego. Que si dolores de cabeza. Que si el estómago caído. Te veo mal. ¿Has vuelto a encontrarte con aquella gentuza?

—Con gentuza parecida.

—Santos te espera.

Detuvo el coche en Gran Vía esquina plaza de España. Le señaló la escalada anodina de la Torre de Madrid hacia un hermoso cielo de tarde vencida. Piso diecisiete.

Es un piso franco. Pregunta por Pino Betancort, el piso está a su nombre. Cruzó la plaza a la espalda de los bobalicones Quijote y Sancho. Nadie le preguntó adónde iba hasta que llegó ante una mujer morena de ojos grandes, con las faldas estampadas y largas hasta mediar altas botas negras. Santos estaba incómodo sobre el bajo sofá litera de un *living* lleno de símbolos de mujer emancipada. La mujer morena cogió un bolso, los saludó con la cabeza y se fue. Carvalho se dejó caer junto a Santos y le habló de la dulzaina, de la insignia especial, de la señal de muerte, de los kiwis gallegos y neozelandeses, de Esparza Julve, de Julvito, sí, de Julvito, de la entrevista con Pérez-Montesa de la Hinestrilla, el del chaleco, ¿el del chaleco?, el del chaleco, Fonseca. Santos se puso en pie como si levantara cuatro cuerpos como el suyo. Salió al balcón a contemplar el panorama del viejo Madrid atejado por la tarde caediza más allá de la agonía otoñal de la plaza de España, entre el decorado del palacio Real y el de la Vie Lumière de la Gran Vía. Diecisiete pisos de distancia entre la realidad y el deseo, pensó Carvalho, sin saber por qué, y sin moverse del sofá. La cabeza blanca de Santos Pacheco detellaba por el resol. Por aquella cabeza ya no pasaban las sombras animadas de las dudas, sino recuerdos, una, dos, tres, mil biografías en relación con Esparza Julve, con Julvito. Carvalho había visto en los ojos de Santos la progresiva conformación de un ruego: ése no, por favor, otro cualquiera, ése no. Volvía Santos de la terraza para decir:

—¿Por dinero? ¿Por odio?

—Eso lo sabe sólo él. Pero a partir de los datos seguramente fue por dinero. Desórdenes de conducta. Quiebra fraudulenta. ¿Usted sabía algo de eso?

—Algo.

—¿Qué desórdenes?

—Fue después de casarse y de alejarse del partido. Había vivido la dura vida de un huérfano del partido, de un combatiente comunista y de pronto era un hombre libre con dinero en el bolsillo. Nadie podía ayudarlo. Yo tuve noticias de lo que le pasaba, pero no podía ayudarlo económicamente. Nunca pensé que fuera algo tan dramático, que le llevara adonde le ha llevado.

—Todo encaja. La época. El viaje a Alemania. Seguramente comprobaríamos que no trabajó en ninguna fábrica, que recibió un entrenamiento especial.

—Tanta doblez. No me lo explico.

—Se puede odiar lo que se ama y sobre todo si ha condicionado una vida llena de excepciones.

—Eso debió ser. Todos le rodeamos del culto a su padre. Todos queríamos que se pareciera a nosotros. Siempre queremos que los nuevos cuadros se parezcan a nosotros. Que hablen como nosotros. Que piensen como nosotros. ¿Le importaría marcharse?

Volvió a salir a la terraza. El sol se había movido lo suficiente como para que la cabeza ya no brillara, pálida, opaca, abandonada entre los hombros, vencida hacia el vacío.

—Mi trabajo ha terminado —dijo Carvalho sin atreverse a entrar.

—Por favor. Déjeme unas horas. Le localizaré antes de la noche. Mañana cumpliremos con usted y podrá marcharse.

Las palabras salían de aquella cabeza inmóvil, era indudable.

—No me consta que los de la Dirección General de Seguridad no se hayan enterado.

—Hasta mañana.

## 46

Iba a decirle: «Carmela, estoy en apuros, ¿sabes tú dónde puedo tomarme unos buenos callos a estas horas?», cuando se dio cuenta de que la paralizada mirada de Carmela se debía a que no estaban solos en el coche y sobre el asiento trasero emergía el hombre al que había afrentado en el VIP como marica pegajoso. Cacheó a Carvalho con una mano sabia mientras la otra permanecía oculta.

—Quieto y tú ya sabes lo que has de hacer.

Carmela lo sabía. Buscó una salida a Princesa por detrás del edificio España y bajó hacia Puerta de Hierro. Salieron a la carretera de La Coruña.

—Madrid es un pañuelo. Nos hemos vuelto a encontrar muy cerca del VIP y ahora me llevan a escenarios repetidos.

—Nos llevan —apuntó Carmela.

El hombre no contestó. Se había respaldado manteniendo una distancia equidistante entre Carmela y Carvalho.

—Cuando veas anunciar El Mesón del Cojo reduces velocidad. No he comido nada. Estoy en ayunas.

—¿En ayunas tú? Vas a morirte. Pero no creo que este señor te deje tomar un bocadillo.

—¿Adónde vamos? ¿Hay cena preparada?

El otro cerró los ojos y arrugó la nariz. Le aburrían.

—Voy a llevarme un mal recuerdo de Madrid. He dormido poco. Casi nada. Es una ciudad donde no existen las puertas ni la intimidad. Te llevan por donde quieren. No he podido ir a los restaurantes de moda.

—Yo he hecho lo que he podido. Eleva una queja por escrito.

Carmela tenía voz de estudiante a punto de pasar un examen.

—El Mesón del Cojo —dijo el otro.

Carmela redujo velocidad.

—La próxima a la derecha.

Se metieron en una carretera bordeada de rejas y setos.

—A la izquierda. —Luego.

—Derecha. Poco a poco.

El hombre se inclinaba hacia ellos con una pistola empuñada y dirigida hacia la cabeza de Carmela.

—¡Joder! ¡No me asustes! —gritó Carmela, histérica.

—Tranquila, Carmela. Esto acabará bien —comentó Carvalho.

—Para delante de la cancela verde.

Cancela verde. Qué riqueza de vocabulario, pensó Carvalho. Se detuvo el coche. El hombre se inclinó para sacar la llave de contacto y metérsela en el bolsillo. Empujó suavemente a Carmela para que saliera del coche, salió él y desde la acera con un gesto conminó a Carvalho a salir. Carmela, Carvalho y el hombre atravesaron un jardín entre acacias y llegaron ante una puerta de rejería andaluza tras la que aparecía el resplandor de la iluminación interior.

Se abrió la puerta. Un hombre calvo, pequeño, delgado, frotándose las manos como si tuviera frío. O tal vez el frío existía entre las paredes agrietadas, salpicadas de marcas de humedad y erosiones abstractas. Ni un mueble. Tal vez por eso le pareció comfortable el volumen del hombre gordo, un volumen sonriente que salió a su encuentro en compañía del visitante nocturno del piso de Carmela.

—¡Qué caro de ver! Tranquilos. Los dos. Tranquilos. Son mis huéspedes. Mi sobrina y mi sobrino. Lamento lo mal decorada que está esta casa. Es fría. Inhóspita. Cuanto antes acabemos, mejor. No hay ni donde sentarse.

—Necesito sentarme.

—Eso me parece, señor Carvalho. No tiene usted buen aspecto. Es demasiado bravo. Parece de otra época. Me parece que usted ha aprendido el oficio en las novelas de Klotz. Raner se mueve mucho, es violento, agresivo. Eso ya no se lleva. Fíjese en los personajes de Le Carré. Ese es el modelo. Oficina, mucha oficina. Archivo, mucho archivo. Computadoras. Todo se deshumaniza. Smiley utiliza la cabeza, no los puños. Perdona que siempre le hable de Smiley pero es que el personaje me fascina.

—Estoy en ayunas.

—Ni un mendrugo en toda la casa. Con más motivo. Cuanto antes acabemos mejor. Me parece que usted ha llegado al cabo de la calle. Nos interesa saber quién ha sido el elegido.

—Eso ya lo saben.

—No me consta.

—¿Puedo apoyarme en la pared?

—No.

Era un no que le condenaba a seguir allí de pie, como Carmela, como los demás que habían establecido un círculo alrededor de los dos rostros pálidos. Carvalho echó la cabeza hacia atrás para liberar la espalda de una dolorosa tensión de acero. El techo estaba lleno de estucados florales rotos que iban al encuentro de una lámpara de lágrimas perdidas.

—Basta un nombre.

Basta un nombre. Un condenado a muerte. Unas horas ganadas a Santos Pacheco para preparar una estrategia envolvente. Esto era lo que menos le importaba. Al fin y al cabo ellos no eran sus clientes.

—Compréndalo. Me debo a mis clientes. Para usted también existe el secreto profesional.

—El nombre.

Carvalho dijo que no con la cabeza. El gordo apenas movió un brazo. El hombre calvo, bajito,

delgado, friolero, se acercó a Carmela y la abofeteó en las dos mejillas hasta hacerla tambalear. El gordo y Carvalho se miraron. Los ojos del sicario eran de hierro.

—El nombre.

Carvalho miró a Carmela. La muchacha se había cubierto la cara con las manos; ni lloraba ni se quejaba.

—He de consultar con mi socia. Está llevando la peor parte.

—¡No les digas nada a estos hijos de puta! —gritó Carmela con una voz postiza de barítono ronco.

El hombre calvo intentó repetir la operación y ante la muralla opuesta por las manos de Carmela le clavó un puñetazo en el estómago que la dejó sentada con las piernas abiertas y el estupor en los ojos.

—Ya lo ve. El nombre.

No, dijo la cabeza de Carvalho. El verdugo se inclinó hacia Carmela, la agarró por el pelo y la hizo poner en pie. Voló la mano libre en busca del cuerpo de la muchacha y se encontró con un cuerpo que salía a su encuentro y una patada en la espinilla. Las manos de Carmela se habían cebado en la cara del hombrecillo, las uñas rompían sus párpados y bajaban por las mejillas dejando surcos de sangre y pieles desgarradas. El hombrecillo soltó el cabello para protegerse la cara y Carmela pasó a un cuerpo a cuerpo ciego. Fueron hacia ellos los otros dos desoyendo una muda y tardía orden del gordo. Carvalho fue a por él a pesar del ojo de la pistola que había aparecido en la mano del hombre cubito. El patadón en la bragueta del gordo demostró que era sensible a determinadas agresiones de la realidad. Sobre Carvalho cayeron dos cuerpos humanos que no se ponían de acuerdo entre inmovilizarle y machacarle a puñetazos. A borbotones respiraba y a borbotones le gritaba a Carmela que se marchara.

—¡Que se va! —dijo alguien y Carvalho se encontró a merced de un solo atacante. Oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Se puso en pie e inició la carrera hacia la puerta. No sabía quién le pegaba. Quién le cogía por las piernas y le tiraba al suelo. Quién se le sentaba sobre la espalda. En el horizonte de zócalos despintados que sus ojos recorrían no aparecían las piernas de Carmela. Le pusieron en pie y le empujaron contra la pared. El gordo en un rincón con las manos en los cojones, el hombre calvo lleno de sangre propia y de la que a Carvalho le manaba de la nariz. El rubicundo acompañante nocturno del gordo, con la pistola en la mano. Faltaban Carmela y el hombre impasible.

## 47

—¡Usted no es un profesional! ¡Usted es un kamikaze!

El gordo daba paseos semicirculares en torno a Carvalho. Los otros dos tenían la artillería en las manos.

—Déjanoslo. Basta de contemplaciones.

—Un kamikaze. Odio a los kamikazes. Odio a las personas irracionales.

Volvió el hombre impasible. Cerró la puerta meticulosamente, se acercó al gordo, le dijo algo a la oreja. El gordo contestó susurrante. Los otros habían callado esperando noticias que no llegaron. El hombre impasible salió de la habitación por una puerta lateral. Carvalho se deslizó pared abajo y se sentó en el suelo. Aún le sangraba la nariz y le dolían algunos golpes de los que había recibido en la espalda. Quería dormir. Cerró los ojos y recibió un mensaje de calor desde algún punto de su cuerpo. Le dolían los ojos de tanto tenerlos abiertos. La espalda le agradecía el respaldo de la pared. Carmela no estaba. Era feliz.

—Aproveche los cinco minutos que tardará mi amigo en hacer una consulta. Está perdido. De aquí sólo saldrá con los pies por delante. ¿Es dinero lo que quiere? Ponga un precio a la información.

Carvalho comprendió de pronto que lo que diferenciaba a unos perseguidores de los otros es que unos querían saber lo que ya sabían y otros querían saber lo que no sabían. Los otros le habían marcado, apaleado, pero con una extraña seguridad en sí mismos. En cambio éstos no sabían, era evidente que no sabían ni siquiera quién podía ser el asesino.

—¿Un cigarrillo?

El gordo le ofrecía una cajetilla de Ducados especiales.

—Sólo fumo puros.

—Lo tiene mal. Los cubanos han tenido dos cosechas malísimas y los stocks de habanos parecen agotados.

—Suelo fumar canarios.

—Allá usted.

El gordo puso la espalda contra la pared y se deslizó para sentarse aplastado al lado de Carvalho. La contundencia del choque de su culo contra el suelo hizo que se le levantaran las piernas y aparecieran calcetines negros sujetos con ligeros. Hombro con hombro, el gordo le dedicó una larga meditación sobre lo que somos, de dónde venimos, adonde vamos. Lo importante es la vida. Es intransferible. Personal e intransferible. Carvalho no supo en qué momento del

discurso se quedó dormido. Era consciente de que dormía en malas condiciones, pero se aferraba al sueño como si fuera un alimento del que dependiera su vida misma. Le despertó el forcejeo de los otros dos para conseguir poner en pie al gordo. Recompuso sus pantalones y chaqueta el hombrón y fue despacito hacia el marco de la puerta donde permanecía el hombre impasible como un maniquí de escaparate anunciante de la moda de otoño. Bisbisearon. El gordo volvió al centro de la sala. Su rostro era una mueca sonriente. Fue hacia Carvalho. Le contempló desde la omnipotencia de su longitud y su latitud. Se inclinó lentamente hacia él. Le puso las manos sobre los hombros. Luego se apoderó de los brazos de Carvalho, de los codos y desde allí lo levantó para dejarle apoyado contra la pared, con el rostro amarillo por el baño de luz de la lámpara enferma. Se apartó el gordo como para contemplar su obra.

—Lástima que no nos hayamos conocido en mejores circunstancias. Es usted un hombre bravo. Me hubiera gustado que fuera mi sobrino de verdad.

Los otros cuchicheaban con el hombre impasible. Parecía como si algo estuviera a punto de acabar. Se habían guardado la tensión dentro de sí mismos, aunque las pistolas seguían en sus manos como encendidos carbones moribundos.

—Tal vez sea mi último trabajo. Ya le dije que quiero retirarme. Tengo siete quinquenios, siete.

Carvalho le vio venir. Se reconoció sin fuerzas para intentar nada, como si la huida de Carmela hubiera sido su propia liberación. El gordo le tendía una mano. Con la otra le obligó a estrechársela.

—Por lo que parece ya no necesitamos que usted diga nada. Puede marcharse.

Puede marcharse. Puedo marcharme. Del recelo a la asunción de la situación. Agita el cuerpo Carvalho para que los huesos vuelvan a su descarnado sitio, se constituyan en esqueleto de animal fugitivo.

—Tiene sueño. Se nota. Lamento no poder ofrecerle ni una cama.

Deja a su espalda la amabilidad del gordo. Camina hacia la puerta dudando entre echar a correr o avanzar hacia ella de espaldas, con la vista enfrentada a la posibilidad del disparo. ¿Por qué no corres? Y se contesta: por estética. Incluso pierde unos segundos reflexionando en la cantidad de cosas que hace por estética, por esclavitud a modelos de conducta que ya nunca podrá replantearse. Y así pensando llega a la calle, al frío de la noche, a la noche y la puerta se cierra a su espalda y la vida es un sendero bajo las acacias. En medio del sendero oye el ruido de la puerta abierta a su espalda, unos pasos, una propuesta que escucha paralizado.

—Las llaves del coche. Su compañera se ha dejado las llaves del coche.

Es el hombre impasible. Le tiende las llaves.

—¿Dónde está ella?

—Es su problema.

Y le da la espalda para volver a la casa. El coche está donde estaba. Es un objeto que le liga a Carmela, sin el cual no podrá encontrar a Carmela. Se recuesta sobre el morro y espera. Carmela aparece por una esquina, primero vacilante, pero luego corre hacia el coche y contempla a Carvalho como si fuera un resucitado. Le coge las manos. Le pone una mejilla herida sobre el pecho. Él la incita a que se meta en el coche. Se pone Carvalho al volante. La casa queda como un



peso lejano, como un peso que aminora a medida que el coche adquiere distancia.

—No te preocupes. No había otro remedio.

—No les he dicho el nombre. Me han soltado por las buenas. Al parecer o ya lo saben o no les interesaba saberlo. ¿Y tú? ¿Cómo has conseguido escapar?

—No he escapado de nadie. No me ha seguido nadie. Primero parecía que me seguía uno, pero ni siquiera ha salido del jardín. Yo corría como una loca, pero me he vuelto por si tú habías conseguido seguirme.

—Tal vez tenían miedo al escándalo. Una persecución por las calles. Imagina.

—¿A qué escándalo? Todas estas casas están deshabitadas. He tratado de entrar en alguna para telefonar y pedir ayuda al partido, a Julio, no sé. No quería alejarme mucho por si te sacaban. Por si intentabas escaparte.

—Lo entiendo tanto que no entiendo nada. Quiero dormir. Conduce tú. ¿Te ves con ánimos?

Carmela se puso al volante y no hablaron hasta llegar a Madrid.

—Al diablo el sueño. ¡No he comido nada! ¡Estoy en ayunas!

—Si te presentas en un restaurante con esos chorretes de sangre, la armas.

—Y tú tienes las mejillas rojas.

—Yo me pongo maquillaje y ya está.

—¿Vamos a cenar a El Amparo? Nueva Cocina Vasca. ¿No te dice nada el nombre?

—¿Bacalao a la vizcaína y todo eso?

—Por favor, no sigas. Si no estás deshecha te propongo ir a cenar y después bailar.

—¡Oh! ¡John! ¡Querido! ¡Ésta puede ser nuestra noche!

—De momento llévame al hotel. Me ducho. Me quito las llagas de encima y como nuevo.

—No tardes —le dijo Carmela cuando Carvalho saltó del coche.

No, tranquilizó Carvalho con la mano. Pidió la llave de perfil para no enseñar las huellas de la lucha y se precipitó hacia el ascensor.

—¡Señor Carvalho, un momento, por favor!

El conserje le tendía un sobre en el que destacaba el reclamo urgente escrito por una mano nerviosa. Andando y desandando, Carvalho rasgó el sobre:

Estimado señor Carvalho:

He repasado mentalmente cuanto hemos hablado y vivido en estos últimos días y he llegado a la conclusión de que el verdadero responsable de todo lo ocurrido he sido yo. Mi ceguera ante los hechos y ante las personas que los han protagonizado es la gran causante de la muerte de Fernando, de los graves daños que esa muerte puede causar en mi partido y en el proceso democrático español. Asumo la responsabilidad de la confianza que habíamos otorgado a X para llegar adonde ha llegado y hacer lo que ha hecho. En él creí ver encamadas las mejores virtudes de un buen revolucionario y tal vez lo único que vi fue mi propia imagen reflejada en un espejo propicio.

He pasado por momentos personales y colectivos muy dolorosos. Ninguno como éste. Me siento rodeado por el fracaso. Yo mismo soy fracaso. Siento que he recorrido un largo camino para nada y quiero personalizar para que conste que el fracaso me pertenece

exclusivamente y no afecta al partido ni a su política. Casi cincuenta años de militancia dan un mayor realce a mi angustia ante lo que tengo en estos momentos entre las manos. Tal vez uno de mis defectos, uno de nuestros defectos, sea la prepotencia, el confiar ciegamente en la lógica de los hechos y su análisis, sin distanciarnos lo suficiente, cayendo en una alienación militante que puede atrofiar el sentimiento de la realidad. Escojo palabras que no me suenen a lo que siempre me suenan mis palabras y descubro la pobreza de mi vocabulario cuando quiero salir de un lenguaje «interno», no sé si me explico y cuánto desearía en cambio explicarme. La historia nos ha impedido la normalidad y para bien y para mal siempre hemos sido excepcionales: nacimos como una alternativa al revisionismo socialdemócrata, tuvimos que apechugar inmediatamente con la lucha contra el fascismo, pasamos a ser un movimiento oculto ferozmente perseguido condicionado por la represión nacional y por la bipolarización de la política mundial, hemos salido a la legalidad proclamando la libertad como un instrumento revolucionario pero lastrados culturalmente por una historia de excepcionalidades y supervivencias. Tal vez habría que hacer una tabla rasa y dar sentido al futuro del movimiento comunista más allá de las coartadas de las promociones educadas en la resistencia y en la autorrepresión y no en asumir un proceso de construcción del socialismo en libertad, con las armas de las libertades y de la energía histórica de las masas. Los dioses han muerto pero los sacerdotes hemos quedado. Nosotros respondemos sacerdotalmente al sacerdocio agresivo de la contrarrevolución a la defensiva y tal vez no es manera de responder, tal vez la única manera de responder es perder nuestro sacerdocio, dejar en evidencia los sacerdocios ajenos. Miro a mi alrededor y me doy cuenta, con angustia, que no sólo no hemos caminado por ese camino, sino que nos hemos aplicado en reproducirnos sacerdotalmente en nuestros herederos, herederos sin coartada épica ni ética que acabarán creyendo que el socialismo es el resultado de ocho horas diarias de trabajo bien hecho aunque mal pagado y ese mal pagado es una coartada mientras no se tiene el poder, coartada que ha desaparecido entre los sacerdotes de los países socialistas donde el poder conlleva privilegios materiales. Afortunadamente el socialismo queda como proceso y como objetivo emancipatorio de los hombres y los errores de los partidos como el nuestro son errores instrumentales que no invalidan el sentido progresivo de la historia, el sentido progresivo de la emancipación humana contra todas las limitaciones. Ese sentido se salva en cada militante anónimo capaz de comprender el sentido colectivo de la lucha y de la larga marcha y sacrificar parte de su libertad individual luchando por la libertad colectiva y si es preciso sacrificando su vida por una historia más justa. Hay que purificar el egoísmo para comprender, para ser consciente de los males derivados del egoísmo primario, bestial o del egoísmo racionalizado de la cultura y la civilización capitalistas.

Teniendo tan claro el objetivo, tan obvio el sujeto, ¿qué nos impide replantear el método y el instrumento? Una cultura, una falsa conciencia de nosotros mismos como colectivo, una falsa conciencia conservadora, conservadora metodológica e instrumentalmente. Cuanto le digo no es fruto de la depresión total que me embarga, sino de muchas reflexiones y conversaciones, a veces sostenidas con el mismo Garrido,

consciente como yo de que nos movíamos empujados por la lengua del glaciar de nuestras acumulaciones históricas, pero incapaz, tanto él como yo, de provocar el escándalo de una revolución cultural interna iniciada en la rotura de las estatuas y en la cremación de las reliquias.

Y ahora me encuentro frente a frente del cadáver de Fernando, asesinado por mi ahijado y me siento como un viejo estúpido, fracasado, vacío, al que sólo le queda dar el paso de embalsamar el cadáver y remendar el partido, para que se salven las imágenes. No quiero ser dueño de esta elección, de esta falsa elección y quisiera darle una significación ejemplar al acto de autodestruirme. Le debo esta explicación porque al fin y al cabo a usted recurrimos para que nos diera la absolución y yo asumo que esa absolución es imposible. Incluso en la instrumentalización que la contrarrevolución ha hecho y hará de todo lo ocurrido se beneficia de nuestra propia dramaturgia y espero que mi mutis, al menos, provoque un respetuoso silencio.

Salud.

JOSÉ SANTOS PACHECO  
Madrid, 12 de octubre de 1980.

## 48

Carvalho se metió la carta en el bolsillo. De pronto se sorprendió caminando hacia el ascensor, luego hacia la puerta de la calle, nuevamente hacia el ascensor. Volvió a leer un fragmento de la carta elegido al albur: «Hay que purificar el egoísmo para comprender, para ser consciente de los males derivados del egoísmo primario, bestial o del egoísmo racionalizado de la cultura y de la civilización capitalistas.» Excelente frase, pero difícil de pronunciar para un moribundo por muchos pulmones que tenga, se planteó Carvalho en lucha contra una incredulidad a la defensiva. Se vio a sí mismo en la acera y a Carmela dentro del coche, en la esquina, haciéndole gestos, expresando su sorpresa ante su indecisión. Caminó automáticamente hacia el coche. ¿Quién soy yo para impedirle el papel de chivo expiatorio?

—¿Dónde vive Santos?

—Su familia vive en Legazpi. Pero él conserva un piso personal.

—¿Dónde?

—Es un secreto. Lo sabe muy poca gente.

—Tú lo sabes.

—Sí.

—Vamos allí.

—No. Me han de autorizar.

Carvalho dio la vuelta al coche y se sentó junto a Carmela. Le tendió la carta y le señaló dos o tres fragmentos. Carmela arrancó. Empezó a sollozar al llegar al tercer semáforo.

## 49

—Estar está.

La portera no había abandonado el original aire de sospecha con el que había acogido a la extraña, acelerada pareja que le preguntó si el señor Santos estaba en su piso. La mujer asintió y les dejó subir sólo cuando Carmela le enseñó el carnet del partido.

—Hay tanto facha por ahí suelto.

Carvalho y Carmela casi quemaron la resistencia del timbre y nadie les contestó. De nuevo estaban ante la portera recalcitrante, recelosa ante aquella incongruencia.

—Estar está.

—Pues si está y no nos contesta es que algo ha pasado. ¿Tiene usted una llave?

Estudió la mujer los rostros de Carmela y Carvalho. Parecía convencida ante el de Carmela, pero no ante el de Carvalho.

—¿Usted también es del partido?

—Este señor es muy importante y ha venido de fuera para ver a Santos.

Enarcó las cejas, suspiró rendida, se metió en la portería y volvió con un puñado de llaves en las manos. Mientras subían los escalones entablados, la mujer buscaba la llave del apartamento de Santos y comentaba como para sí:

—Treinta años que le conozco, ya son años y nunca ha pasado una cosa así. Ventura, porque yo sigo llamándole Ventura, tiene siempre el mismo carácter, llueva o haga sol. Ya es difícil una cosa así, sobre todo en un hombre, porque donde hay un hombre hay un lunático y no exagero.

La portera tomó posesión del rellano, valoró todos los ingredientes de la puerta y pulsó el timbre con la limpieza, seguridad y familiaridad de una experta que además era de la tribu. Contemplaba a Carvalho y Carmela como diciéndoles: A mí sí que me contesta. Y a ella tampoco le contestó. Se enfrentó a la puerta enervada por una súbita sospecha, rasgó el agujero de la cerradura con la intromisión certera de la llave y ante los tres expedicionarios apareció un recibidor sin nada que les recibiera y un pasillo más oscurecido que iluminado por una desnuda bombilla encendida.

—Señor Ventura, ¿está usted ahí? (Es que durante veinticinco años para mí se llamó Ventura y Ventura sigue siendo.) Señor Ventura, ¿está usted ahí?

Allí estaba. Semidormido en un sillón de mimbre, sobre un fondo de estanterías de pino sin barnizar llenas de libros.

—Se ha dormido.

Carvalho empujó a la portera para llegar cuanto antes a Santos, le tomó el pulso, le abrió un párpado.

—Café. Todo el que puedas hacer. O mejor dicho, el café hágalo usted. Tú llama a un médico del partido si puede venir inmediatamente, si no, llama a una ambulancia.

La portera repitió los gestos de Carvalho. Tomó el pulso. Levantó un párpado. Miraba al hombre y a la mujer con la boca abierta.

—¿Una embolia?

—Café. Usted haga café o se muere.

—¡Jesús!

Tomó posición de corredor negro norteamericano *recordman* de cien metros libres y salió enseñando las suelas de goma de sus zapatillas afelpadas. Carvalho echó hacia atrás la cabeza de Santos, le abrió la boca, metió dos dedos hasta el galillo y se produjo una reacción nerviosa en el durmiente, como si tosiera desde el estómago.

Insistió Carvalho con la mano llena de saliva y una primera arcada se materializó en una baba espesa y blanca que se desparramó por la barbilla blanquinegra, mal afeitada, de Santos. Venció el cuerpo hacia adelante. Las arcadas se sucedían, como si un émbolo interno fuera acercando a los labios el mal oscuro del sueño de la muerte.

—Café.

Estaba demasiado caliente. Carvalho lo rebajó con agua, desgajó la contraportada de cartón de un libro sobre el teatro de Maiakovski y construyó un embudo que introdujo en la boca jadeante de Santos.

—Aguante el embudo.

La portera aguantó el embudo con una mano, con la otra acarició los cabellos blancos del durmiente. Carvalho dejó caer un chorro de café sobre el embudo y la cabeza de Santos empezó a decir no, como si rechazara el brebaje, pero Carvalho insistía y Santos se volcó hacia adelante escupiendo café y una leche blanca que salía entre asfixias, como los estampidos de una cañería obstruida.

—Pobrecito. Parece un suplicio chino.

La portera acusaba a Carvalho de crueldad porque el detective volvía a meter el embudo en la boca de un Santos convulso, sollozante, balbuciente, babeante y de nuevo el vómito se convirtió en un incontrolado intento de rotura del propio cuerpo. Más tarde, los ojos cansados de Carvalho velaron el fondo donde un joven médico atendía a Santos y acogían con fastidio los intentos de Carmela de racionalizar la situación. Avisar al partido. ¿Para qué? Avisar a su familia. ¿Para qué?

—¿Cómo para qué, para qué...?

—Este hombre ha intentado suicidarse sin pedirle permiso al partido ni a su familia. No lo conviertas en un tema del orden del día del próximo Comité Central o en un reproche de presunta viuda. Además se enterarían todos los periódicos.

El argumento de los periódicos fue convincente. Carmela asintió y volvió junto al médico.

—Yo no asumo la responsabilidad si no le llevamos a un hospital. Reacciona bien pero puede haber complicaciones.

—No podemos asumir el escándalo político.

Oponía Carmela mientras Carvalho miraba a Santos. Qué te importa a ti ahora un escándalo político. Sería injusto que te sacaran en las páginas de la Historia en calzoncillos. Preferible que te saquen con tu traje de presidiario, con tus disfraces de conspirador, con tu armadura de mármol. Los ojos de Santos eran dos rasguños lagrimeantes. Su cuerpo yacía sobre una cama de metal llena de desconchados, una silla al lado de la cabecera, libros por el suelo sobre papeles de periódico, una ventana a un patio interior. Lo más parecido a una celda. Lo demás era un pasillo hacia el norte de una cocina mellada en sus azulejos blancos, fogones de hierro de las llamadas «cocinas económicas», carbón de piedra, carboneras blancas con las pantorrillas tiznadas pesando el carbón por arrobos. Y hacia el sur un cuarto de baño limpio entregado a la conspiración del óxido, óxido en el espejo, en los goznes de la tapa de la taza, en la ducha, en el calentador eléctrico de capacidad mínima. Un comedor sala con una mesa de pino en el centro, tres, cuatro sillas de pino y enea, estanterías, libros, Lenin, Lukács, Stalin, *Storia del Partito Comunista Italiano* de Paolo Spriano, *Escritos políticos* de Togliatti, *El comunismo* de Bujarin, *Scritti politici* de Rosa Luxemburg, *Stalin* de Isaac Deutscher, *Anti-Dühring*, *La formación histórica de la clase obrera* de Thompson, *Carlos Marx* de Mehring, *Historia del pensamiento socialista* de Colé, *Manual de Economía* de la Academia de Ciencias de la URSS, *La alternativa comunista* de Berlinguer, *El derecho a la pereza* de Lafargue, *Teoría de los cuatro movimientos* de Fourier, *Rebeldes primitivos* de Hobsbawm, *El marxismo* de Lichstein, cuatro o cinco Lefebvres, tres o cuatro Garaudys, *La confesión* de London, obras escogidas de Mao, *Memoires d'un révolutionnaire* de Serge, *Carta a los comunistas españoles* de Arrabal, *Autobiografía de Federico Sánchez* de Semprún, *Obras completas* de Maiakovski, *Así se templó el acero* de Ostrovski, *Saggi sul materialismo storico* de Labriola, *Para conocer a Lenin* de Fernández Buey, *Historia del movimiento obrero europeo* de Abendroth, *Humanismo marxista* de Fromm y otros, *Socialismo* de Ramsey McDonald, *Obras escogidas* de Gramsci, *La revolución soviética* de Carr, *Obras completas* de Balzac, *Crítica del gusto* de Galvano della Volpe, *La Mina* de López Salinas, *Central Eléctrica* de López Pacheco, *Veinte años de poesía española* de José María Castellet, *Escritos sobre Heine* de Manuel Sacristán, *Rousseau y Marx* de Galvano della Volpe, *Estudios socialistas* de Jean Jaurès, *Socialisme et culture*, de Jean Kanappa, *La crisis del movimiento comunista* de Fernando Claudín, *Eros y civilización* de Marcuse, *Historia del PCUS*, *Trotski* de Deutscher, *Correspondencia secreta de Stalin con Churchill*, *Los procesos de Moscú* de Broué, *¿Qué es socialismo?* de Norberto Bobbio, *La alternativa* de Rudolph Bharo, Enterrad mi corazón en Wounded Knee, Enterrad mi corazón en Wounded Knee, Enterrad mi corazón en Wounded Knee...

## 50

El último de los jefes guerreros de los sioux acababa de convertirse en un indio más de las reservas, desarmado, sin caballo, sin autoridad sobre los suyos y prisionero de un ejército que jamás había logrado vencerle en el campo de batalla. Sin embargo seguía siendo un héroe para los indios más jóvenes, cuya adulación despertó pronto los celos de algunos. Caballo Loco hacía caso omiso de todo cuanto le rodeaba, él y sus hombres vivían sólo pensando en el día en que Tres Estrellas Crook cumpliera su promesa de concederles una reserva en el Powder. Hacia fines de verano, Caballo Loco oyó decir que Tres Estrellas Crook deseaba enviarle a Washington para participar en un Consejo convocado por el gran padre. El jefe indio se negó a ir, pues no veía objeto alguno en discutir nuevamente acerca de la reserva prometida. Él bien sabía cuanto ocurría a los jefes que acudían a la gran capital: volvían gordos y relucientes a causa de la buena mesa y del confort del gran padre blanco, y toda traza de bravura y temple había desaparecido de sus personas. Observaba los cambios experimentados por los mismos Nube Roja y Cola Pintada, que, conscientes de aquello, sentían animosidad hacia el jefe más joven. En agosto llegaron noticias de que los *nez percés* que vivían más allá de las Shining Mountains, se hallaban en guerra con los Chaquetas azules. En las agencias empezaron a aparecer pasquines, en los cuales se solicitaba el concurso de jóvenes guerreros para aquella campaña en calidad de exploradores. Caballo Loco advirtió a sus jóvenes guerreros que no se prestaran a aquella lucha fratricida, pero fueron numerosos los que desoyeron sus consejos, al dejarse comprar por los soldados. El 31 de agosto, fecha en que estos nuevos reclutas vistieron por primera vez los uniformes azules de la caballería de los Estados Unidos, Caballo Loco se sentía ya asqueado por el hecho, que anunció su inmediato regreso al territorio del Powder. Cuando Tres Estrellas Crook se enteró de la nueva, por medio de sus espías, ordenó que ocho compañías se desplazaran inmediatamente al campamento de Caballo Loco, situado a unas pocas millas de Fort Robinson, para hacerle prisionero. Sin embargo, el jefe indio fue advertido por unos amigos y los oglares se dispersaron en todas direcciones. Caballo Loco decidió acudir solo a la agencia de Cola Pintada, en busca de refugio junto a su viejo amigo Touc-the-Clouds. Y allí los soldados dieron con él, le hicieron prisionero y le comunicaron que sería llevado a Fort Robinson para entrevistarse con Tres Estrellas. Una vez en el fuerte le dijeron que era demasiado tarde para ver a Crook aquel día, de modo que se le puso bajo la vigilancia del capitán James Kernington y de uno de los policías de la agencia. Éste no era otro que Little Big Man, el que no hacía mucho había desafiado a los comisionados que querían expoliar a los indios de su sagrado Paha Sapa; el mismo Little Big Man



que había amenazado con dar muerte al primer jefe que hiciera la más mínima mención de vender las Black Hills; el bravo Little Big Man que había luchado al lado de Caballo Loco contra Chaqueta de Oso Miles en las laderas heladas de las Wolf Mountains. Ahora los hombres blancos habían comprado a Little Big Man y le habían convertido en policía de una de las agencias. Mientras marchaba entre ellos, dejando que el soldado jefe y Little Big Man le llevaran donde quisieran, Caballo Loco probablemente trataría de ensoñarse en un mundo distinto, para huir de la oscuridad del presente, donde las tinieblas y las sombras presagiaban sólo locura. Pasaron por delante de un soldado con la bayoneta calada, y, de pronto, se hallaron ante una puerta barrada, detrás de la cual se podía ver a unos desgraciados cargados de cadenas. Aquello era peor aún que la más cruel trampa de animales y Caballo Loco se lanzó hacia adelante, como animal que se debate en su impotencia, arrastrando tras de sí a Little Big Man. El lance duró unos pocos segundos, alguien gritó una voz de mando y el soldado de guardia, William Gentles, hundió su bayoneta en el abdomen de Caballo Loco... Aquel fresco y claro otoño vio durante todo su curso el exilio de largas formaciones de indios que, escoltados por soldados armados, avanzaban penosamente hacia las tierras reseca. Algunas bandas, poco numerosas, lograron huir durante la marcha, para emprender un camino no menos largo, pero sí más esperanzados hacia el Canadá, donde esperaban reunirse con Toro Sentado. Con ellas se fueron también el padre y la madre de Caballo Loco, llevándose el corazón y los huesos de su hijo. En un lugar conocido solamente por ellos, dieron sepultura definitiva a aquellos entrañables restos. Se encontraban entonces cerca de Chankpe Opi Wakpala, el arroyo conocido también por Wounded Knee.

—¿Qué estás leyendo?

Carvalho cerró el libro y se lo entregó a Carmela.

—Una de indios. Pues es el momento. Se ha despertado.

Santos movió la cabeza sobre la almohada en seguimiento de la aproximación de Carvalho.

—Que se vayan los demás.

Se sentó Carvalho en el borde de la cama mientras los otros cumplían la orden del viejo.

—Estoy muy cansado.

—Yo también. Me he pasado tres días huyendo. Desde que he llegado a esta ciudad, no sé lo que es dormir ni dónde está el norte o el sur. Pero para mí este asunto se ha acabado.

—Y para mí. Le doy las gracias por lo que ha hecho. No puedo decirle que me alegro.

—Dentro de unas horas empieza la reunión del Comité Central.

—Enviaré un aviso de que estoy enfermo. Han de empezar a funcionar sin mí.

—Quieren aclamarle secretario general. —No los dejaré.

—Ni quito ni pongo rey. Es cosa suya. Queda el pequeño asunto de qué hacer con el asesino.

—Ya he enviado instrucciones oportunas.

—No quiero perderme el final. Quisiera asistir a los prolegómenos de la reunión del Central.

—Hable con Mir, él le resolverá cualquier problema. Él le pagará.

Carvalho se levantó. Tendió la mano, que fue más cogida que estrechada por las dos manos blancas, súbitamente empequeñecidas, de un hombre que en pocas horas había caído en el pozo de la ancianidad.

—La carta que le he enviado.

—¿Sí?

—Destruyala.

—Ya está hecho. No guardo correspondencia y a veces ni siquiera leo las cartas que me envían.

Santos cerró los ojos sonriendo.

—Me parece que en usted sigue sin estar claro lo que es excepción y lo que es regla.

—Ya se sabe. Se abandona al marxismo y se acaba creyendo en el zodiaco y no sabiendo distinguir el bien del mal.

—El que abandona el marxismo es porque ha perdido el sentido del bien.

—*Kirie eleison.*

## 51

—Supongo que hoy vendrán todos.

La secretaria hizo un guiño escéptico. Mir hizo una valoración aproximada de las carpetas que quedaban junto al canto de la mesa mostrador, llena de carpetas frescas donde los miembros del Comité Central del Partido Comunista de España encontrarían el orden del día el esqueleto del informe político elaborado por el Comité Ejecutivo como colectivo y una propuesta de convocatoria de Congreso Extraordinario para comienzos de 1981, exactamente entre el dos y el seis de enero.

—¿El seis de enero? ¿Y los Reyes Magos?

Leveder pedía explicaciones a todos los miembros del Comité Ejecutivo que encontraba entre los grupos.

—¿Cómo vamos a normalizar nuestra relación con la sociedad si no podemos compartir con nuestros hijos la alegría de recibir los juguetes de manos de Sus Majestades los Reyes Magos?

—Anda ya.

—Pues a más de uno le va a zurrar la badana la parienta, porque ya es el colmo que hasta el día de Reyes se tenga que hacer política.

—Mi mujer me pregunta si estoy casado con ella o con el partido.

Leveder iba provocando pequeñas tempestades dialécticas.

—Mir. Tengo una idea para resolver el problema del día de Reyes.

—Para mí no es ningún problema.

—¿Y los niños? Esperan ilusionados el regalo de Reyes.

—Tengo a los hijos crecidos. Y además son republicanos desde que nacieron.

Se marchó Leveder riendo y Mir le guiñó el ojo a la secretaria.

—Este se cree que he nacido ayer.

—Siempre está de broma.

—No, si es un tío cojonudo, pero le veo venir.

De buen humor por el éxito dialéctico a costa de Leveder, Mir repartió sonrisas.

—Me he enterado que Santos está enfermo. ¿Algo serio? ¿Quién preside?

—El secretario de organización.

Contestó Mir a Sepúlveda Civit. En un corro reían estruendosamente algún comentario de Leveder.

—Mir. Acércate, se habla de ti.

—¿Qué ha dicho de mí este euroanarco?

—Propone que el día de Reyes vengan nuestros hijos a la sede del Congreso y tú les des los juguetes vestido de Rey Mago.

—Buena idea. De negro. Eso es lo que he hecho toda mi vida. De negro. Lo propondremos al final. ¿Qué hace éste aquí?

Se preguntó en voz alta al sorprender la entrada de Carvalho guiado por un miembro del servicio del orden. El detective avanzó hacia Mir, leyó en sus ojos, la molestia por su presencia.

—Santos me ha dado permiso y me ha dicho que usted resolvería mis problemas.

—Es mi oficio. ¿Qué problemas?

—Cobrar y ver qué pasa hasta que empiece la reunión.

—Cobrar. Eso allí. Salga a la derecha y pregunte por Céspedes; es el responsable de finanzas y ya está advertido. Para lo otro ya no tiene problema porque ha llegado hasta aquí.

—¿Ha llegado Esparza Julve?

Mir le estudiaba la cara.

—¿Por qué no ha de venir?

—¿Ha sido convocado normalmente?

—Como todos los demás.

Se aguantaban las miradas.

—Por si acaso voy a cobrar.

Royo, el de las finanzas, era un hombre blanco, calvo, cauteloso y aragonés. A la proverbial nobleza baturra atribuyó Carvalho el comentario inicial.

—Buenos cuartos se lleva usted.

—¿Le duele?

—¿A mí, de qué? Una vez pagados, bien pagados están. Lo que me duele es lo poco en serio que este partido se toma lo de las finanzas. Cada vez que presento un informe se me duermen o se van a mear y luego Royo es el que ha de tapar todos los huecos y a veces no tengo suficientes manos para tantos huecos. Hay quien se cree que la revolución se hace gratis. ¿Se lo barro?

Asintió Carvalho. Se metió el cheque en el bolsillo y volvió a la amplia antesala. Nada más entrar tuvo la sensación de que la escena había cambiado sustancialmente. Un silencio prácticamente total embalsamaba los corros no disueltos. Los cuerpos asumían una rigidez discutida por las cabezas que trataban de mirar hacia cualquier parte menos a una, exactamente hacia donde Esparza Julve estaba recogiendo su carpeta y dialogaba convencionalmente con la secretaria, en voces que se crecían entre el silencio instalado. Esparza Julve se metió la carpeta bajo el brazo, se acercó a un grupo de camaradas, hizo algún comentario contestado por monosílabos. Probó fortuna en otro grupo. En otro. Su paso se había vuelto cansino. Desde su posición Carvalho adivinó que Esparza trataba de acercarse a la puerta sin dar la impresión de huida. Pero allí estaba Mir, ante él, sin mirarle, ordenando: La reunión va a empezar. Esparza trató de rebasar a Mir pero no pudo. Le cogió por un brazo y le empujó sosegadamente hacia el salón. Esparza sonreía pálidamente, trataba de hacer algún comentario jocoso. Carvalho siguió a la pareja hasta que entró en la sala, se quedó en el marco de la puerta viendo las espaldas de Mir y Esparza hasta que llegaron a la primera fila de mesas. Mir abandonó a Esparza, quien buscó su

sitio habitual y lo ocupó. Como si hubiera sido una señal, los miembros del Comité Central del Partido Comunista de España en pleno se pusieron de pie, apartaron ruidosamente las sillas, formaron un círculo compacto en torno a Esparza Julve, un círculo distanciado, como creando un vacío de aire puro en torno al punto putrefacto, un círculo silencioso, ojos como clavos, duros, llorosos algunos, rojos, airados, despreciativos, Esparza Julve se levantó lentamente, recogió la carpeta, avanzó unos pasos, llegó hasta un punto del círculo y por allí se abrió, como obedeciendo a una orden secreta. Fue entonces cuando alguien gritó con la voz estrangulada: ¡Se nota, se siente, Garrido está presente! Esparza Julve pasó ante Mir sin mirarle. Carvalho desocupó la puerta para dejarle paso y el hombre pasó a su lado mirándole de reojo, con el hocico sudado y los ojos de un animal que teme morir.

—Guárdese el miedo para afuera. Aquí sólo le han ejecutado moralmente. Pero fuera, mientras viva, una pistola le estará apuntando. Es usted el cómplice más molesto del mundo.

—¿De qué me habla?

Pero no se paró. Se escapaba como si resbalase por un túnel de sudor. Se había cerrado la puerta del salón. Empezaba la reunión del Comité Central. Carvalho salió tras los pasos de Esparza Julve. Le dejó ganar terreno. Bajar escalones de marmolina con la fingida agilidad de unas piernas que le dolían como si fuesen el corazón. Carvalho se demoró para que su seguimiento no pudiera ser interpretado como una persecución. Corre, corre, conejo. Y dejó que el conejo saliera con treinta metros de distancia, abiertas automáticamente las puertas de cristal, como si contribuyeran a la escenografía del drama y en el momento en que las puertas se volvían a cerrar, una ráfaga de ametralladora las convirtieron en un cielo de telarañas sobre el que se insinuó la silueta desformada de Esparza Julve cayendo como un pellejo de vino taladrado por mil muertes. Carvalho se tiró al suelo y la recepción del hotel Continental se llenó de gritos y de voces. Carvalho se alzó y corrió hacia las puertas que mantenían una rota consistencia. La cercanía de Carvalho puso en marcha la célula fotoeléctrica, las puertas empezaron a abrirse como si nada hubiera pasado y luego se descompusieron en polvo de vidrio dejando al descubierto el guiñol sangriento sobre los escalones de salida. Carvalho pasó junto al cadáver de Esparza Julve sin mirarlo, como si fuera un traje vacío. Carmela estaba entre el público contenido por la policía. Interrogó a Carvalho con la mirada. El detective se hizo acompañar hasta el coche y se metió dentro, esperando que Carmela reaccionara y se pusiera al volante.

—¿Quién era?

—El asesino de Garrido. Le han matado.

—Ha sido desde un coche. Yo estaba telefoneando a la guardería desde la cabina de la esquina. Había un coche aparcado en doble hilera, como otros muchos, y de pronto han empezado a disparar con ametralladoras mientras despegaban. ¿Quién era?

—Esparza Julve.

—¿Estás loco? ¿Pero sabes de quién hablas?

—Ya era un cadáver cuando salió del hotel. Le habían matado de desprecio.

El puente aéreo en su estación madrileña parece siempre un ensayo general de repatriados catalanes en el contexto de una película sobre la guerra de las galaxias. Carvalho se metió su tarjeta azul en el bolsillo superior de la chaqueta y sin desearlo, trató de convencer a Carmela de que regresara a Madrid. Carmela no le decía ni que sí ni que no, pero seguía caminando a su lado, arriba y abajo de un estúpido y ancho pasillo que iba desde un almacén de horribles bocadillos de jamón a palo seco hasta nada, hasta la más absoluta de las nadas. Imposibles los deseos, también se habían acabado las palabras y tal vez por eso Carvalho propuso tomar algo, una cerveza por ejemplo, le propuso a la antialcohólica Carmela. Águila siempre fresquita con su sabor tan natural, canturreó ella.

—¡Marchando dos cañas! ¡Y una empanada de lomo!

—¿Será buena esa empanada?

—Es simbólica. Es un monumento al lomo desconocido.

Pero se la comió y al buscar mejor acomodo para sus codos pidió disculpas al vecino. Allí estaba, a un palmo de su rostro, el pájaro triste de Cerdán, sus cejas caídas, sus ojos caídos, su labio caído.

—Tantos años sin vernos y ahora día sí, día no.

—Es cierto.

—¿Has acabado tu trabajo en Madrid?

—Totalmente.

—Yo voy a Barcelona.

—Lo intuía.

—Hay mucho que hacer por allí. ¿Te sigues relacionando con viejos camaradas?

—No.

—Yo sí. Están casi todos desencantados, es el resultado de una política revisionista, reformista. Voy a tratar de hacer algo. Hay que conseguir una mínima unidad de acción y desde ella forzar a los partidos históricos a reaccionar, a tirar por la borda una dirección pequeñoburguesa.

—Te deseo un gran éxito en tu trabajo.

—Somos pocos. Calumniados. Cansados.

—Me recordáis el chiste de los gallegos. Cerdán suspiró resignado a asumir una vez más la incongruencia racionalista de Carvalho.

—¿Qué chiste?

—El de los cinco mil gallegos errantes por la Casa de Campo y gimiendo lastimeramente:  
*¡Nus hemus perdidu!*

—La situación no me hace reír. Me hace llorar.

—Es lo tuyo.

—Seguimos viviendo en tiempos en los que no podemos ser amables. ¿En qué se han quedado las sonrisas del neocapitalismo? ¿No son una burla a la clase obrera y a los pueblos oprimidos del mundo, la sonrisa del pactismo eurocomunista?

Cerdán se aplicó a masticar desganadamente un horrible bocadillo de jamón a la madrileña, pan adoquinado, jamón plastificado y aire serrano.

—¿Qué tal la salud?

—No me acompaña.

—¿A pesar de la gimnasia y del rigor dietético?

—A pesar de todo.

—¿Has probado con un régimen de bacalao al pilpil, champán frío y follar como un loco?

—Tengo un humilde sueldo de adjunto. Tú, en cambio, no haces política, ni carrera universitaria, ni nada. Pero te van bien las cosas. Parecías tímido pero eres un hombre de recursos. Por cierto...

—¿Qué?

—No. No recuerdo qué iba a decirte. Déjalo.

—Sí. Sí lo recuerdas. El otro día estuviste a punto de hacerme la pregunta después de lo del libro. Es una pregunta que se te ha quedado dentro como un quiste. ¿La hago yo por ti?

—A ver.

—¿Qué hacías aquel día en Vía Layetana, en el cubil de la policía de Barcelona? ¿Qué hacía un rojo como tú bajando tranquilamente las escaleras de una casa como aquélla?

—No exactamente así, pero mi pregunta se parecería.

—Tengo la tentación de no contestarte.

—Puedes hacerlo.

—Podríamos convenir una cita para dentro de otros veinticinco años. En este aeropuerto. En otra de tus escalas de la revolución aplazada y al final de otro de mis negocios y entonces te lo diría.

—Yo no viviré otros veinticinco años.

—¿Me lo juras?

—Casi.

—Entonces quiero ser misericorde y te voy a desvelar mi secreto. Te confieso mi culpa. Soy casi gallego. Y no hay gallego que no tenga una criada, un guardia civil o un policía en su familia, más cercano o más lejano al parentesco. Hay que asumirlo. Desde que nací he sabido que había llegado a una familia de criadas, guardias civiles y rojos condenados a muerte en 1936 o en 1939. También el proletariado es pluricultural.

—Un pariente.

—Un pariente.

—Podías haberlo dicho.

—Era un joven esteta.

Cerdán abandonó definitivamente la lucha contra el bocadillo, Carmela leía *El País* ajena a la conversación entre los dos hombres, Carvalho veía a su primo Celestino en el fondo del vaso, un mocetón céltico, ignorante, buena persona, con las manos sucias de fascismo.

—No me gusta, Pepiño. Pero si me niego me la juego. Hay que pasar por esto. Ya procuro escamotearme lo que puedo.

O las manos sucias de tierra o las manos sucias de carne humana.

—Pronto embarcaremos.

—Eso parece.

—¿Viajamos en el mismo avión?

—No creo.

Cerdán consideró que era una respuesta científica, a pesar de que Carvalho no se molestó en cotejar el color de las tarjetas de embarque.

—Adiós.

Carmela levantó los ojos del diario.

—No ha sido un encuentro muy amable que digamos. Es evidente que te cae fetén.

—A este hombre le debo un cincuenta por ciento de lo que he sido y absolutamente nada de lo que soy.

—Es un hombre honesto.

Carvalho se encogió de hombros. «Pasajeros provistos de tarjetas azules dispónganse a embarcar.» Carmela le cogió por un brazo y caminaron como un matrimonio hacia la sala de embarque.

—Vuelve algún día. Cuando hayas resuelto la contradicción entre el culo abstracto y el culo concreto de las camaradas.

—Has de engordar cinco kilos. Mi conciencia me impide acostarme con mujeres que pesen menos de cincuenta kilos.

—¡Pero si peso cincuenta y tres!

—Qué lástima. ¿Por qué no me lo dijiste?

Carmela le besó en los labios con una boca pequeña y dulce. Carvalho procuró dejar cien pasajeros de distancia entre él y un Cerdán que subió al avión y tomó asiento sin volver la cabeza.



## 53

A pesar de que Biscuter le aseguró que Charo estaba bien y de que le tentó a acercarse al despacho en busca del almuerzo que más le apeteciera, Carvalho optó por llamar a Charo y luego ir directamente del aeropuerto a su casa de Vallvidrera. Dormir o no dormir, ésa es la cuestión después de la exhibición de cabezadas y ronquidos con que había obsequiado a las docenas de ejecutivos, animales híbridos barcinoleños o madrilonenses, que habían acogido con sonrisas, risas y hasta chasquidos de lengua el desesperado, goloso dormir de Carvalho.

—¿Nos veremos esta noche?

—Dormiré todo el día. Te espero en Vallvidrera.

—Te quiero mucho, Pepe.

—Allá tú.

Allá ella. Un día que no tuviera nada que hacer señalaría en algún calendario futuro la fecha de la boda con Charo. Antes del año dos mil, seguro. O dentro de quince días. No pudo recordar dónde había dejado el coche en la inmensidad del parking del aeropuerto y tuvo que buscarlo como se busca un rostro en la multitud. Aquí estoy, le reclamó el animal abandonado, cubierto de intemperies y olvidos. Era el primer contacto con parte de su madriguera, su madriguera rodante y saludó a la máquina preguntándole qué tal lo había pasado. Recibió una tardía, rebelde respuesta del arranque, pero luego la máquina se impacientó varias veces hasta la asfixia mientras esperaba el trámite del pago y enfiló alegremente la ruta hacia la autovía de Castelldefels. Era un día de sol y las colinas enfrentadas del Tibidabo y Montjuïc aparecían respaldadas por un Mediterráneo avalador, por un Mediterráneo que prolonga la sangre de los ribereños hasta los límites de los cuatro puntos cardinales más propicios del mundo. Una fe mediterránea en la vida se apoderó de sus músculos cansados y al llegar a la salida del cinturón de Ronda a la Travesera de las Corts equivocó voluntariamente la ruta de casa para buscar la de la Diagonal, la de un almuerzo sólido y verdadero con carnes asadas y vinos cabales. Después de una buena comida, dormir sería un placer exacto y controlado, no una huida, no la huida de un perro castigado, perdido, sin collar. Y entró en La Estancia Vieja como el que se va a comer el mundo, a comer y a bebérselo.

—¿Un aperitivo? —le propuso Juan Cané, el dueño.

—Un *pisco sour*, para los dos.

Cané se fue a encargarse que reservaran una buena tapa de bife para Carvalho, entraña no, está saliendo dura la entraña. Tras el segundo *pisco sour*, Carvalho decidió que el mundo estaba bien hecho y se dejó llevar por el afán tentador de Cané: muestrario de patés, matambre a la parrilla,

paté de mollejas, de verduras, de todo un poco ¿chinchulines? Carvalho no recordaba qué eran los chinchulines. El intestino delgado trenzado hecho a la brasa. Pues chinchulines ¿mollejas asadas? También, ¿queso frito con hierbas aromáticas? ¿Por qué no? ¿Y además tapa de bife? Evidente. Cané empezaba a estar asustado de la dinámica que había desencadenado. Se sentó a la mesa de Carvalho para asistir al espectáculo de una comida desencadenada. Paternina reserva del 59. Y ahora dime, explícame, aunque sea en argentino, qué quieren decir estas maravillosas palabras: asado de tira, tapa de bife, entraña, *chimi-churri*. El argentino se sacó un bolígrafo del bolsillo y empezó a dibujarle animales de cuatro patas, troceados, las diferencias de corte de carnes entre una cultura escasa de carne como la española y una cultura en la que la carne lo es todo, como la argentina.

—Ustedes me cortan las costillas de la vaca en horizontal y lo utilizan para el caldo. Allí las cortamos en sentido vertical y ése es el asado de tira. Despacito. La gracia del asado consiste en que se haga despacito. —¿La tapa de bife? ¿La entraña? Aquí les cortan el entrecot de una sola manera. Pero dentro de lo que aquí llaman entrecot hay carnes con distintas texturas, sabores, y según cómo se despiece esa parte del novillo se consiguen cortes diferentes: la tapa de bife, la entraña. La entraña es problemática porque si el animal no es un novillo, tierno, bien hecho, sale dura. Cuando sale buena es lo mejor de la bestia. Y el *chimi-churri*, ese océano de *chimi-churri* con el que tú, Pepe Carvalho, has bañado las carnes, la bandeja de madera, es una salsa de asado: ajo, perejil, ajimoli, sí algo parecido al chile mexicano pero no tan bestia, hierbas aromáticas, aceite. ¿Aún te queda hambre para rebañar el *chimi-churri*?

—No es hambre, Juan, es sueño.

La segunda botella de Paternina del 59 fue patrimonio exclusivo de Carvalho. Cané comía en el restaurante todos los días, Carvalho de vez en cuando; si no se autocontrolaba, acabaría con el hígado en la garganta. ¿De dónde sales? De Madrid. ¿Cómo están las cosas? ¿También tendré que marcharme de España con el restaurante a cuestas? No va a pasar nada. ¿Quién ha sido el boludo que se cargó a Garrido? ¿Qué te parecía a ti Garrido?

—¿Eso que están comiendo los de aquella mesa qué es?

—¿Aún te quedan ganas de mirar los platos ajenos?

—Siempre hay que desear las mujeres y los platos ajenos.

—Es pecho de cordero asado. ¿Quieres probarlo?

Otro día. ¿Decías? No. No va a pasar nada. No tendrás que marcharte con el restaurante a cuestas. ¿Garrido? Aún no se sabe. ¿Qué me parece? No lo sé. Tardará en saberse. O un jefe indio o un revolucionario de transición entre el asalto al Palacio de Invierno y el socialismo evidente, como las brevas maduras. Pero yo no entiendo de política. No quiero entender de política. No me interesa la política. Jamás haré el menor esfuerzo por aprender eso que hablan los watusi; tampoco haré el menor esfuerzo por aprender política. Hasta ahora leía los periódicos, ahora ni eso.

Cané observó que Carvalho hablaba sin quitar la vista de la mesa donde habían servido el asado de pecho de cordero; iba a reiterar la oferta de la probatura cuando se dio cuenta de que Carvalho no miraba el plato, sino a una mujer entre castaña y pelirroja, con una espléndida piel rosada, una boca total, huesos de arquitectura premiada. Incluso, le pareció, que los ojos de la

mujer y los de Carvalho se encontraban entre palabra y palabra, bocado y bocado, al margen de los tres hombres que la acompañaban, al margen del propio dueño del restaurante.

—¿Postre?

—Cafés.

—¿Cuántos?

—Cinco.

—¿Pero no querías dormir?

—Tengo toda la tarde por delante.

Seguía la mirada de Carvalho pendiente de la mesa, de la muchacha o del pecho de cordero, comido lentamente, como una exquisitez.

—¿Puro?

—Puro.

—¿Alguna copa?

—¿Sabes preparar un bajativo?

—Lo tenemos en la carta. No es argentino. Es chileno. Es un digestivo excelente: coñac, crema de menta.

Trajo el camarero el bajativo de Carvalho. Cogió el detective la copa, examinó al trasluz apenumbado el verde topacio, adelantó la copa como ofreciéndosela a alguien y, en efecto, Cané comprobó que Carvalho ofrecía un brindis a la mujer rosada y que ella, disimuladamente, cogía una copa de vino y devolvía el brindis mientras continuaba la conversación con sus compañeros de mesa.

—Un ligue.

—No. La conozco. Se llama Gladys. Es chilena. Fue la que me dio a probar por primera vez el bajativo.

*Abril de 1979 - Enero de 1981.*



## MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

Poeta, periodista y novelista nacido en Barcelona. Considerado uno de los más importantes testimonios del final del franquismo y de la transición española, así como una de las voces críticas más respetadas del país, es autor de una vasta obra que incluye los géneros de la crónica periodística, la poesía, el ensayo y la novela.

Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1991 por la novela *Galíndez* sobre el asesinato del político en la República Dominicana; el Premio Planeta por *Los mares del sur* (1978), el internacional de Literatura Policiaca en Francia y el Premio de la Crítica. Guionista de su novela *El laberinto griego* para la cinta dirigida en 1993 por Rafael Alcázar, es autor de numerosos artículos periodísticos y también de una antología de la canción popular española hasta 1975.

Como periodista, colaboró con revistas y diarios con artículos sobre la actualidad española: *Hermano Lobo*, *Triunfo*, *El País*, *Interviú* y *La Vanguardia*.

Entre sus obras destacan, *Una educación sentimental* (1967), *Movimientos sin éxito* (1969), *A la sombra de las muchachas sin flor* y *Coplas a la muerte de mi tía Daniela* (1973), *Praga* (1982); la recopilación *Memoria y deseo* (1986) y *Pero el viajero que huye* (1991). *Recordando a Dardé* (1969), *El pianista* (1985), *Los alegres muchachos de Atzavara* (1987), *Cuarteto* (1988), y el ciclo de novelas policiacas que protagoniza el detective Pepe Carvalho: *Yo maté a Kennedy* (1972), *Tatuaje* (1975), *Los mares del sur* (1978), *La soledad del manager* (1978), *Asesinato en el Comité Central* (1981), *La rosa de Alejandría* (1984), *El balneario* (1986), *El delantero centro fue asesinado al atardecer* (1988), *El laberinto griego* (1991) y *El Premio* (1995). También es autor de los ensayos *El estrangulador* (1994), *Manifiesto desde el planeta de los simios* y *Pasionaria y los siete enanitos* (1995) y *Un polaco en la corte del rey Juan Carlos*

(1996). En 2002, la novela *Erec y Enide* marcó un cambio radical en su concepción del género con un relato de honda belleza nostálgica.

Murió el día 18 de octubre del 2003 debido a un paro cardíaco que sufrió en un viaje a Thailandia.

## **Serie Carvalho**

1. Yo maté a Kennedy (1972)
2. Tatuaje (1974)
3. La soledad del manager (1977)
4. Los mares del sur (1979)
5. Asesinato en el comité central (1981)
6. Los pájaros de Bangkok (1983)
7. La Rosa de Alejandría (1984)
8. El balneario (1986)
9. Historias de fantasmas (1987)
10. Historias de padres e hijos (1987)
11. Tres historias de amor (1987)
12. Historias de política ficción (1987)
13. Asesinato en Prado del Rey y otras historias sórdidas (1987)
14. El delantero centro fue asesinado al atardecer (1989)
15. El laberinto griego (1991)
16. Sabotaje olímpico (1993)
17. El hermano pequeño (1994)
18. Roldán, ni vivo ni muerto (1995)
19. El premio (1996)
20. Antes de que el milenio nos separe. Carvalho contra Vázquez Montalbán (1997)
21. Quinteto en Buenos Aires (1997)
22. El hombre de mi vida (2000)
23. Rumbo a Kabul (Milenio Carvalho, Vol. 1) (2004)
24. En las antípodas (Milenio Carvalho, Vol 2) (2004)